







DIANA



POR LA

(SEÑORA FORRESTER)

Mrs. Cal. Bridges



NUEVA YORK

D. APPLETON Y COMPAÑÍA

EDITORES

JUICIOS DE LA PRENSA SOBRE ALGUNAS DE LAS NOVELAS
PUBLICADAS EN ESPAÑOL POR

D. APPLETON Y COMPAÑÍA,

EDITORES,

5th Avenue, No. 72, Nueva York.

MISTERIO * * *. —Hemos leído esta novela sin poderla dejar de la mano un solo instante, tal es el interés verdaderamente extraordinario de su argumento, así como la novedad del mismo y la admirable armonía de todos sus capítulos.—“*La Lucha*,” Habana.

LA ISLA DEL TESORO. —Es una narración llana, un romance fácil, un cuento sabroso, con un niño por héroe y que apesar de sus peripecias dramáticas y conmovedoras, conserva en todo el discurso del libro una pureza y una sencillez tales, que no habrá hogar por mucha severidad que impere en él del cual pueda desterrársele con razón.—“*El Callao*,” Callao.

LAS MINAS DEL REY SALOMÓN. —Esta obra está escrita sin pretensiones de ningún género, con esa sobriedad que tanto nos encanta en los novelistas ingleses, con un lenguaje claro y correcto y un estilo gráfico y elegante, es un acabado cuadro de las costumbres de los habitantes del África austral, hecha con discreción, exactitud é imparcialidad.—“*El Buscapié*,” Puerto Rico.

SU CARA MITAD. —Es una de las novelas más hermosas que hemos leído. Tal vez devieramos llamarla relación familiar. El autor cuenta con encantadora sencillez una historia de lo más natural, sin apel á contrastes artísticos ni á cansadas descripciones. Es una magnífica lección de moral.—“*El Progreso*,” Nueva York.

LA NOVIA DEL MARINERO. —Su argumento es sencillo y encantador y su lectura resulta amenísima y adoptada perfectamente á los buenos principios de la sana moral.—“*La España Artística*,” Madrid.

DORA. —Profunda moralidad, correcto y elegante estilo literario, unidos á una viva é interesante trama, que mantiene siempre ávido al lector por continuar devorando sus capítulos, son las cualidades de esta joya de la literatura inglesa.—“*El Mentor de los Niños*,” Guadalajara, Méjico.

PAN, QUESO Y BESOS. —Es un relato fiel de esas escenas tan magistralmente descritas, que al contemplarlas experimenta el lector grandísimas impresiones.—“*Boletín de la Sociedad Protectora de los Niños*,” Madrid.

AZABACHE. —En esta obra se encuentran, además de consejos excelentes para el cuidado de los caballos, reflexiones morales y ejemplos que predisponen el ánimo á la piedad y á la benevolencia para con los seres inferiores que comparten con el hombre las más rudas faenas, y le hacen llevadera la carga de la existencia.—“*Costa Rica Ilustrada*,” Costa Rica.

LA GRAN MILOSIS. —Impresionados aún por la lectura de esta obra, dejamos correr la pluma para omitir nuestra humilde opinión, manifestando con franqueza, que es una de las buenas novelas que hemos leído. Tiene conceptos altamente filosóficos, morales é instructivos.—“*El Chinaco*,” San Angelo, Tejas.

MARGARITA DE LA Ó. —Á nuestro humilde juicio, la novela á que nos referimos es buena, no solo bajo el punto novelesco, sino también en cuanto á su desarrollo, interés, etc.—“*Miscelanea Mercantil*,” Maracaibo.

EL GRAN LUCERO. —Muy feliz ha sido la elección de esta obra, cuyo argumento encierra gran novedad é interés creciente y que el público leerá con delicia.—“*La Revista de la Travelers*,” Hartford, Estados Unidos.

EL VICARIO DE WAKEFIELD es obra muy leída en los últimos años del siglo pasado y los que van de este, y famosa en todo el mundo. Está escrita en muy buen castellano, muy bien impresa y contiene excelentes grabados.—“*La Ilustración Española y Americana*,” Madrid.

NOVELAS

PUBLICADAS EN ESPAÑOL

Por D. APPLETON Y CIA.,

NUEVA YORK.

MISTERIO * * *	Por H. CONWAY.
LA CASA EN EL DESIERTO	Por MAYNE REID.
LA ISLA DEL TESORO	Por R. L. STEVENSON.
LA CASA DEL PANTANO	Por F. WARDEN.
LAS MINAS DEL REY SALOMÓN	Por H. R. HAGGARD.
SU CARA MITAD	Por F. BARRETT.
EL ÍDOLO CAÍDO	Por F. ANSTEY.
CUENTOS EN EL MAR	Por VARIOS AUTORES FAMOSOS.
LA NOVIA DEL MARINERO	Por W. C. RUSSELL.
JUANA EYRE	Por CARLOTA BRONTÉ.
DORA	Por CARLOTA M. BRAEMÉ.
PAN, QUESO Y BESOS	Por B. L. FARJEON.
EL CABALLERO DON JUAN JALIFAX	Por la SRTA. MULOCK.
AZABACHE	Por ANA SEWELL.
CONFUSIÓN	Por H. CONWAY.
MARGARITA DE LA Ó	Por CARLOS READE.
EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL	Por R. LUIS STEVENSON.
LA VIDA DE UN PERILLÁN	Por WILKIE COLLINS.
EL GRAN LUCERO	Por FRANK BARRETT.
PEPITA JIMÉNEZ	Por JUAN VALERA.
MARÍA ANTONIETA Y SU HIJO	Por L. MÜHLBACH.
LA GRAN MILOSIS	Por H. R. HAGGARD.
LA LETRA ESCARLATA	Por N. HAWTHORNE.
EL VICARIO DE WAKEFIELD	Por O. GOLDSMITH.
EL SECRETO	Por H. CONWAY.
PLAGIADO	Por R. L. STEVENSON.
LA GUARDIA BLANCA	Por A. CONAN DOYLE.
EL PRISIONERO DE ZENDA	Por ANTONIO HOPE.
AZUCENA	Por CARLOTA M. BRAEMÉ.
EXPIACIÓN	Por la SRA. WOOD.
LUCIA	Por la SRTA. BRADDON.
EL MORO	Por J. M. MARROQUÍN.
MI TÍO BERNAC	Por A. CONAN DOYLE.
DIANA	Por la SRA. FORRESTER.

Tenemos en vía de publicación varias novelas nuevas.

D I A N A

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

400
POR LA
SEÑORA FORRESTER

VERSIÓN CASTELLANA POR
M. G. DEL ROSAL



NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., EDITORES
1901

7

96557

Library of Congress
Two COPIES RECEIVED
DEC 31 1900
Copyright entry
Dec. 27, 1900
No. A 31328
SECOND COPY
Delivered to
ORDER DIVISION
JAN 14 1901

PR 4161
B 59 II 53

COPYRIGHT, 1900,
By D. APPLETON AND COMPANY.

Copyright secured in Great Britain and in all the
countries subscribing to the Berne Convention.

*Es propiedad garantizada en varios países, y se
perseguirán las ediciones fraudulentas.*

*Queda hecho el depósito que ordena la ley, para
la protección de esta obra, en la República
Mejicana. Méjico, 1900.*

D I A N A

CAPÍTULO I

—¡Aquí está ya nuestra Diana efesina! Preguntadle á ella misma, qué es lo que opina.

Yo, Diana Caré, soy la persona así designada; el que habla es mi único hermano Guillermo Caré—familiarmente llamado el *Crespo*.—La tercera persona presente es mi querido padre, á quien Dios bendiga, el más amoroso y tierno padre que existe sobre la tierra.

Este me sonrío y apoya su mano en mi hombro, mientras yo deposito mi carga—compuesta de dos gatitos, uno negro como el azabache y el otro blanco como la nieve—sobre cada uno de los de *Crespo*, y tomo asiento sobre las paternas rodillas.

—Lee esto, Dianita, me dice papá, entregándome un sobre elegante, adornado de enorme monograma, en el que una mano de dama aristocrática había trazado esta dirección: Sr. D. *Wyndham Caré*.

Saco con avidez el pliego que contiene, y leo en él lo que sigue:

“Estimado Sr. Caré:—No nos es dable consentir en que usted condene á su linda hija á . . .” (me siento lisonjeada, y mis mejillas se sonrojan, al ver que se me da un calificativo á que no estoy muy acostumbrada).

—¡Qué tal, Señorita *Vanidad!* exclama *Crespo*; bien percibo el color encarnado de vuestras frescas mejillas, ante tan dulce reproche: continuad, *linda hija*.

—No la interrumpas, *Crespo*.

“ . . . Á esa vida de ermitaño ”—continúo leyendo—“ en

que usted se encastilla, y que harto lamentan sus vecinos y amigos.”

—¿Quién es la dama tan cortés? me digo, al mismo tiempo que busco la firma de la carta: ¡Hola! ¡es la Señora de Wárrington!

Prosigo: “El día de Año Nuevo lo vamos á pasar en reunión de algunos amigos, y si usted, se digna venir, con su hijo é hija, á pasar esos días entre nosotros, nos será sumamente grato veros á todos por acá. Nos alienta la esperanza de que *usted* también se decidirá á venir; pero si, según su costumbre, sigue usted negándose á aceptar toda invitación, por lo menos, no nos prive del placer de disfrutar de la compañía de sus hijos. Mi esposo me encarga diga á usted, si esto puede hacer que se decida, que le tiene reservada la mejor parte de la cacería, y que acompañará á caballo á su hijo cuantas veces guste. No olvide usted decirle á Diana que habrá su bailecito, y algunos otros entretenimientos para las niñas. Prevengo á usted que, respecto á ella, no aceptaré ninguna excusa, y que si usted no acepta en el acto mi solicitud, me pondré yo misma en camino para ir á obtenerla en persona.

“El Sr. Wárrington se asocia á mí para enviar á ustedes nuestros más afectuosos saludos, y usted Sr. Caré, crea siempre en la sincera amistad de

GEORGIANA WÁRRINGTON.”

Acabada la lectura de la carta, mis ojos relampaguean, mi semblante se enciende y escudriño inquieta la mirada de mi padre. Éste me mira, lleno de ternura, diciéndome:

—Conque, hija querida, ¿qué opinas tú á este respecto?

—Dime papá, ¿podremos ir?

—Me imagino que irías con sumo gusto.

—¡Oh!—acompañado de un suspiro, que, si expresara cuanto sentía yo, sería todo un poema.

—Si no os dejase ir, se creería que yo soy uno de esos padres tiranos, que tienen encerrados á sus hijos, como se lee en ciertos cuentos de hadas.

—Sí, papá, debéis dejarnos ir, exclama entusiasmado Crespo. ¡Habrá allá tanto en que entretenernos! y el buen Sr. Wárrington tiene tan magníficos caballos; y sus ojos azules brillaban al sólo pensar en que iría con él á la caza, montando uno de sus briosos corceles.

—Figúrate chico, que te aventuras en uno de esos potros de caza, de á doscientas libras esterlinas, que tiene nuestro amigo, el que en un abrir y cerrar de ojos te echa por tierra y te deja medio muerto: ¿qué sería de tí?

—No tengas cuidado, papá, que yo sabré agarrarme bien.

—Enhorabuena, dice papá pensativo, si ambos estáis tan deseosos de ir, yo no veo en ello ninguna objeción importante.

—Pero tú también vendrás, papá, exclamamos simultáneamente.

Él movió la cabeza, suspirando al mismo tiempo.

—No, hijos míos; ya se acabó el tiempo en que yo podía pensar en visitas; y por otra parte, no puedo aceptar invitaciones á que no me es dable corresponder.

—En tal caso yo tampoco voy, sin que pueda haber en ello la menor duda—exclamé con energía, aunque con cierto despecho interior.

—Ni yo tampoco, agrega Crespito, con tono lastimero.

Papá nos contempla sonriendo, como si se burlara de nosotros.

—¿Cómo, creéis que corro algún riesgo si se me deja solo por unos días?—agregó papá, poniendo sus manos sobre nuestros hombros. Mucha razón tiene la Sra. de Wárrington, al pretender que no debo dejar eternamente encerrada á la pobre Dianita. Ya es tiempo de que se exhiba, y á nadie puedo confiarla mejor que á ella. En efecto, ¿qué edad tienes Dianita, diecisiete años?

—Ya sabes papá que el mes pasado cumplí dieciocho, respondí yo respetuosamente. Pero es inútil insistir más, pues yo no voy sin ti, y en ello no tengo el más mínimo interés. Por otra parte, en este momento me acuerdo, *que no tengo nada con que ir.*

Crespito, declamando, interrumpe: “nunca mejor adornada la belleza que cuando se presenta sin atavíos.” Gracias al cielo—agrega majestuosamente—estas razones no me afectan á mí . . .

—¡Cáspita!, ¡se me olvidaba lo mejor! Por cierto, que este es un punto de suma importancia, pues en el día—mirándome papá con aire inquisidor—el vestir á una señorita tiene tres bemoles.

—Sí por cierto—repliqué risueña, pues ya me había persuadido de la imposibilidad de poder ir.—La Señorita de Prat solía decirme: que una vez que pasó tres días en casa de la noble Sra. Désboro, las damas cambiaban de traje tres veces al día, y nunca llevaban el de la víspera.

—¡Qué tal!—exclamó papá, sonriendo.—Sólo que no me figuro que pienses en vestirte como esta noble dama, aunque sospecho que ella no disponía de más trajes que tú, antes de casarse con el pobrecito Désboro.

—Á decir verdad—contesté, con más énfasis que elegancia—yo preferiría pasar mi vida con un solo traje de percal, antes que resignarme á verme casada con *él*.

—Vamos, que no es tan mal chico—observó Crespo—por más que el hablar de su tienda le cause tanta vergüenza, y, en cambio, no haga más que hablar de su noble suegro el conde.

—Pero, Diana mía—dícame papá—yo supongo que tu debes tener uno ó dos trajes. En cuanto á mí—añade en tono de duda—me parece muy bien puesta y guapa.—Yo muevo la cabeza y respondo:

—No tengo más que éste—refiriéndome al vestido de sarga, ya bastante usado, que llevo puesto—y además uno viejo de seda negra, para los domingos, sin contar el de muselina blanca, que está ya en tal estado, que el corpiño quedará inservible cuando lo traiga la lavandera. No—dije con tono lastimero—es indudable que yo no puedo ir á ver á la Sra. de Wárrington.

—¡Cómo! ¿es posible—exclamó compungido Crespo—que yo haya sido un pordiosero egoísta, importunando á papá para

que pagase la cuenta del sastre, cuando estaba en el Colegio de Eton, y mientras tanto mi pobrecita Diana carecía de todo ?

—Pero, Crespo—respondo yo sobre la marcha—¿ para qué necesito tantas ropas aquí ?

—Ven acá hija mía, todavía nos queda tiempo. Ponte de acuerdo con Susana, y arregla con ella lo que convenga hacer. Me parece que por ahí tengo aún un billete de diez libras esterlinas, con el que se puede comprar un traje, y me imagino que teniendo uno para el mediodía y otro para por la noche, será lo suficiente para pasar unos días.

—¡ Diez libras !—exclamé. La idea de gastar de un golpe tal suma en mi traje me parecía un despilfarro.—Pero si yo no voy á ir. Crespo puede ir, y tú y yo, papá, nos quedaremos en casa, tan contentos como . . . como . . .

—¿ Como qué ? preguntó riéndose papá.

—¡ Como qué sé yo quién !—respondí titubeando, como quien no halla otra comparación adecuada.

—Ahora sí que estoy firmemente resuelto á que vayáis ambos—dijo mi padre—y voy en este momento á contestar á la Sra. de Wárrington, que puede contar contigo y con Crespo para el día de Año Nuevo. Y tú, Diana, anda á consultarte con Susana: os quedan aún quince días para hacer todos los preparativos.

—Papá—digo yo obstinándome—yo no he de ir, no tengo en ello interés alguno; no, ninguno.*

—Tú serás siempre mi hijita, buena y obediente, y por lo tanto, harás lo que te he dicho, respondió él, dirigiéndose á su despacho para escribir la carta, y dejándome á mí irresoluta y muy desazonada.

—Crespo—dije yo, apelando en mi desamparo á mi hermano—yo no puedo ni quiero ir; no es posible que vaya, y que deje á papá solo.

—¡ Qué disparate, Dianita ! papá se quedará bastante contento. Al fin ha de llegar el día en que tengas que dejarle, cuando te cases.

—¿ Casarme yo ?—repliqué muy desdeñosamente.—Ya lo

creo, ¡ como que yo cuento con sobradas ocasiones para ello !
 ¡ Como ! (reflexionando), ¡ me parece que desde que soy una
 niña grande no he hablado á hombre alguno—á un joven por
 lo menos !

—¿ Cómo, no has hablado con el anciano Stiggins ?

—Cuidado, caballero, con faltar al respeto á vuestros pas-
 tores espirituales y maestros ; y por otra parte él no es para
 mí un hombre.

—Vamos, yo no sé cuál de los dos es menos respetuoso,
 tú ó yo.

—Bien está (suspirando) ; voy ahora á hablar con Susana.
 ¡ Ay Crespito ! no vayas á tirarle la cola á Otelo.

Otelo es el gatito negro, y el blanco se honra con el nom-
 bre de Desdémona.

—Yo también voy á verla. Y se encamina majestuosamente
 hacia la habitación de Susana, nuestra fiel y antigua
 ama, que es la que todo lo maneja en casa, y se halla en este
 momento remendando las medias de toda la familia.

Crespo abre de golpe la puerta, y comienza diciendo, con
 voz sonora é imponente :

—“ Su Majestad la Reina, y Su Alteza Real el Príncipe de
 Gales, habiendo advertido, de algún tiempo á esta parte, que
 hay gran escasez de bellezas en la Corte ; é informados de que
 en medio de las soledades de su Condado de Blanshire florece
 ignorada la divina criatura que lleva el nombre de Diana
 Caré ; por la presente ordena, que de hoy en adelante su pre-
 sencia es indispensable en el Palacio de Buckingham ; todo
 lo cual debidamente interpretado significa, mi querida Susana,
 que Dianita va hacer una visita á gente muy copetuda, y que
 estáis en el deber de tomar todas las providencias necesarias
 para que disponga de las ropas y atavíos del caso.”

Susana, atolondrada, y mirándonos por encima de sus
 gafas, exclama : —¿ Qué es lo que quiere decirme con esto el
 chico ?

—Lo que quiero decir es, incrédula judía—quitándole de
 las manos la costura, y tirándola á un rincón—¡ fuera melan-
 colías, fuera calcetas de lana ! De hoy en adelante Diana no

llevará sino vestiduras de seda; cautivará el corazón de uno de los más linajudos lores, y restaurará la arruinada fortuna de la familia Caré. Y Crespito, en medio del regocijo que llena su juvenil corazón, abraza á su vieja nodriza, aún exponiéndose á ajarle las cintas de su cofia.

En vano ella se enfada, y suplica que la deje tranquila: no hay modo de enfadarse con mi Creso. Mi querido hermano, con su cara de Pascuas, sus ojos azules y sus cabellos rizados, que le han merecido el apodo que le aplicamos, tiene un corazón de oro, lleno de bondad y ternura, y así nadie tiene motivo para tomar en serio sus inocentes bromas.

Ahora, vamos á cuentas querida Diana; ¿qué es lo que ocurre?—me dice Susana, en la imposibilidad de obtener ninguna explicación razonable del niño mimado—como lo es para ella Creso—sin la menor duda, y yo no creo estar celosa por ello, pues todos le mimamos á cual más.

—Estamos invitados á pasar unos días en la Quinta de los Wárrington, respondí; papá quiere que yo vaya, pero él no quiere ir.

—Pero, mi querida Diana, ¿de dónde vais á sacar los trajes que se necesitan—respondió, como mujer de experiencia Susana—presentándome en el acto la objeción, que á mí me había ocurrido sólo en el último instante.

—Papá me ha ofrecido diez libras esterlinas; pero ¿á qué malgastar *toda* esa suma en comprar trapos?—dije yo con tono lastimero.—Al fin y al cabo, no creo que me he de divertir mucho en la quinta de los Wárrington. Estoy tentada de ir á decir á papá que no acepte la invitación, por lo que á mí toca.

—Insensata chica, ¡ay de tí! exclama Creso, cogiéndome del brazo, y en actitud trágica. He resuelto que *has* de ir, y te profetizo que allí conocerás á mi futuro cuñado, que será rico, que me dará caballos y cacerías, pagará mis deudas, y que, en una palabra, me será sumamente útil. Sabes, Diana—agregó mirándome atentamente—aunque á veces digo lo que no es verdad, todo bien considerado, tú no eres lo que puede llamarse una chica fea, sino más bien lo contrario.

—Pero dejémonos de bromas, y dime Susana, qué es lo que debo ponerme en el caso de ir.

—Me parece—pregunta Crespo—que quizá no será posible conseguir con diez libras un traje de terciopelo.

—¿Cómo, un traje de terciopelo?—respondí yo con risa burlona. ¿Quieres acaso convertirme en una anciana respetable?

—Lo que puedo decirte—replicó él—es que las dos hermanas de Archidal, menores que tú, por lo menos una de ellas, visten trajes de terciopelo—y agregó bajando la voz—aquél me ha dicho que cada uno de esos trajes costaba unas veintiséis libras esterlinas.

—Sea de ello lo que fuere—contesté yo con aire despreciativo—yo no soy hermana de Archidal, y si dispusiera de veintiséis libras les daría mejor empleo.

—Dianita—agrega Crespo poniéndome la mano en el hombro—no creo que tus diez libras puedan dar mucho de sí, para comprar lo que te hace falta—y, poniéndose algo colorado completa su frase—si te hace falta algo más, yo he economizado unas cinco libras, que por de pronto no sé en qué emplearlas.

Mi respuesta fué echarle los brazos y estrecharlo con sumaturnura, mientras la buena de Susana nos contemplaba embelesada, diciendo:

¡Que Dios os bendiga, hijitos míos!

CAPÍTULO II

LA casa de la familia Caré no se halla hoy en estado muy floreciente que digamos: lejos de eso. La pobre Susana cuenta mil leyendas fantásticas de los remotos tiempos del viejo hacendado, cuando los Carés hacían gran papel en esta región; de cuando daban grandes fiestas, tenían coches, caballos y lacayos con pelucas empolvadas. Un millón de veces nos ha referido, cuando niños, los cuentos del inmenso asado y los barriles de cerveza que se repartieron; de los bailes y demás fiestas que hubo cuando mi padre llegó á su mayor edad, y cinco años después, cuando ya casado trajo al hogar á nuestra madre, y cómo el pueblo desenganchó los caballos del coche de boda, llevando en triunfo á los novios.

Hace apenas veinte años que esto ocurría. ¿Cómo explicar, pues, que en tan poco tiempo se haya evaporado la fortuna de nuestra familia? Poco ó nada sé yo de esto, pues mi padre nunca me ha hablado acerca de las causas de nuestra pobreza, y solo de cuando en cuando le hemos oído hacer una que otra triste alusión á este respecto. En cuanto á nuestra Susana, no nos ha podido dar más explicación del desastre, que el que los negocios de nuestro abuelo estaban en mal estado á su fallecimiento, y que entonces papá creyó conveniente, para recobrar su fortuna, recurrir á una serie de especulaciones desdichadas, que consumaron nuestra ruina. Lo hecho ya no tiene remedio. Lo único que me tranquiliza es pensar que papá lo ha hecho todo con la mejor intención, y que el más hábil de los hombres puede equivocarse alguna vez. Lo que sé es: que él ha pasado su vida sacrificándose sólo por Crespo, el que acaso un día logrará levantarse á su vez, y volverá á ocupar el puesto que le corresponde en esta comarca. Con frecuencia

he conferenciado con papá acerca del porvenir de nuestro querido Crespo, y hemos estado de acuerdo para afirmar, que por él deben hacerse todos los sacrificios posibles: ¿qué importa la hija? En cambio, el hijo es el heredero de una buena finca solariega, el vástago de una antigua familia, ¡y lo que importa es que sea educado con el mayor esmero! Es *indispensable* que se eduque en el noble Colegio de Eton, aunque para ello sea preciso que papá y yo ayunemos de Enero á Enero, y cambiemos de ropas sólo cada tres años. ¡Ay! ¿quién podrá contar las veces que, sentada al anochecer al lado de la poltrona de papá, que cariñosamente pasaba su mano por mi cabellera, hablábamos acerca del porvenir de Crespito, y exclamaba!:

—Dianita querida, no está bien lo que haces; es preciso que te resuelvas á ir al colegio, ó que tengas alguna maestra que venga á casa y cuide de completar tu educación.

—No, papá—le respondía yo con voz suplicante—estoy segura de saber lo que la generalidad de las niñas de mi edad saben. He aprendido cuanto me enseñó la Señorita Cáster, á excepción (suspirando) de la geografía y la aritmética, que siempre me han sido antipáticas. Me parece que hablo sin faltar á las reglas de la gramática, y que no tengo muy mala letra. Del francés creo conocer lo indispensable para viajar—si es que alguna vez voy al extranjero—lo que no espero. Toco bastante bien el piano, y me figuro—una sonrisa de vanidad se escapa de mis labios—me figuro, digo, que *puedo* cantar un poquito.

—¡Vaya!—exclama sonriendo papá—eso sí que puedes hacer tú; y (golpeándome el hombro) desafío yo á todos los profesores italianos de canto, á que puedan llegar á hacer que sea, más melodiosa de lo que es, la voz de mi querido ruiseñor.

El gozo enrojeció mis mejillas, pues no hay elogio más grato para mí que el que viene de mi padre. Mi voz es todo mi patrimonio, mi gran tesoro y el encanto de mi vida. He pasado largas horas sentada al vetusto piano, muy bueno en su tiempo, y que, como todas las cosas buenas, conserva hasta

en la vejez las huellas del vigor juvenil. Me siento á cantar de la aurora al ocaso, y desde éste á la noche, unas veces gozosas, aunque con más frecuencia lastimeras melodías, hasta que me siento arrebatada y fuera de mí, en un éxtasis de dicha indefinible ó de vaga tristeza, de forma aún indeterminada, puesto que hasta la fecha no he sido desgraciada, y no sospecho el desengaño sino entre remotas nubes.

No recuerdo á mi madre, pues la perdí siendo aún muy niña, y he sido siempre muy dichosa en compañía de papá y de Crespo. Ciertamente que he tenido mis malos ratos, como cuando Crespo se fué al colegio, y cuando Susana cayó enferma, así como sentí que el corazón estallaba en mi seno, cuando un guardia mató á mi gatito mimado. Nunca me creí desgraciada por el hecho de ser pobre. Más de una vez apetecí algunas cosas, en particular, el tener un caballo para pasearme; pero pronto me resignaba, al pensar que no es bueno desear lo que no es dable tener, y así pronto me contentaba con mi suerte. Con papá, Crespo y Susana, tengo los seres más caros para mí sobre la tierra; poseo el más lindo perrito dogo que existe, y un gatito de varios colores, que no lo cambiaría por ningún otro.

¡Cómo ha de ser! no es posible tenerlo todo á la vez. Soy pobre: no tengo muchos trajes que ponerme, ni caballos para paseo, ni adoradores que me adulen; pero con todo, me creo feliz. En cambio, he oído decir, que la copetuda Sra. Guineta confiesa ella misma ser la más desgraciada mujer que existe, por más que posea todo cuanto se puede comprar con dinero.

Y, á propósito de adoradores, aunque casi me avergüence de hablar de esto, francamente, no me desagradaría tener un novio, aunque tanto tiempo he vivido sin él, y no sé si me será dado descubrir uno á mí gusto. Literal y sinceramente hablando, creo que desde que soy una niña grande no he hablado nunca á hombre alguno, á no ser al cura y al médico, y ni siquiera á ninguno de los discípulos de mi hermano Crespo, pues á éste no le pasa ni por las mientes el traerlos á casa, porque demasiado sabe en qué apuros nos pondría para poder recibirlos debidamente.

Es cierto que disponemos de una gran casa á la antigua ; pero dos terceras partes de ella están herméticamente cerradas, y nosotros no ocupamos sino algunas de las habitaciones más pequeñas, si exceptuamos el hermoso comedor, donde nos reunimos diariamente, y que está adornado de artesones, de antiguos aparadores, y de una galería de retratos de la familia Caré, etc. Gran contraste con esto forman la vieja alfombra, que muestra la trama, por más remiendos que le ha hecho Susana, con lanas de diversos colores, y las colgaduras, que se dice eran de terciopelo carmesí, y que sólo ostentan hoy un color pardo amarillento por lo que más bien parecen paramentos de vetusta iglesia. Las anticuadas sillas de roble tallado que allí se hallan, con sus asientos de cuero, llevan las huellas de las uñas de mis gatitos, y sólo les queda el artístico espaldar. Todo es así en nuestra casa, que papá habría debido alquilar, y con sólo su producto casi seríamos ricos ; pero parece que hay no sé qué cláusula testamentaria que lo prohíbe, y por otra parte, nos dolería mucho ver en manos extrañas nuestra casa solariega, y así preferimos la pobreza con tal de vivir en ella.

También tengo mis opiniones acerca del amor, las riquezas y el fausto ; pero provienen principalmente de las novelas históricas que he leído, de los cuentos de nuestra Susana, y en manera alguna de experiencia adquirida por mí á este respecto. Esto no quiere decir que yo pretenda, ni por un instante, hacer creer que nunca he pensado en si soy fea ó bonita y en el efecto que mi carita puede producir en las personas de otro sexo, cuando veo el contento que les causa una de mis miradas. No creo que exista muchacha alguna en este mundo completamente destituida del instinto de la vanidad. De mí sé decir : que una y mil veces me he mirado al espejo, arreglándome el cabello de diversas maneras ; me he probado los antiguos trajes de brocado de mi abuela, que á fuerza de ruegos conseguía que Susana me sacara por un rato ; y aun me acuerdo que una de esas veces quedé tan satisfecha de mi personita, que no pude resistir al deseo de ir á que me viera papá, aunque persuadida de que me trataría de niña vanidosa.

Entre los retratos de nuestros antepasados que hay en el comedor, figura el de una Diana Caré—no sé el grado de parentesco que con ella me liga—que lleva magnífico traje de brocado, azul y blanco, é hilos de perlas entrelazados en su negra cabellera.

Érase una de esas lluviosas tardes de otoño, que yo pasaba sentada al lado de nuestra aya Susana, mientras ésta continuaba su eterna tarea de remendar medias, al mismo tiempo que yo, pendiente de sus labios, escuchaba embelesada la relación de nuestras pasadas grandezas.

—En el otro piso tenemos guardado el mismísimo traje con que se ve retratada en el comedor la *Señorita* (Miss) Diana, vuestra *abu* . . . ; no ; me equivoco, la memoria no me ayuda ; quiero decir, que . . . ; vamos, digamos que era . . . vuestra *tía abuela*.

—¡Qué tal ! ¡conque eso había !—exclamo yo, levantándome en actitud amenazante—¡y tú, picarona, bribonaza, inutilona, no has pensado hasta este instante en que debías mostrarme ese traje ! ¡Cáspita ! ¡ ganas me dan hasta de pegarte !

—Á decir verdad, querida niña—replica ella, sin inmutarse lo menor y con su más maternal sonrisa—yo me figuraba que debía reservarlo para daros un día un buen alegrón ; ese momento creo que ha llegado—y soltando las medias de la mano, me dijo—voy á buscar mis llaves y vamos enseguida, *Señorita Diana*, á satisfacer vuestra curiosidad.

Pocos instantes después subíamos presurosas la amplia escalera, y llegábamos á la puerta de una de las principales alcobas, que Susana abrió, mientras yo exclamaba, al sentir un desagradable olor de humedad :

—¡ Puf, qué olor !

—¡ Ya lo creo !—responde Susana como de costumbre—por cierto que no despedía ese olor de humedad el día que durmieron aquí el Duque y la Duquesa de este Condado de Blankshire, cuando se celebró el que vuestro papá hubiese cumplido la edad legal. Quiero decir con esto que fuí á ver la estancia, antes de la llegada de sus Altezas, y me pareció que en su propio palacio no podían tener un dormitorio más hermoso.

—¡Hola!—digo yo—mientras echo una mirada inquisidora en torno mío, cuando ella abre las ventanas, para que penetre un poco de luz y aire.

La habitación es grandiosa, con su enorme lecho de roble cuyos pies son leones tallados, y un inmenso armario que cubre casi todo un lienzo de pared: todo el mobiliario es imponente por su magnitud, inclusive los empañados espejos con sus grandes marcos; pero en medio de tanta grandeza, todo ello me hace pensar en que contemplo los restos de un gran naufragio.

Mientras tanto, aguardo con inmensa ansiedad que Susana abra las anchas puertas del guardarropa, que tire de los pesados cajones y quite las mil envolturas que protegen el tesoro que tanto desean admirar mis ojos.

—¡Helo aquí!—exclama ella con aire de triunfo, cuando ha quitado la última hoja de papel plateado que cubre el traje, que exhibe ante mis ávidos ojos:

—Es por demás sencillo,—digo yo—con tono despectivo.

—Hay que tener en cuenta—replica picada—que cuando mandaron hacer el traje de tan magnífica tela, no creyeron indispensable adornarla cubriéndola de arriba abajo con volantes y faralás. El vestido tiene su valor intrínseco: se basta y se sobra.

—Sí, casi, casi—agrego.—Á decir verdad, es lindo, en efecto (mirando de soslayo el rico y espléndido brocado). Susana mía, voy á probármelo, á ver si me asienta.

Pero Susana mira mi proyecto casi como sacrílego. Sin embargo, á fuerza de ruegos, no sólo me lo permite, sino que me ayuda á realizarlo. ¡Qué dicha! me va al cuerpo como si me hubieran tomado medida. Corro á mi cuarto, y en pos de mí Susana confundida. Allí me arreglo el cabello, como lo lleva la Señorita Diana del comedor; cojo un hilo de perlas falsas, que forma parte de mis joyas, y lo entrelazo entre mis cabellos; hecho lo cual me contemplo, con suma satisfacción ante el largo espejo de mi alcoba. En tanto Susana, con una voz que revela sorpresa y admiración contenidas, exclama:

—No hay que negarlo ; al veros, cualquiera creería que la señorita misma del retrato ha salido andando.

—¿ No es cierto que lo creerán ?—exclamo rebosando alegría, y dando ufana paseos de un lado á otro, luciendo mi traje de cola, blanco y celeste, con flores de relieve. Ahora es preciso que vaya á que me vea así papá.

—¡ No, por Dios ! Señorita Diana ; no debéis ir, porque quizá papá se moleste conmigo.

—¿ Cuándo en su vida has visto á papá de mal humor, mentecata ? Y diciendo esto, le hago un quite para que no me coja, y me escapo casi corriendo, en cuanto me lo permiten la muy pesada y larga cola, y los ladridos de mi perrito que me sigue.

Ya entre dos luces llego á la puerta del cuarto de estudio, la abro y me dirijo algo turbada hacia el asiento que papá ocupa ; éste me mira estupefacto, con paternal y tierna sonrisa, al mismo tiempo que se levanta, se cubre los ojos con las manos y se dirige hacia la ventana.

Yo paso sucesivamente por una serie de emociones, ya me sonrojo, ya palidezco : ¿ qué es lo que he hecho ? ¿ por qué papá parece tan impresionado ? Mil ideas cruzan mi mente. ¡ Quién sabe si mi vista le habrá hecho pensar en mamá ! Pero no ; Crespo es el que se parece á ella, y yo sólo á él.

—¡ Ay, papá querido !—exclamo yendo á su encuentro— ¡ cuánto lamento el haberos contristado !

—¡ Contristarme tú, ni pensarlo, hija de mi alma !—replica volviéndose hacia mí y abriéndome los brazos, en los que yo me precipito.—Y, agrega con voz temblona : lo que hay es que cuando veo lo bien que estás con estas hermosas ropas, no puedo menos de pensar con tristeza en que, si no te las has puesto siempre, la culpa es mía.

—¡ Oh papá querido ! ¡ Cómo es posible que digas tales cosas ! Persuádetes que yo soy enemiga de estos pomposos trajes ; son feos, horribles, antipáticos, y lamentaría tener que ponérmelos con frecuencia, y en prueba de ello, corro en el acto á cambiar de ropa.

Voime cabizbaja y cariacontecida, echándome en cara la

necia vanidad de que he sido juguete, que no ha servido sino para dejarme corrida y avergonzada de mí misma. Mi semblante, fiel espejo de lo que en mi alma pasa, debe revelarlo, pues apenas penetro en el cuarto donde me aguardaba Susana, ésta me dice, con aire de reproche :

—¿ No tenía yo razón, mi querida Dianita, al decirnos que papá se iba á incomodar ?

Quítome rabiando el rico traje, lo arrojo sobre la cama y me echo á llorar á mares.

CAPÍTULO III

LLEGA al fin el día por tantos motivos memorable. Hemos triunfado de todos los impedimentos, inclusive el mayor de todos, que era la falta de ropa adecuada, y á este respecto hay que confesar que los susodichos cincuenta pesos no han alcanzado para gran cosa. La felicidad ha consistido en que se encontraba casualmente aquí una antigua criada nuestra, muy buena costurera, que ha sabido arreglarme los vestidos como la mejor modista.

La gran quinta de la familia Wárrington se halla situada á tres leguas de nuestra casa, y ya hemos alquilado en el pueblo inmediato un par de caballos, para poder ir en nuestro viejo carruaje, lo que no es pequeño despilfarro, pienso yo tristemente.

Crespito no cabe de gozo en su pellejo, y no sé si decir que yo comparto con él la misma disposición de espíritu. Me siento triste y miedosa, al ver que voy á separarme de papá por vez primera. Las lágrimas nublan mis ojos, y apenas distingo las caras facciones de mi adorado padre, que nos acompaña hasta el momento de la partida y nos augura toda felicidad y una agradable estancia en casa de nuestros amigos.

—¡ Ay Crespo ! qué triste va á quedarse papá sin nosotros— le digo yo en el momento en que el carruaje se pone en movimiento.

—Ni pensarlo : está al contrario contentísimo de vernos partir. Este era su sueño respecto á ti, como me lo decía esta misma mañana. Pero, vamos, chica ; examinemos á la Señorita Diana : ¡ qué aire tan señoril tienes muchacha !

—¿ No te parece ?—mirándome de arriba abajo llena de vanidad.—Aunque creo que no tendré mucho de qué envanecerme, cuando vea como están las otras.

—Crespo replica con tono paternal: ¡Oh! no; no hay que figurarse que todas las pollas como tú van á ir vestidas cual las señoras casadas, las que me figuro formarán la mayoría; lo que importa y lo positivo es que tú tienes todo el aire de una gran dama.

—Querido Crespo—me atrevo á preguntarle, por más que él tiene dos años menos que yo, pero mucha más experiencia social—¿ no te sientes algo nervioso ?

—¡Nervioso yo!—replicó en tono burlón—¿ y á santo de qué ?

—Yo lo decía porque, como estás más acostumbrado que yo al trato de la sociedad culta, quisiera que me hicieras notar cualquiera falta en que pudiese yo incurrir: ¿ lo harás, no es cierto ?

—Pierde cuidado chica—y con aire dogmático, agrega—todo el secreto consiste en conducirte con la mayor naturalidad, como si estuvieses en casa.

—Quisiera saber quiénes serán las demás personas invitadas—le digo yo.

—Lo más probable es que allí encontraremos á los Désboros y acaso algunos de los Montagús, aunque también es posible que no venga ninguno de los amigos del condado. Yo no estoy seguro, pero me parece que allí estará la Condesa Guineta, que está íntimamente ligada con los amos de la casa.

—Espero que la encontremos: tengo grandes ganas de verla,—repliqué yo.

Ya hemos llegado. Del frío y la penumbra pasamos por encanto á una atmósfera de calor y de luz. Mi timidez me impide darme cuenta de todos los detalles en los primeros momentos. Sólo sé que me siento como deslumbrada, y que nuevas ideas de lujo, regalo y grandeza invaden mi mente, ante el espectáculo que contemplo. Una suave claridad color de rosa reina en toda la estancia, respírase el delicioso aroma de las mejores flores de invernáculo, y en torno del brillante hogar veo un grupo de personas, conversando con gran animación. Sobre un velador brilla la plata del bello servicio de te, y á poca distancia veo adelantarse á nuestro encuentro á una esbelta señora—que, aunque no joven, es aún hermosa—en la

que se percibe en el acto ese aire característico de la *gran dama*, y á la que reconozco en el acto, á pesar de mi candorosa turbación. Nos saluda con amistosa efusión, me presenta á las personas que forman rueda cerca de la estufa—aunque mi estado nervioso me impide darme cuenta de lo que les dice—y se sienta á mi lado en el sofá.

—¡Cuanto lamento!—me dice afectuosamente—que no hayan venidos ustedes con su padre. Hay que obligarlo con maña á salir poco á poco de su concha; no es posible que la casa de los Caré, en días pasados tan alegre, se convierta en una ermita.—Y de esta manera, continúa interrogándome acerca de nuestro viaje, de suerte que al poco rato he perdido mi timidez y me siento completamente serena. Las demás personas que forman círculo continúan su animada conversación, en la que toma parte mi hermano con mucho aplomo.

—Héctor—dice entonces la Sra. de Wárrington—tened la bondad de servir una taza de te á la Señorita Diana Caré.

Acto continuo levántase de su asiento un caballero alto y moreno, el cual me presenta la taza, y al mismo tiempo ella me dice—permitidme, querida amiga, que os presente al Sr. Montagú. Aquí tenéis, Héctor, á nuestra común vecina, la Señorita Caré.

El Sr. Montagú siéntase á mi lado. Su aspecto es distinguido, aunque no puede llamarse guapo, pues en su fisonomía hay no sé qué de terrífico é imponente, de frío y como despectivo, aun cuando sonrío, como en este momento. Su rostro no es desagradable, más bien lo contrario, lo que no impide que no esté gustosa á su lado. Me dirige algunas frases atentas y frías, y para remate de males, la Señora de Wárrington tiene la malhadada idea de levantarse y dejarnos solos, lado á lado. Probablemente no sé disimular mis emociones, porque el Sr. Montagú fija en mí sus penetrantes miradas y hace un gesto, que nada tiene de festivo.

—No tenga usted miedo—me dice en voz baja—pues la Señora de Wárrington vuelve enseguida.

Observando que estoy sumamente desconcertada, se apresura á agregar:

—Esa no es sino una broma; pero realmente me pareció que tenía usted miedo de mí. Parece como que á primera vista yo inspiro miedo á las gentes; pero en realidad de verdad (sonriéndose) soy menos temible de lo que parezco.

—Sr. Montagú—dice entonces una dama con tono arrogante—puesto que la Señora de Wárrington le ha dado el encargo de servir el te, podría usted acercarse á nosotras, para ver lo que necesitamos.

El Sr. Montagú se ve así precisado á alejarse de mí, y yo, que de ello me felicito, aprovecho este momento propicio para echar una ojeada en torno mío y darme cuenta de todo. Me encanta la suave luz que dejan pasar las pantallas rosadas de dos bellas lámparas, el chisporroteo de la leña en el hogar y el delicioso perfume de los lindos ramos de flores que cubren las mesas; admiro el mobiliario, las ricas colgaduras, la espesa alfombra, á que no estoy acostumbrada, y las mil otras cosas artísticas que adornan el grandioso salón.

De paso echo una mirada á mis vecinas. Aquella guapa personita con bata de montar, que habla mucho y ríe casi estrepitosamente, es ni más ni menos la Condesa Guineta Désboro. Sus rubios cabellos, cortados como los de un muchacho, y su nariz remangada, no le dan el aire aristocrático ni la seriedad con que yo me había figurado á la hija de todo un conde.

Como en esta época de mi vida todavía me figuro que toda persona noble debe tener modales distinguidos, no me inspira gran admiración á este respecto la noble Señora Guineta, cuyas maneras no me parecen muy señoriles, á pesar de su ilustre cuna. El traje que viste, por mas que sea de difícil manejo en un salón, no la obligaba, sin embargo, á cruzar las piernas, ni á recostarse en el sofá, con el brazo pendiente sobre el espaldar: á decir verdad, más me parece un hombrecillo que una dama. Se halla actualmente en conversación muy animada con dos ó tres caballeros, acerca del paseo á caballo que ese día habían hecho.

Llego hasta alegrarme de que papá no haya venido, y me sentiría algo corrida si estuviese presente. La dama que ha

alejado imperativamente de mi lado al Sr. Montagú es una morena muy hermosa, aunque muy delgada. Lleva magnífico traje de terciopelo verde, guarnecido de pieles, muy en armonía con su aire imperial. Sus negras cejas casi se juntan sobre unos lindos ojos, dándole un ceño adusto y casi repelente. Algo separada de los demás veo á una linda joven rubia, que desde que llegué está en animadísima conferencia con un caballero muy bigotudo, y me figuro que deben ser novios.

Cinco son los hombres presentes, y aunque al llegar me han sido presentados, no sé quienes son. Uno de ellos sólo llama mucho mi atención. Conversa con la Señora de Guineta, y nuestros ojos se han encontrado ya una ó dos veces: tiene unos ojos tiernos y simpáticos, por mas que no podría indicar su color. El resto de sus facciones no es precisamente bello; pero el rostro es sin duda el de un cumplido caballero. Tras de él diviso á un hombrecillo insignificante, que me figuro sea el Sr. Désboro, á causa de las miradas y frases despectivas que de cuando en cuando le dirige la Señora Guineta, todas las veces que él se mezcla en su conversación. En este momento se permite hacer alusión á sus proezas en la caza, y ella le interrumpe, diciéndole en tono acre y despreciativo:

—Habéis hecho cuanto ha estado en vuestra mano para que se malograra la jaca que montabais, y si esa desgracia hubiese ocurrido, habría despedido al lacayo sin certificado, por no haberle puesto bocado mejor en el momento en que os *ayudó á montar*.

Lela me quedé al oír estas palabras, y me decía: ¿será este el lenguaje corriente de las mujeres que hablan en público á sus maridos? Me imaginaba que éste respondería indignado, pues á mí misma me hervía la sangre; pero me equivoqué, pues el sujeto se contentó con irse vergonzosamente á otro lado, con una afectada sonrisa de despecho. No pude menos de dirigir una mirada á mi amigo, el de los ojos tiernos—no sé por qué lo llamo amigo, por mas que hasta ahora no hayamos cambiado ni una palabra—que me miraron á su vez con cierta sonrisa significativa.

El Sr. Montagú, que había regresado á mi lado, me dice por lo bajo :

—¡ Qué bonito regaño el que le ha echado á su esposo la Sra. Guineta ! ¿ Por ventura, está usted resuelta á tratar de igual manera á la víctima de sus flechazos ?

Miréle de arriba abajo, y respóndile, como ofendida :

—Parece como que usted tuviera el don de leer en mi semblante ¿ tengo yo acaso cara de proceder así, lo cree usted ?

Él se sonríe, pero esta vez no bromea.

—Yo no creo que hiciera usted otro tanto, aunque sus ojos revelan mucha energía. La Sra. Guineta tampoco tiene cara de fiera ; pero todo en nosotros es obra de las circunstancias, y hay que convenir en que Désboro es muy cargante.

—¿ Pues, para qué se casó con él ? Bien se vé que no podía quererle nunca. Al decir esto me estremezco, creyendo haber cometido una indiscreción.

—Es natural, que á su edad, se figure usted que no deben casarse sino los que se quieren de amores,—replica él, mirándome con cierta curiosidad.

—Sí, . . . no, . . . qué sé yo—respondo titubeando.

—Vamos, ahí tiene usted una de esas parejas que deben ser de su gusto—señalándome las dos personas de que antes hablé—parece que se adoran ; pero ambas no cuentan con más de quinientas libras al año.

Esta suma no me parecía á mí tan módica como á él, quien pareciendo leerlo en mis ojos, agregó en el acto :

—¿ Y qué dice usted de la Sra. de Húntingdon ?

—¿ Habla usted de la que lleva traje de terciopelo verde ?

—¿ Verde, dice usted ? Á mí me había parecido negro. ¿ Esa sí que es guapa, no le parece á usted ?

—Sí ; respondo—muy guapa.

—La expresión de su rostro es algo dura.

—Es muy hermosa, repito—pues estoy resuelta á no emitir ningún juicio desfavorable á nadie.

—Su esposo es el Mayor Húntingdon, ese caballero que ve usted atizando el hogar : es un matrimonio muy unido.

—¿ Quién es el que habla con la Sra. Guineta ?—dígole, re-

solviéndome al fin á hacerle la pregunta, que me preocupa desde hace diez minutos.

—Es el caballero más cumplido, el Coronel Fane, uno de mis más antiguos amigos. Mañana llega su hermana, la más hermosa señorita que usted puede imaginarse. Mucho me alegro por usted que venga, pues con ninguna otra podría usted congeniar mejor que con ella. Creo que las Señoras Guineta ni Húntingdon le convienen á usted.

—Por cierto que no.

—Ni tampoco usted á ellas, y aún lo sentiría en caso contrario—agrega él, mirándome afectuosamente.

—Amiga mía, ¿no quiere usted venir á ver su cuarto? me dice entonces la Sra. de Wárrington. Vamos en seguida, y me muestra una preciosa alcoba, toda guarnecida de encajes y lazos encarnados, con bonitos cuadros y multitud de dijes, graciosamente dispuestos: estoy extasiada.

—¡Cuán grato es para mí el ver que la habitación os agrada, hija mía! Como creo que desearéis estar juntos, he colocado á vuestro hermano en el cuarto vecino,—y diciendo esto se despide con un afectuoso beso.

Una vez sola, me siento á meditar delante de la estufa, acerca de la nueva atmósfera de lujo que me rodea, y no puedo menos de evocar el recuerdo de mi propia alcoba, con sus cortinas de percal, su vieja alfombra y demás vejesterios.

—¡No importa! exclamo; viejo y caro caserón, tú para mí vales más que la morada más espléndida, aunque estuviese cubierta de oro y diamantes: ¡todo mi amor se halla encerrado en ti!

Esto no impide que mi cerebro siga en ebullición, tratando de sacar de la quinta de los Wárrington algunas ideas, que nos sirvan para remozar nuestra vieja morada.

La llegada de Crespo interrumpe mis reflexiones; trato de abrir la puerta que comunica ambos cuartos, y entonces él grita:

—¿Quién va?

—Soy yo, Dianita, le respondo.

Un instante después abre y nos ponemos á comparar las maravillas de nuestros respectivos aposentos.

—Qué cuartito tan mono, me dice. Y bien, ¿ cómo te encuentras ? ¿ te diviertes sobremanera ?

—No gran cosa. Ya sabes que casi no he hablado sino con la Señora de Wárrington, á quien quiero mucho ; pero creo que no me intimaré con las demás damas.

—¡ Oh ! la Condesa Guineta, es muy vivaracha.

—¿ Te parece así ?—respondo secamente. Nunca habría sospechado que era la hija de un conde.

—¡ Cómo !—exclama risueño—¿ tú te habías figurado que las hijas de los condes no podían hablar sino en verso libre en el seno de la familia ? Mi querida Dianita, ya tendrás ocasión de convencerte, de que en nada se diferencian de las demás hijas de Eva.

—Y si se quiere son aquellas aún más vulgares—agregué.

—¡ Vulgares ! ¡ ni por pienso ! Tú no sabes nada acerca de la sociedad culta : estas gentes hablan siempre de esa manera.

—¿ Es posible ? Bien está ; ahora tengo que vestirme, pues de otro modo no llegaré á tiempo.—Y cerrando la puerta, digo á Crespo : cuidado con bajar sin mí.

—Convenido. Dime—á través de la puerta—¿ debo peinarme con la raya enmedio ó no ?

—Con la raya enmedio, replico en el acto.

—¿ No te parece que así tendré cara de mujer ?

—En todo caso tendrás tú más bien cara de señorita que la Condesa Guineta, que, como sabes lleva el cabello con la raya á un lado.

No oigo bien lo que responde Crespo, pero me parece que se ha disgustado.

—No hay que hacer caso, chico ; no te incomodes—respondo, abriéndole de nuevo la puerta.

—Por cierto que no, chica. Vamos, acaba pronto, pues de otro modo llegaremos tarde.

Pocos instantes después nos encontrábamos en el espléndido salón donde estaban ya reunidos los demás huéspedes, las señoras magníficamente vestidas y sobresaliendo entre

ellas la Sra. Guineta, con su precioso traje blanco, adornado con ricos encajes de *valenciennes*, que le da cierto *aire de gran dama*.

Se anuncia la comida, y pasamos al regio comedor, llevándome del brazo el Mayor, Sr. Húntingdon. Al llegar, quedo extática ante tanta magnificencia: la vajilla de oro y plata, la elegante cristalería y los bellos ramos de flores que adornan la mesa, me hacen recordar nuestro pobre comedor, donde pienso que mi amado papá estará sentado triste y solitario.

CAPÍTULO IV

Á MI Crespo lo han colocado al lado de la Sra. Guineta, por indicación suya, y al oír una voz desapacible que se dirige á mí, advierto que me han hecho el obsequio de darme por vecino al marido de ésta, el típico Sr. Désboro. Éste comienza la más fastidiosa conversación, hablándome de cosas que yo ignoro por completo, como de la Cámara de los Lores y de todos los más copetudos personajes de la nobleza, y concluyendo por la familia real, me dice, con su voz desagradable.

—El Príncipe de Gales acababa de decir

—¿Cómo, usted conoce también al Príncipe de Gales?—le interrumpo, sin poderme contener, pues yo con mi candor de muchacha provinciana tengo tan alta idea de la monarquía, que no me figuro cómo pueda hablarse de tal manera de la real familia.

Mis palabras, oídas por todos, produjeron una hilaridad general, y una carcajada de su esposa, mientras su desdichado maridillo, más rojo que la grana, balbuceaba :

—No precisamente . . . no personalmente.

—¿Qué golpe le ha dado usted!—me susurra risueño mi otro vecino el Mayor.

—¿Pero qué he dicho, Dios mío? yo lo siento infinito—agrego.

—La cosa es peor de lo que usted podría imaginar. Figúrese usted, que hace tres años, su anciano padre, que es el más presuntuoso ricacho conocido, dió una gran fiesta y movió cielo y tierra por conseguir que el Príncipe asistiera; pero no lo logró, y así puede usted calcular cuanto sufriría.

—¿Cuánto lo lamento!—respondo confusa.

—No tiene usted por qué confundirse (sonriendo); el Sr.

Désboro necesita de esas lecciones, para corregirse de sus necias ínfulas de medrado, pues, debe usted saber, que sólo se le tolera á causa de su esposa, la Sra. Guineta.

Sirven en ese momento un plato suculento, al que mi vecino consagra toda su atención, dejándome á mí entregada á mis reflexiones, mientras maquinalmente me pongo á contar los movimientos del hermoso reloj que tengo enfrente, y cuyas manecillas me parecen avanzar con extrema lentitud: llevamos ya más de una hora de estar sentados á la mesa, y parece que nos queda para rato. Yo creo tener muy buen apetito, y con unos dos platos tengo bastante, así es que no acabo de comprender cómo pueda comer y beber tanto esta gente.

Trato de pasar el rato echando una ojeada hacia los comensales que están frente á mí, y la primera que se me ofrece es la bella y adusta esposa del Mayor, que ahora tiene un aire muy distinto. Está en animadísimo y largo cuchicheo con su guapo vecino Sir Jorge; sus mutuas miradas son de lo más expresivo, y bien se vé que no se fastidian como yo. Lo que más admiro, y me indigna, es su actitud tan chocante, estando frente á frente de su marido, á quien observo con disimulo muy tranquilo, mirando como yo á todos, inclusive á su mujer, sin manifestar la menor contrariedad, ni mucho menos celos. Al ver tales cosas, me figuro que acaso soy yo la que tengo la cabeza al revés.

Por fin ha terminado la comida. Cuando ve que el reloj marca más de las nueve y media, la Sra. de Wárrington hace á la Sra. Guineta la cortesía de estilo, lo que significa que quedamos libres, y podemos pasar al salón, dejando á los caballeros solos, entregados á sus libaciones. Si me dejara llevar de mis impulsos, saldría corriendo, aún á riesgo de derribar mi silla; pero como hay que seguir la etiqueta, salgo majestuosamente del comedor tras de la Señorita Gora, que muy preocupada con su noviazgo, camina pensativa, sin hacerme caso y va á sentarse en la misma actitud en un rincón, mientras yo me dirijo hacia el invernáculo, para admirar y respirar el perfume de las más raras y bellas flores. Cuando regreso y me acerco al círculo que han formado las señoras casadas en torno

del hogar, oigo que conversan la Sra. Guineta y la Sra. de Húntingdon, y ésta le dice, con su acento glacial y lánguido :

—Carlitos Montagú llegará mañana ; ¿ no le conoce usted ?

—¿ Es sin duda el hermano del caballero que está con nosotros ?

—Sí ; ¿ le conoce usted ?

—No. ¿ Qué tal es ?

—Es el hombre más guapo que conozco.

—¡ Hola ! (con aire indiferente). Los buenos mozos no me interesan. ¿ Cuáles son sus aptitudes ?

—Fuma, bebe champaña, juega al ecarté, y dignase aún permitir que se le adore.

La Sra. Guineta hace un ademán despectivo, que yo apruebo, al preguntar :

—¿ Por ventura, monta á caballo, caza, ó se ocupa *en algo* ?

—¡ Oh ! en cuanto á poderlo hacer, por cierto que sí ; pero á decir verdad, ninguna de esas habilidades lo caracteriza : todo eso da demasiado que hacer, y en resumidas cuentas, cuando un hombre se digna contemplar estas cosas no necesita saber más.

La Sra. Guineta no hace ningún esfuerzo para disimular el profundo desprecio que semejante opinión le inspira.

—Entonces, observa ésta, ¿ por qué no lo exhibe usted en una feria ? Yo me lo supongo pobre, aunque con aficiones costosas, como suelen ser las de los segundones ; y en tal caso, es posible que ciertas mujeres, que no exigen de un hombre sino que sea guapo, no vacilarían en desembolsar sus libras esterlinas por disfrutar del placer de contemplarle. Esto no impide el que á la vez fume y beba champaña.

La Sra. Húntingdon escuchaba con profunda indiferencia los sarcasmos de la Sra. Guineta, y agregó :

—Yo me imagino que usted no se habrá encontrado nunca con él en Londres.

—Yo nunca he pasado la temporada en Londres, á excepción del año pasado, antes de mi casamiento.

—¡ Es posible !—frunciendo el entrecejo—¡ qué enorme despilfarro de vida !

—Habría más razón para decir: qué gran despilfarro de vida es el residir allí!—replica la Sra. Guineta.—Por lo que hace á mí, puedo decir: que nunca he pasado el tiempo más tontamente, durante esos paseos de arriba abajo en el Parque, recorriendo en coche ó á caballo, y paso entre paso, la famosa avenida de Rotten Row.

—Yo, por mi parte, no soy muy aficionada á cabalgatas—contestó bostezando la Sra. Húntingdon—y eso no impide que crea, que en ninguna parte se vive como allí: en otras partes tan sólo se vegeta.

Pone feliz término á este diálogo agridulce el regreso de los caballeros, que llegan, unos ágiles y contentos de volver al lado de las damas, otros con languidez, y como si les pesara el alejarse de los licores. La Señorita Gora, que esperaba con ansiedad la llegada de su novio, es invitada á cantar, y mientras ella repite una complicada canción italiana, él la contempla extasiado. Yo espero, temblando, que no les ocurrirá el invitarme á hacer otro tanto; pero apenas la Sra. Wárrington ha felicitado á la Señorita Gora, acto continuo se dirige á mí, de esta manera:

—¿Señorita Diana, no canta usted? Estoy segura que sí: voy á mandar que le traigan su música.

Me sentí tan turbada, que casi estaba tentada de recurrir á una mentira, á no haber intervenido Crespo, quien hasta me inspiró aversión en ese momento.

—¡Cantar Diana! ¡vaya si canta; ya lo creo! Es preciso que usted la oiga, señora.—Le lancé una furibunda mirada, á la que él contestó con inefable sonrisa. Me llevan, pues, cual oveja al matadero. No siento el piso, me tiemblan las manos y castañetean mis dientes: ¿cómo cantar en tal estado? Comienzo mal, continúo peor y concluyo ¡qué sé yo cómo! Quedo tan corrida, que me faltan las fuerzas para dejar el piano.

—¡Hola! Señorita Diana, exclama con su acento jovial el Sr. Wárrington, no nos imaginábamos que se ocultaba en este rincón de nuestra provincia semejante *estrella*.—Mejor que estrella, sol habría podido decir, si se fijara en mi rubi-

cundo rostro. En casa no me sonrojo una sola vez al año, y aquí me pongo colorada cada cinco minutos. Para remate de males, he aquí que Crespo se dirige á mí, como si estuviese muy enfadado :

—Dianita, ¡qué mal ha salido eso! Es preciso que les demuestres que eres capaz de cantar mucho mejor.

—¿Cómo es eso? le interrumpe el Sr. Wárrington, poniéndole la mano en el hombro, y sacudiéndole cariñosamente. ¿Cómo, jovencito, usted se mete á criticar lo que no conoce? Ocúpese de sus ejercicios gimnásticos, y no pretenda convertirse en nuestro profesor de canto.

—Bien está, señor; pero desearía que usted oyese de cuánto es ella capaz—responde Crespo—tan colorado como yo: parece como que esto es característico de la familia.

—Vamos, Dianita (haciéndome un guiño significativo): canta "*El viejo Robín*," ó una de esas otras que tú sabes.

—Sí, sí, cántela usted, exclaman todos en coro.

Viendo que no había escapatoria, resuelvo hacerlo mejor, esta vez, y á Dios gracias, lo consigo. Comienzo la tan tierna y popular canción, y poco á poco me identifico por completo con los personajes de la leyenda, como cuando cantaba en casa para mí sola. Esta vez, no hay aplausos, pero se me escucha con religioso silencio, y al terminar veo sentada á mi lado á la Sra. Guineta, con lágrimas en los ojos, y que trata de disimular su profunda emoción. Pienso entonces en que su marido no es viejo como Robin; pero me digo para mis adentros, que quién sabe si hay algunos de estos personajes, tanto jóvenes como viejos.

Siéntome con timidez en el sofá más cercano, y al mismo tiempo veo á la Sra. de Wárrington que viene con mi amigo. Sí, digo mi *amigo*, porque *siento* que lo ha de ser, en virtud de esa atracción misteriosa que suele impulsar mutuamente, una ó dos veces durante la vida, á dos seres desconocidos que se encuentran, aún antes que tengan tiempo de pensar lo que puede llegar á ser el uno para el otro.

—Amiga mía, el Coronel Fane desea ser presentado á usted—la Señorita Diana Caré; el Sr. Coronel Róchester Fane.

Ella se retira entonces, dejándonos sentados lado á lado. Él, sin más rodeos, como si hiciera mucho tiempo que nos conociésemos, me dice :

—Señorita Diana, necesito que me dé usted su opinión acerca de algo.

—¿ Mi opinión ?—le respondo mirándolo sorprendida.

—Sí. Deseo saber cuál es el tono que uno debe dar á su voz, cuando desea manifestar á otro profunda gratitud, y cuál el que debe emplearse cuando se trata de un acto de mera cortesía, sirviéndose uno en ambos casos de la misma frase.

Paréceme como que no le entiendo á usted muy bien lo que quiere decirme—respondo yo en forma dubitativa.

—Por ejemplo—acercándose á mí y hablándome más bajo—el canto de la Señorita Gora no me ha gustado nada, pero he tenido que decirle : gracias ; el de usted me ha causado una de las más deliciosas sensaciones que haya experimentado desde hace largo tiempo, y sin embargo, no tengo otra manera de expresar esto sino diciéndole : doy á usted las gracias, señorita.

—¡ Vaya !—contesto algo perpleja, á lo que yo supongo ser mera jerga aristocrática—me figuro que con un *gracias* bastaba, tanto más cuanto que no he cantado muy bien. Como usted sabe—le digo como si fuéramos amigos de muchos años y no de algunos minutos—esta es la primera vez que asisto á una tertulia, y por tanto me sentía sumamente nerviosa.

—Y bien, ¿ qué impresión le ha causado á usted este primer vistazo de la sociedad culta ?

—Que la Sra. Wárrington me inspira *inmenso* cariño, y que su casa es preciosa.

—¿ Cómo, no se le ocurre á usted ninguna otra cosa que decir ?

—Á decir verdad—rectificando—como no había asistido nunca á ningún banquete, me ha parecido demasiado larga la comida : ¿ dura, acaso, siempre lo mismo ?

—Á veces mucho más—responde él riéndose.—Al contrario, hoy todo ha pasado con bastante rapidez : figúrese usted que nosotros regresamos al salón poco después de las diez.

—¡Dos mortales horas comiendo! ¡cuánta pérdida de tiempo!

—Por lo que veo, la comida es para usted cosa baladí—continúa con el mismo tono amistoso y una mirada inquisitorial de sus hermosos ojos. ¿Qué idea va usted, pues, á formarse de mí, si le digo que la comida no sólo me deleita, sino que la aguardo con impaciencia?

—Á mí me sucede lo mismo—contesto, no queriéndola dar de melindrosa—porque, en efecto, tengo un apetito muy regular. Probablemente no me habría parecido tan largo el tiempo si hubiese tenido á mi lado alguna persona entretenida, con quien conversar agradablemente.

Deténgome, al reflexionar que he sido descortésmente franca.

—¿Cómo, le tocó á usted tener por vecino á Désboro (riéndose), y no fué su conversación entretenida é instructiva? ¿Por ventura, olvidó darle á usted una buena lección del catecismo de la nobleza y de todos los hidalgillos de la Gran Bretaña é Irlanda?

—Sí; pero una vez que advirtió mi crasa ignorancia acerca de estas cosas, desistió por completo. Yo no acierto á comprender por qué se ha casado con él la Sra. Guineta.

—¿Sospecho que usted no ha oído hablar nunca de lo que se denomina *matrimonio de conveniencia*?

—Sí; he oído decir que eso ocurre en Francia, respondo en el acto, para que no se creyera que todo lo ignoro.

Mi respuesta le hace reir de nuevo.

—Acaso quedará usted estupefacta si le declaro que la cosa suele también ocurrir en nuestro país, y tal es el caso de la noble Señora Guineta. Esta contaba con una elevada posición, y puede decirse, que si no puede llamarse estrictamente bella, tiene un tipo bastante agradable; pero, en cambio, él es un ricacho. ¿No conoce usted sus antecedentes?

—No.

—Su padre se llamaba Puggins, tenía una tienda de paños, y además, con sus especulaciones bursátiles, llegó á acumular una colosal fortuna. Cambió entonces su antiguo nom-

bre por el de Désboro, y bautizó á su hijo con el de Haroldo de Courcy, al enviarlo al famoso Colegio de Eton, para que adquiriera nuevos modales; pero usted debe figurarse, que por más que se hizo, nada se consiguió, pues dice el adagio: aunque la mona, etc. . . .

—¡Conque un vendedor de paños!—exclamo—pues me hallo demasiado atrasada aún para la edad que tengo, y estoy imbuída de mil ideas despectivas relativamente á los comerciantes.

—¿Figúrese usted por un momento—me dice con mucha gravedad el Coronel Fane, probablemente en vista de lo que leía en mi semblante—que le dijera á usted que mi padre se hallaba en igual predicamento?

—Pues no se lo creería á usted—respondí incontinente y sin vacilar.

—Pero dado que su situación hubiese sido parecida—agregó, riéndose—no me creería usted capaz de avergonzarme de mi padre, como el pobre Désboro se avergüenza del suyo. Si á alguien se le escapa la voz *comercio*, no cabe ya en su pellejo, y así no me estraña que no le haya ocurrido adornar los cuarteles de su espléndido escudo de armas, con la vara de medir ni el vellocino de oro.

—Me imagino, agregó con aire meditabundo, que quién sabe si me avergonzaría de que mi padre fuese un pañero: ¡figúrese usted por un momento á papá pañero, mercachifle!—digo, lanzando una carcajada, con sólo imaginármelo.

—No; no lo haría usted—responde él con energía—eso está en la masa de la sangre, viene de raza, y como dicen los franceses: *bon sang ne peut pas mentir*.

—En todo caso yo declaro: que aunque mi padre fuese un mero mercachifle, ó barredor de calles, sería siempre, á mis ojos, el más distinguido caballero del país.

CAPÍTULO V

—SOSPECHO que este es el toque de retirada, me dice el Coronel, al observar cierto ademán de la Señora Wárrington. —Ahora ya irá usted á acostarse.

—Sí; respondo—mirando el reloj. Ya es demasiado tarde; son las once y diez minutos.

—Dispense usted la pregunta—sonriéndose; ¿y á qué hora se acostaba usted en casa?

—Por lo regular de nueve y media á diez.

—¿Es posible! Es necesario que aproveche usted una buena dosis de lo que llaman “sueño de la hermosura,” que según he oído decir, no se obtiene sino antes de medianoche. ¿Conoce usted esta conseja?

—Sí; mi nodriza me la recita cuando me acuesto tarde.

—¿Cómo, á su edad, tiene usted todavía nodriza?—con cara placentera.—Es cierto que *Julieta* también la tenía.

—Y hasta tengo yo tres años más que *Julieta*.—Y agrego aparte—es preciso que yo sea una criatura para necesitar una nodriza á la edad que tengo.

—Y lo que es más—replica pensativo á la primera frase mía—barrunto que *Julieta* era entonces muchísimo más mujer que usted.

Me siento algo ofendida, pues es casi humillante verse considerada como muy joven. Levántome y le doy las buenas noches.

—Muy buenas noches, me dice él, al mismo tiempo que me da un prolongado apretón de manos.

El día siguiente amanece lloviendo á torrentes, cuando casi todos se preparaban á tomar parte en una cacería, á una legua

de distancia, y el desaliento es general al ver que no hay probabilidad de que el tiempo mejore.

El coronel Fane, que había hallado modo de sentarse á mi lado á la hora del desayuno, me dice en voz baja :

—¿ Voy ó me quedo ?

—Se mojará usted si va—le respondo con mucha gravedad.

En este momento aparece la Sra. Guineta, ya en traje de caza. Muchas personas á la vez, con acento de más ó menos sorpresa, le dicen :

—¿ Será posible Sra. Guineta, que sueñe usted en salir con este tiempo ?

—¿ Por ventura, ya nadie quiere ir ?—pregunta ella, sentándose desdeñosamente.

—Pero mire usted el tiempo que hace.

—¿ Qué sacamos con ir á empaparnos hasta los huesos !—exclaman otros.

—¿ Oh ! si un chaparrón asusta á Vds. indudablemente están mejor y á cubierto en casa—replica ella desdeñosamente.

—Si usted va, yo también voy—exclama muy colorado Crespo.

—¿ Ay, Crespo !—le digo, sin poder contenerme.

—¿ Bravo ! sí, usted irá—responde ella, sin hacer caso de mí—é irá usted en la yegua del Sr. Désboro, pues creo poder asegurar que él no formará parte de nuestra comitiva.

Su esposo la mira, no muy contento ; pero le tiene tal miedo, que no se atreve á hacer la menor objeción.

—Estoy seguro de que el conde, vuestro padre . . . —comienza á decir.

—Os suplico que no metáis en colada al conde mi padre, que no viene al caso. Yo no me ocupo en sacar á relucir el nombre de vuestro padre, el . . . —¿ Dios me tenga la lengua, que casi se me escapa decir el pañero !—Y con risa burlona, agrega : eso era antes, pero ya las cosas están hoy arregladas de otra guisa ; *nous avons changé tout cela !*

Me figuro que no hay uno de los presentes que no esté escandalizado de lo que acabamos de oír, inclusive la Sra. Guineta que parece confusa, y para disimularlo agrega en el acto :

—Venga usted con nosotros Sr. Wárrington ; estoy segura de que el mal tiempo no le asusta á usted. Si no nos es dado reunir la cuadrilla regresaremos, y en todo caso, habremos dado un buen paseo á caballo : no me gusta quitarme el traje de caza una vez que me lo he puesto.

—Estoy á vuestras órdenes, Sra. Guineta, cuando usted guste mandaré traer los caballos.

—Crespo—digo yo á media voz, sobreponiéndose mi ansiedad á mi timidez—una vez que el Sr. Wárrington va, ya no necesitas ir tú, mucho más cuando tienes esa tos.

—Sí, sí ; hará usted bien en quedarse en casa ; dese usted un baño de pies con mostaza y que su hermanita le dé papilla—dice en tono sarcástico la Sra. Guineta, y yo observo, que por la primera vez en su vida, mi hermano me mira indignado, y me dice furioso :

—Hazme el favor, Diana, de no meterte en lo que no te importa.

En este momento me inspira odio la Sra. Guineta.

—Amiguito—interviene con mucha calma el coronel Fane—debería usted estar infinitamente agradecido á su hermana, por el interés que toma por usted. Debe usted tener en cuenta que á la Sra. Guineta le importa un ardite, que se vuelva usted tísico ó que tosa todo el invierno, con tal que ejecute sus órdenes y satisfaga usted sus caprichos.

—Gracias, mi coronel, responde ella algo colorada. ¡ Bonita reputación me da usted !

—Nada me será más grato que el ver que usted prueba ser injusta—replica él sonriéndose.

—Nadie podrá acusarme nunca de que yo trate de contribuir á que un chico se afemine—contesta ella en tono altanero.—Vamos, Sr. Caré, ¿ está usted ya listo ?

Crespo salta de su asiento, rebosando alegría, y yo me siento derrotada.

—No tenga usted cuidado—me dice para consolarme el coronel—yo me imagino que no es la primera vez que ha pasado un chubasco, y por otra parte, no le veo yo cara de enfermizo.

—Nada de eso, al contrario ; pero se oyen contar tales cosas, y además, papá y yo temblamos á la mera idea de que él pueda sufrir la menor indisposición.

—La familia de usted me parece muy unida.

—Lo es, en efecto—respondo candorosamente—cada uno de nosotros está persuadido de que los demás miembros de la familia son lo mejor que existe.

—¿ Y tiene usted hermanos y hermanas ?—le pregunto.

—Tengo una hermana. Este es el único ser querido y que me toca de cerca, que me queda sobre la tierra : hoy debe llegar.

—Cuánto me alegro, le respondo—considerando como la cosa más natural que la he de querer.—¿ Se parece á usted ?

—¿ Por qué me lo pregunta, ó es que desea que se me parezca ?

—Sí, le contesto francamente—á causa de un algo, que hace que él no me inspire la menor cortedad.

—No—me dice, sonriéndose—ella no se parece mucho á mí, ó mejor dicho, yo no me parezco bastante á ella, y por muy dichoso me daría si así fuese. Á mi juicio, es ella la mejor mujer que existe sobre la tierra.

—Entonces, eso quiere decir que no es muy joven ó no es bonita—insinúo, con un candor de que no me doy cuenta por de pronto.

—¿ Así es que para usted ambas cualidades no pueden hallarse reunidas ?—me pregunta risueño—pues suelen darse esos casos.

Me ruborizo, y me pongo furiosa conmigo misma por haber hablado así. Á decir verdad, la expresión de sus miradas, revela que quiere hacer alusión á mí ; pero ¿ quién en este mundo puede saber si yo soy buena ó no ? ¡ Dios sabe cuanto me falta para merecer semejante calificativo !

—Ella no es lo que usted llamaría una joven, continuó el coronel Fane. Estoy persuadido (sonriéndose) de que para las pollas, todas las personas de su sexo que pasan de veinticinco años deben ser consideradas entre las viejas. Así, pues, ella tiene treinta años ; pero en cuanto á ser hermosa, lo es ciertamente, si debo aceptar el fallo unánime de todo el mundo.

—Abrigo la esperanza de que simpatizará conmigo—digo tímidamente—pues yo no he hablado aquí dos palabras con ninguna de las señoras, á excepción de la dueña de la casa.

—¡Bah!—dice sonriéndose—por lo que hace á la Señorita Gora hay que disculparla, por estar demasiado preocupada; y en cuanto á las Señoras Guineta y Húntingdon, son de aquellas que nunca se dirigen á las personas de su sexo, mientras se halle presente algún varón.

Reina gran animación entre todos.

—¿Sabe usted jugar al billar?—me pregunta.

Le respondo afirmativamente, pues me he ejercitado bastante en casa.

—Vamos, pues, á la sala del billar.

Hago un movimiento con la cabeza.

—Preferiría no ir.

—¿Por qué? La Sra. de Húntingdon le servirá á usted de compañía, pues ella va siempre al billar después de almorzar.

—¿Juega ella, por ventura?

—No; pero como ella misma dice, detesta ponerse á coser encerrada en una vivienda con una runfla de mujeres. Por regla general no hace nada allí, más que arrellanarse en una mecedora, magníficamente vestida, con las manos cuajadas de brillantes, descansando en su regazo, y . . . coqueteando.

En mi cara ha debido leer mi estupefacción, pues se apresura á agregar:

—Bien comprendo que le ha de parecer á usted algo extraño ese coqueteo de una mujer casada, y el calificativo se me ha escapado inconscientemente; aunque por otra parte no hay casi indiscreción mía, pues usted lo tiene que advertir por poco tiempo que pase con ella en esta casa.

—¿Y su marido qué hace; mira esto con indiferencia?

—Maldito lo que le importa, y hasta estoy por creer que ni lo nota.

—¡Qué horror!—exclamo tan enfáticamente, que él se echa á reír.

—Vamos, pues, agrega, vamos á la sala del billar. ¿Y cuántos puntos va usted á darme?

La mañana se pasa alegremente entre el billar y el juego del volante, y en ambos casos la Sra. de Húntingdon se ciñe puntualmente al programa que se ha trazado. Me voy á mi cuarto para arreglarme el cabello, mientras llaman á almorzar, cuando oigo la voz de Crespo que me dice :

—Abre la puerta, Dianita.

Le abro y se echa en mis brazos, diciendo :

—¡ Cuánto siento, Diana, haberte contestado tan colérico esta mañana !

—Creo que en tu vida me habías hablado nunca en tono tan violento—y saltándoseme las lágrimas, agrego—lo que más me duele es que haya sido á causa de *ella*.

Ha debido notar el acento despreciativo con que pronuncio estas palabras, pues en el acto replica :

—No la ofendas, Dianita, pues es una persona muy amable y bondadosa.

—Para tí todo en ella es perfecto ; ¿ muy bonito debió parecerse entonces lo que dijo á su esposo esta mañana ?

—No, ni pensarlo ; pero tú no te imaginas la triste vida que lleva, con tan repugnante granuja.

La idea que me he formado de la Sra. Guineta no se ha modificado al saber que hace tales confidencias á un muchacho de dieciseis años, á quien no conocia hace veinticuatro horas.

—No hablemos más de eso, digo, con tal de que en lo sucesivo no te obligue á ser descortés conmigo. Ahora bajemos al comedor.

Mientras estamos en la mesa el cielo se despeja, brilla el sol con todo su esplendor y cada uno proyecta algún paseo. La Sra. de Wárrington invita á la de Húntingdon á salir en coche con ella, y dirigiéndose á mí después, me dice si no quiero acompañarlas. Sin ganas de ir, pero no sabiendo cómo excusarme, le doy las gracias y acepto. Interviene á su vez el coronel, que ha logrado también sentarse á mi lado, y exclama :

—¡ Qué disparate ! Señorita Diana, mucho mayor bien le haría á usted un buen paseo á pie.

—Me gusta mucho hacer ejercicio—respondo con entusiasmo.

—Á mí también. Hagamos una excursión—si usted lo permite Sra. de Wárrington. Vamos, ¿quienes son los que quieren caminar?

—¡Nosotros!—responde la Señorita Gora, la que algo colorada rectifica en seguida—yo por lo menos.

—Y yo también—agrega tiernamente su militar.

Nadie más se ofrece á venir. El Sr. Wárrington va á llevar en su carruaje á la Sra. Guineta y otros caballeros, pues el tiempo no permite cazar.

—Venga usted con nosotros, Crespo, dice la noble dama; y rabio de nuevo al ver que la intimidad hace progresos.

Media hora después emprendemos nuestra marcha.

—Tratemos de tomar la delantera á la otra pareja, me dice el coronel.

—¿Por qué?

—¿Cómo, por qué? Porque—agrega sonriéndose—les fastidiaría sobremanera el verse seguidos religiosamente, lo que no les ocurrirá á ellos con respecto á nosotros en el caso contrario.

—Ya entiendo; aunque en realidad no concibo qué precisión tienen los novios de que los dejen solos, cuando se hallan en un sitio tan público como una alameda.

—Amigo mía—dice al joven el coronel apretando el paso y adelantándose—ustedes caminan con suma lentitud, tanto la Señorita Caré como yo tenemos ganas de andar de prisa, y así nos permitirán que les sirvamos de guía.

—Emprendemos la marcha á buen paso, sin tratar de mirar hacia atrás por espacio de unas dos millas, hasta que el coronel echa una ojeada y dice:

—Ya me lo figuraba: por ninguna parte veo á la Señorita Gora y á su soldado.

Me inspira tal confianza mi compañero, como si fuéramos antiguos amigos, y así le hablo libremente de papá, de Crespo y de cuanto interesa á nuestra familia, y él á su vez me escucha, con tanto interés, como si le contara el cuento más diver-

tido é interesante. Así caminamos durante hora y media, y cuando ya regresamos á casa, exclamo confusa :

—¡ Ay de mí ! y cuánto he debido fastidiar á usted con mi charla ; puedo decir que soy tan empalagosa como el Sr. Désboro, aunque en otro sentido.

—No puede usted figurarse cuánto me interesa lo que me dice, y no veo el momento en que pueda visitar á usted en su casa. Desearía saber si su papá no tomaría á mal que fuera á hacerle una visita.

—¡ Oh, no ! replico en el acto, y después me detengo, al recordar lo enemigo que es papá de las visitas.—Y él sin observar mi turbación continúa :

—Ya iré por allá uno de estos días, á caballo, pues como usted sabe sólo vivo á once millas de distancia, y mi padre y vuestro abuelo eran muy buenos amigos. Después de cuanto usted me ha dicho, siento gran deseo de ver al Sr. Caré, y lamento que no haya venido.

—Lo mismo yo—respondo suspirando. Me hace mucha falta, y por mi gusto yo no habría querido venir sola, pero él se empeñó en ello.

—Hizo muy bien en insistir: conviene que se aleje usted de cuando en cuando, para que vaya haciendo el ánimo á dejarlo ir definitivamente.

—¿ Habla usted de cuando me case ?

—Exactamente—dice, riéndose.

—Pero si yo no me he de casar, replico triunfante. *Yo no he visto á hombre alguno hasta ahora.*

—¡ Mil gracias !—(dice, quitándose el sombrero).

—Esta es mi primera salida de casa, y no me imagino que iré á ninguna parte en lo sucesivo, á no ser que la Sra. de Wárrington me invite el año próximo, si me porto bien en la presente ocasión.

—¿ Conque usted no aspira á casarse, como la mayoría de las señoritas ?

—No ; absolutamente no.

—¿ Jamás ha pensado usted—dice con mucha animación—en que sería agradable el tener alguien que la quiera y se inte-

rese en alto grado por usted, aunque no de la misma manera que un padre ó una madre ?

—Sí—contesto, á más no poder, y sonrojándome un poco. He estado, sí, locamente enamorada de algunos hombres en los libros ; pero—añado—después de estos héroes, creo que no podré hallar un hombre que corresponda á mi ideal. Me figuro que hay que querer muy entrañablemente á un hombre, para casarse con él : ¿ no juzga usted lo mismo ?

—Ya ve usted el ejemplo de las Sras. Guineta y Húntingdon—dice, riéndose ; pero se reprime, y continúa con gravedad, mirándome tiernamente :

—¡ Dios la libre á usted de casarse, á no ser por amor !

CAPÍTULO VI

ESTA noche tendremos baile y han llegado nuevos convidados á la Quinta. La comida se servirá con una hora de anticipación con este motivo. Ahora estamos tomando el te de las cinco. Ya mi encogimiento ha desaparecido, he sido presentada á otras personas y estoy comprometida para algunas de las danzas de esta noche. Creo que bailaré bien, pues Crespo, que es con el único con quien he aprendido á bailar en casa, me ha asegurado que bailo aún mejor que sus maestras, las hermanas Archidal, que tienen fama de valsar muy bien. Oigo en esto á Crespo que pide á la Sra. Guineta que le conceda un vals.

—No se comprometa Vd., á tal cosa Sra. Guineta—dice un guapo alférez que ha venido del pueblo vecino, para comer y bailar.—Le desgarraría á usted el vestido, le daría pisotones y quizá se caerían : estos muchachos son terribles.

El alférez se apoya en la silla de la noble dama, y habla en tono socarrón. Crespo, con expresión indecible, lo mide de arriba abajo, diciendo :

—Me será muy grato medir mis fuerzas con las de usted, lo mismo en la sala de baile que en una cacería.

Su expresiva mirada y su aplomo me dejan lela. Arranca de los demás ruidosos aplausos, y el amo de casa le dice :

—¡Bravo, muchacho! ha hablado usted como todo un hombre.—Y la Sra. Guineta, que se ríe con ganas, le dice á su vez :—Estoy segura de que usted no es capaz de vanagloriarse de lo que no sabe, y si valsa usted tan bien como cabalga, no tendría ningún inconveniente en bailar con usted toda la noche.

—Será preciso convenir en que el niño es una maravilla, un verdadero portento—dice el alférez corrido.

—En todo caso, hay algo en que le llevo á usted ventaja—dice Crespo, poniéndose algo colorado.

—En cien casos, por cierto ; ¿ pero cuál es ese algo especial ?

—¡ En maneras !—replica fríamente Crespo.

—¡ Qué chico tan encantador !—exclama la Sra. Guineta, decididamente, estoy enamorada de él.

—¿ Conque, lo está usted ? ¡ cuánto lo siento !—digo entre mí furiosa.

Ábrese de golpe la puerta y anuncian al capitán Montagú. Lo miro con curiosidad, para cerciorarme de lo que ha dicho la Sra. Húntingdon, que lo califica del hombre más buen mozo de Inglaterra.

Por todas partes se oye un ¿ cómo lo pasa usted, Carlitos ? lo que me prueba que es realmente popular. Recibe tantos apretones de manos, que necesito esperar un rato para poder verlo.

Se dirige hacia la chimenea del salón, y entonces me es dado observarlo mejor. Había bastado lo dicho por la Sra. Húntingdon para que me sintiera inclinada á no admirarle ; pero me había equivocado. Admírole hoy en virtud de mi profundo é ingénito amor á la belleza, que conmigo nació y me acompañará hasta la tumba. Es bello, sí, como mis héroes ideales y mis gallardos príncipes ; mucho más hermoso que todo lo real que hasta entonces había concebido como meramente posible. Cúan delicioso es contemplarle de pie frente al hogar, en una postura tan natural y sin afectación que le hace más admirable aún. Nada entiendo en materia de modas varoniles, y siempre las he detestado ; pero el vestido de viaje que lleva le sienta que ni pintado. Está demás el entrar en la descripción de sus facciones : basta que estén ya grabadas en el fondo de mi alma, y así no hay necesidad de presentar al público la enumeración de ellas. Me sitúo á cierta distancia, para admirar, más á mis anchas, y sin que nadie lo note, ese semblante cuya contemplación me procura inefable placer.

¡ Pero cuánto me equivocaba ! pues casi doy un salto, cuando oigo detrás de mí una voz muy suave que me dice :

—¿ Cuál es el resultado de tan minuciosa observación ?

Me tranquilizo cuando advierto que mi interlocutor es el coronel Fane, y así le respondo candorosamente, en virtud de esa instintiva confianza que desde un principio me ha inspirado :

—¡ En mi vida había visto hombre más guapo !

—¿ De veras ?—y como que noto en su acento alguna frialdad y disgusto.—Supongo que es un mozo bien parecido, al menos según dicen muchas damas.

—Me parece imposible que hay quien opine de otra manera. Puedo asegurarle á usted, que es hasta más hermoso que los ideales héroes de mi adolescencia—agrego entusiasmada.

—¡ Es posible !—fríamente.—Se me figura que da usted demasiada importancia al bien parecer.

—Efectivamente, y en ello me ratifico, pues no puede usted imaginarse con cuánto placer contemplan mis ojos todo lo que tiene un aspecto agradable.

—Y yo supongo que acaso no se para usted á reflexionar, si tras de esa apariencia simpática se ocultan algunas cualidades bien sólidas.

—Usted convendrá también conmigo en que, por lo regular, las cosas de aspecto agradable son buenas—y puedo citar como ejemplo el perro y el caballo.

—¿ Y juzga usted que este modo de raciocinar sea aplicable al animal llamado hombre ?

—Me parece que hasta ahora no había visto yo más personas de buena cara que papá y mi hermano.

—En todo caso los quiere usted entrañablemente. No obstante lo dicho, esperaba de *usted* que se aficionase de preferencia, de un cerebro mejor organizado que el que revela el rostro de Carlos Montagú.

—Poco me llaman la atención los hombres de ingenio—respondo con cierto rubor. Ninguno de los héroes que he soñado se distinguía por su ingenio: todos eran arrojados como leones, y bellos, como, como . . . —balbuceo en busca de la metáfora.

—Como el lindo y de mal corazón Paris—agrega él.

—¿ De dónde saca usted que no puede ser bueno el hombre bello?—respondo algo picada.

—¿ Y cómo esta mañana decía usted que si mi hermana era buena, no podía ser ni joven ni bonita?

—¡ Bah! ¡ esa era otra cosa!—contestó confusa.

—Me parece que era el mismo género de argumentación—dice él riendo, mientras le dejo y me voy á vestir.

Esta misma noche el coronel Fane me lleva del brazo al comedor. ¿ No es verdad que debería regocijarme de ello? pues es la persona que más he tratado y me agrada diez veces más que cualquier otro. Al mismo tiempo recapacito en la loca, vaga é inconsciente esperanza, que, por una fortuita combinación de átomos, podría hacer que yo le tocara en suerte al capitán Montagú, ó más bien él á mí, y que no sé cómo se ha apoderado de mi insensato cerebro.

—Yo había solicitado de la Sra. de Wárrington el honor de conducirnos al comedor—me dice radiante el coronel Fane, mientras me lleva del brazo.

—¿ De veras?—le contesto, tratando de manifestarme contenta.

—La cosa fué algo dificultosa por de pronto, pues ella os destinaba á otro; pero acabé por triunfar.

—¿ Sabe usted de quién se trataba?—dígole, tratando de mirar mi plato de sopa y de afectar naturalidad.

—¡ Montagú!—me responde, entre dos cucharadas de sopa.

Siento como una descarga eléctrica que me sacude de pies á cabeza de tal modo, á punto que se me saltan las lágrimas. ¡ Cuanto me felicito de que él en este momento no ve sino su plato! Y aun no las tengo todas conmigo, pues exclama secamente, levantando los ojos:

—No es Carlitos, sino su hermano mayor; el heredero del título y de la fortuna. ¿ Acaso usted prefiere al menor?

—“Prefiero Hisperio á Sátiro”—respondo lacónicamente.

—Qué bien parece usted conocer á Shakespeare—dice con aire algo zumbón.—¿ Pero por qué no le agrada á usted Héctor?

—Su carácter es frío y sarcástico: me inspira miedo.

—Á la muerte de su padre disfrutará una renta anual de doce mil libras esterlinas.

—¿Acaso eso lo embellece?

—Sin duda, á los ojos de gran número de mujeres.

Mientras tanto dirigió una mirada furtiva á la cabeza griega, que está en animada conversación con la Sra. Húntingdon, lo que comienza á inspirarme celos: ¡qué ridiculez!

—Quisiera saber si será divertido el baile de esta noche—digo, tratando de distraerme de lo que me preocupa.

—Me parece que lo será para usted—me contesta con amabilidad.—Usted tiene todo cuanto se requiere para que le sea grato.

—¿Cómo así?—le pregunto.

—Cuenta usted con juventud y salud para divertirse, buena cara para atraer á los danzantes, y lo que es más que todo, hay para usted el aliciente de la novedad.

—Figúrese usted—observo pensativa—que á pesar de mis dieciocho años, nunca he concurrido á ningún baile.

—¡Delicioso!—dice él.—Quisiera tener de nuevo dieciocho años y ser aún alferez, aunque, sea dicho de paso, no creo que pensaba mucho en bailes á esa edad.

—¿Es posible?—con curiosidad.—¿Pues qué era lo que hacía usted entonces?

—Pasaba las noches muy agradablemente en las trincheras.

—¿Estuvo usted en Crimea? ¿Se batió usted y salió herido?—le pregunto con ansiedad.

—Lo positivo es que no me mataron—replica él risueño.—Pero antes que se haga más tarde, necesito que me prometa usted una danza: ¿no podría ser la primera?

—Pero esa será una contradanza—le respondo con un desparpajo, que me sorprende á mí misma.—Diríase que usted cree que no sé valsar—agrego algo picada.

—Todo lo contrario—en son de chanza.—Apostaría doble contra sencillo acerca de sus conocimientos en la materia; pero es el caso que yo no valso.

—¿Cómo que no, y por qué?—algo contrariada.

—En primer lugar, porque ya comienzo á ser viejo.

—Y mucho—contesto en broma.

—Y, en segundo lugar . . .

—¿ Por qué, en segundo lugar ?

—¡ Cáspita ! me parece—agrega clavándome los ojos—que fuera de mi hermana no he dicho nunca á nadie cuál es la segunda razón.

Me quedo callada, aunque con curiosidad.

—No tengo inconveniente en decírselo á usted—exclama repentinamente.

—Sí, dígamelo usted—aguijoneada por mi ardiente curiosidad femenina.

—Hace cinco años—agitando el tenedor—había dado palabra de casamiento.

—Bueno.

—Soy de genio algo celoso, y así no podía sufrir el ver á otro hombre poner su mano en la cintura de la joven que debía ser mi esposa.

—¿ No lo soportaba usted ?—digo con disimulada desaprobación.

—No, no lo podía sufrir—con ojos chispeantes—y creo que hoy tampoco lo soportaría.

—¡ Es posible !—repito, con marcada desaprobación.

—Bien veo que no pensamos igual y supongo que gran número de damas piensen lo mismo. No obstante, yo le prometí á ella que si renunciaba por completo á las danzas giratorias yo también renunciaría á ellas para siempre.

—¿ Me figuro que á usted no le gustaba mucho el vals ?

—Al contrario—fríamente—me gustaba sobremanera. Ella hizo la promesa ; pero poco después se deshizo el proyecto matrimonial, ella no cumplió lo prometido, y se cae de su peso—con rabia—que desde entonces ha seguido bailando de todas veras.

—¿ Pero, indudablemente, así quedaba usted libre de todo compromiso ?—agrego yo con cierta sorpresa.

—Ya lo creo. Esa no fué sino una idea quijotesca de mi parte, ¿ no le parece á usted ? Pero una vez que había dado mi palabra no me pareció bien el retractarla. Pero á todo

esto, todavía no me ha contestado usted si bailaremos la primera danza.

—Sí, por cierto, con sumo placer.

—¿Y acaso una ó dos más, no es verdad?—Si es que no le fastidio demasiado.

—Estoy segura de que usted no exigirá tal cosa—le replico con energía.

—¿Está usted segura? Si yo pudiera . . .

—Ya la Sra. de Wárrington hace señas de que hemos concluído—interrumpiéndole.—Parece que hoy la comida no ha durado ni la mitad del tiempo de la anterior.

—Siento tener que contradecir á usted; pero, en honor de mi vanidad, debo declararle que ha durado exactamente siete minutos más que la otra.

Pasamos al salón, donde en el acto me viene al encuentro la hermana del coronel Fane.

Dirigiendo una mirada retrospectiva á los años pasados—que no son muchos, pero que me parecen tales por las muchas alegrías y pesares que en ellos he experimentado—conservo aún vivo el recuerdo de aquella noche, tal fué la impresión que ella me produjo. Era muy distinta de todas las demás mujeres que había visto hasta ese momento. Era mujer de mundo, pero no mundana; la distinguía algo tan genial, tan amable, acompañado de un aire majestuoso y digno en todos sus ademanes.

Es bondadosa, bella, llena de vigor, rebosando vida y buen humor; es jovial en sociedad, viste muy bien, habla de un modo agradable é impone admiración. Su influencia no es dominadora; tiene un no sé qué de sutil, y se insinúa en todos los presentes, de suerte que cada uno al retirarse desearía ser mejor de lo que ha sido hasta entonces.

No puedo menos de hacer notar, que durante la primera noche que la ví consiguió, poco á poco, que la conversación se hiciese general en el salón—cosa que hasta ese momento no se había visto—y observé que hasta la Sra. Guineta y la Sra. Húntingdon se mostraban más agradables y menos descocadas é hirientes—confieso que este había sido el juicio interno que de sus modales me había formado antes.

Habiéndose puesto á hablar acerca del baile, con gran interés, aunque ella misma baila muy poco, la Sra. Húntingdon le dice, con una afabilidad de que no la creía capaz :

—No me explico por qué no baila usted danzas giratorias, como el vals, y me figuro que sea porque las cree usted algo libres.

—Nada de eso : es un entretenimiento muy bonito é higiénico. Á decir verdad no sé por qué no lo practico : creo que no me inspira gran atractivo. Por otra parte, me voy poniendo muy vieja : ya he cumplido los treinta.

—Abrigo la esperanza de parecer tan bien á los treinta—dice la Sra. Húntingdon, que por cierto representa más edad que la Señorita Fane.—Dígame usted, ¿ de qué medios se ha valido para conservarse tan maravillosamente ?

—Sin duda será por tener corazón de corcho y cabeza de chorlito—replica jovialmente.

—Venga usted acá, amiga mía—exclama cariñosamente la Sra. de Wárrington—yo no puedo consentir en que continúe usted denigrándose, por más que no consiga que los demás sean de su opinión. Vamos, ya es tiempo de pasar al salón de baile.

—¿ Quiere usted venir conmigo ?—me dice la Señorita Fane—lo que acepto con sumo placer. Aprovecho la primera ocasión para hacerle la pregunta que me preocupa desde la hora de comer.

—¿ El coronel Fane se halló en la guerra de Crimea, no es verdad ? ¿ Fué herido ó se distinguió en algo ?

—Sí ; ambas cosas ; pero no hay quién consiga que él refiera sus hazañas. Era entonces muy muchacho ; pero realizó varios actos de heroísmo, y estuvimos todos muy ufanos de él. Yo sola quedo para enorgullecerme de él—agrega con acento algo triste—es el ser más bondadoso y amable que pisa la tierra.

En ese momento comienzan los preparativos de la orquesta, se oyen los primeros acordes, resuena la trompeta de combate, y el coronel Fane viene á invitarme á tomar parte en la lucha. Mi corazón no cabe dentro del pecho, y tiembla la mano que

apoyo en su brazo. Apenas si percibo las festivas frases que me dice al oído ; música que provoca á la danza, las luces deslumbradoras, la vista de las otras damas vestidas con ricos y lujosos trajes, el murmullo de las voces y sonrisas, todo toma posesión de mis sentidos y me embriaga de placer. No puedo contener la expresión risueña que irradia de mí y se difunde por mi gozoso semblante. No puedo fijar la vista en nadie, porque temo que crea que me río de alguien. No ; jamás, jamás en toda mi vida me he sentido tan inefablemente dichosa, como en el momento en que comenzó la música, y me parecía que me deslizaba sobre el reluciente suelo, en busca de un ser etéreo que venía á mi encuentro. En ese mismo instante diviso el hermoso rostro de Crespo, rebosando también de placer, y observo que el coronel Fane nos mira alternativamente.

—Usted nos envidia—exclamo gozosa.

—No—responde risueño—envidiar es querer arrebatarse á otro lo que posee ; y por nada en el mundo sería capaz de privar á ambos de la más mínima parte del placer que disfrutan.

CAPÍTULO VII

ESTOY comprometida para las cuatro primeras danzas ; mi segunda pareja es el Sr. Montagú, el hermano mayor. Aunque no me inspira ninguna simpatía, me siento tan de buen humor, que estoy dispuesta á prodigar miradas y palabras lisonjeras á todos á manos llenas ; y además él es mucho más agradable cuando se le trata de cerca. Estoy segura de que se propone ser lo más atento y amable conmigo ; pero me figuro que es tan inveterada en él la fría y arrogante expresión de su fisonomía, que ya no le es dado modificarla, aunque lo deseara. Sus palabras son muy atentas y baila bien ; pero no lo siento sobremanera cuando, concluída nuestra danza, me entrega al alférez á quien Crespo sentó tan bien la mano. No le guardo el menor rencor, por lo mismo que salió tan mal librado. Este es un joven guapo y de buen natural, aunque por demás orgulloso de su profesión y regimiento. Muy bien nos entendemos ; baila admirablemente ; parece como si nadaáramos, y nuestro placer y mutua confianza aumentan de instante en instante.

Dígame usted—observa él confidencialmente durante una pausa—; cuánto ha debido usted ejercitarse para conseguir bailar con tal perfección !

—Si este es el primer baile á que concuro—le respondo radiante y mirándole.

—¡ Cáscaras !—exclama alelado de admiración, como si le hubiera dicho que había descubierto la octava maravilla del mundo.—¡ Cáscaras !—por segunda vez.

—Hasta hoy no había valsado con nadie, mas que con Crespo—agrego triunfante..

—¡ Dale con Crespo !—responde siempre el Crespo perfecto

en todo género. ¿Así es que usted también le conoce, no es cierto?

—Sí—con sonrisa maliciosa.—Sí le conozco.

—¿Y es para usted también un modelo, como lo es para la Sra. Guineta?

—¡Y mucho más aún!—respondo indignada.

—En todo caso, de gustos no hay nada escrito—replica, tirándose el bozo.—Por lo que hace á mí lo creo un presuntuoso . . .

—¡Alto!—exclamo angustiosamente—¡ese es mi hermano!

—¡Cáspita!—y poniéndose colorado agrega.—Pido á usted mil perdones; no oí bien su nombre cuando fui presentado á usted—y mirándome fijamente—y además se parecen ustedes tan poco.

—Está usted perdonado—le digo riendo—y cuando le conozca usted mejor, por cierto simpatizará con él, como todo el mundo.

—Así lo creo. Me imagino que ya había yo salido de Eton cuando él estuvo allí. Pero es una verdadera lástima que este mos perdiendo el tiempo, dejando que se concluya tan delicioso vals. Y nos ponemos en movimiento de nuevo, cuando al cabo de unos instantes, prorrumpimos en un ¡Oh! lastimero, al ver que el vals ha terminado bruscamente.

—¡Es preciso que bailemos otro!—exclama el Sr. Tempest.

No me faltarían ganas; pero cuando lo veo que sigue borro-neando mi tarjeta de baile, me siento compelida á hacerle objeciones. ¿Qué significa esa vana, loca é inconsciente esperanza, que me impulsa así á dejar vacantes dos ó tres vales? Al principio de la última danza, la lánguida Húntingdon pasó por delante de mí, con su elegantísimo traje de tul, en brazos del capitán Montagú. No es posible figurarse más agraciado modo de bailar, á tal punto, que las otras parejas se detenían para contemplarlos. ¡Qué no daría yo porque me escogiera para bailar con él! Cuando dirijo mis miradas en otra dirección me encuentro cara á cara con el coronel Fane, que clava en mí sus ojos, y poco después lo veo acercarse al capitán Montagú, y le habla en voz baja. Observo entonces que el

capitán Montagú me dirige una mirada, alza ligeramente los hombros y atraviesa la sala en dirección á mí precedido por el coronel Fane.

No sabré decir el por qué; pero el hecho es que en ese mismo instante mi orgullo se creyó ultrajado y mi corazón rebo-saba de cólera; el instinto loco de la fuga se apoderó de mí, y en un abrir y cerrar de ojos, aún antes de darme cuenta de lo que iba á hacer, suelto el brazo de mi pareja, abro la puerta que estaba más cerca, atravieso la antesala y subo á toda prisa las escaleras, hasta llegar á mi cuarto. Nadie podrá figurarse la confusión y tortura que experimenté, cuando sentada al borde de mi cama me puse á pensar en lo que había hecho, en que por pura bondad el coronel le había ofrecido presentármelo, y que en su cara había yo leído el fastidio que la presentación le causaba. En mi vida he pasado un momento más amargo. Me arrepentía ya de lo que había hecho y deseaba que alguien me viniese á buscar, al mismo tiempo que suponía que todos estarían criticando mi proceder extravagante, como de una persona no habituada al trato social. Pero pasaron diez minutos y nadie parecía, y entonces pensé que no me quedaba otro recurso que volver á bajar. Así pues, bajo corriendo por la amplia escalera, y cual fué mi sorpresa cuando, al pie de ésta, la primera persona con quien me encuentro es mi compañero de baile, que allí había estado aguardándome.

—¡No podía figurarme lo que hubiera podido ocurrir á usted!—exclama al verme llegar.—¿Acaso fué un desgarrón del traje, un súbito malestar, ó quizá—con una sonrisa de incredulidad—buscaba usted la ocasión de evitar seguir bailando conmigo?

—No tenía prevista la respuesta á tal pregunta, y como no he aprendido todavía el uso de las mentiras de sociedad, me quedé callada.

—Debo pues suponer que fué el último motivo—dice, mirándome de tal manera, como si dudara de que estuviese completamente en mi juicio.

—¡Oh! ¡nada de eso!—replico con voz apagada.—Volvamos á comenzar, ¿quiere usted?

—En atención á que ahora acaba un galop y se preparan ya para los lanceros, la cosa parece difícil—dice contrariado—y no seré yo el que vaya á exponerme á un ridículo.

—Además, yo también estoy comprometida con alguien—digo yo.

En ese momento el Sr. Héctor Montagú, que debe ser mi compañero, clama por mí, y después de prometer otro galop á mi furiosa pareja, cada uno va á reunirse á su cuadrilla.

Han terminado los lanceros. He tenido la suerte de no encontrarme con el coronel Fane, ni con el capitán Montagú. El hermano de éste me conduce al invernáculo, y nos inclinábamos para admirar una preciosa rosa te, cuando oímos por detrás una voz que me sobrecoge y me hace saltar en el aire.

—Héctor, ¿ puedes presentarme á la Señorita Diana Caré ?

—El Sr. Montagú mira con ceño á su hermano ; pero hace la presentación de una manera glacial.

El capitán, con su voz melosa y su tierna mirada, me invita á bailar con él. Por un momento siento impulsos de negarme secamente ; pero hay algo en mí que no puedo dominar, y así le entrego mi tarjeta, en la que se inscribe para la undécima danza—la única disponible—dame las gracias y se retira. De todos modos me siento sumamente dichosa ; dígame para mis adentros : al fin voy á bailar con él ; habrá que esperar largo rato, pero bailaré con él. Creo casi volar por los aires, y la alegría que llena mi alma se traduce en la expresión risueña de mi rostro, hasta el punto de transmitirse al austero Héctor, que se echa á reír con ganas. Estoy en un estado de espíritu semejante al del niño, que coloca su golosina al lado del plato que tiene por delante, y la contempla con deleite, mientras come los bocados menos agradables.

La décima danza ha terminado, y las señoras mayores se van á cenar. Yo quedo esperando con febril ansiedad el delicioso momento en que venga él á buscarme. Escucho ya los deliciosos acentos de la orquesta, que ha comenzado uno de los más arrebatadores vals de Gungl, y en tanto él no parece por ningún lado. Dos ó tres caballeros, al verme sentada, vienen á invitarme á bailar.

—Estoy comprometida—contesto á cada uno—y lo positivo es que él no llega.

En esto se presenta Crespo y me dice :

—¿Cómo, Dianita, tú no bailas? Voy, si quieres, á buscarte pareja.

—Estoy comprometida—le contesto, tratando de dar á mi voz una expresión de indiferencia—con el capitán Montagú.

—¡Montagú! Lo acabo de ver en el invernáculo con la Sra. Húntingdon. ¿Quieres que vaya á decirle que tú lo estas aguardando?

—¡Ni pensarlo! exclamo en el acto. Ahí está el coronel Fane; dile que venga.

Crespo obedece y el coronel viene inmediatamente.

—¿Quiere usted llevarme á cenar?—le digo rápidamente—tengo mucho apetito. Y sin esperar que me conteste, me levanto y me apoyo en su brazo.

Llegamos al comedor y me siento cerca de la ventana, en un canapé bajo.

—¿Qué desea usted que le sirva?

—Á decir verdad, no tengo ganas de nada—le digo, pues, en efecto, me siento tan nerviosa, que la sola idea de comer me da náuseas.

—Ya veo que usa usted del privilegio femenino de cambiar súbitamente de opinión—replica él riéndose.—¿Quiere usted que le traiga una copa de Champaña?

—Si usted gusta—contesto. Y, cuando ya se ha ido, me acuerdo que como nunca he tomado vino podría subírseme á la cabeza; de suerte que cuando regresa le digo:

—Si no le es á usted molesto, preferiría una limonada ó un vaso de agua, pues me muero de sed.

Sin decir jota, se vuelve á llevar el Champaña y me trae lo que le pido.

—Va usted á decir que le doy demasiado que hacer—digo para excusarme.

—Lo que pienso es que está usted llamada á ser una señorita á la moda—replica él.

No sé decir si debo interpretar esto como un reproche ; pero me inclino á ello y me siento algo corrida.

—Dígame usted—agrega, sentándose á mi lado—¿ por qué se escabulló á escape cuando le traía á usted á Montagú para presentárselo ?

La mirada del coronel Fane es de esas que compelen á decir la verdad. No me conviene confesarle por qué me escapé, y así me pongo á mirar el piso y en torno de la sala detrás de mi abanico, sin que de ningún lado me venga la inspiración.

—Porque—respondo al fin, inclinando la cabeza, para en algún modo ocultar el rubor de mis candentes mejillas—me figuraba que usted me lo quería presentar, porque creía que yo tenía gran ansia de conocerle, mientras que él . . . él . . . no experimentaba igual deseo de entrar en relación conmigo.

—¿ Qué susceptible es usted !—me dice, mirándome tiernamente.—Por otra parte, eso es característico de Montagú, que en todo obra con ese aire de desgano y fastidio. Es muy probable que habría procedido de igual manera, si le hubiera propuesto presentarle á la más encopetada dama de nuestro país.

—En tal caso—replico—si yo hubiera sido esa encumbrada dama de nuestro país, me habría negado á que me lo presentaran.

—¿ Entonces, usted ha resuelto no entrar en relación con él ?

Guardo silencio. Por nada de este mundo le confesaría de qué manera me ha sido presentado el capitán Montagú, y de qué modo me ha ofendido.

En este mismo momento entra el caballero aludido y se dirige hacia mí.

—Me parece que la presente es nuestra danza—me dice colocándose frente á mí—al mismo tiempo que el coronel se retira. Yo permanezco alelada, entre la duda, la sorpresa y la cólera. Le miro y respondo fríamente :

—No ; usted me comprometió para la última.

—¿ Imposible ! Permítame usted mirar su tarjeta.

—Mejor sería que consultase usted la suya.

—Por desgracia se me ha caído. Me figuro que á esto hay

que atribuir la equivocación. ¿ Pero en todo caso, puede usted perdonarme y bailar conmigo ésta, en vez de la otra danza ?

—Estoy comprometida.

—¿ No podría usted pasar por alto al otro ?—dice con mucha calma—y yo le contesto indignada :

—¡ No !

—Porque—mirándome tiernamente—tengo furiosas ganas de valsar con usted, y temo no tener otra oportunidad esta noche.

¡ Puede alguien creer—por ventura lo habría creído yo misma—que sea yo tan débil y condescendiente ! Me siento muy pequeña y me avergüenzo de mí misma ; pero el hecho es que, con pocas palabras más me hace ceder.

Temblando de encontrarme con mi legítima pareja, que es el Sr. Tempest, me dirijo de bracero con el capitán Montagú á la sala de baile. La música ha comenzado, y á lo lejos veo á mi alférez que me busca, por lo que, en voz baja, digo al otro desesperada :

—¡ Comencemos !

He aquí los momentos de más intensa dicha que he pasado en mi vida : los encantos de la más deliciosa música, el deslizarse como cerniéndose por los aires y el contacto del hombre amado. ¿ Qué he dicho, el hombre á quien amo ? Enhorabuena : no retracto nada. Creo que entonces le amaba ya, y, ¡ Dios sólo sabe cuánto le he querido en lo sucesivo !

Después de esos momentos de deliciosa embriaguez, me encuentro aún apoyada en su brazo, con el corazón que no me cabe en el pecho y los ojos radiantes de gozo, cuando se presenta mi Némesis, en la persona de Jorge Tempest, el que se coloca frente á mí, diciendo con semblante airado :

—Si usted se digna, Señorita Caré, consultar su lista, verá que estábamos comprometidos para esta danza.

Me detengo convencida, y lo pruebo con mi silencio. Muy á pesar mío, mi mano ya comenzaba á dejar el brazo del capitán, que éste estrecha con fuerza, y dice :

—Aquí ha habido algún error. La danza de usted es la última y ésta la mía.

Si él espera que yo voy á corroborar su mentira con otra mía, se equivoca, pues yo continuo silenciosa entre ambos. Un hombre menos joven que el Sr. Tempest habría leído probablemente en la expresión de mi fisonomía cuáles eran mis preferencias, y se habría despedido de mí, por más que costase á su corazón, haciéndome una cortesía de aquiescencia. Pero el Sr. Tempest no aspira á otra cosa que á llevar á cabo su capricho, y no verse suplantado por nadie.

—¿ Me permite usted examinar su lista ?—dice con persistencia y enojo.

—No se la enseñe usted señorita—me dice el capitán, lánguidamente.—La palabra de usted debe bastarle.

—Quedaré completamente satisfecho con la palabra de la Señorita Diana, si *ella* me la da—replica el alférez, con una mirada que dice mucho.

—No hay necesidad de tanto—digo retirando mi mano, como si al mismo tiempo me arrebataran la esperanza, el placer y el éxtasis de que gozaba.—Sí; *estoy* comprometida á bailar con el Sr. Tempest.

Entonces el capitán me saluda y se retira, y éste comienza su tan disputado vals. Yo, con disimulo, dirijo furtivas miradas á aquél, á ver si me encuentro con las suyas; pero Montagú continúa con su aire de languidez, mirando á todos lados y sin fijarse en mí.

El baile ha terminado y me hallo sentada delante del hogar de mi cuarto, entregada á mis ensueños de niña; pero ya no me siento libre, lejos de eso. Hasta hace diez horas aun no había visto al que absorbe todos mis pensamientos; aunque me digo desolada, que él no parece preocuparse mucho de mí, por lo que he observado. Al contrario, lo he visto enteramente consagrado á la Sra. Húntingdon, de la que estoy furiosamente celosa. ¡Ay! ¡mi primer baile! Me ha procurado más sufrimientos que goces, aunque en un principio parecía tan lleno de lisonjeras esperanzas.

CAPÍTULO VIII

HOY todos los hombres, á excepción de uno, van á cazar. El capitán Montagú aún no se ha dejado ver, y aseguran que, como las damas elegantes, se desayuna en su cuarto y no sale de él hasta muy tarde. Esto no desprestigia ante mí el bello ideal de mis ensueños, pues soy con lo que me toca, como los que dicen que “el rey no puede hacer nada malo”; así, el que sea mi rey ó mi amigo, nada tiene que temer de mi crítica.

La Sra. Guineta también ha tomado parte en la cacería, pues ella, lo mismo que la Sra. Húntingdon, detesta pasar el tiempo cosiendo con otras mujeres y prefiere compartir con los hombres sus diversiones, é imitarlos en cuanto le es posible.

Se ha convenido en que á las dos se enviará el almuerzo á los cazadores, y que Gora y yo iremos á reunirnos con ellos en una casita de recreo que hay en el bosque. El ama de la casa espera por su parte resolverse en vista de lo que decida la Sra. Húntingdon. Yo me voy á pasar el tiempo entre tanto en el saloncito, y cuando abro la puerta, creyendo que no hay nadie, me quedo confusa al ver que he venido á interrumpir los coloquios del capitán y de dicha Señora Húntingdon. Ésta se halla arrellanada en una poltrona junto á la chimenea, mientras Carlos Montagú, á su lado, me parece más guapo y fascinador que nunca. Al verme ella frunce el ceño, él sonrío, y yo—como de costumbre—me pongo más colorada que la grana. Estoy perpleja y con ganas de retirarme; pero eso daría á entender que los considero como dos enamorados—¡ y ella es toda una señora casada! Así, tomo el partido de decir á ésta:

—La Señora Wárrington la está esperando, para saber si desea usted ó no ir á almorzar en el bosque.

—Gracias—me responde en tono frío.—El capitán Montagú

me ha prometido llevarme en el cochecito. ¿ Puede usted hacer el favor de cerrar la puerta ?

—Yo . . . yo voy á decirselo—balbuceo—como quien hubiera recibido un portazo.

—Suplico á usted que no se vaya, Señorita Diana—dice el capitán, viniendo á mi encuentro.—Usted me parece la viva encarnación de la primavera, que nos trae una cantidad de aire tonificante, y el aroma de mil rosas y violetas, con otras mil cosas deleitosas.

Sorprendida y halagada por tan poético lenguaje, no sé qué hacer y me detengo en la puerta con la mano en el picaporte, olvidando la desatenta orden de la Sra. Húntingdon, que al mismo tiempo se levanta orgullosa y sale del gabinete. Entro, pues, de nuevo—y probablemente cariacontecida—pues el capitán se sonríe y me dice :

—No hay para qué asustarse ; las miradas no matan á nadie, como usted sabe. Venga usted acá, dígnese tomar asiento y cuénteme qué le pareció el baile de anoche.

—Me gustó muchísimo—mirando el sombrero que acabo de quitarme, para evitar tener que mirarle cara á cara, aunque tanto lo deseaba—ese ha sido mi primer baile.

—¿ De veras ! Así es que ha debido usted experimentar un placer muy intenso.

—¿ Lo cree usted, y por qué ?—replico, sin mirarle aún.

—Lo digo porque es delicioso cuanto se hace por vez primera—especialmente cuando se trata de algo agradable. Por lo menos eso no le inspira á usted hastío, lo que ya es algo, pues el hastío forma el fondo de la existencia de mucha gente.

—¿ Se siente usted hastiado con frecuencia ?—le pregunto mirándole con curiosidad, á fin de llegar á penetrar algo en su interior.

—Con frecuencia, (sonriendo). Así, anoche me sentí de mal humor cuando me ví postergado por el alférez.

—¿ De veras ?—digo con vehemencia.—Pues lo mismo me pasó á mí. Y enseguida, avergonzada de mi juvenil candor, oculto mi rostro mirando un álbum fotográfico.

—Habría sido tan fácil decir entonces que ya estaba usted

comprometida conmigo—replica la seductora voz, que ya me habla más de cerca.

—Pero no habría dicho la verdad—respondo, mirando el retrato de un guerrero.

—¿Pero no se le ocurrió á usted que no había inconveniente ninguno en disfrazar un si es no es la verdad?

—Sí que lo pensé—respondo con energía—pero entonces mi propio rostro me habría desmentido, y . . . y eso me habría contrariado, porque no soy amiga de contristar á nadie; pues yo no olvido aquel precepto: “no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí.”

Carlos Montagú lánguidamente toma una silla, y colocado frente á mí comienza á contemplarme con sus risueños ojos—que no sé aún si son verdes ó azules, porque no me atrevo á mirarlos por más que lo deseo—mientras me dice:

—En otro tiempo fuí joven, y me enseñaron todos esos sentimientos morales tan bonitos; pero temo no haber sido un discípulo aprovechado, pues no he tratado de reducirlos á la práctica. ¡Dios me perdone!—con cierta risita maliciosa—pero creo que si las gentes hubieran procedido conmigo lo mismo que yo con ellas, la cosa no me habría gustado ni pizca.

—Bien entendido que á todos nos es imposible proceder siempre rectamente—le respondo inquieta, tratando de defenderlo de sus propias acusaciones.

—Pero es el caso que yo hago siempre lo que no debo—contesta, según sospecho, humillándose acaso para humillarme.—De todos modos, parece que sufro la atracción del mal. En prueba de ello, interrogue usted á mi hermano, y él le dirá que yo no tengo las dotes necesarias para rozarme con una señorita tan buena, bien educada y distinguida como lo es usted.

—No le creeré á él, ni le creo á usted; pues veo que todo lo que ahora me dice es sólo por atormentarme.

—No—agrega suavemente.—¿Acaso va usted á contristarse si sabe que sólo soy un miserable pecador?—Y durante todo este tiempo ha tenido sin cesar los ojos fijos en mí.

—Si supiera que alguien es un miserable pecador, lo sentiría infinito—contesto confusa.

—¡ Oh!—con tono descorazonado, que me parece fingido.—Así es que usted no es sino una especie de misionero general, que no se interesa en particular por mí. ¿ Se contristaría usted lo mismo si se encontrara en ese estado pecaminoso el lacayo ó el jardinero ?

—¡ No se burle usted de mí, por piedad!—le digo en tono lastimero.—Yo no soy sino una pobre muchacha del campo, y así soy muy enemiga de que me hagan zumba.

—Le aseguro á usted que . . . —replica en son de protesta—precisamente cuando se abre la puerta, y entra de nuevo la Señora Húntingdon vestida de terciopelo gris, con adornos de pieles, faltándole sólo cierta expresión agradable para merecer el calificativo de sumamente bella.

—Vamos, Carlos—dice, y mi corazón salta de indignación—dese usted prisa, porque el carruaje va á estar listo dentro de cinco minutos.

—Pero apenas son las doce—mirando el reloj—y el trayecto no requiere más de diez minutos.

—Daremos antes un paseo—replica imperiosamente.—Yo necesito tomar el aire fresco y usted lo necesita también, á no ser—con indefinible desdén—que esté usted muy magnetizado por la Señorita Diana Caré.

Me siento tan indignada, que habría querido tener bastante ingenio para devolverle otro sarcasmo muy culto; pero la sociedad no me ha armado aún con sus sutiles flechas, y así me limito á seguir mirando atentamente mis fotografías.

—“ *Tu es ravissante, ma belle!* ”* susurra el capitán, dirigiéndose á ella—y muy á pesar mío reconozco que tiene razón: jamás he visto mujer más elegante que ésta.—Pero semejante traje debe llevarse en mejor ocasión que la del día de hoy—continúa Montagú.—¡ Vaya un horrible programa, que me es muy conocido! ir á comer en un casucho destartalado y húmedo un guisado casi frío, y rebanadas de bizcochuelo con

* ¡ Qué fascinadora estás, hermosa mía!—(N. del T.)

pasas, que es á lo que se reduce la merienda de las cacerías del buen Sr. Wárrington. ¿No sería preferible dar un buen paseo y regresar á casa, donde nos esperaría una buena mesa?

Yo temía que aceptara una propuesta que á mí no me habría costado un instante de reflexión; pero ella, con gran satisfacción mía, movió la cabeza y respondió:

—No; es indispensable que vaya: lo he prometido.

—¡Pues por eso mismo!—dice riendo.—Á mi entender nunca se ha considerado como obligatoria una promesa de mujer.

La Sra. Húntingdon se sienta delante del fuego y se calienta sus lindamente calzados pies, sin dignarse dirigirme ni una palabra, ni una mirada, y yo la observo á hurtadillas, con la triste convicción de que la lucha no es posible entre ella y una pobre campesina ignorante como yo. Pero me vuelve el alma al cuerpo, cuando me acuerdo de que *ella es una mujer casada*—lo que por un instante había olvidado. ¡Bendito recuerdo, que me has tranquilizado!

Picó ya su pez, y su pesca terminada, ella le procura todo el lujo y encantos de que disfruta, y que ella paga con ceño y mal humor, en tanto que el pez que me está destinado yace aún en el fondo del océano. Ni siquiera tengo preparados mis anzuelos, y no sé aún si la suerte me depara un tritón ó una caballa: ¡quién puede saberlo!

Ya se van ambos; yo atisbo tras de las cortinas á esa pareja, que de buena gana pintaría un acuarelista ó desearía inmortalizar el poeta en sus cantos amorosos. El ceño, no sólo ha desaparecido de su semblante, sino que sonríe al mirarle. Efectivamente, *ella es muy hermosa*, me digo muy de mala gana.

El día me parece sombrío y triste, una vez que ambos han partido, y que el eco de sus risotadas se pierde en lontananza. Ayer á estas horas no le había visto aún, y hoy hasta el brillante sol del mediodía me inspira tristeza. Todo es vacío en torno mío, y sobre todo en mi corazón, desde que el dulce son de su voz no resuena en mis oídos y esa forma humana se ha alejado de mi horizonte. ¿Qué es esto, es acaso amor? ¡Qué

pensamientos tan inmodestos é impropios de una doncella! Los oídos me zumban de vergüenza al pensarlo. ¡Enamorarme de un hombre que apenas me ha dirigido unas cuantas palabras; de un hombre cuya mente no ha de consagrarme la más insignificante reflexión! No, mil veces no: todo esto es el fruto de mi falta de mundo. Apenas he visto un hombre— aunque ninguno comparable al capitán Montagú— cuando mis ojos se sienten ya deslumbrados. Cuando tenga más trato social creo que no me dejaré impresionar con tanta facilidad. ¡Ah! ¡frecuentar más la sociedad! me repito tristemente á mi misma; no es esta la perspectiva que se me ofrece. Entonces la tristeza se apodera de mí, y me figuro volviendo á mi tranquila vida de antes, con sus simples goces y deberes, que hasta hoy había juzgado suficientes.

La Señorita Gora viene á interrumpir mi triste soliloquio, y ambas partimos para el bosque. Hoy ella está muy alegre y decidora, y charlamos festivamente. Á decir verdad, su conversación hace principalmente referencia á su soldado; pero tiene en mí una oyente benévola, aunque un si es no es celosa. ¡Amar, y ver una su amor plenamente correspondido; poder revelarlo, hablar de él y enorgullecerse de él! Sin embargo, aunque soy tan ignorante en materia de historias de amor, me sentiría dispuesta á investirle de un carácter sagrado, que lo aislara de toda ingerencia del mundo externo.

La cuadrilla de cazadores regresaba al mismo tiempo que nosotros llegamos. La Sra. Guineta está *en toda forma*, como diría Crespo: ¡ella misma ha cazado con su escopeta cinco faisanes! Con frecuencia las gentes me dicen, neciamente, que tengo un corazón demasiado compasivo, y ojalá lo tenga así siempre. Me ha dado siempre mucha pena el ver sufrir á los pobres animales. Creo que si fuese hombre no podría amar á una mujer dura é insensible ante los sufrimientos de esos seres mudos, y mucho menos si se deleitase en hacerlos sufrir. Pero veo que los hombres—especialmente los aquí reunidos—no piensan como yo, pues observo que todos halagan y felicitan á la Señora Guineta, con cierto aire de sinceridad. De Crespo no hay que decirlo: su admiración hacia ella

se ha centuplicado, y el mismo coronel Fane le ha dirigido un piropo. ¿ Y éste, por qué me evitará hoy ? ¿ En qué le habré ofendido ? No trata de encontrarse conmigo, y esta misma mañana, á la hora del desayuno, no se sentó como de costumbre á mi lado. Ya debe haberse cansado de mí, á pesar de sus protestas de ayer. Por cierto que no debió entretenerle mucho el relato candoroso de la vida monótona de nuestra familia ; pero como hombre bien educado disimuló su fastidio.—Héctor Montagú se ha sentado á mi lado, y yo quisiera verlo muy distante, pues no simpatizo con él, que sé yo por qué.

—¿ Es usted aficionada á la caza ?—me dice.

—No, por cierto—respondo.

—Lo dice usted con tal énfasis, que parece más bien una censura de toda clase de *sport*.

—Sí, detesto el *sport*, en especial la caza, y francamente lo confieso, pues implica sufrimiento para algunos seres. Sin embargo—para atenuar mi fallo—comprendo que los hombres deben divertirse, y si no tuvieran en qué ejercitar sus fuerzas se afeminarían.

—Eso quiere decir que usted nos considera como unos bárbaros, que estamos tratando de torturar á algún ser viviente ; pero también confesará que hay muchas personas del bello sexo, y de la mejor sociedad, que tienen gustos parecidos.

—¡ Detesto á la mujer cruel !—replico con rabia.—Si yo fuera hombre no me interesaría por una de ellas, por más que fuese más linda que . . .

—¿ Qué quién ?

—Que un ángel—respondo—por no encontrar de pronto otro término de comparación.

—¡ Un ángel ! Yo no he visto ninguno ; pero creo que si son como los artistas los pintan, me figuro que tienen una belleza algo insípida. Por lo demás, no recuerdo haber visto nunca un ángel moreno, y tampoco soy admirador de las rubias. ¿ Así, pues, conforme á su modo de pensar, todas las mujeres deberían ser compasivas, religiosas, modestas y en una palabra caseras ; cualidades que nosotros no poseemos, ¿ no es verdad ?

¡ Parece como que se burla de mí! Y sin embargo, ¿ por qué me mira de hito en hito? Ojalá no lo hiciera, pues sus miradas me desazonan.

Me echo á reír, casi mal de mi grado.

—No me toca á mí decir lo que deberían ser las mujeres. Por lo demás, si yo presentase un modelo, debe suponerse que trataría de conformarme á él; ¿ no es verdad?

—Y no lo dudo ni un momento—me responde.—Ahora sí creo que se burla de mí, y así replico fríamente:

—En todo caso, bien puedo decir á usted mi modo de pensar relativamente al *sport*: éste debe suponer igual riesgo de ambas partes; así cazar leones ó tigres, osos ó jabalíes, he aquí—agrego con énfasis—lo que yo llamo *sport*.

—Mucho me temo—responde él risueño—que en tal caso el *sport* no esté al alcance sino de un número sumamente reducido de personas.

En este momento resuena la voz del Sr. Wárrington que nos llama á almorzar, y al mismo tiempo diviso, saliendo lentamente de la espesura, al capitán Montagú con la Sra. Húntingdon: ¡ qué buena pareja forman!—me digo, despechada.

—¿ Sabrá usted que yo leo los pensamientos?—exclama la fría voz de su hermano primogénito, que continúa á mi lado—y doy un salto involuntario, impulsada por el terror que me causa. Mi elocuente actitud probablemente me denuncia, puesto que él mirando hacia otro lado, agrega en son de broma:

—Usted estaba mirando, ¿ no es verdad? el magnífico traje que lleva la Sra. Húntingdon: se viste con exquisito gusto.

Pero comprendo muy bien que no era esto lo que él quería decir: me da miedo, y casi me causa repugnancia.

CAPÍTULO IX

EL almuerzo está ya servido en el pequeño comedor de la casita del bosque, y los comensales son ocho, cuatro damas y otros tantos caballeros. Las viandas no son lo que precedía despectivamente el capitán Montagú, y en vez del guisado frío tenemos uno muy caliente y sabroso. Esta es la opinión de todos los comensales, inclusive el mismo capitán, quien de un lado á otro de la mesa me dirige una mirada burlona, y me dice:

—El apetito le viene á uno mientras come.

—El mío me ha venido mucho antes—le contesto en el mismo tono.

—¿ Acerca de qué es la broma ?—pregunta el hermano mayor, que con dificultad come su parte apoyado contra la puerta del estrecho é improvisado comedor.

—Querido hermano, no seas tan preguntón: la Señorita Diana y yo tenemos nuestros secretitos.

—¡ Indudablemente !—replica Héctor, fríamente, con una cara que no era de fiesta.

Por mi parte, bien puede continuar con su ceño, con tal que siga sonriéndome su hermano.

Me felicito sobremanera al observar que el capitán parece ya no hacer caso de la Sra. Húntingdon, aunque consagra su atención á la Sra. Guineta, la cual es acaso para mí la más antipática de las dos.

—¿ Le han contado á usted mis proezas ?—le pregunta ésta muy gozosa á Carlos.—¡ Dos pares y medio de faisanes, de los más estimados !

—¡ Soberbio !—exclama él, con su voz lenta y placentera.—¡ Qué delicioso debe ser el tener una esposa que se encarga de

las más penosas labores! Désboro debe apreciar esto en su justo valor, me parece.

—Si tuviera la dicha de ser hombre, creo que ningún trabajo me parecería pesado—replica ella.—Le aseguro á usted, en todo caso, que yo no sería un militar de cartón.

—¡ Como yo, por ejemplo!—dice sonriéndose.

—Sí, como usted. Me figuro que habría usted podido ser una encantadora chica, que muy bien ataviada se va zaran-deando á pasear durante todo el día; en tanto que yo, en su lugar, sería capaz de pescar un enorme salmón, cazaría seis veces por semana, tiraría al blanco cuando hiciese mal tiempo, y . . . acaso haría un viaje á Méjico. ¡ Qué lástima, cuando se ha tenido la suerte de nacer hombre, el desperdiciar tontamente tamaño privilegio!

—Bien puede usted desquitarse, Carlitos, le dice maliciosamente la Sra. Húntingdon.—Le llama *Carlitos*, aún delante de su marido, sin que esto llame la atención á nadie: acaso, me digo, son amigos de mucho tiempo.

—Yo nunca disputo con una señora—responde él, desdeñosamente. Con mi lastimosa falta de energía, creo que saldría mal librado.

En este momento vuelvo casualmente los ojos del lado de Héctor Montagú, y observo que dirige á su gallardo hermano una mirada del más profundo desdén. Sí, no hay duda alguna que aquél me es antipático. La Sra. Guineta no hace el menor caso de la observación de la de Húntingdon, y continúa con petulancia:

—Los hombres lo monopolizan todo y nosotras no tenemos nada.

—Me parece que tenemos bastantes privilegios—le dice con sorna la Sra. Húntingdon.

—¿ Cuáles son, por ventura?

—Nos lo hacen todo: no tenemos que entendernos con alguaciles, no pagamos las libranzas, no compramos los caballos ni tenemos que intervenir en multitud de menudencias desagradables; tenemos en todas partes los mejores asientos y nos arrellanamos en nuestras butacas de la ópera, mientras los in-

felices hombres se mantienen en pie tras de nosotras, sin saber sobre cual apoyarse.

—¡Bah!—replica desdeñosamente la Sra. Guineta.—Yo me entiendo siempre con los alguaciles y pago las cuentas, y en cuanto á dejar que Haroldo compre un caballo, eso sería como tirar desde luego el dinero por la ventana. En cuanto al privilegio de disponer de los mejores asientos en todas partes, puedo decir que prefiero estar de pie á estar sentada, y aseguro que aun me resignaría á apoyarme en un solo pie toda mi vida, por gozar del incomparable privilegio de ser hombre. Los hombres pueden siempre hacer algo ó ir á alguna parte, cuando se fastidian; pero nosotras estamos condenadas á estar siempre sentadas en casa, sometidas á nuestro destino.

—Sra. Guineta—interviene riéndose el capitán Montagú—está usted escandalizando á la Señorita Diana, y si no, vea usted la cara azorada que pone.

Si yo soy tan boba, que no soy capaz de disimular mis impresiones, no está bien que él lo haga notar.

—Las niñas harían bien en quedarse en la escuela hasta que estén en estado de saber cómo han de conducirse en sociedad—dice con agresiva dureza la Sra. Guineta.

Me siento tan picada, que sólo en este momento comprendo que mi genio es violento. Casi, casi se me escapa la respuesta; pero me contengo al pensar que no faltará más tarde la ocasión de desplegar mis labios, y por de pronto hay aquí un campeón que sale á mi defensa.

—Yo soy de la misma opinión que la Sra. Guineta—dice con su acento reflexivo el coronel Fane.—Yo creo, en efecto, que de ningún provecho puede ser para las almas inocentes la conversación de los hombres y mujeres del mundo.

—¡Bravo, bravo!—exclama Héctor Montagú.

Ha llegado la vez de que la Sra. Guineta se ponga también colorada, aunque sea de rabia. La Señora de Húntingdon frunce sus negras cejas; pero, antes que ninguna de las dos pueda proferir una palabra, resuena la fuerte voz de nuestro anfitrión, que desde la puerta, grita:

¡Vamos, ya es hora de continuar nuestra batida!

Pero algunos de los cazadores están desalentados. Por su parte, Sir Jorge ha resuelto volver á casa en compañía de la Sra. Húntingdon; la Señorita Gora sin duda ha combinado un plan con su militar, y Héctor me dice, á media voz:

—Yo preferiría hacer un poco de ejercicio con usted: basta de caza por hoy.

Pero yo le replico en el acto.—Creo que el Sr. Wárrington no gustará que se suspenda la cacería—y él no agregó ni una palabra.

Cuando los cazadores se preparan á partir nuevamente, el capitán me dice:

—Señorita Diana, ¿no sería bueno que nos consoláramos mutuamente, pues nuestros crueles amigos parece que van á dejarnos abandonados como niños en medio del bosque?

En mis ojos debe conocerse el placer que tal propuesta me causa, pues Héctor Montagú me mira con ojos escudriñadores, y se decide á alejarse, mientras por otro lado se va la Sra. Húntingdon con Sir Jorge.

—¿Este no es el camino que conduce á casa?—pregunto al capitán Montagú, al verlo tomar la dirección opuesta.

—No me figuro que tenga usted ganas de regresar á casa tan temprano, ni tendría usted allá en qué pasar la tarde, hasta que llegue la hora de comer. Procedamos como “verdaderos campesinos” y tratemos de olvidar, en un buen paseo por el campo, el odioso recuerdo de ese retrógrado guisado, aunque no dejó de gustarnos en el momento preciso.

Yo tomo á la letra lo que me dice, y echo á caminar á paso largo.

—¡Querida Diana!—exclama él en tono lastimero, al poco rato.—¿Por ventura ha conseguido usted las legendarias botas de siete leguas? ¡Tenga usted piedad de una pobre víctima del charol, y . . . de los callos!

—¡Callos!—exclamo desesperada, al imaginarme un héroe con callos.—¡Callos!—mientras involuntariamente miro sus simétricos pies, y con el entusiasmo que dan la fe y la vista del objeto, agrego: ¡no, no le creo á usted!

—¡Enhorabuena!—replica sonriéndose.—No es culpa mía si los tengo; pero dígnese usted hacer de cuenta como si los tuviera, y medir su paso en consecuencia.

Continuamos, pues, nuestra marcha, paso á paso y lado á lado, en dirección á las praderas, acariciados por los tibios rayos solares de una bella tarde de invierno. Él comienza á charlar en estilo chispeante y casi irónico; y aunque mi mente no apruebe cuanto me cuenta, desde que mi interlocutor me gusta, mi corazón de mujer se inclina á aprobar todo cuanto dice. En cambio, no puedo ni quiero creer que él sea el egoísta que se empeña en retratar, pues, indudablemente, la naturaleza no ha podido deleitarse en engañarnos, al otorgar á un alma tan preciosas ventanas, como sus ojos lo son, para que al través de estos no podamos vislumbrar en el interior sino algo peor que la misma nada.

Llegamos así á un sitio donde hay una tranquera, y como quiera que él me invita á descansar, me siento sobre uno de los maderos, mientras él, apoyándose en otro, continúa de esta manera:

—Vuestro encantador sexo se ve siempre mimado y rodeado de toda clase de atenciones; y en cambio, ¿qué sería de los pobres mozos como yo, si no mirasen por sí? Usted, que tiene un padre que la adora, no tiene idea de muchos otros, duros y egoístas como el mío. Hay veces que comienzo suavemente por decirle: Permitid, señor, que os pregunte si yo he venido al mundo, por mi gusto ó por el vuestro. Á esto me responde ásperamente: Á buen seguro que no ha sido por mi gusto, pues, de otro modo, tendría algo mejor que un malhadado fatuo como vos.—Yo replico—dado que ninguno de los dos seamos responsables de mi existencia, no obstante, puesto que de hecho *vivo* en este mundo, me es indispensable, como á los demás hombres, comer, vestirme y tener donde vivir, y por lo tanto, á aquel sobre quien pesa la carga de ser mi progenitor, le incumbe la obligación de proporcionarme los medios para subsistir.

—Yo en su lugar de usted ganaría mi vida trabajando—le digo con gran energía, con la remota esperanza de estimularle á emanciparse.

—¡Trabajar, Señorita Diana!—¡trabajar . . . cuando positivamente me extenué en el regimiento! No tiene usted idea de todo cuanto tengo que hacer, y no quiero fastidiarla entrando en otros detalles; creo que lo dicho basta para justificarme.

—¿Y su padre de usted sabe eso?

—¡Vaya si lo sabe! y continuamente se lo recuerdo. Y ahora le pregunto yo: ¿cree usted que un padre tiene derecho para mandarlo á uno á un regimiento tan distinguido y costoso como el de la *Guardia Real*, donde todos los compañeros son ó han de ser ricos, sin darle los medios de vivir decorosamente?

—No, no lo creo justo—respondo enfáticamente.

—Ya me esperaba semejante respuesta de usted, querida Señorita Diana. Desde un principio la he calificado á usted de *simpática*, aunque por regla general les tengo inmenso miedo á . . . á las damas no casadas.

—¿Es posible que les tenga usted miedo?—con una sonrisa de incredulidad.

—Efectivamente, les tiemblo. Pero, continuando mi relato, diré á usted que mi padre tiene una renta de doce mil libras esterlinas al año, y muy pocos gastos. Héctor no es despilfarrador, gracias al cielo no tenemos hermanas que dotar, y á pesar de esto tiene el valor de creer que yo puedo vivir sólo con unas seiscientas libras al año.

—¡Seiscientas al año!—exclamo sorprendida.—¡Pues papá, Crespo y yo no tenemos más, y eso nos basta para vivir!

—¡Estupendo!—exclama, aunque no parece sorprendido, pues supongo que sabe como todo el mundo, lo pobres que somos.—Es cosa extraordinaria ver cómo algunas gentes hacen milagros con casi nada, y á veces más que otros vecinos mucho más ricos.

—Pero dígame usted francamente—mirándole con cierta incredulidad—¿le parece á usted realmente imposible el vivir con seiscientas libras al año?

—Le aseguro á usted, en toda conciencia, que esa suma no es, *ni la mitad*, de lo que necesito.

Viendo aún mi aire de incredulidad, y que estoy lejos de parecer convencida, agrega sonriéndose :

—Bien veo que usted sabe muy poco acerca de la gran Babilonia y de las necesidades que tienen que satisfacer los que en ella viven ; pero le doy á usted mi palabra de honor, de que seiscientas libras no son sino una gota de agua en el océano, aunque no se trate de calaveras como yo, con gustos refinados, por no decir dispendiosos.

Se me escapa un suspiro, al pensar cómo puede despilfarrar su vida en tantas vanidades y superfluidades, con esa hermosa cara de mis héroes, que están llamados á salir por el mundo deshaciendo agravios.

—¿ No le parece á usted—le digo, poniéndome muy colorada, y hablando con gran vehemencia—que hay algo más noble y grande en este mundo, que el pasar la vida únicamente ocupados en nuestro propio regalo y deleite ? ¡ Si conociera usted como yo, tanta gente pobre que se muere de hambre y carece de todo ! ¡ Oh ! ¡ entonces estoy segura de que no gozaría usted en tirar el dinero á manos llenas, despilfarrándolo en cosas que realmente no le son necesarias, ni procuran verdadero placer !

—¿ Qué buen predicador es usted ! No dudo un momento de que hablando frecuentemente con usted, pronto me convertiría y sería un hombre muy pacato y respetable, digno hasta de ser exhibido en público como un prodigio.

No puedo menos de echarme á reír, al recordar con este motivo el último diálogo de las Señoras Guineta y Húntingdon.

—Después de todo—continúa en tono lastimero—no soy un chico tan malo como parece. Ahora bien, si necesita usted uno de esos pecadores de marca, cuya conversión le haga mucho honor, esta noche va á presentársele á usted una bella oportunidad. Va á llegar Résboro, á quien usted conoce quizá, ó por lo menos habrá oído hablar de él.

—No sólo me es totalmente desconocido, sino que no había oído su nombre hasta este momento. ¿ Quién es él ?

—Lord Résboro, un perverso hidalgo como los héroes de algunas novelas en boga, con enormes mandíbulas, inmenso

cuello, pecho hundido, horriblemente flaco, y todo por el estilo.

—¿Pues á qué santo lo ha invitado la Sra. Wárrington ?
—le pregunto candorosamente.

—¡Vaya ! no es malo hasta el punto de verse excluído de la sociedad culta, y además es muy popular. No es él un militar de cartón como yo : caza leones, tigres y osos y sabe Dios qué más. Me figuro que hará usted muy buenas migas con él : si después no me hace usted caso no me sorprenderé de ello.

Me sonreí para mis adentros, y le dije, sin esperar su ayuda para bajar de mi improvisado asiento :

—Vamos, ya es hora de volver á casa.

CAPÍTULO X

EL escenario había cambiado de un modo desagradable para mí, cuando poco más de una hora después nos encontrábamos todos reunidos de nuevo para tomar el te de las cinco. Ahora me toca escuchar y responder al hermano primogénito, quien á penas me divisa se dirige á mí, medio de mal humor, haciendo sin embargo lo posible por hacerse simpático.

—¿ Conque ha dado usted un magnífico paseo ?—me pregunta, con su frialdad algo sardónica, que me da escalofríos.

—Sí—respondo resueltamente.—Ha sido muy agradable ; el sol de invierno calentaba bastante, y pasamos largo tiempo sentados conversando.

—¡ Hola !—frunciendo el ceño, con evidente desazón.

—No hacía frío, y conversamos bastante—agrego con aire un tanto burlón, pues no tiene él ningún derecho á hacerme examen de conciencia.

—Las conversaciones meramente casuales no son por lo regular muy entretenidas—replica de un modo algo áspero—¿ pero podría merecer el favor de conocer el asunto de una conversación, que ha podido interesar á usted hasta el punto de hacerle olvidar el frío que hace ?

—Vuestro hermano me ha hablado de Londres y de la vida que allí lleva.

—¡ Es posible !—abriendo mucho los ojos.—Semejante conversación ha debido ser para usted muy instructiva.

—Ha sido muy instructiva al menos para mí, os lo garantizo—interrumpe su hermano, que estaba por ahí de espaldas.—La Señorita Diana cree que soy un mozo extraviado y calavera y ha emprendido la obra de mi conversión : la ha comenzado esta tarde.

—Parece—dice con su aire de burla la Sra. Guineta—que la Señorita Diana tiene una vocación decidida para acometer la reforma de la sociedad entera.

—¡Oh! Sra. Guineta—exclama Crespo algo ruborizado, haga usted el favor de no burlarse de Dianita—usted sabe bien que es la primera vez que sale de casa.

Yo me callo y Héctor trata de decir algo para consolarme, cuando en ese mismo momento anuncian la llegada del Sr. Résboro; y me felicito de ello, para que no se hable más de mí. Vese entrar por la puerta su gran humanidad. Como el Sr. Montagú va á su encuentro, me es dado entonces observarle más á mis anchas. El cabello y la barba son de un negro azabache y su tez bronceada—los hombres muy morenos me son radicalmente antipáticos—tiene grandes y toscas facciones, especialmente la boca, que sobresale notablemente á pesar del espeso bigote. No me gusta, pues aunque se halla en el momento más propicio, en que da cordiales apretones de mano, su sonrisa no tiene para mí nada de agradable; su aire es desembarazado y campechano, la voz recia y los modales bruscos.

—Bien veo que el nuevo huésped no ha usurpado el lugar del que llegó ayer—me dice por lo bajo el coronel Fane, que se ha acercado á mí.

—Espero que en lo sucesivo nadie volverá á sacarme á colación—replico malhumorada—cuanto yo digo aquí es malo, y cuando callo se pretende aun adivinar en lo que pienso. Está visto que no nací para la sociedad, y lo mejor que puedo hacer es volver cuanto antes á cuidar de mis gallinas y otros animales.

Se me queda mirando sorprendido.

—Ahora también sé yo en lo que está usted pensando—agrego, sonriendo involuntariamente—no se figuraba usted que tuviese este geniecito.

—Muy bien hace usted en revelar que tiene fibra—replica—pues la han aburrido á usted de un modo escandaloso: dígnese usted perdonarme, por lo que me toca.

—Le perdono á usted—y agrego ruborizándome algo—no

puedo menos de creer que usted también tenga algo que perdonarme.

—¿Yo, yo ?—interroga sorprendido.

—Me parecía—balbuceo, muy avergonzada—que se había usted resentido conmigo anoche, á la hora de la cena. Le dí á usted demasiado que hacer ; me dejó usted sin volverme á hablar más tarde, y hoy en todo el día no me ha dirigido la palabra.

El coronel no pudo contener la risa.

—Es que he estado haciendo penitencia, al mantenerme alejado de usted. Tengo grandes deseos de decirle á usted el por qué.

—¡ Sí, dígamele usted !—exclamo con vehemencia.

—¿ Me promete usted guardarme el secreto ?—me dice al oído, al mismo tiempo que mira prudentemente si nos escuchan.

—Se lo prometo á usted.

—Pues bien ; la Sra. Wárrington me digo que yo la monopolizaba á usted por completo, y eso la podría perjudicar.

—¿ Cómo así ?—le pregunto, aunque sospecho á medias lo que quiere decirme.

—Como ya le he dicho á usted, Héctor Montagú es el heredero de una magnífica hacienda, y la Señora Wárrington, que como todas las mujeres de buen corazón es una gran casamentera, la ha destinado á usted para él, ó mejor dicho, á él para usted.

Casi sin alientos, le digo angustiosamente por lo bajo :

—Pero si él no me gusta ; si me es radicalmente antipático ; pero no me juzgue usted tan presumida, que crea que él se interesa por mí. Sin embargo, le suplico á usted coronel, que me prometa ; si, prométamelo usted, que si alguna vez me ve hablando con él, vendrá usted en el acto á mezclarse á la conversación.

—¿ Y debo hacer lo mismo cuando se trate de su hermano ?—me pregunta él, con una disimulada sonrisa.

Yo bajo la cabeza y él prosigue :

—Le aseguro á usted que Héctor Montagú tiene un cora-

zón excelente, y lo único que le perjudica es su aire severo y sus modales; pero eso no quita que valga diez veces más que Carlitos.

—Mi corazón da saltos de indignación al oír esto.

—Lo que puedo decir es que á ambos los conozco muy poco aún—respondo secamente.

Después de una pausa, continúa el coronel Fane, algo nervioso:

—Voy á decir á usted algo que sé no merecerá su beneplácito. Carlitos Montagú es un muchacho fascinador y las mujeres se enamoran fácilmente de él. Yo lo tengo por un excelente chico; tiene exquisitos modales, á pesar de su aire afectado de languidez femenil; sin embargo—mirándome intensamente—él es el último en quien yo desearía se fijara mi más querida hermana, á no ser que fuera muy rica.

Sin darme tiempo para contestarle, me deja con la palabra en la boca y vase á hablar con la Sra. Wárrington. Tiene razón al decirme que no le daré las gracias por esto, y precisamente por lo mismo que, vagamente, allá en el fondo de mi alma, reconozco que tiene razón. ¿Pero que se sigue de aquí? El capitán Montagú no piensa probablemente en mí, y yo . . . (suspirando) yo, una vez que deje de verlo deberé olvidarlo. Sí, *quiero* olvidarlo, me digo resueltamente, al levantarme para irme á mi cuarto. El capitán que observa mi ademán, se dirige á la puerta para abrirmela. Me propongo pasar, sin siquiera mirarlo; pero él se demora un instante antes de levantar el picaporte, y me dice de la manera más melosa:

—No se enfade usted conmigo.—Fascinada, levanto instintivamente los ojos y sonrío. ¡Ay de mí! Esta mirada acaba de echar por tierra todos los propósitos que mi alma había formado, después de la conversación con el coronel Fane. Siento mi corazón ligero y mis pies suben rápidamente la escalera que conduce á mi estancia, donde me siento gozosa á saborear el recuerdo de sus palabras y de sus tiernas miradas. Decidme mujeres maduras que antes habéis vivido, amado y sufrido, ¿por ventura se ha borrado de vuestra memoria la época de

esta vigorosa primavera, en la que una mirada, un acento pueden arrebatársela á una hasta el séptimo cielo? Continúo aún entregada á mis ensueños, cuando Crespo da un fuerte golpe á la puerta, y entra diciendo lleno de entusiasmo:

—¿No te parece, Dianita, que nos divertimos aquí de lo lindo? En mi vida me había divertido tanto, y quisiera que la fiesta durara siempre así: ¿no te parece?

—Yo no creo que me opondría, si pudiéramos tener aquí á papá, á Susana y todos nuestros animales. ¡Pobre papá, cuán triste debe estar sin nosotros!

—Sí, papá, ya lo creo. Pero lo que quiero decirte, Dianita, es que es cosa terrible esto de ser pobres. Figúrate no más; ¿si pudiéramos dar nosotros fiestas semejantes á nuestros amigos y tratarlos como aquí se nos trata, no es verdad que sería cosa deliciosa?

—Sí que lo desearía—le respondo francamente. Pero á qué hablar de lo que no tiene remedio. Consolémonos con pensar que los que aquí han sido invitados, y que parecen acostumbrados á estas reuniones, no revelan estar demasiado contentos, ni parecen divertirse como tú y yo.

—¡Esa es música celestial!—replica Crespo.—Todo eso lo hacen porque han dado en la moda de hacer lujo de aparentar que todo les fastidia. ¡Si hubieras visto cuánto se ha divertido hoy la Sra. Guineta!

—Ya, ya habrá habido mucho de: “querida señora” por aquí, y “querido amigo” por allá; ¿no es cierto?—le digo secamente, y Crespo se pone como la grana.

—¡Vamos!—replica audazmente—tú también te has divertido, pues te fuiste hoy á pasear, muy contenta, después del almuerzo, con el capitán Montagú.

Ahora me toca á mí el ponerme colorada.

—Si no me hubiera ido con él, habría tenido la satisfacción de regresar á pie y sola á casa.

—Es un sujeto excelente; pero la Sra. Guineta dice que con él no haces sino perder el tiempo; es uno de esos jóvenes calificados de *perjudiciales*, y además, lo que busca es una mujer rica. Ella me ha dicho que yo debo cerciorarme de lo que

pasa é impedir que te prendas de él, lo que á su juicio ya ha comenzado á realizarse.

La cólera me impide hablar ; pero Crespo no lo nota, y prosigue así :

—¡ Caramba, Dianita ! cuantas ganas tendría de que pescaras al otro, que está lejos de ser un mal sujeto, aunque no sea tan bien parecido como Carlitos. Aquél ha gastado hoy muchos miramientos conmigo, y me dijo algo acerca de la intención que su madre tenía de irte á hacer una visita cuando regreses. Di ; ¡ imagínate por un momento convertida en toda una *señora*, con doce mil libras al año !

Mientras yo sigo luchando con mi indignación, Crespo continúa :

—¡ Es cosa sorprendente ! cuando un joven no tiene fortuna ha de trabajar para ganarla, ó esperar ; mientras que una niña no necesita más que ser bonita y adorada, y de golpe y porrazo la tiene usted con una renta de millares de libras al año.

—¡ Oh !—digo yo con cierta dureza—así es que tú no ves en tu hermana sino una mera mercancía, y no piensas en que, ante todo, hay que consultar su gusto.

—¡ Esas son patrañas ! Como dice la Sra. Guineta . . .

—¡ Basta, Crespo !—exclamo pronta á enfadarme—no me vuelvas más con las famosas teorías de tu Sra. Guineta : su conducta me dice bastante lo que debo pensar de ellas. En cuanto á Héctor Montagú—alzando más la voz—te declaro que no lo aceptaría ni aún cuando tuviera veinticuatro, cuarenta y ocho mil libras al año, ó el doble de esta suma—pues no soy muy fuerte en aritmética para decir de pronto cual es el doble de cuarenta y ocho.—Por otra parte—con voz más reposada—tan probable es que él solicite mi mano, como que . . .

—¡ Como que una piedra se convierta en empanada !—termina Crespo chuscamente la frase, y continúa con su aire teatral.—Dejémonos de cuestiones matrimoniales : debes saber ¡ oh Diana mía ! que los entretenimientos de esta noche comprenden un baile, y que . . .

—¡ Un baile !—exclamo extasiada—como si la idea de bai-

lar con él—y sin duda que me sacará—hubiese iluminado mi cerebro.—¡ Qué dicha, Crespito !

—La cosa es positiva, diosa Diana—en son de burla—y lo más curioso es que ésta es obra de la Sra. Guineta, y es la primera vez que lo hecho por ella merece vuestra aprobación . . .

Me echo á reir y le cierro la puerta, para comenzar á vestirme. Es la primera vez que deseo *parecer bien*, y pensando en ello, súbitamente me ocurre la idea de vestirme enteramente de blanco. Cuando he terminado, vuelvo á presentarme á Crespo, que está frente al espejo haciendo esfuerzos para peinarse con la raya enmedio. Al percibir mi imagen se vuelve rápidamente, diciendo :

—¡ Hola ! ¡ Conque ya estás lista ! ¡ Cáspita ! no te falta más que el cura, el hombre escogido, y eso que se pone en la cabeza . . . quiero decir el velo, y no falta más para que te casen una vez concluído el último vals escocés. Oye, Dianita—acercándose á mí, con una cara que rebosa contento : ¡ hoy te las vas á llevar de calle á todas !

El Sr. Héctor Montagú me lleva del brazo al comedor. Su hermano y el coronel acompañan á otras dos señoritas elegantes, hijas de un *baronet*. Mi vecino de mesa hace cuanto puede por agradarme ; pero sólo consigue que yo le conteste con monosílabos á todas sus preguntas acerca de mi vida de familia, y especialmente cuando me habla de papá. Al cabo de un silencio de diez minutos, me dice :

—¡ Qué es lo que ocasiona la repulsión tan marcada con que usted me trata ?

La pregunta me coge tan desprevenida, que de pronto no sé qué contestar ; pero él no se detiene por eso, y continúa :

—Yo admiro la gran buena fe y sinceridad que caracteriza á usted, y que en este mismo momento le impide formular una frase de falsa cortesía, que emplearían noventa y nueve entre ciento de las personas de su sexo. Estoy por creer que soy un ser desagradable, al menos así parece ; pero si supiera la manera de triunfar de esa especie de repugnancia—aunque temo que empleo una expresión demasiado dura—que le inspiro ;

créame usted, que estoy dispuesto á hacer toda clase de esfuerzos para lograr disiparla.

Semejante lenguaje me conmueve. ¿Será posible que una criatura tan insignificante como yo, haya contristado de tal manera á un hombre de mundo, aparentemente tan insensible?

—¿Es posible?—respondo precipitadamente.

—No necesita usted formular una negativa—me dice con mucha cortesía.—Anoche la he observado á usted durante toda la comida, cuando tenía usted á su lado al coronel Fane. Entonces estaba usted risueña y de buen humor constantemente, y eso que él no le hablaba á usted tanto como yo hoy. ¡Si por lo menos pudiera saber el por qué de su cambio de fisonomía; ayer tan alegre . . . y hoy tan abatida!

Me siento algo molesta al oír tan franca crítica.

—Pues tanto desea usted saber la verdad—le digo dominándome—usted me inspira miedo. Jamás he asistido á reuniones, y he pasado toda mi vida aislada en el campo. Se reiría usted de mí si me pusiera á hablarle de mis gatos, cerdos y gallinas. Si en cambio, no digo palabra, á lo sumo me tomará usted por una imbécil.

Echóse á reír muy de veras.

En todo caso, al fin he conseguido que dijese usted algo—y agrega bajando la voz—y si cree usted que no me intereso en las ocupaciones domésticas del campo, eso depende de que mi semblante, al revés del de usted, expresa lo que no pienso. Vea usted lo que pasa con mi hermano—prosigue con acrimonia.—Éste no puede entrar en un salón sin que todos exclamen: ¡qué chico tan simpático! precisamente porque ha tenido la suerte de nacer con una fisonomía agradable, mientras á mí se me califica en sentido contrario. Es mera farsa eso de que la cara es el espejo del alma. Yo he tenido la mala estrella de salir á mi padre—aunque espero que sólo en las facciones—en tanto que Carlitos se parece á la familia de mi madre.

Me figuro que el Sr. Héctor debe ser un anciano poco apreciable, cuando sus dos hijos se expresan acerca de él de una manera tan irrespetuosa.

—Mucho me alegraría de que conociera usted á mi madre—continúa con animación el Sr. Montagú.—Estoy seguro de que usted la querría y ella á usted ; pues es tan dulce, buena y agradable, aunque la pobrecita lleva una vida bien amarga con mi padre. ¡Santo cielo!—exclama exaltado—si yo creyera que había de tratar jamás á una mujer de igual manera, preferiría ahorcarme antes.

—O no casarse jamás—insinúo yo maliciosamente por lo bajo.

—¡Ay!—replica él abatido.—Yo sé que usted se figura no obtendrá gran cosa de mí ; pero está usted equivocada—continúa inclinándose hacia mí y hablando con vehemencia.—Si llegase á ser amado por una mujer, no tiene usted idea de cuán bueno sería para con ella ; no puede usted imaginarse . . .

Mi suerte parece que no quiere que yo lo sepa, pues precisamente en este momento las señoras se levantan para pasar al salón, y después vamos á la sala de baile. Yo estoy terriblemente nerviosa, pensado en si *él* me invitará á bailar ó no, y lo dudo tanto más cuanto que lo veo envidiosa, de bracero con la bella Sra. Húntingdon. Bailo una contradanza con el coronel Fane, y viene después un vals. Mi corazón palpita aún con más fuerza, y me digo : ¿ vendrá ahora á sacarme ? No. Ha invitado á la señorita que acompañó al comedor, y en ese momento la dueña de la casa me presenta al Sr. Résboro, y así me veo precisada á aceptar la invitación de éste, cuando pocos instantes después se me acerca el capitán Montagú.

—Señorita Diana, he estado aguardando con impaciencia esta feliz coyuntura, y así esta danza *tiene que ser* para nosotros.

—¡Tarde piache, chico!—replica el Sr. Résboro, plantando su manaza sobre el hombro del capitán.—¡ Carlitos pisaverde ! —acompañado de ronca carcajada—es raro cuando le es dado á uno ganarnos la delantera.

—No hay que meterse con él para nada, Señorita Diana—responde riéndose el otro, cogiendo amistosamente del brazo al Sr. Résboro—y mis parciales ojos creyeron ver de bracero á San Miguel y al diablo, aunque nunca los había visto pinta-

dos haciendo tan buenas migas.—Si baila usted con él—agrega el capitán—le va á dar cien pisotones, le hará mil girones su lindo traje, y de un modo ú otro le hará á usted indecible daño y perjuicio.

—Lo que él se propone al hablar así, es el hacerle á usted apreciar mejor todo aquello de cuanto yo soy capaz—me dice el Sr. Résboro lanzándome una mirada, que si ha sido por fascinarme, por cierto que ha producido el efecto contrario.—Mejor sería, amigo Carlitos, que se fuera usted á montar la guardia al lado de la amabilísima H., á quien veo dirigir sus flechazos en esta dirección.

Dirijo una mirada lastimera al capitán, no sólo porque deseo con vehemencia bailar con él, sino porque en manera alguna deseo bailar con el otro.

Él contesta á mi mirada, y dice algo al oído del Sr. Résboro, que no percibo, aunque sí la respuesta de éste :

—La excepción confirma la regla. Me agrada el aspecto de esta potranca, de bellas proporciones y de pura sangre. Á usted le llegará después su turno.

Mi indignación es tal, que me siento tentada de levantarme y desaparecer de la sala ; pero no sé qué fuerza superior me detiene en mi asiento, y hace que aparente no haber oído nada.

—Este hombre es intratable—dice el capitán Montagú, dirigiéndose á mí, é inclinándose risueño.—Valdrá mejor dejarle hacer lo que quiera, y que haga la prueba : no olvide usted lo que le tengo dicho esta tarde.

—¡ Vamos, Carlitos, tomad el portante !—agrega el Sr. Résboro con su exquisita urbanidad.—Siempre habéis tenido la manía de cazar en terreno vedado ; pero ahora la Señorita Diana me pertenece, al menos por un cuarto de hora.

—Resérveme usted el próximo vals—me dice al alejarse el capitán.

—No pierda usted su tiempo con él—me dice mi pareja, en tono de chanza.—No sirve para las niñas casaderas. Aguarde usted hasta que consiga casarse con un hombre rico, y entonces podrá tener su turno Carlitos, según acostumbran las demás mujeres casadas y guapas.

Esta vez me alegro de que mi semblante revele mis emociones, pues deseo que en él lea el Sr. Résboro la desaprobación que su lenguaje me inspira. Él lo advierte, y en ello se deleita, pues se echa á reir.

—¡Ja, ja, ja! Me figuro que he dicho algún despropósito; lo que no tiene nada de extraño, pues yo casi nunca hablo con las señoritas, y vaya si sé, ¡vive Dios! qué es lo que más conviene decirles.

Por fortuna ha comenzado la música; y digo por fortuna, porque no sé qué es lo más que me repugna en este hombre: si el ver que me mira de arriba abajo con sus audaces ojos; el que emplee conmigo un lenguaje, como el que me figuro usarán acaso los mercachifles con las mozas de taberna, ó el verme cogida de la cintura por esa tosca mano, mientras mi nuca siente su fuerte y cálido aliento.

—¡Cáspita! es preciso que bailemos otro—me dice, cuando el vals ha concluído.—Yo bien veo que no hay que pedir á usted el vals de Carlitos, ¿no es verdad?—dirigiéndome su más satánica mirada.—Recuerdo bastante, ¡vive Dios! el ceño con que me miró usted cuando reclamaba mis derechos. Es cierto, pero á mí me gusta ver enojadas á las mujeres guapas; ¡voto á bríos! me gustan los caballos, lo mismo que las mujeres que tienen sangre en las venas. ¿Si fuéramos á dar una vuelta por el invernáculo?

—Gracias; prefiero no ir—respondo secamente.

—El aire fresco le haría á usted mucho bien—replica.—Me comprometo á traerla á usted cuando le llegue su turno á Carlitos. Y mientras así habla, sigue caminando en dirección á la puerta, y teniéndome asida con tal fuerza con su brazo, que por no armar un escándalo me fué forzoso seguirle. Capitulo furiosa, pero con la firme resolución de que no habrá poder humano que me obligue á bailar de nuevo con él.

—Este es un sitio á pedir de boca para los enamorados—me dice cuando llegamos, y mostrándome un diván que hay en el último rincón, agrega.—Venga usted, y siéntese aquí.

—No; gracias—respondo lacónicamente.

—¡Qué disparate! No puede usted resfriarse, pues la cañe-

ría de agua caliente pasa por todas partes. Si usted lo desea, le mandaré traer un pañolón: tengo que hablar con usted.

—Puedo hablar perfectamente de pie—respondo fríamente.

—No lo puede usted; eso es descortés, y por otra parte, yo estoy sumamente fatigado, después de haber viajado durante todo el día.

Sin pasar por completamente incivil, y para no exponerme á ofender á la Sra. Wárrington en la persona de uno de sus huéspedes, no es dable rehusar; y así, aunque muy mal de mi grado, me siento, y él á su vez deja caer su humanidad, tan cerca de mí, que me arruga la mitad de la falda. Evidentemente él se goza al verme tan turbada, y se aproxima á mí, de tal suerte, que me echa el aliento en el rostro.

—Ahora ha llegado el momento—me dice, devorándome con sus horribles ojos de azabache—en que voy á dar á usted un consejito respecto á Carlitos Montagú.

—Me parece que su consejo es demasiado prematuro—replico, dirigiéndole una mirada furibunda como un rayo.

—Nada de eso—responde con mucha flemma.—Yo deduzco mis conclusiones con suma rapidez. Yo observé, apenas llegué, la manera como el jovencito fué á abrirle á la puerta, y la mirada que usted le dirigió entonces; yo la he mirado á usted cuando comenzó el baile y él fué á sacar á la Sra. Húntingdon y después á otra, y . . .

Mas antes que él acabe la frase, recojo mis faldas y me escabullo; pero lo hago con tal atolondramiento, que voy á caer en los brazos de otro que venía al encuentro, y que no es sino el mismo capitán Carlos Montagú.

—¿Qué ocurre, Señorita Diana? exclama con su placentera voz—¿á dónde iba usted corriendo como un torbellino? ¿No ve usted que por poco me echa al suelo?—Luego, como nota ni agitación, me da delicadamente el brazo.

Á lo lejos oigo resonar unos pasos muy fuertes.

—¡Oh! ¡Vámonos de aquí!—le digo con suma ansiedad—hágame usted el favor de sacarme de aquí!

El obedece, y me lleva á la habitación de la Sra. Wárrington, donde no hay nadie y brilla sólo una lámpara. Me

reclina muy delicadamente en un sofá, sin decirme una sola palabra. Me avergüenzo de referir tantas niñerías, pero confieso que en este momento estallo en llanto.

—¿Qué es lo que hay?—me dice el capitán, acariciando suavemente mi mano, como se hace con un niño á quien se quiere consolar en su aficción. ¿Qué le ha hecho ó dicho á usted ese animal de Résboro?

—Nada—replico, haciendo un gran esfuerzo para recobrar mi calma.

—Pero no es posible que no haya habido nada, al ver á usted en este estado de agitación, y de otro modo no habría usted echado á correr. Dígamelo—añade con suma dulzura—é iré á buscarle, y . . .

—¡No, por Dios, por ningún motivo!—exclamo asustada.—No vaya usted, sobre todo no me nombre usted á él para nada—repito con suma aflicción—á no ser que el mismo desdichado le confiese su punible conducta; pero lo que sé es que lo detesto y no quisiera volverlo á ver en mi vida: espero al menos que no me dirigirá la palabra en adelante.

—No lo hará—me dice dulcemente el capitán Montagú; y mi tristeza se cambia en alegría, cuando reconfortada alzo los ojos y veo su hermoso rostro que inclinado hacia mí me contempla. Aun estrecha mi mano y yo la suelto diciendo:

—Ya debe estar por terminar el vals.

—Entonces me concederá usted igualmente el que sigue, ¿no es cierto?—me dice con su acento más dulce.

Una hora después había terminado la velada, y consigno en mi diario que esta noche ha sido la más feliz de mi vida, y aun había olvidado la existencia de un hombre como el Sr. Résboro, cuando se presenta Crespo diciéndome:

—¡Qué espléndido caballero es el Sr. Résboro!

—¡Espléndido!—repito maquinalmente como un eco, y mirándole atontada.

—Nos ha estado contando sus grandes cacerías de tigres; me ha tratado con suma amabilidad y me ha invitado á almorzar con él en Wíndsor.

Suspiro, sin decir una palabra, al pensar que Crespo cuenta con tales amigos como la Sra. Guineta y el Sr. Résboro.

—¿Qué te pasa hoy, que estás tan cabizbaja y pensativa?— me dice él.

—Nada, chico, es que tengo mucho sueño. Buenas noches.

Con un ósculo fraternal nos separamos, y yo vuelvo á seguir meditando acerca de si será mejor nuestra vida sana é íntima del hogar paterno, ó si será preferible esta vida mundana, en la que comenzamos á iniciarnos.

CAPÍTULO XI

EL Sr. Résboro, estupefacto, no atinaba á comprender el por qué de la huída de Diana.

—¿Qué diablura habré yo dicho para que se escapase de tal manera?—se pregunta perplejo.—Mi fin no era sino darle un consejo amistoso á esa criatura, que me parece muy apreciable, lozana, é inocente, para hacerle comprender que era tiempo tan perdido pensar en Carlitos, como en el Emperador de la China. No hay cosa peor que meterse uno á dar consejos á una mujer enamorada, y asunto concluído con ésta.

Paso á paso, sale el Sr. Résboro del invernáculo, y divisa á la Sra. Guineta, que sola atraviesa la antesala. Ambos se detienen, y á ésta, algo cortada, le suben los colores á la cara.

—¿Quiere usted venir al invernáculo?—le dice él en voz baja.

Ella mueve la cabeza.

—No, allí no, sino en la sala de billar: más natural parecerá que me encuentren en ésta—replica, con cierta risita forzada, que nada tenía de placentero.

Llegados al billar, la Sra. Guineta se apodera del taco y comienza á hacer rodar las bolas; y, cosa extraña, aunque es excelente jugadora, hace varias pifias. Un minuto después se detiene, y apoyada en su taco, se pone á mirar á Résboro. Curioso contraste: ella tan mona, con tez tan blanca y cabello rubio, y él tan corpulento y moreno.

—¿Y bien?—dice por fin ella suavemente; pero él, mirándola con ojo escudriñador, le pregunta:

—¿Conque, todo va bien?

Ella con una risita desdeñosa, responde:

—Por cierto que todo va bien. ¿Por ventura no soy rica?

aunque, cuando me vió usted por última vez era yo pobre de solemnidad; ¿no tengo ahora un corazón despreocupado? y en cambio, la última vez que nos vimos—con voz temblona—mi corazón nadaba en la amargura. Mi corazón no volverá á torturarse por cuestiones de amor: ¡diamantes y no sauces llorones es lo que quiero! En cuanto á usted—mirándolo de frente—no se me ha ofrecido desde entonces la oportunidad de darle la enhorabuena por la estupenda suerte que tuvo hará un año. Es cosa muy peregrina el que nos volvamos á ver aquí; y por cierto que la Sra. Wárrington no debe tener la menor noticia de nuestro corto episodio allá en las soledades de Irlanda. ¡Qué fortuna la suya, que hizo que su tío y primo no muriesen quince días antes! Hoy me llamaría quizá la Sra. Résboro, aunque—mirándolo con mucho fuego—¡acaso vuestro amor no habría podido sobrevivir á tan repentina transformación!

—¡Guineta!—exclama él con aire de queja.—No parece ahora, al verle, el mismo hombre que inspiró tal repugnancia á la voluntariosa Señorita Diana; no se nota en él nada de tosco ó áspero; los negros ojos que contemplan el semblante inmutado de la Sra. Guineta son más bien suaves y tiernos. Mientras se ven aquí reunidos se transportan con el pensamiento á la época, no muy remota—menos de dos años—en que los destinos de ambos parecían tan distintos: ella sin un real, franca, expansiva, juguetona, era la hija de un Lord de Irlanda, y él no era más que Juanito Blunt; chico sin ningún porvenir, no muy afamado por su moral y modales, llamado por muchas mujeres “el oso,” pero los hombres decían “que no era mal muchacho,” y sobre todo lo consideraban como un cazador, *un sportsman* consumado. He aquí cómo ambos se conocieron y se amaron:

El Conde de Mallo, padre de la Sra. Guineta, era lo más pobre que puede ser un Lord del Reino Unido, y tenía, como suelen los pobres, una larga familia: los hijos abrazaron la carrera militar y las hijas vegetaban sin saber qué hacer, en casa. Sólo la Sra. Guineta, que era la más casadera, fué presentada á la sociedad de Dublín, y pasó de cuando en cuando

algunas semanas de la temporada en Londres, en casa de algunas parientes. Una primavera trajo uno de los hermanos á su amigo Juanito Blunt, gran pescador de caña, para que tomara parte en la famosa pesca del salmón, y el convite fué de esta manera :

—Si usted quiere pescar, y se contenta con comer lo que se presente, vamos á casa. Habrá salmón en gran abundancia, y las mujeres no le molestarán. Mis hermanas merecen más bien el nombre de muchachos que el de niñas, y casi le costará á usted trabajo el figurárselas tales, pues montan á caballo y manejan la escopeta y la caña de pescar como cualquier mocetón.

El plan le pareció bien al coronel Blunt, que era poco amigo de las damas y había sido educado oyendo siempre invectivas contra el bello sexo. Pero cuando llegó á Irlanda, Juanito, al encontrarse con tan intrépida muchacha como la Sra. Guineta, que habría asombrado á muchos hombres, experimentó una sensación que le era aún desconocida. Si se hubiese tratado de una dama encopetada, á quien hay que cortejar con mil miramientos y adulaciones, no le habría hecho el menor caso á la Señorita Guineta, aunque hubiese sido la más deslumbradora belleza ; pero, como era una joven acostumbrada á someterse á las mayores fatigas ; que podía manejar un birlocho lo mismo que pescar un salmón de una arroba, y eso con tanta habilidad como él podía hacerlo ; que podía montar cualquier caballo, y hacerlo saltar sin miedo ; ese era ya otro género de mujer, bien distinto del que hasta entonces había conocido, por lo que, aunque áspero y rudo, su honrado corazón simpatizó desde luego con ella. Lo mismo le pasaba á Guineta, que reconoció en él su bello ideal—el hombre enérgico é impertérrito, familiarizado con todo género de *sport*, que sentía bullir su sangre, más ante el peligro que ante los lances de amor, y á quien, hasta entonces, había cautivado más el triunfo sobre un león que la conquista de la más hermosa dama. Pero las tres semanas que Juanito pasó en relación con esta tierna amazona, cambiaron también sus ideas respecto á la mujer ; y él, que hasta entonces se había reído

del matrimonio, despertó un día preocupado por un vivo deseo—el de conseguir que fuese esta jovencita pálida su compañera durante su peregrinación terrestre. Así fué como otro día, al volver de la pesca, ambos se declararon su mutuo amor, y quedó convenido que al día siguiente pediría él su mano al Conde de Mallo.

Sus pasos habían sido espiados y la familia conocía sus proyectos, por lo que, esa misma noche, el hermano que lo había presentado, quedó encargado de notificarle que su pretensión era loca y que lo mejor que podía hacer era tomar en el acto las de Villadiego. El hermano y amigo de Juanito Blunt cumplió puntualmente el encargo de sus nobles padres, declarándole que debía partir, pues, entonces ni nunca, podrían otorgarle la mano de Guineta á un hombre como él.

Después de hacer los preparativos de viaje, Juanito asistió al desayuno con los padres de la joven, que manifestaron la más completa serenidad, como si nada hubiera pasado. Concluído aquél, las niñas se retiraron, y entonces Juanito dice con mucha calma á la madre de Guineta :

—Sra. Mallo, ¿podría usted hacerme el favor de dejarme decir adiós á su hija, antes de partir ?

Ésta mira á su esposo, y responde ásperamente :

—Preferiría que no lo hiciese usted.

—Os lo pido como un favor especial—replica él con voz sorda.—Le hablaré en presencia vuestra, si lo exigís.

—En tal caso, esposa mía—le dice Lord Mallo—no es dable que nos neguemos á la *última* solicitud del coronel Blunt: haced que venga Guineta.

Sale la Sra. Mallo y vuelve poco después acompañada de su hija Guineta, cuya palidez revela que sabe la suerte que le espera. El honrado corazón de Juanito se siente conmovido; sus ojos se humedecen, y resueltamente va á su encuentro :

—¡Adiós!—le dice con su voz ronca y estrechándole la mano.—Hice mal en hablar á usted, sin obtener el previo consentimiento de Lord Mallo. Me había olvidado de que soy pobre, y que, por lo tanto, no tengo derecho á pensar en

usted; pero yo sé que bien podía haberlos hecho feliz, si ellos no me lo hubiesen impedido.

—¡ Coronel Blunt!—interrumpe la Sra. Mallo.

—¡ Adiós!—vuelve él á repetir, cogiéndole ambas manos, mientras ella le mira con sus ojos bañados en llanto, y él, sin decir una palabra más, se retira y sube al carruaje que le espera. Guineta, que como petrificada le ha contemplado hasta que se pierde de vista, regresa silenciosa á su cuarto. Allí, en medio de su amargura, se maravilla de su lacónico adiós, pues ella estaba dispuesta á afrontarlo todo por seguirlo y luchar á su lado.

Esperó algún tiempo tener noticias de él, mas como no llegaran, se desalentó. Pocos meses después fué á Londres, donde el Sr. Désboro solicitó su mano, y aceptó, hablándole con su característica franqueza:

—No le profeso á usted ningún cariño; pero me casaré con usted, en la inteligencia de que yo conserve mi plena libertad, y pueda hacer en todo cuanto se me antoje.

El Sr. Désboro, que tampoco estaba enamorado de ella, pero que deseaba tener por esposa una dama de la nobleza, aceptó, poniendo la mejor cara que pudo, á tales condiciones, y limitándose á balbucear:

—¡ Esperemos que con el tiempo! . . .

—No—responde ella bruscamente.—El tiempo no cambiará en nada la situación de usted; pero si prefiere usted casarse conmigo, renunciando á toda esperanza de mi parte, la cosa me es enteramente indiferente.

Casáronse pues Désboro y Guineta, y sucedió precisamente, por una de esas ironías en que el destino parece deleitarse, que el mismo día de las bodas perecían ahogados el Sr. Désboro y su hijo, por lo que mandaron á Méjico en busca de Juanito Blunt, pues á él le tocaba heredar el título nobiliario y la fortuna.

Tales son los antecedentes de los dos personajes que hoy se vuelven á encontrar, ya transfigurados. Aunque el encuentro sea casual, no es menos grato, y sobre todo al verse solos y que pueden evocar sus amorosos recuerdos. Continúa, pues, entre ellos el diálogo, y él agrega:

—Toda la noche os he estado observando, á fin de llegar á adivinar si erais realmente feliz, al veros continuamente riendo y hablando.

—¿ Quiere decir que sólo la gente feliz es la que se ríe y charla ?—le interrumpe.—¡ Si así fuera, cuán taciturno y abatido resultaría el mundo entero ! ¡ Reirse y charlar ! ¡ Vaya ! pues yo no hago otra cosa todo el santo día, y parte de la noche ; y sin embargo . . .

—¿ Quién es acaso feliz ?—replica él—lo somos quizá uno que otro rato á lo sumo. Siéntese uno feliz cuando mata á una fiera, que ha estado en un tris de devorarlo á uno ; es uno feliz cuando pesca un enorme salmón, al cabo de una hora de agonía—como usted lo sabe—ó cuando se ha dado un buen paseo á caballo ; pero todo esto no dura . . .

—Hace ya tiempo me hablaba usted de igual manera, y entonces no le comprendía, porque aun me figuraba que era una dicha vivir ; pero ahora nos comprendemos perfectamente.

—¿ Es usted realmente desgraciada ?—le pregunta él con ansiedad.

—¿ Ha visto usted á *mi marido* ?—replica ella prontamente.—Usted sabe bien cuan franca, expansiva y animosa era antes, y puede bien figurarse lo que seré al verme encadenada con un hombre á quien desprecio en sumo grado. Mi naturaleza toda se ha transformado, y hasta me odio á mí misma. Á él lo trato ignominiosamente ; yo bien lo conozco, sin que los demás me lo digan, y sin embargo no lo puedo impedir : hay algo, que me impulsa á conducirme así. Más lo respetaría si se apasionara de mí ó si me pegara ; pero lo que él me tiene es miedo : sí, *¡ me tiene miedo !*

—Usted no es más que una mujercita endeble—responde el Sr. Résboro—pero se me antoja que puede llegar á ser terrible.

—¿ Le parece á usted ?—dice ella, alzando los ojos para mirarlo.—¿ Entonces me he convertido en una fiera ?

En esto se abre la puerta, y entran el Sr. Wárrington y el coronel Fane ; pero ninguno de ellos conoce sus antecedentes, ni que acaban de interrumpir una conversación íntima. En efecto, aquél viene á invitar á la Sra. Guineta á jugar una

partida de billar, mientras éste conversa con Lord Résboro, el cual la contempla con disimulo, y se dice para sus adentros, que mejor le sentaba el vestido de percal con que jugaba en otro tiempo, que el rico traje que hoy ostenta, con encajes y diamantes.

Llega en seguida la Sra. Húntingdon con el capitán Montagú, y Lord Résboro exclama :

—¡ Carlitos! Me figuro que he asustado á vuestra pobre amiguita. Soy muy áspero para ella, y así no me quiere á ningún precio.

—¡ Es imposible!—exclama la Sra. Húntingdon, de mal humor.—Me comienza á fastidiar esta muchacha ; con sus aires de virtud se hace ya insoportable.

—Me figuro que no son meros aires—dice el coronel Fane.

—Yo creo que la virtud debe ser muy natural.

—Cuán propensas son las mujeres á atacarse mutuamente—dice Lord Résboro.—Está visto que vosotras no os perdonáis nunca unas á otras el ser más hermosas que las demás.

—¡ Hermosa!—interrumpe la Sra. Guineta—no es eso lo que yo llamo hermosura, sino lo que denominan *beauté du diable*, ó sea palmito, lozanía.

—En efecto, Sra. Guineta dice el capitán Montagú—tiene usted que convenir en que ella es realmente hermosa.

—¡ Indudablemente hermosa!—exclaman en coro los hombres.

La Sra. Húntingdon alza desdeñosamente sus bellos ojos, y dice, sentándose en una poltrona.

—Nunca he visto probado como ahora, que la belleza depende, ante todo, de los ojos que la contemplan.

—¡ Silencio!—dice el coronel Fane.—Aquí llega su hermano.

CAPÍTULO XII

Los días van pasando con rapidez; todas las mañanas me digo que ya un día menos me separa de papá, de Susana y de mis animalitos; aunque, sin faltar al amor que les tengo, debo confesar que sufriré cuando llegue el momento de abandonar la fascinadora vida que aquí llevamos. Por cierto, después del lujo, los halagos y alegrías, la vieja casa paterna va á parecerme silenciosa, triste y monótona; pero no es esto sólo, no. No es la tristeza ni la pobreza de nuestro hogar lo que me asusta: es sólo la idea de que allí no veré un rostro, ni oír una voz con que, locamente, han acostumbrado deleitarse mis ojos y mis oídos.

Vuelvo á cantar otra noche; él no viene á sentarse cerca de mí, ni me felicita como los demás. Pero más tarde viene á decirme en voz baja:

—Tengo que pedir á usted un gran favor: ¿me lo concederá usted, no es verdad?

Mis ojos chispean. ¿Qué es lo que yo no haría por complacerle?

—Soy apasionado del canto—de cierto canto—como el vuestro. Por lo regular la ópera me empalaga, á excepción de ciertos solos, tiernos y deliciosos. En resumen, prefiero á todas las óperas del mundo el canto de la Patti, cuando entona el: “¡Hogar, delicioso hogar!” Pero, lo que prefiero á todo, es sentarme en una poltrona y oír una de esas dulces y antiguas baladas, cantada por una voz como la vuestra. Raras veces he tenido esta dicha. Sólo cuando oigo un canto melodioso me doy cuenta de que tengo alma. Me imagino que usted puede convertirme completamente—añade sonriendo—

con sólo su voz ; y si Orfeo fascinó con su lira á las fieras, creo que usted no me creerá peor que éstas.

Su elogio me hace reír de gozo.

—¿ Pero cuál es el favor ?—le pregunto.

—Necesito que cante usted, para *mí sólo*.

—¿ Sólo ?—repito—¿ pero como será eso posible ? ¿ Quiere usted decir con esto, que hay que suplicar á los demás que se retiren de la sala ?

—Necesito que fije usted una hora mañana, cuando los demás se vayan á paseo : bien puede usted decir que está con jaqueca y quedarse en casa.

—Es el caso que nunca he padecido aún de jaqueca.

—¿ Es posible ? Yo me figuraba que todas las señoritas padecían de jaqueca siempre que les conviene. ¿Cuál es la dolencia que usted prefiere cuando necesita excusarse ?

—Yo no necesito nunca de excusas. Me basta decir á papá : voy á salir ó tengo que quedarme en casa, y él nunca me hace observación alguna.

—Yo quisiera tener un papá como el vuestro ; precisamente el mío es todo lo contrario. Pero lo que urge es que encuentre usted modo de hacerme el servicio que le pido, y que le agradeceré perpetuamente.

Querría de mil amores hacer lo que él me pide ; pero no veo el modo, pues por inocente que sea, no veo cómo podría cantar sola en su compañía. No ; ¡ la cosa es imposible !

—Yo le cantaré á usted horas enteras, con sumo placer ; pero debemos resignarnos á exponernos que alguien esté presente.

—Ya sé que medio podemos emplear. Saldremos á pasear con Gora y su novio ; y como ellos tratan de estar solos, nos dejarán atrás ó nosotros á ellos ; entonces regresamos á casa y llevamos á cabo nuestro proyecto.

—Yo consiento con una sonrisa, y él se retira, mientras su hermano, que de lejos nos observaba, viene á ocupar su sitio.

—¿ Qué le ha estado comunicando á usted mi hermano, que la ha puesto tan contenta ?—me pregunta Héctor, con su acento glacial.

—Si parezco contenta es—respondo indignada—porque en mí se refleja el semblante de las personas con quienes hablo, y como su hermano de usted sonrío y tiene aire de contento, yo también lo tengo.

—Así es que ahora refleja usted la expresión de mi rostro, según creo—dice con cierta ironía, pues la expresión del suyo es completamente distinta de lo que era hace un momento.

—Probablemente—replico—pues ya no puedo más con sus constantes personalidades.

Se muerde los labios y luego prosigue con más suavidad :

—Desearía poseer el secreto de poder agradar á usted. ¿ Sabe usted, que á veces quisiera hacer el papel de espía, para oír lo que pueden decirle las personas que la hacen sonreír y la ponen tan de buen humor ?

—En ese caso no oíría usted nada muy ingenioso ó sensato—le respondo sonriendo—y el asunto de nuestro regocijo le impulsaría á usted á incluirnos á todos nosotros en un supremo é infinito desdén.

—¿ Por qué se empeña usted en tomarme por un fatuo ?—replica con acritud.—¿ Acaso se figura usted que yo soy incapaz de reírme y de estar también alegre y de buen humor ?

Mírolo de soslayo, y con tono dubitativo le contesto :—Yo lo ignoro, es cuanto puedo decirle á usted.

Echase á reír, sin quererlo.

—¿ Así es que usted se figura que yo no he sido nunca niño, y que no he jugado con aros ni bolitas ?

Al fin consigue hacerme reír por vez primera, tanto más cuanto que mi traviesa imaginación me representa en este momento á tan pacato personaje, cual sería entregado á tales pasatiempos infantiles.

—Ya ve usted—le digo cuando recobro mi serenidad—cuán poco se necesita para hacerme reír.

—Sea de ello lo que fuere, me felicito de haberlo conseguido, siquiera una vez—me responde de mejor humor.—Y así, como ha desaparecido la mala impresión, continuamos charlando amigablemente, hasta que termina la velada.

Yo me voy á mi cuarto llena de gozo, pensando en el pro-

grama trazado para el día siguiente, y tiemblo ante la idea de que algo venga á malograrlo. Felizmente, todo ocurrió como él lo había previsto. Casi todos los caballeros se fueron á la caza juntos, á excepción de Lord Résboro, que partió solo con la Sra. Guineta con el mismo objeto, del novio de la Señorita Gora y el capitán Montagú que se quedaron ; de suerte que se realizó el plan ideado la víspera, y después de media hora de paseo con nuestros novios, me hallaba sentada al piano y el capitán á corta distancia, arrellanado en un sillón del gabinete de la Sra. Wárrington. Cerró los ojos y casi me vuelve la espalda.

—No crea usted que duermo—me dice—pero yo no puedo servirme del oído y de la vista á la vez ; y por otra parte, la más bella mujer del mundo lo es menos cuando abre la boca para cantar. Así pues, no espere usted que la interrumpa con un *mil gracias*, y dígnese usted continuar cantando por largo tiempo.

En consecuencia, púseme á cantar y más cantar ; deseaba complacerle á él sólo y merecer su aprobación, más que á mil oyentes que estuvieran allí reunidos. Sólo de cuando en cuando levantaba yo los ojos para contemplar extasiada su rostro, al mismo tiempo que seguía cantando.

Veo que ya comienza el crepúsculo vespertino, pues nos encontramos en los días más cortos del año ; miro el reloj y me doy cuenta de que hace una hora que canto. Cierro entonces con mucha precaución el piano, pues no estoy muy segura de que mi voz no haya producido el suave aunque poco lisonjero resultado de adormecerlo ; mas, apenas he concluído, abre él los ojos, se levanta y viene á mi encuentro.

—Puedo asegurar á usted que me ha procurado usted mayor placer que el que haya podido disfrutar en muchos años. No tengo cómo ponderarle la grata satisfacción que he experimentado esta tarde. ¿ No es verdad, que no está usted fatigada ? Yo soy un animal tan egoísta, que sólo pienso en mí mismo.

—Me felicito de que haya usted quedado satisfecho—le digo mirándolo, pero en el acto aparto mi vista, pues no me siento con fuerzas para resistir su mirada. Después de un corto in-

tervalo me tiende la mano y estrecha la mía, que reposa sobre el piano. Su contacto me hace el efecto de una chispa eléctrica, causándome una sensación que no sé si es de placer ó dolor. En ese momento se oyen dos carcajadas, una sonora y otra chillona. Llena de vergüenza, trato de retirar mi mano; pero el capitán me la estrecha fuertemente: él no revela la más mínima turbación.

—Estoy dando á la Señorita Diana una lección de quiromancia—dice con mucho aplomo.—¿ No conoce usted, Sra. Guineta, esta ciencia ?

—Creo que sí, al menos como usted la enseña—replica riéndose, en unión de Lord Résboro.

El capitán Montagú, á pesar de mi resistencia, exhibe la palma de mi mano, y dice, mirándola imperturbablemente :

—Tiene muy larga la línea de vida.

—¡ Eh, Carlitos ! ¿ y qué hay respecto á la línea del corazón ?—gruñe Lord Résboro.—¡ Vamos, echemos un vistazo !

Cuando él se acerca, yo retiro violentamente mi mano y las cruzo ambas por detrás.

—¡ Qué tortolita tan asustadiza !—añade.—¿ Cómo se explica, Sra. Guineta, que inspire yo á la Señorita Caré, terror semejante ?

—No lo sé por cierto—replica ella en el mismo tono.—No me figuraba tan tímida á la Señorita Caré ; pero, por lo visto, el capitán Montagú no le inspira igual terror.

—Mi querido Juanito—le dice riendo y golpeándole el hombro el capitán—al ver la Señorita Caré tal armatoste, de aire tan feroz, que tiene fama de desquijarar leones y de haber vivido en selvas remotas, no es extraño que os tome por un antropófago y no crea muy segura su vida cuando os acercáis á ella demasiado.

—Me parece que no soy yo tan peligroso para esta señorita como vos—replicó Lord Résboro.—¿ No querría usted, Señorita Caré, dejarnos oír una de esas tiernas canciones con que acaba de favorecer á este afortunado chico ?

—Sí, cántenos usted la canción de Robin—dice imperiosamente la Sra. Guineta.

Pero me siento ronca y no cantarí­a por complacer á nadie ; y así de­jo el piano diciendo :

—Noto que me he enronquecido.

—¡ Que niña tan encantadora y de buen genio !—dice en voz baja la noble dama, aunque bastante alto para que lo oiga, mientras despechada me retiro á mi cuarto, diciéndome : ¡ qué me importa ! Le he gustado á él, y esto vale para mí cien mil veces más que todo el descontento que pueda ocasionar á todos los personajes imaginables.

Durante los últimos días he visto mucho á Clara Fane, y cada vez simpatizo más con ella, pues es muy buena y amable con todos. Yo me he imaginado, no sé si con razón, que usa de muchos miramientos con Héctor Montagú ; que su bello rostro se anima cuando él le habla, mostrando cierta turbación en su presencia, y disculpa cuanto él dice de criticable. ¿ Será posible que esté prendada de él ? No puedo comprender cómo pueda simpatizar nadie con semejante caballero, y mucho menos una persona tan suave y amable como Clara. En todo caso, espero que nos veremos después que nos vayamos, pues de veras la quiero, y estoy segura de que papá la querrá cuando la vea, así como congeniará muchísimo con su hermano.

Al fin ha llegado el último día de nuestra estancia aquí, y mañana debemos partir. Tengo ansia de volver á ver á los seres para mí más queridos ; pero, al mismo tiempo, quisiera que no pasaran tan pronto las deliciosas horas que nos restan. Esta noche me acompaña al comedor, por vez primera, el capitán Montagú. Hace siete días que me parecía, durante la comida, que las manecillas del reloj iban con suma lentitud, y hoy me parece lo contrario. Estoy contentísima ; mis labios sonrien sin cesar y mis ojos relampaguean ; adivino el efecto que causo, al observar el semblante semitriste y semiale­gre del coronel Fane, las miradas coléricas de Héctor, las desdeñosas ojeadas de la bella Húntingdon y la dulce sonrisa de Clara. Nuestra conversación continúa, sin que tenga nada de chispeante ni sublime ; pero no la cambiaría por todas las perlas del más grandilocuente lenguaje de cualquier otro hombre :

las palabras, que constituyen ahora una melodía al resonar en mis oídos, no son sino las más triviales, y así, si fueran pronunciadas por otros labios, no ejercerían sobre mí la menor fascinación.

—Lamento tan profundamente que usted se vaya mañana—dicen la boca y los ojos más hermosos que existen para mí—que no me perdono el tiempo que malgasté en los primeros momentos de mi llegada aquí. Pero también es verdad, que debo confesar á usted—agrega sonriendo—que yo no me figuraba encontrarme con una señorita tan encantadora.

—¿Dónde podré hallar tan bello lenguaje cuando vuelva de nuevo á mi vida campestre?—le pregunto sonriendo.—Mañana habré abandonado esta encantadora quinta, y volveré de nuevo á hacer mi papel de Cinderela.

—Quisiera convertirme en vuestra fantástica madrina—me dice—para llevaros á Londres y daros á conocer algo de la vida de la metrópoli. De buena gana me transformaría en dueña, con morrión y penacho, para llevarla á usted por todas partes durante la temporada. ¡Cuán indulgente y magnánimo sería, y al mismo tiempo cuán furiosamente celoso me mostraría con todos vuestros admiradores!

Mi respuesta es una carcajada.

—Bien veo que he cambiado los papeles; pero no importa. Hoy, gracias á Dios, sólo soy un admirador, y he persuadido á la dueña de la casa que nos deje bailar esta noche. Así pues—hablándome al oído—va usted á valsar dos veces conmigo, aunque mañana me regañe Héctor.

—¡Qué caso hay que hacer de su hermano!—exclamo impaciente.

—Noto que han dejado un vacío en la educación de usted—me dice el capitán con su sonrisa burlona.—Parece como que usted no percibe la diferencia que hay entre lo que se llama un *buen partido* y un *perjudicial*.

—¿Qué se entiende por un *perjudicial*?—le pregunto con curiosidad.

—El hombre que no puede casarse con usted, pero que sirve

de estorbo, alejando á los que quieran cortejarla : yo, por ejemplo, soy un perjudicial.

En el acto siento que me arden las mejillas, y gracias á que en ese momento nos levantamos de la mesa. Lamento en extremo lo que acaba de decir. ¿ Por qué ha querido envenenar la copa que me parecía tan deliciosa hace un instante, haciéndome antes libar las heces ?

Una vez en la antesala, Clara se acerca á mí y me toma del brazo, diciéndome :

—¡ Cuánto me alegro de ver que le es á usted tan grata la última noche que aquí pasamos.—Y yo le contesto : sí, y mucho ; gracias ; pero el tono con que lo digo no es tan cordial como habría sido hace un momento.

—Mi hermano—agrega ella—se prepara á acompañarme á casa de usted ; espero que en adelante seremos verdaderos vecinos y que nos veremos con mucha frecuencia.

—Tendré infinito gusto—respondo muy de veras.—Nuestro género de vida en casa es tan monótono y tranquilo, y me figuro que de hoy en adelante me parecerá más aún, después de tanta alegría. Creo que debe ser delicioso el poder formarse alguna perspectiva agradable para lo futuro ; pero como usted debe saber—agrego ruborizándome—nosotros vivimos muy modestamente, porque . . .

—Mi buena amiga—me dice ella, interrumpiéndome y dándome un expresivo apretón de mano—me preparo á ir á veros, así como los perros, gatitos y demás seres mimados.

CAPÍTULO XIII

MI última noche aquí ha sido muy grata. Todos me han consagrado alguna expresión amistosa, lamentando mi partida, á excepción de las Sras. Guineta y Húntingdon. En cambio, la noble dama, á quien Crespo hace mil cumplidos, deplora la partida de éste y le hace prometer que irá á visitarla á su castillo. Nuestros amables amos de casa también nos instan á quedarnos aún ; pero no nos es posible, pues papá nos aguarda, y temeríamos disgustarlo si no nos viera llegar.

La mitad de mis deseos está ya satisfecha. He saboreado un delicioso vals, y he olvidado cuanto había de desagradable en la última conversación. He bailado con el excelente coronel Fane, que ha estado más amable que nunca ; con Héctor, que ha hecho esfuerzos inauditos para disimular su desazón y para parecer contento, y en una palabra, he bailado con casi todos, menos con Lord Résboro. Me quedo sola por un momento y éste lo aprovecha para desplomar su enorme mole sobre el sofá en que estoy sentada, y acercando mucho su cara de sátiro á la mía, me dice :

—¿ No se resuelve usted á nada ? No olvide que esta es la última oportunidad.

—Yo no tengo nada por resolver—le respondo muy secamente.

—¡ Oh ! sí que tiene usted !—replica.—Se puso usted furiosa conmigo, porque le dije que tuviera cuidado con el amigo Carlitos. Más valía que hubiera consagrado sus dulces miradas y sonrisas al otro hermano, ó á mí, por lo que toca á este asunto—riéndose.—Yo he jurado no casarme ; pero no puedo en manera alguna asegurar, que si me mirara usted del mismo modo que á Carlitos, no fuera quizá capaz de faltar á mi juramento.

Helo aquí que ya viene—¡malhadado chico! que se cruza siempre en mi camino.—Diga usted, Carlitos, va usted á hacernos el favor de dejarnos solos un momento: estamos ajustando las paces.

Mas el capitán Montagú, al ver mi semblante lastimero, se guardó bien de aceptar.

—Dispongo de muy poco tiempo y no puedo sacrificar ni un minuto—dice éste riéndose.—¿ Por qué no pensó usted en esto antes? Ahora es ya demasiado tarde, y el que desperdicia la ocasión no la vuelve á hallar.

—¡ Qué demonio de egoísta sois! ¿ Por qué no se consagra usted á las casadas y no deja tranquilas á las pollas?

—Oigo música: vamos, Señorita Diana—me dice Carlos—y un instante después nos deslizábamos á través de la sala de baile. Nunca olvidaré este vals; y cuando ha terminado me lleva al invernáculo, y me invita á sentarme en el mismo sofá de la famosa escena con Lord Résboro.

—¿ Es verdad que se va usted mañana?—me dice pesaroso, mirándome con sus ojos azules.

—Efectivamente—respondo pesarosa también.

—Yo me hallo en el mismo caso—continúa—ambos regresamos al hogar paterno. Vuestro padre tendrá gran placer de volveros á ver; ahora bien, yo no puedo lisonjearme de que mi vista inspire mucha alegría al mío. Yo soy el hijo pródigo, que ha regresado ya muchas veces, y así han renunciado á la idea de matar el becerro gordo; aunque en resumidas cuentas no lo lamento—riéndose—porque detesto la carne de ternera.

—¿ Y permanecerá usted mucho tiempo en casa de sus padres?—le pregunto, impulsada por una vaga curiosidad; pues me sería grato figurarme que mora aún en el mismo distrito que nosotros.

—Uno ó dos días solamente; y entonces iré á continuar las arduas fatigas de que le he hablado á usted. Pero volveré pronto. ¿ Cómo me recibirá usted si el día menos pensado me presento en su casa?

Mi corazón se agita, brillan mis ojos; pero no me atrevo

á decir una palabra, pues dado nuestro modesto género de vida, me figuro que le haría mal efecto á un caballero tan distinguido.

—¿No tiene usted ganas de que vaya á verla?—me dice suavemente.

—No creo que tenga usted interés en ello—le respondo.—Y me figuro que dentro de una semana—por no decir en menos tiempo—habrá usted olvidado el haberse encontrado con una personalidad tan modesta como la mía.

—¡No; no lo olvidaré!—me dice al oído, y al mismo tiempo se apodera de mi mano, con tal gracia, que no puedo menos de dejársela.—¡Jamás me olvidaré de usted!

Creo estar soñando, y así entreabro apenas mis ojos, de miedo de despertar de tan venturoso sueño.

—¡Mi adorada!—exclama, pegando sus labios á los míos. Yo retrocedo molesta: la ilusión ha desaparecido.

—¡Cómo ha osado usted! . . . —le digo quejosa, pues me siento muy ofendida y avergonzada.

—¡No se incomode usted!—me dice en tono suplicante.—No pude contenerme; lo siento en el alma: no, no es verdad—dice con una sonrisa—pero no volveré á hacerlo.

Volvemos entonces al salón de baile, donde ya todos van á retirarse y se dan las buenas noches. Yo subo rápidamente la escalera en dirección á mi alcoba, aunque con el corazón oprimido. Una gota de amargo ha venido á acibarar el suave néctar que saboreaba dulcemente, pues temo que me estime en menos en vista de lo que ha ocurrido, y que me juzgue como demasiado ligera.

Al día siguiente la lluvia impide las excursiones, y todos se ven precisados á quedarse en casa. Como era de esperarse, me invitan á que cante. El capitán Montagú no me ha hablado en toda la mañana, ni podía hacerlo, pues me he visto monopolizada por su hermano. *Él* está en gran conversación con la Sra. Húntingdon, la cual ha bajado por primera vez á almorzar con nosotros. Me siento muy celosa; trato de no mirarlos. *Su* mirada, que me parece tan suave cuando se dirige á mí, me causa indignación cuando la observo que se

dirige hacia otra mujer. ¿Qué le estará diciendo? Ella le mira risueña, de la misma manera que cuando me escandalicé de que su marido no se indignara al verla coquetear. Involuntariamente lo busco con la mirada, y lo veo muy tranquilo y alegre, conversando con la Sra. Guineta: me inspira profundo desprecio.

Al fin me resigno á cantar, pues esta es la única arma de que puedo disponer contra todas ellas: contra su bellos rostros, sus ricos vestidos, sus joyas y demás hechizos, por mí ignorados, con que hacen perder la cabeza á los hombres. Hoy no me siento nerviosa, y así doy á mi voz toda la expresión de los sentimientos que rebosan en mi corazón—de ese corazón insensato, del que no sabré qué hacer de hoy en adelante.

Ella se pone entonces á hablarle en alta voz, y aunque él le hace señas de callar, por lo mismo habla más fuerte, y sus ojos relampaguean de rabia. Entonces, ¡qué triunfo! él se levanta y va á sentarse en otro sillón; cierra los ojos y me escucha. Yo sigo cantando para él: sí, para él; aunque quienes vengan á congratularme y darme las gracias sean su hermano, el coronel Fane ó los demás. Cuando he terminado la última y la mejor de mis baladas, él abre sus hermosos ojos, que disimuladamente he mirado sin cesar, y se acerca á mí:

—Señorita Diana—me dice con ese delicioso y lánguido acento que le es propio, y que fastidia á los otros hombres—es decir á los que le tienen envidia, y que gusta á las mujeres.—¡Qué tesoro incalculable será usted un día para alguien! Pero hay que esperar que no hará usted lo que la mayoría de las señoritas, que una vez casadas renuncian al canto.

—No puedo decir aún lo que haré—le respondo—dado el caso que ocurra cosa tan improbable.

—¡Improbable!—exclama al otro lado su hermano.—¿Por ventura, Señorita Diana, abriga usted el proyecto de tomar el velo?

—Bien pudiera ser—respondo riéndome—pues en casa mi vida se parece mucho á la de una monja.

—En tal caso, nosotros iremos á invadir el santuario, ¿no

te parece Héctor?—pero éste sólo frunce el ceño.—Creo que sólo unas cinco leguas nos separan de usted—continúa el capitán Montagú—y la tradición nos dice que nuestras familias fueron antes íntimas amigas.

—¡ Ay!—replico, sonrojándome—entonces todo era muy distinto; pero nosotros . . . —y aquí me detengo.

—En cuanto llegue á Londres—dice el capitán, cambiando hábilmente de conversación—voy á mandarle á usted unas bonitas canciones de Gounod y de Súllivan, y entonces, si por ventura tengo la dicha de volver á ver á usted, y—sonriendo—si no ha abandonado usted aún la música, tendremos el placer de oírse las cantar.

El momento de partir ha llegado. Ya he dicho adiós á todos, menos á uno: ¿ dónde está él? Me siento sumamente angustiada, cuando ya en el carruaje, se oye una voz que grita: ¡ alto! y vemos acercarse á la portezuela al capitán Montagú, que me da un precioso ramo de flores, diciéndome:

—Después de obtener el debido permiso, he saqueado el invernaculo; yo he adoptado un uso extranjero de decir adiós á los amigos, dándoles algunas flores. Adiós Crespo; ya nos veremos este verano en Windsor; adiós, bella diosa; hasta la vista, según lo espero.—Y al mismo tiempo me da un delicado apretón de mano, quítase el sombrero, y nuestro coche comienza á rodar por la avenida.

—¡ Ay, Dianita!—me dice en tono lastimero Crespo—¡ qué días tan dichosos hemos pasado! ¿ No te da inmensa pena el ver que han terminado?

Pero precisamente en este momento me siento sumamente dichosa, pues el episodio de las florecitas ha convertido mi tristeza en gozo, y así le contesto:

—¡ Todo ha sido delicioso! Pero hay que pensar en que vamos á volver á ver á papá. ¡ Qué contento va él á estar al vernos, así como nuestra Susana! Me figuro el grado de ansiedad en que ésta debe hallarse, esperándonos de momento en momento. Será muy agradable el contarles todo lo ocurrido.

—Sí, sí—me dice tristemente. ¿ Pero no te parece, Dianita, que esto de ser uno pobre es cosa terrible?

—Así será quizá, querido hermano; pero debo declararte, que las personas con quienes hemos estado no tenían fama de muy dichosas, por más que cuenten con cuanto es dable obtener con el dinero: estoy segura de que no se han divertido ni la mitad que nosotros. El capitán Montagú—volviendo algo la cara á un lado—me ha dicho que se sentía hastiado de todo casi siempre.

—¡Oh! todas esas son tretas de él, y de cuantos así se expresan. Lo positivo es que nuestra visita ha sido muy satisfactoria y ambos hemos estado contentísimos. Tú, Dianita, has estado mejor que nunca, te lo aseguro. Le has gustado á todos los caballeros; sólo siento que hayas tratado tan mal al pobre Résboro, que en el fondo es una excelente persona.

—¿Te parece á tí? Ciertamente yo no simpatizo con sus aires de Júpiter Tonante; pero en todo caso esa es cuestión de gustos, y no es posible que las mismas personas gusten á todos. —Y, acariciando maternalmente sus dorados y crespos cabellos, le digo con dulzura: —Piensa sólo en que ya vamos á llegar, y sobre todo no digas nada á papá acerca de nuestra imposibilidad de retornar tantas atenciones como nos han hecho.

—Ni pensarlo, Dianita; cuenta con que yo no diré nada que pueda contristar á nuestro buen papá.—¡Hélo aquí!—grita, agitando su sombrero, loco de alegría.

Sí, él es quien de pie nos aguarda delante de la puerta, rebotando de gozo, y tras de él, á respetable distancia, diviso los grandes lazos que distinguen la cofia de nuestra nodriza, Susana Gay; más allá la cocinera nos hace mil reverencias, así como la otra criada, que viene cargada con mis gatitos Otelito y Desdémona; y mi perrito, que me hace tantas fiestas, que casi me desgarran el traje. Un instante después me hallo en los brazos de mi buen papá, y lágrimas de alegría corren por nuestras mejillas. Paso á los de Susana, y ésta me hace notar que el agua del te comenzó á hervir precisamente en el momento en que llegábamos. Entramos en la sala donde ya nos espera el te, con bizcochos, y sabrosas tostadas con mantequilla. Mientras Susana nos sirve el te, yo pierdo el aliento, tratando de contar á papá, que sonrío gozoso, todas las maravillas que

hemos visto y los deliciosos episodios de nuestra excursión. Pero Crespo, siempre zumbón, me interrumpe:

—Pero, papá ¡ pronto nos vamos á quedar sin Dianita! Os aseguro, que ha cautivado como por encanto á todos los jóvenes; que vamos á tener desafíos, y el día menos pensado vamos á ser testigos de un rapto, y nos quedaremos con un palmo de narices.

—¡ Cállate Crespo, que eres muy majadero!—exclamo.— Todo es, papá, porque así quiere evitar que yo sea la primera que cuente los triunfos de este nuevo Adonis, por quien han perdido la cabeza todas las lindas damas.

—Sea de ello lo que fuere—dice papá sonriéndose—lo positivo es que ambos parecéis estar sumamente satisfechos de vuestra visita.

Al día siguiente, papá y Crespo salen á cazar, y yo comienzo entonces á experimentar una sensación de vacío indefinible, que no conocía antes: probablemente será el efecto de la reacción. Cierta desaliento se apodera de mí cuando me pongo á contemplar las flores que *él* me regaló. Ayer, á estas horas, estaba cantándole, y acaso no volveré á verlo más, y quién sabe si ya me habrá olvidado.

Noto que las flores comienzan á marchitarse y dos grandes lágrimas corren por mis mejillas. ¡Ay de mí! He probado del fruto del árbol de la ciencia, y cuando no sabía nada de esto me sentía alegre y dichosa en nuestro hogar. ¿Para qué iría yo á dirigir mis miradas á ese paraíso—exclamo á mis solas atribulada—si había de ser para disgustarme de cuanto antes constituía mi felicidad? Á la verdad, cuando vuelvo los ojos atrás, todo era aquí un paraíso para mí.

CAPÍTULO XIV

LA finca de Alford es una de las más antiguas residencias señoriales de Inglaterra. Tiene, no una, sino muchas leyendas, como todas las grandes casas solariegas que cuentan algunos siglos. Tiene encinas seculares y un gran estanque, lleno de carpas que la tradición cree igualmente vetustas. Su fachada tiene una gran verja de estilo antiguo, y en el interior todo es grandioso é imponente, como en una vieja mansión de castellanos ricos.

Héctor Montagú, el amo de la casa, era el más encopetado autócrata que puede imaginarse; el despotismo que ejercía en su heredad era superior al del Emperador de todas las Rusias, y podría compararse con el de los legendarios bajás de Turquía ó el de los potentados del imperio Chino. Todo esto es relativo, pues aquí tratamos de un caballero muy bien educado y culto, nacido en un siglo tan civilizado como el XIX, en el que no se toleran ciertas crueldades de otros tiempos. Pero Sir Héctor tenía, sin embargo, su víctima, no por cierto para decapitarla ó azotarla; pero que estaba siempre á mano para torturarla moralmente á su antojo, y esa víctima ya han adivinado mis lectores que era . . . su esposa. La pobre dama tenía que responder, no sólo de sus propias imperfecciones, sino de las de toda la casa y del vecindario: y de cuantas faltas podían cometer los hijos, mayordomos, criados, jardineros, colonos, inquilinos, etc. Si la sopa está muy fría ó muy caliente; si Carlitos contrae una deuda, y desde lo más trivial á lo más grave que ocurre, de todo tiene la culpa la esposa, y Sir Héctor descarga sobre ella sus sarcásticas pullas, que son su arma favorita, pero afectando siempre las más cortesanías maneras. Por eso, á primera vista, los extraños dicen que es

“un anciano muy amable,” pues sus modales son muy cultos y corteses, especialmente con las damas; pero cuando se le trata más de cerca, se cambia pronto de opinión.

Pero basta de preámbulos; levantemos el telón, y verá el lector á Sir Héctor, sentado á la mesa en el grandioso comedor, con su esposa y sus dos hijos, y un lacayo de gran librea detrás de cada asiento. Esta es una de las manías de Sir Héctor, y una de las que más fastidian á sus hijos: Sir Héctor *debe* comer siempre conforme á la mayor etiqueta, esté solo ó acompañado. Hay al lado un comedor pequeño y muy bonito, donde los otros tres miembros de la familia desearían comer, servidos por uno ó dos criados á lo sumo; pero Sir Héctor piensa de otro modo, y exige que se coma en la gran sala de banquetes, que asistan el mayordomo y sendos lacayos, que como estatuas observan cada bocado y escuchan cada palabra que se dice.

Toda esta etiqueta y demás manías del encopetado señor eran insoportables para sus hijos, especialmente á Carlos, que se quejaba continuamente á su excelente y amorosa madre, tipo de la más perfecta bondad y resignación. Pero dejemos nuestras digresiones, y volvamos al comedor, donde comen hoy con sus padres Héctor y Carlos, acabados de llegar de regreso de su visita á la casa de campo de la familia Wárrington. Ha terminado la comida, y la conversación es acerca de dicha visita y de las demás personas que allí se encontraron reunidas.

—El hijo é hija del Señor Caré se encontraron allí—dice Héctor, después de nombrar á los demás convidados.

—¿Es posible—exclama la Sra. Montagú—que esos niños hayan crecido tanto? Cómo, si me parece como que hubiera sido solamente ayer . . .

—Todo os parece haber pasado ayer—interrumpe fríamente su regañón esposo.—Yo me figuraba que el espejo debería decirnos de cuando en cuando que el tiempo vuela.

—El chico está todavía en el Colegio de Eton—continúa Héctor—pero la Señorita Diana Caré ha cumplido dieciocho años, y es una joven encantadora—agrega, poniéndose algo

colorado.—Me parece, madre mía, que sería bueno que le hicierais una visita.

—La haré con mucho gusto, si . . . —responde ella, mirando con timidez á su tirano—si vuestro padre . . .

Sir Héctor está saboreando su Oporto, y afecta no haber oído nada.

—Según he oído decir—prosigue Héctor, en un tono aparentemente semejante al de su padre—nuestra familia y la de Caré, antes de los infortunios de ésta, se hallaban ligadas por íntima amistad.

—Era más que natural que cesara la intimidad con gentes que, olvidando su posición, han hecho tantas calaveradas—replica el *baronet*, jovialmente.—Sin embargo, en este caso fué Caré quien abandonó á sus amigos, y no, como sucede ordinariamente, éstos los que le olvidaron.

—¿ Y es ella realmente hermosa ?—pregunta la Sra. Montagú, dirigiéndose á su hijo menor.

—Sí que lo es—replica éste reflexivamente—lo que puede llamarse bella, aunque no desarrollada completamente, como es natural.

—¡ Por fortuna !—interrumpe con énfasis Héctor.

—¡ Eso es según y conforme !—replica el capitán Montagú, que agrega maliciosamente—está escrito, mamá, que vuestra nuera tiene que ser la bella Diana.

—¿ Cómo es eso ?—exclama Héctor, mientras su madre observa el semblante de cada uno de sus dos hijos.—Héctor lanza una furibunda mirada á su hermano, que sin turbarse prosigue risueño :

—Él tiene edad suficiente para hablar ; interrogadlo, y dejadlo que se explique por sí.

—¡ Bah !—dice el *baronet*.—Yo me había figurado que hablabas de tí mismo. Un hombre sin un real, y que sólo tiene deudas, escoge por lo regular una novia sin un ochavo. Yo no considero á Héctor capaz de tal locura.

Héctor gesticula lo preciso, antes de resolverse á contestar con mucha frialdad :

—Me parece que, por ahora, no hay derecho para permi-

tirse el asociar el nombre de Diana al de ningún hombre. Por lo demás—mirando fijamente á su padre—si alguna vez me caso, la fortuna de mi novia no entrará para nada en mis cálculos.

—¿ Conque ya os creíais ocupando mi lugar, no es verdad ? —dícele sarcásticamente Sir Héctor.

—Mis rentas son más que suficientes para compartirlas con cualquiera mujer que no tenga ideas muy estrafalarias—replika su hijo Héctor, con tono frío y altivo.

—¡ Oh ! en tal caso—dice el *baronet*, con sarcástica melosidad—os suplico, esposa mía, que no perdáis tiempo, é id á hacer la visita á esa señorita, y presentadla como vuestra sucesora.

Sir Héctor queda triunfante, pues su heredero pierde la paciencia, y para no exponerse á que él lo note, se retira en el acto.

—Carlitos, ¿ hablaste realmente en serio ?—le pregunta inquieta su madre.

—Sí ; no . . . ¡ qué se yo ! no estoy seguro—responde bostezando—es un fastidio esto de tener uno que estar pesando cada una de sus palabras. Me parece que la Señora Wárrington ha tratado de arreglar este asunto.

—¡ Muy propio de ella, ya me lo figuraba !—dice Sir Héctor, secamente.

—Yo no concibo cómo hay gentes tan oficiosas—exclama su esposa, mostrando más resentimiento que de costumbre.—Eso no está bien de parte de la Señora Wárrington.

—No hay que exaltarse, querida mamá. Nada ha hecho la Señora Wárrington, ¿ ni qué podía hacer ella ? ¿ qué podía hacer nadie con Héctor, si éste no escogía ? Por otra parte, la familia Caré vale tanto como la nuestra, y la joven es lo más encantadora ; pero si hemos de decir la verdad—*inter nos*—por mucho que pueda ser el cariño que á Héctor le inspire, me figuro que no es correspondido en lo más mínimo.

—¿ Es posible, Carlitos ?—dice su madre, dominándose algo.—Yo creo que no es probable que Héctor reciba una negativa de nadie en quien fije sus ojos.

—Lo sentiría por él, si fuera á solicitarla con la probabilidad de ser rechazado, refunfuña Sir Héctor, y con ésto se suspende la conversación.

Al día siguiente la Sra. Montagú recibía en su gabinete la visita de su hijo mayor.

—¡ Madre!—comienza repentinamente—mucho me ha contrariado lo que anoche dijo Carlos acerca de Diana ; pero, no obstante, me daría usted gran gusto si fuera á hacerle una visita ; y además—paseándose de un lado á otro—¿ no podría usted invitarla á que viniera á pasar aquí unos días ?

Aunque Carlitos sea su preferido, la Sra. Montagú tiene profundo cariño á su hijo mayor, y así le contesta mirándole con ansiedad :

—Sí por cierto, hijo mío ; yo haré cuanto desees (con tal que tu padre no se oponga).—¿ Pero, en realidad, piensas seriamente en Diana ?

—Madre—con impaciencia—¿ qué precisión hay de llegar de un golpe á la última extremidad ? Diana es una persona encantadora, sin afectación, una cumplida señorita por sus modales, por lo que desearía tratarla más de cerca. Por otra parte—bajando la voz—todo contrato supone dos personas, y por muy enamorado que yo llegara á estar de ella un día, de aquí no se sigue que ella deba estarlo también de mí : lo contrario es acaso más probable. Mamá—suspendiendo sus paseos y colocándose frente á ella—mucho me temo no ser un tipo de mozo seductor, ¿ le parece á usted ? Yo veo que asusto á la gente, aun cuando trato de mostrarme muy amable ; hasta usted, querida madre—tomándole la mano—me trata con cierto embarazo. Mire usted á Carlitos—continuando sus paseos—con sólo una de sus lánguidas y dulces sonrisas se apodera del corazón de todas las mujeres, y harían éstas por él todo género de sacrificios ; en tanto que nosotros somos miserables perros, porque no hemos tenido la suerte de nacer con bonitas caras y suaves modales ; nosotros los que sacrificaríamos nuestras vidas por Vds. y haríamos cuanto es imaginables por hacerlas felices, ¡ nosotros somos los que sólo inspiramos miedo y espanto ! ¡ Pobre mamá!—deteniéndose,

y pasando su voz, de la fuerza que le daba la emoción, á una gran ternura.—¡Cómo es esto, parece que os he aterrorizado! ¿No es verdad que no se imaginaba usted que fuese yo un mozo de genio tan violento y fogoso? Vamos; ya se acabó y no se hable más de eso; no me doy cuenta de lo que pasó por mí. En conclusión, ¿hará usted lo que le he pedido, no es verdad? Ahora tengo que ir á ese fastidioso negocio que hay que arreglar en Willington. ¡Adiós, querida madre!

La Sra. Montagú suspira al quedarse sola, pues siente que debería tratar de comprender mejor á su hijo mayor, porque, en resumidas cuentas, parece que bajo esa apariencia glacial se oculta algo que un corazón maternal debe saber adivinar; pero esta idea momentánea pronto vuelve á amortiguarse. Quédale, sin embargo una fuerte impresión, y ésta es: que Diana es algo más para él de lo que hasta la fecha han sido las demás hijas de Eva.

CAPÍTULO XV

MIENTRAS Héctor Montagú se dirigía á Willington en su magnífica yegua castaña, donde iba á arreglar lo que él llamaba el “estúpido asunto con Cart,” su espíritu pensaba en cosa muy distinta. Se sorprendía al recordar cuánto se había exaltado en la conversación con su madre y eso le contrariaba; pero cuando la yegua había ya recorrido dos ó tres millas de la carretera que conduce á Willington, este recuerdo se había borrado para dar lugar á otro: el recuerdo de Diana, cuya imagen se destaca en su imaginación, como un hechizo de que no puede deshacerse. Sí; Diana, con sus hermosos ojos, su deliciosa voz, sus ondulados cabellos negros y sus labios de rosa, se le representaba como si estuviera allí en persona; contemplaba su semblante risueño ó petulante, y el honesto amor que relampagueaba en sus ojos, cuando éstos quedaban inmóviles, mirando á su hermano. Se presentaba á su espíritu como el verdadero ideal que él se había formado de lo que debía ser una señorita: pura, modesta, inteligente y afectuosa, rebosando ternura y amabilidad. Él no pertenecía á la categoría de los jóvenes que andan á caza de mujeres casadas y á quienes fastidian las jóvenes solteras. Compararla á ella con la Sra. Guineta ó con la esposa de Húntingdon, era para él lo mismo que comparar á un ángel con la heroína de una mala novela francesa. ¡Qué pretensión la de *ellas*, de hacerle burla llamándola melindrosa, gazmoña, ó descocada! Iba tan embebido en sus reflexiones, que, sin quererlo, dió tal sofrenada á la yegua, que ésta dió un salto y partió al galope.

Después de dar una palmada cariñosa á su caballería, y cuando hubo vuelto á su paso ordinario, volvió él también á su tema y siguió soñando con Diana. Á media voz iba di-

ciéndose:—¡ Quién se atreverá á decir que *ella* está llamada á ser una mujer á la moda; que pueda pretender casarse por tener fortuna; que pueda ser falsa y engañar á su futuro esposo; y que su alma pura pueda llegar á creer entretenidos los espectáculos inmorales ó las novelas impuras! ¡No! ¡jamás! ¡jamás!

Para que el pacato Héctor olvidase los bríos de su jaca y saliese de su estado habitual, era precisa la acción de una causa muy poderosa. En efecto, exclamaba apasionadamente, aunque hablándose á sí mismo: “¡Qué no daría yo por lograr que esta joven me amase! ¡Si pudiera siquiera llegar á tener imperio sobre ella, conseguiría al fin ser amado! Así razonaba, ó más bien deliraba Héctor, como los demás hombres acostumbra en casos semejantes, y así su imaginación se exaltaba más y más con estos sueños de color de rosa, cuando al oír resonar los cascos de la yegua en el empedrado de la población, volvió en sí y vió que había llegado á Willington, á donde había venido para tratar del mencionado asunto Cart.

Héctor tenía ciertas opiniones acerca de las mujeres, que muchos en el día tildan de raras y pasadas de moda. Él no era demasiado virtuoso ni moral, y si lo hubiese sido, la falta de experiencia habría podido quizá hacer que fuese menos severa la idea que se había formado de lo que una dama respetable debe ser; exigía que fuese muy tangible la línea divisoria que separa la mujer virtuosa de sus más frágiles hermanas. “Es preciso que ambas existan,” decía; “pero es preciso que no haya poder humano que sea capaz de confundir á la una con la otra.” Así, no vacilaba en decir públicamente su manera de pensar á este respecto; y por lo mismo, aunque él era lo que se llama un *buen partido*, no hubo muchas señoritas bastante osadas, que aspirasen al honor de compartir la fortuna de hombre de ideas tan intransigentes como Héctor, quien, aunque nada tenía de santo, era, según decían un día dos condesas, de una extrema severidad para juzgar las actuales costumbres del bello sexo.

Probablemente lo prosaico del asunto que tuvo Héctor que arreglar con Cart le hizo bajar de las nubes; y así las ideas

que revolvía en su mente al regresar á Alford eran ya de un carácter menos fantástico y más práctico. Se preguntaba, pues, si Diana simpatizaría con él, y si al fin y al cabo habría probabilidad de que lo amase. No hallaba por el momento una respuesta satisfactoria á esta pregunta. Es cierto, se decía, que las circunstancias no han sido aún propicias: era la primera vez que ella asistía á reuniones y se hallaba aún como deslumbrada por tantos necios piropos de hombres que no pensaban en nada serio—pues él no quería resignarse á pensar en su hermano, individualmente, tratándose de Diana. Habría que esperar á cuando ella se encontrase con él solo en Alford—pues no tenía intención de que su madre la invitara, sino cuando Carlitos hubiera partido para Londres—y entonces sí que podría prodigarle toda clase de atenciones y cariños, sin verse turbado por la presencia de otros admiradores, y sin que la acción de los celos viniera, como la otra vez, á darle ante ella ese aspecto frío y adusto. Sí, se decía: cuando ella haya visto todo lo que hay de apetecible en nuestra morada, todo cambiará—porque, aunque hace poco creía que no podía dejarse tentar por el interés, no podía menos de pensar que estos atractivos externos no dejarían de aprovecharle á él. ¿Por qué no había al fin de triunfar y ganarle la voluntad? Él no se creía repulsivo; bien podía ser seco y severo con otros, pero con ella sería tierno y meloso; por lo mismo que ella no había tenido oportunidad de tratar á otros hombres, tenía por eso él más probabilidades de agradarle y cautivarla. ¡Sí lo conseguiré! se dijo, mientras penetraba en el recinto de Alford.

Pocas personas han tenido la suerte de que se les juzgue con más injusticia que este pobre Héctor Montagú. La gente decía: “cuán parecido es á su padre.” Él lo sabía, y eso lo desesperaba, porque no era verdad. Existía, en efecto, un parecido en las facciones, y algo en los modales; pero su aire frío y su tiesura eran efecto de la reacción en una alma tímida y sentimental, y no como el genio altanero y dominante de su padre: la epidermis era áspera, pero bueno el fondo, aunque la humanidad no se guía, desgraciadamente, sino por las meras apariencias.

¡Oh! ¡y qué grande influencia tiene en la vida esta envoltura superficial, por más que sin cesar se nos repita que es tan perecedera! Mostremos un semblante placentero, digamos una agudeza ó hagamos alguna monería, y en el acto el fallo del mundo nos es favorable, y se nos acepta cual vale á la vista; pero si no se reunen estas favorables condiciones, ¡cuánto hay que luchar para merecer su indulgencia! El malhadado parecido á su padre era para Héctor su mayor infortunio: por cuanto ambos tenían las mismas facciones, la misma voz, y hasta cierto punto iguales modales, gozaba de la fama de tener el mismo genio que su padre. ¡Ni su misma madre había sabido comprenderlo! Ésta no supo nunca adivinar cómo los mimos, que desde la infancia había prodigado á su hijo menor, habían dejado una dolorosa huella en el corazón del mayor. Carlitos, con su cara risueña y simpática, se precipitaba en sus brazos, pisándole la falda y desgarrándole los encajes, sólo para pedirle un juguete ú otra bagatela, que obtenía acto continuo; mientras que Héctor la contemplaba de lejos, tímido y circunspecto, contrariado y ansioso sólo de verse también estrechado entre los brazos de su madre y de estar seguro de que á él . . . á él también lo quería. Carlos con su labia podía pedir golosinas y besos; Héctor triste y tímido esperaba que se los ofrecieran, y con frecuencia esperaba en vano.

Héctor, que había crecido viendo á su hermano preferido en todo, no cesaba de protestar en sus adentros contra la injusticia con que se le trataba. Niño, adolescente y ya hombre, habíase visto siempre privado de las prerrogativas de su carácter de primogénito, y así no debe sorprendernos su resentimiento y mal humor. Su natural inclinación lo llevaba más á mostrarse serio que alegre; y ni siquiera sabía simular á su antojo esa jovial sonrisa, que solía ostentar su padre cuando se hallaba en sociedad, para hacer creer que estaba de buen humor. No lo deseaba tampoco, pues le repugnaba esa mentida apariencia de cordialidad, más aún que una de las más terríficas miradas de Sir Héctor Montagú. Éste no le imponía, y si le trataba con aquellas señales exteriores del respeto

que todo hijo debe á su padre, en su fuero interno lo despreciaba. Sublevábase su corazón contra todas esas mezquinas tiranías á que se somete á los seres débiles, y contra ese espíritu egoísta y dominante, que trataba de ahogar toda idea independiente en la mente de los que tenían que someterse á su pesado yugo.

Héctor miraba con el mayor desprecio la bajeza y el servilismo, y así lo revelaba á cuantos á su juicio merecían este calificativo. Era recto, sincero y honrado; pero estas cualidades no bastaban para que los demás le perdonasen su frialdad y falta de tacto.

Y no obstante ¿quién lo creyera? había una mujer que lo apreciaba en su justo valor, que lo comprendía y lo quería: una mujer que, á su vez, poseía todo aquello que el rígido código de Héctor exigía á las personas de su sexo. Más aún, Clara Fane, con su corazón de oro, amaba y estimaba á Héctor como nunca amaría ni estimaría á ningún otro hombre: ¡cuán feliz podía haber sido con ella! Pero Héctor no supo comprender esto, y acaso no lo podía.

Un día díjole su madre:

—¿Por qué no te casas con Clara? Yo la querría como á una verdadera hija, y á mi juicio reúne cuanto puedes apetecer en una esposa.

Héctor frunció las cejas:

—¿Casarme yo con Clara? ¡Qué idea tan peregrina, madre mía! ¿Quién es el hombre que se casa con una mujer con quien se ha criado desde su infancia? Ambos nos tratamos como hermano y hermana. Yo no pienso casarme nunca.

Así lo pensaba realmente entonces: hoy todo ha cambiado.

CAPÍTULO XVI

Dos días han trascurrido, y Héctor manifiesta mucho aburrimiento y desazón; él, ordinariamente tan frío y calmoso, que para nada se daba prisa, hoy no ve la hora en que su hermano se ausente, pues nada puede hacer para lograr volver á ver á Diana, hasta que Carlos esté bien lejos: por más que no se lo quisiese confesar á sí mismo, no hay duda que estaba furiosamente celoso de su hermano.

Durante la noche del segundo día tuvo Héctor una inspiración que creyó feliz. Resolvió ir al día siguiente en busca de Crespo, y traerlo consigo para ir con él á cazar. Por regla general, no era amigo de muchachos; pero éste le parecía un buen chico, y además, con él podría conversar acerca de su hermana y de paso lograría ver á Diana al ir á casa de ella en carruaje. Proponíase hablar de su proyecto á Sir Héctor á la hora del almuerzo y antes de que llegara Carlos. Era preciso participarlo á su padre, y pedirle su venia, cuando se trataba de invitar á alguno, pues de lo contrario él tenía buen cuidado de hacer saber á los huéspedes que no era él quien los había convidado.

Por más que parezca increíble, el frío y pacato Héctor se sentía algo nervioso.

—Señor, voy á ir luego á casa de la familia Caré—le dijo al entrar, tratando de mostrar serenidad—y me figuro que no os parecerá mal que regrese con el chico á casa.

—¡Eh! ¿cómo es eso?—exclamó mohino Sir Héctor, frunciendo el ceño.—¿Qué necesidad tenéis aquí de muchachos? Me parece que eso no está en armonía con vuestras inclinaciones.

—¿ Quiere esto decir que os oponéis á que lo invite á venir ? —replicó Héctor, con aire de mal humor.

—¡ Invitad al demonio si se os antoja, caballero !—responde colérico el *baronet*—pero no olvidéis prevenirle que deje en casa sus . . . juguetes y bolitas. Señora—volviéndose furioso del lado de su infortunada esposa—el te es peor que agua sucia ; las tostadas están duras como piedra y los riñones como suelas. Mucho os equivocáis si creéis que yo le pago cincuenta libras al año á vuestra dichosa cocinera, para que me sirva un almuerzo que no lo haría peor una fregona : os suplico que se lo digáis así acto continuo.

—¿ Deseáis que mande preparar el te de nuevo ?—responde humildemente la señora.

—¡ Hacer dos veces te para tres personas !—exclama furiosamente su amo—¡ las extravagancias de esta casa no tienen fin ! ¿ Os habéis figurado, señora, que yo dispongo de la fortuna de un ricacho mercachifle ó fabricante, y que es dable permitir á los criados que despilfarren y lo echen todo á perder ? Si tuviérais algún cuidado de las cosas, en vez de matar el tiempo, vagando todo el día de un lado á otro con algún inútil trabajo de aguja en las manos, podría gozar de mayor bienestar en mi propia casa. Lo cierto es, que yendo las cosas como van, se me ha servido un infernal almuerzo, y en gran parte tengo que agradecerlo.

Al decir esto se levanta colérico y se va, cerrando con fuerza la puerta. La Sra. Montagú se queda petrificada y llorosa.

—¡ Pobre de mí—exclama ésta, nerviosa—¡ ya se ha incomodado de nuevo vuestro padre ! Á decir verdad, yo no le encuentro nada al almuerzo, ¿ no te parece Héctor ? Y si los riñones estaban duros, quedaban varios otros platos sobre la mesa.

—¿ Cómo, mamá, no da usted en el *quid* ?—responde Héctor. El te está excelente, y lo mismo todo el almuerzo ; pero es el caso que esta mañana ha recibido una carta desagradable, y usted tiene que ser el pato de la boda, como de costumbre.

—¿ Conque te vas á ver á los Caré ? ¿ No te parece que sería mejor que llevaras un recado de mi parte ?

—¡ Mil gracias !—replica él, tomándole la mano, efusión rara en él—¿ acaso no sería mejor, mamá, que escribiera usted cuatro líneas, prometiéndoles una visita cuando los días sean más largos ?

La Sra. Montagú hizo sin vacilar lo que él le indicó, y media hora después Héctor se ponía en camino, lleno de gozo y pensando sólo en que iba á volver á ver á Diana. Antes había querido á otras mujeres y pareciale haber estado realmente enamorado de alguna ; pero nunca se había sentido en el estado en que hoy se hallaba, con sólo imaginarse que iba á encontrarse otra vez con la que ocupaba todos sus pensamientos desde hacía tres días. Sin darse cuenta, y en su ansia de llegar cuanto antes, hizo galopar tanto á su yegua castaña, que en el corto tiempo de hora y media llegaba á la casa solariega de los Caré. El mismo criado que le acompañaba no había comprendido el estado en que se hallaba su amo, y la causa de tanta prisa, hasta que vió venir al encuentro de éste —que se apeaba con semblante risueño—á una linda joven, de ojos negros, y tez sonrosada, que traía en la mano una vasija con el grano para sus gallinas.

—¡ Oh ! ¿ cómo está usted Sr. Montagú ? ¡ Qué bondad la de usted haber pensado en venir á visitarnos !—exclama Diana, con aire de contento, como realmente lo estaba de verle.—¡ Ay ! ¡ qué fatigado está el caballo ! ¡ Qué lástima que lo haya usted hecho galopar tanto ! Hay que mandarlo al pesebre y yo cuidaré de que le den hierba y maíz. En esto llega precipitadamente Crespo, que había oído el ruido de las ruedas del birlocho en el patio y que en el acto le hizo los honores de su caballeriza.

Ninguno de ellos soñaba en tal visita ; pero les parecía la vida tan monótona desde su regreso, que vieron con placer á Héctor, como el único ser que venía á renovarles el recuerdo de los deliciosos días pasados en casa de los Wárrington. Para la ruborosa Diana había también otra razón para que se mostrase contenta ; pero, ¡ ay ! ¡ cuánto habría preferido la visita del otro hermano !

Nuestro pobre Héctor no es capaz de desentrañar la ver-

dadera causa de tanta alegría, y le basta el ver que *ella está* alegre; y así rebosa de gozo, creyéndolo todo ocasionado por su presencia. Está él, pues, como una pascua de contento, risueño y decididor; muestra interesarse hasta por los animalitos que Diana cuida; solicita ser presentado al perrito y á los gatitos engreídos, y parece encantado de todo, desde que, en todo lo que ve, no piensa sino en ella y en contentarla.

¿Cómo pude figurarme que no era él agradable?—se dice Diana, arrepentida de su primera impresión. Ya le ha entregado él la cartita de su madre, que está concebida en los terminos más cariñosos que es dado imaginar, y que le abren un horizonte de goces en que hasta entonces no había soñado ella, por lo que mira á Héctor como un verdadero bienhechor. Pero, por desgracia, él no es un príncipe ideal de belleza, sino el mero genio benéfico que debe llevarla á su encuentro: ¡infeliz Héctor!

Le hacen entrar y le presentan á su padre, hombre gallardo y moreno, de aspecto respetable, lleno de vida, á pesar de algunas canas y de ciertas señales de fatiga en torno de los ojos y boca. Sus modales eran cultos y amables, con cierta tiesura á primera vista; pero Héctor no se desalienta por eso, y prosigue del modo más cortés, de suerte que ambos se comprenden y simpatizan en el acto. Héctor contó después esta mañana como la más dichosa de toda su vida. Su intención no había sido sino que descansara su yegua una hora y partir en seguida con Crespo, para que almorzara con él en Alford; pero el Sr. Caré y Diana le hicieron tales instancias para que se quedara, que á pesar de su fingida resistencia, tuvo que aceptar, sin el menor disgusto, el compartir su frugal comida. Entonces corrió Diana en busca de Susana, diciéndole:

—Susana, el Sr. Montagú se queda á almorzar con nosotros.

—¡Oh! hija mía, ¿qué es lo que podemos ofrecerle?—exclama Susana confundida.

—Él no se promete gran cosa—replica Diana—y, si no fuera así, pronto se desengañará.

—Pero, vida mía—dice Susana—si todo no está muy bueno papá va á molestarse.

—¡ Bah ! no se incomodará. Contamos con un pollo, y un trozo de carnero con el que tú sabes preparar excelentes chuletas, y con eso, y un buen pastel, tenemos con qué preparar un almuerzo como para un rey. Ahora voy yo á buscar unas flores que quiero poner en la mesa.

En tanto Héctor seguía conversando con el Sr. Caré, cuando á través de la ventana percibió una forma esbelta, que iba de un lado á otro del jardín, con un canastillo en el brazo y arrancando rápidamente crisantemos y otras flores.

—Me parece que la señorita necesita que la ayuden—le dice Héctor turbado, sintiendo que sus mejillas se sonrojaban. El Sr. Caré comprendió bien la indicación.

—Acaso le sería á usted grato pasar al jardín—dijo éste, levantándose y abriendo la ventana. Una vez que Héctor salió, se quedó pensativo, mirando de lejos la pareja.

—Me figuro que no es posible que conserve siempre á mi lado á esta pobre niña—se decía—y Montagú tiene trazas de ser una excelente persona.

—¿ Me permitiría usted, Señorita Diana, que la ayudara un poco ?—dijole Héctor al llegar á su lado, como quien solicita un favor muy señalado.

—Puede usted encargarse de llevar el canastillo—respondió ella, dirigiéndole con sus negros ojos, una mirada amistosa, al entregárselo.—No soy muy amiga de crisantemos, ¿ y usted ?—prosigue ella, mientras arranca otro—¡ son muy tristes y sombríos !—¡ Oh !—con entusiasmo.—¡ Qué gusto me daría el tener un invernáculo, lleno de rosas, geranios y otras flores preciosas y raras, como las que he visto en casa de la Sra. Wárrington ! Me gustan las flores en el verano, pero me deleitan cien veces más en invierno.

Héctor pensaba en los numerosos invernáculos que tenía en casa, y cuán fácilmente podrían pertenecerle, así como multitud de otras cosas de valor que él poseía, sin contar las demás que le pertenecerían un día, con tal que ella se dignase aceptarlas. Grandes ganas tenía de decírselo así ; pero le pareció prematuro, por lo que contentóse con decirle entusiasmado :

—En casa tenemos todas esas flores en abundancia, y yo puedo traerle á usted cuantas desee: ¿ me lo permitiría usted, de cuando en cuando ?

—¿ Si lo podría usted ?—interroga ella maliciosamente—ya lo creo que lo puede usted hacer; ¿ pero qué diría de eso la Sra. Montagú ?

—Por cierto que tendría muchísimo gusto. Por eso mismo deseo que usted la conozca, pues estoy seguro de que usted la ha de querer. Es muy buena y cariñosa, y *yo sé* que la querrá á usted mucho.

—Es muy temerario de parte de un hombre el asegurar que una mujer querrá á otra—replicó Diana sonriendo—al menos así lo he oído decir.

—¿ Cómo pueden dejar de quererse, cuando ambas son tier-nas, amables y buenas ?—contestó con mucho fuego Héctor.

—¿ Cómo puede usted saber que yo soy amable y buena ?—le pregunta Diana, con ojos risueños.—Me parece que en casa de Wárrington nada de esto descubrió usted en mí, antes bien reñíamos con frecuencia.

—Pero eso no volverá á acontecer—dice él, tan de veras, que ella casi se ruboriza.—Yo no soy un ente tan desagradable como usted se figuraba, ¿ no le parece á usted ?

—Lo creo á usted muy estimable—contesta Diana, algo confusa, pero deseosa de mostrarse cortés.

—Ya vendrá usted á pasar unos días con mi madre ¿ no es cierto ?—continúa él.—Y entonces espero conseguir que forme usted de mí mejor idea que en casa de nuestros amigos. Me parece que yo no luzco tanto en sociedad, y especialmente—su semblante cambia—cuando se halla mi hermano presente.

Diana se inclinó para coger una flor, pues necesitaba disimular la impresión que le causaba lo que acaba de oír. Por cierto que el viaje á Alford no tenía gran atractivo para ella, si el capitán Carlos Montagú debía estar ausente.

Llega el momento de regresar. Crespo rebosa de alegría con la idea de que va á pasar tres días en Alford, y dos cazando con Héctor. Diana y su padre los ven partir desde la puerta

y después de los últimos saludos, no se retiran sino cuando los pierden de vista.

—¡Qué fortuna es ser joven y ver que la vida comienza tan sólo para uno!—exclama Mr. Caré, con una sonrisa impregnada de tristeza.

Diana toma á su padre del brazo y reclina su mejilla sobre su hombro. No se siente por lo demás muy alegre, por más que durante la visita se haya mostrado bastante animada y de buen humor. Crespo ha hecho la pregunta que deseaba tanto, pero que no se atrevía á formular ella misma:—¿está en Alford el capitán Montagú? Héctor le ha contestado afirmativamente, aunque cambiando en el acto de conversación. El corazón de la pobre Diana se ha escapado tras de Crespo, quien va á tener la indecible suerte de volverlo á ver tan pronto. Á penas acaba él de partir y ya está ella suspirando por su regreso, á fin de poderle hacer mil preguntas acerca del ser amado. Su imagen se ha apoderado de su cabecita y no hay cosa que la borre un instante, ni los halagos paternos, ni los cariños de sus perros y gatos, nada es capaz de llenar el vacío que siente Diana en su corazón. ¿Y quién sabe si su amor es sin esperanza? Pero un poeta ha dicho: “no es dable arrancarnos el amor, una vez que se ha enseñoreado del alma.”

Ambos están sentados en el despacho de su padre, ella entregada á sus sueños, cuando él le dice:

—Montagú me parece un joven excelente.

—Sí—responde con indiferencia, con el mismo tono en que habría contestado si le preguntaran si el tiempo era bonancible.

—Mucho me alegro de que se haya llevado á Crespo—continúa su padre.—Mucho gusto tengo de ver que vas teniendo amigos. Si la Sra. Montagú te invita, será preciso que vayas: no es mi intención mantenerte aquí encerrada toda la vida.

—¿Cómo, dejaros de nuevo, papá?—le dice Diana, poniéndose algo colorada, porque siente en el fondo de su corazón algún remordimiento, pues no puede menos de reconocer que se muere de ganas de ir á Alford.

—Yo no puedo figurarme que tú vas á quedarte siempre á mi lado—le dice risueño su padre—y vale más para mí que me vaya acostumbrando por grados á esta separación.

El Sr. Caré había concebido una idea errónea, cosa común en los padres con respecto á sus hijas. Había observado el interés que su hija inspiraba á Héctor Montagú, y por lo mismo se figuraba que éste debía ser correspondido. ¿No es cierto que ella había manifestado contento al volverlo á ver, y no es verdad que está triste una vez que se ha ido? Los Montagús son de una excelente y muy antigua familia, por lo que le parece que sería este un buen partido para Diana, tanto más cuanto que Héctor es un caballero muy cumplido. Mucho le ha preocupado antes de ahora el porvenir de su hija; pero hoy le parece haber hallado la solución del problema, y se siente más tranquilo que nunca.

El plazo de la visita de Crespo ha terminado, y al cabo de tres días se le ve regresar gozoso, aunque solo. Precisamente al poner el pie en el estribo del cochecillo en que debía acompañarlo á su casa, Héctor recibía un telegrama que lo obligó á partir en el acto para Londres. De suerte—dice Crespo—que yo he tenido que dirigir el carruaje, y la yegua castaña, que es un rayo, me ha traído volando. Aquí traigo grandes trofeos de nuestra cacería, y un ramo de flores para tí, Dianita. La semana entrante vendrá la Sra. Montagú para invitaros á papá y á tí, para que vayáis á pasar con ella unos días, apenas regrese yo á Eton. Me han dicho que yo puedo ir siempre que guste, y que cuando quiera me mandarán el carruaje. También el batallón de Carlos Montagú va á pasar el verano en Wíndsor, y así, como vecino, estoy invitado á almorzar con él y vamos á divertirnos mucho el 4 de Junio.

De tal suerte, Crespo, con su cara de fiesta, relata todo cuanto tiene que decir, delante de un auditorio que le escucha con el mayor interés.

—¿Y la quinta es bonita?—le pregunta Diana.

—Ya lo creo que lo es—responde—y lo que es más, todo está en orden perfecto. Él es un viejo cascarrabias, aunque conmigo ha sido lo más cortés que se puede esperar; pero ella

es la más suave, cariñosa y hermosa anciana que he visto en mi vida: Carlos es su retrato.

—¿Y el capitán Montagú está todavía en casa?—le pregunta su hermana, haciendo esfuerzos para mostrar indiferencia.

—Esta noche parte para Londres, y ¡con cuánto gusto se va! Dice que no puede pasar un largo período en su casa, porque allí todo es demasiado fastuoso para él. El buen anciano se empeña en gastar tanta etiqueta y solemnidad, que los demás no pueden soportar ese género de vida. Todos los que le rodean tienen que aguantar sus bravatas y sus regañños, menos Héctor que no los soporta, y Carlos que se hace el muerto, y con su genial indiferencia lo exaspera más aún. Sólo su pobre esposa paga por todos, y tiene que sufrir sus sarcasmos, acompañados del consabido *Señora* y otras formas de falsa cortesía.

Mientras su padre le hace preguntas acerca de la caza, Diana aguarda mejor oportunidad para informarse de otras cosas que más la interesan. Se va pues á su cuarto, para vestirse antes de la comida, cuando Crespo llama á la puerta y entreabriéndola le dice:

—Aquí tienes una carta del capitán que había olvidado darte antes.

Diana tiembla de pies á cabeza, al tender la mano para coger la carta, lo que felizmente él no observa, porque se va de prisa. Su turbación es tanta, que apenas acierta á abrir el sobre; su corazón palpita de tal manera, que se ve precisada á sentarse y entonces lee lo que sigue:

“*Muy estimada Señorita Caré*: ¿Por qué no ha querido usted venir á casa con su excelente hermanito? Yo no he hecho otra cosa sino desear el ver á usted por acá, lo que es una nueva prueba de mi egoísmo, pues creo que no hay casa más fastidiosa que la nuestra. Como he tenido sobrado tiempo libre para meditar, me he puesto á recordar todos los buenos consejos que usted me ha dado—y á propósito, ¡qué bien le habrían venido de su parte á Résboro!—y el resultado ha

sido: que he formado una larga lista de propósitos de enmienda. Muy mal hizo mi pacato hermano, de jugarme la pasada de irse muy de mañanita á su casa: ya me desquitaré algún día. Mientras tanto dignese usted, de cuando en cuando, dedicar un recuerdo compasivo á esta infortunada víctima, que está sacrificándolo todo por amor á la patria.

“ Por siempre de usted,

C. E. MONTAGÚ.”

CAPÍTULO XVII

LLEGO en Mayo á Alford. Mi visita no se realizó en Enero, por haber sufrido la Sra. Montagú un ataque de bronquitis, y acaba de regresar de Hastings. La semana de Pascua la pasamos con papá y Crespo en casa de Fane. Al fin logramos sacar de su encierro á papá, que ha estado muy contento y ha simpatizado muchísimo con Clara, y tanto, ambos, que si no fuera ella tan buena casi me pondría celosa. Ha sido esa una semana deliciosa. El coronel Fane ha estado más cariñoso que nunca, y como no había otras visitas, todas las atenciones de ambos hermanos se concentraron en nosotros, por lo que hemos estado contentísimos y á nuestras anchas. He conseguido llegar á simpatizar con Héctor Montagú, aunque no lograré vencer nunca todo el terror que me inspira. Durante todo el invierno ha venido á casa con frecuencia, trayéndome preciosas flores, libros ó piezas de música, en una palabra, cuanto le parecía que podía gustarme. Papá le ha tomado gran cariño, y se complace en hablar de él con frecuencia, y siempre para hacer su elogio: yo quisiera saber si simpatizaría él igualmente . . . con el otro hermano. Mucho temo que lo crea frívolo; pero yo lo creo capaz de cosas mejores, y sólo la vida de placer que lleva es la que hace que lo juzguen de aquella manera; ¿y cómo se explica que tenga esos modales amables y agradables, si no tuviera realmente buen fondo?

Papá había deseado con vehemencia que viniera yo á Alford, y por fin heme aquí. Mucho le instaron para que viniera conmigo, pero él se excusó; de suerte que desde anteayer me encuentro yo sola en la mansión señorial de la familia Montagú.

Al llegar me esperaba Héctor en la puerta, y su bienvenida fué tan amable, que desde luego perdí toda mi cortedad. Con-

dújome al gabinete de su madre, la que me hizo tales caricias, que me cautivó por completo, y entonces por primera vez sentí como si tuviera una madre. Vino poco después Sir Héctor, el que me trató con bastante amabilidad, de suerte que creí que era exagerado lo que de él me habían dicho; pero esa misma tarde tuve ocasión de rectificar mi juicio. La casa es vieja, aunque grandiosa y hay en ella más pompa que comodidad. Sólo el gabinete de la Sra. Montagú es precioso y de refinado gusto; pero su esposo dice, con desdén, que no es sino un laberinto de trapos y bagatelas, juicio que yo no apruebo en mis adentros. Trato de medir mis palabras con él y no emitir ninguna opinión que le pueda contrariar. Me inspira tal miedo, que al lado de él su hijo me parece un ángel protector y un aliado. El día de mi llegada lo ofendí á éste, sin quererlo, y sólo después he comprendido el por qué. El caso fué, que Sir Héctor me había hablado afectuosamente y preguntado por papá, lamentando el que no hubiese venido, después de lo cual se retiró. Entonces fué cuando yo, inocentemente, y creyendo más bien dirigirle un cumplido, le dije:

—¡Qué parecido es usted á su padre!

Púsose muy colorado, y se mostró muy contrariado al contestarme:

—Usted, menos que nadie, debía decir semejante cosa.—Y como yo me mostrase muy avergonzada, continuó él, tratando de sonreír:

—Á usted le ha parecido con eso dirigirme un piropo, sin duda; pero pronto comprenderá usted por qué no lo tomo como tal.

—¡Héctor, mi querido Héctor!—exclamó su madre quejosa; pero él se sonrió y dijo:

—Mi madre, como todas las mujeres, adora á su tirano y besa sus cadenas. Yo me atrevo á decir que usted haría otro tanto—y mirándome de hito en hito—pero hay que esperar que la suerte que se le depara á usted es bien distinta.

—No deje usted imbuirse de falsas ideas por mi hijo—dijo febrilmente la Sra. Montagú—pues son cosas que él no debería decir. Sir Héctor es . . .

—Hice mal, mamá—responde—yo debí dejar que la Señorita Caré misma sacase sus conclusiones, sin estar ya prevenida. Así lo habría hecho, si no hubiera creído hacerme un elogio, empleando una frase que me saca de quicio, como diría Crespo.—Dice esto mirándome, mientras yo me echo á reír.

—Estoy prendada de vuestro hermano—me dice amablemente la Sra. Montagú.—Es tan franco, cordial y guapo, que me recuerda lo que era mi pobre Carlitos á su edad.

—¿No quiere usted ir á conocer su cuarto?—interrumpe Hector, muy á pesar mío, apenas ha oído pronunciar el nombre que me es tan grato.

Las pálidas mejillas de su madre se enrojecen, y le dirige una mirada nerviosa, comprendiendo que ha sido indiscreta.

Al irme á mi cuarto, algo disgustada con Héctor, éste me dice al oído:

—La segunda campanada se toca cinco minutos antes de comer; es preciso que tres minutos después de oirla se encuentre usted ya esperando en el saloncito: aquí marcha todo á son de campana.

Aprovechando la advertencia, hice mi aparición en el instante indicado por él. Sir Héctor estaba ya allí aguardando de pie delante de la chimenea, con su gran corbata blanca y en actitud majestuosa, mientras su hijo leía el diario cerca de la ventana. Sir Héctor, en cuanto me ve entrar, inclina la cabeza, en señal de aprobación:

—Cuán grato me es observar que usted posee la virtud de la puntualidad—me dice con una sonrisa de benevolencia.—Sin ella nada es posible, y por eso es una de las cosas en que hago más hincapié.

El reloj del salón da en ese momento la media, y simultáneamente se oye el eco del batintín, al mismo tiempo que la puerta se abre y se ve entrar al jefe de comedor, que dice solemnemente:

—Sir Héctor, la comida está lista.

Éste me ofrece el brazo; yo vacilo, al ver que no ha llegado aún la Sra. Montagú.

—*Yo nunca aguardo á nadie*—dice con tono severo Sir Héctor, é incontinenti me conduce al gran comedor.

En el trayecto encontramos á la Sra. Montagú, que iba muy de prisa al salón, acabando de ponerse el brazaletes.

—No pensaba que era tan tarde—nos dice ella contrariada.

—La Sra. Montagú—replica él, dirigiéndose á mí, pero de modo que ella y los criados pudiesen oírlo.—La Sra. Montagú ha elevado la falta de puntualidad á la categoría de ciencia. Ella habría sido seguramente una de las cinco vírgenes atollonradas de la parábola evangélica.

Así continúa Sir Héctor sus invectivas y pullas contra la pobre señora, contra los lacayos y la cocinera, durante toda esta comida de cuatro personas, en un regio comedor repleto de objetos de arte. Me siento tan desazonada con lo que oigo al amo de la casa, que ya justificaba la respuesta que antes me dió su hijo, y así, me felicité cuando la Sra. Montagú me hizo señal de que podíamos retirarnos y pasar al salón.

—No nos haremos esperar demasiado—me dice Héctor sonriéndome, al abrirnos la puerta, y yo le retorno su sonrisa.—No me inspira ya el menor miedo, desde que he visto á su padre. Mientras acompaño á la Sra. Montagú al salón, voy pensando en que vamos á charlar muy alegremente y que no faltará oportunidad de decir algo acerca del menor de sus hijos ; pero me engañaba de medio á medio. Apenas llegamos y nos sentamos, noto que la Sra. Montagú tiene sueño, cierra los párpados y se queda profundamente dormida. Yo, para no perturbarla, me pongo á leer en el sofá más distante. En esto llega Sir Héctor, que cariñosamente me pregunta lo que leo, y aprovecha la ocasión para censurar la literatura moderna y en particular á las damas novelistas. Siéntase en un sillón cerca de la chimenea y acto continuo comienza á hacer coro á su pobre esposa, y ¡cosa admirable! su aristocrática nariz lanza ruidosos ronquidos, que lejos de despertarla, parece como que la arrullan mejor.

—¡Que divertida familia formamos nosotros, especialmente por las noches!—me dice Héctor, sentándose á mi lado.—Tengo

el remordimiento de no haberla prevenido á usted de lo que está viendo.

—Espero que usted no irá á hacer otro tanto—le respondo por lo bajo.

—Puede usted hablar sin miedo en alta voz—me dice riéndose—mientras no pase media hora, sólo un terremoto sería capaz de despertarlos. Pero mi madre—en un tono más suave—duerme siempre tan mal, que me alegro cuando la veo adormecerse. Hágame usted el favor de decirme—continúa con gran calor—hace una hora que anhelo preguntarle, si todavía me cree usted semejante á mi padre.

—¡Ni pensarlo, ni una pizca!—le contesto con gran animación.

—¿Pero le parece á usted—prosigue con vehemencia—le parece á usted que hay en mí el mismo fondo que en él? No le pido á usted que me diga una lisonja; y pues yo sé lo sincera que es usted, le suplico me diga sólo la pura verdad. ¿Se figura usted que si yo tuviera una esposa tierna y cariñosa, que me consagrara toda su vida, como lo ha sido con él mi pobre madre; cree usted, pues, que en tal caso me convertiría yo también en un ser egoísta, duro y tiránico como él? Me ocurre á veces sentirme oprimido como por horrible pesadilla, figurándome que realmente me parezco á él, lo que me causa indecible desesperación.

—Voy á decirle á usted lo que pienso—le contesto con el candor que ha exigido de mí, al parecer tan sinceramente.—Yo creo que, *en realidad*, no se asemeja usted á él en lo más mínimo; pero, de cuando en cuando . . . de cuando en cuando . . . (titubeando).

—¡Y bien, siga usted!—me dice con mucha vehemencia y fijando en mí sus negros ojos.

—Yo creo—prosigue con timidez—que á veces trata usted de hacer que uno le tenga miedo, poniendo una cara muy seria y terrible, como en la Quinta de Wárrington. Confieso que entonces me inspiraba usted terror.

—¿Pero ahora ya no?—me dice en el tono más suplicante.—Sus ojos tienen una expresión extraña; si me puedo permitir

esta frase paradójal—que los ojos pueden parecer á la vez terribles y tiernos, puedo afirmar que así me parecieron los suyos.

—No; ahora ya no—le contesto francamente.

—Prométame usted que no lo volverá á pensar así—me dice en el acto.—Es muy posible que tenga, y realmente creo que *tengo* un qué sé yo en la mirada, que parece duro y sarcástico. No me importa un comino lo que las gentes piensen de mí; pero tratándose sólo de usted, *me ofendería* el saber que yo pueda inspirarle miedo ó repulsión . . . de parte de usted, que . . .

Él mismo se contiene, acaso porque ha observado cierta extrañeza en mis ojos: ¿qué tiene él que ver, en efecto, con lo que yo piense de su persona?

—¿Sabe usted jugar al ajedrez?—me dice entonces, cambiando bruscamente de conversación—á lo que yo contesto afirmativamente.

—Tengo, pues, que prevenirla á usted—me dice sonriéndose.—Mi padre va á despertar, precisamente, dentro de veinte minutos, y va á invitarla á usted á jugar. Y á propósito: ¿sabe usted perder? ¿no se enfada usted cuando sale perdiendo?

—En manera alguna—le respondo con toda sinceridad.

—Bien está; debo prevenir á usted, que si juega con negligencia, mi padre le hará á usted zumba como acostumbra; si juega usted bien y sale ganando, se pondrá furioso, por más que no tratará de descargar su ira sobre usted; mas si jugando bien se deja usted ganar por él, la adorará á usted y se pondrá como unas pascuas.

—El hombre prevenido vale por dos, dice el refrán—le contesto riéndome.

—Mucho me temo—me dice algo contrariado—que vaya usted á formarse una idea poco lisonjera de nuestra familia. Debe usted confesar, que hoy al retirarse á su aposento, no llevará por cierto ninguna impresión muy agradable de nosotros; estoy seguro de que ya suspira usted por regresar á su casa, donde todo es alegría, amor y abnegación. Vea usted

no más—mirándome atentamente—yo me siento enteramente transfigurado cuando abandono esta atmósfera que me rodea y me voy á la quinta de ustedes; he aquí por qué—me dice muy dulcemente—ansiaba la deliciosa estancia de usted en esta casa, para que nos trajera sol de primavera. Mi situación es parecida á la de Plutón cuando se robó á Proserpina, con la única diferencia, que yo querría que se comiese usted, no un grano, sino toda la granada.

Lo que Héctor había predicho se realizó punto por punto. Apenas el reloj daba las nueve y media, su padre despertó, y dirigiéndose á mí me preguntó si jugaba al ajedrez. Como estaba convenido, contesté:

—Un poco.

—Pues vamos á jugar una partida—exclama, levantándose en el acto.—Héctor, hacedme el favor de traer el tablero.

—Usted, como todas las damas, debe preferir jugar con los peones blancos—observa él cuando hemos tomado asiento—lo que quiere decir que él juega con los rojos.—Yo juego bastante bien; con frecuencia pasamos las veladas jugando con papá, y con seguridad puedo decir que nunca nos hemos enfadado por haber perdido. Teniendo presente la advertencia de Héctor, juego al principio lo mejor que puedo, pero después de larga lucha trato de perder. El resultado es tal cual se me ha predicho: Sir Héctor no cabe en sí de gozo y me colma de elogios.

—Es preciso, querida amiga, que gane usted el próximo juego—me dice con tono jovial y de protección.—Usted juega muy bien, y puedo asegurarle que rara vez, y acaso nunca, he visto á una persona de su edad jugar tan bien al ajedrez.—Son las once menos diez minutos: ya debe estar usted muy cansada.

—Vamos, señora,—añade, dirigiéndose á la Sra. Montagú—ya es hora de despertar: no es extraño que paséis las noches desvelada.

La Sra. Montagú se levanta, y al darme cariñosamente las buenas noches me dice:

—Amiga mía, he estado muy descortés; pero cuando llega la noche no valgo para nada. Espero que mañana podremos charlar largamente. Entre tanto, prometedme que no dejaréis de pedir cuanto os haga falta: deseo que durmáis bien.—Y diciendo esto me besa cariñosamente. De nuevo se despierta en mí el deseo de tener una madre. Así se lo digo á Héctor, mientras él va á mi lado por el corredor:

—Yo quisiera que mi madre lo fuese vuestra—me dice suavemente.

—Y yo también—le contesto candorosamente.

—¿De veras?—me dice en voz baja.—Me sorprendería que usted lo deseara por la misma razón que yo.

Contrariada, me suben los colores á la cara.

—¡Buenas noches!—le digo brevemente, ofreciéndole mi mano, aunque sin mirarlo.

—¡Buenas noches!—me responde él, sin soltarme la mano, hasta que me veo obligada á mirarlo.

—No se resienta usted; yo nunca la ofenderé intencionalmente.

CAPÍTULO XVIII

LLEVO ya tres días en Alford. Estoy cada día más prendada de la Sra. Montagú, y nadie puede ser más cariñoso que su hijo, de suerte que casi no me parece la misma persona que tanto terror y fastidio me causaba en casa de los Wárrington. Después de almorzar salimos siempre juntos á pasear, ya á caballo ya á pie.

Héctor se ocupa mucho en los asuntos de la heredad, y noto con sorpresa con cuanta bondad trata á todos sus subordinados. Cuando pasamos por delante de las casuchas de la gente pobre, siempre dirige una frase amable á las mujeres y á los niños. Su modo de tratar á los criados y á los labradores corresponde á la idea de lo que debe ser, á mi juicio, el porte de un caballero, y por cierto forma contraste completo con su padre.

Un día que Héctor tuvo que ausentarse por un negocio, lo aproveché para ir á visitar á los pobres preferidos por la Sra. Montagú. Todos me hablaron de ella, colmándola de bendiciones, así como á Héctor, y quejándose amargamente de su padre.

Regreso de mi visita á los pobres de la parroquia con una idea mucho más elevada de Héctor, y lamento el haberlo juzgado antes con tanta injusticia. Al mismo tiempo lo veo regresar en su magnífico caballo, con aire arrogante y gallardo, y se detiene á mi lado para decirme:

—¿De dónde venía usted?

—Vengo de hacer algunos visitas—le respondo riéndome.

—¿De hacer visitas, y sola? No puede ser sino á la casa parroquial.

—No; adivine usted.

—No sé á que otra casa haya usted podido ir.

—He ido á ver á las pobres de la Sra. Montagú.

—¡Es posible!

—Sí; y me han dado muchas noticias . . . algunas relativas á usted también.

—¿Qué es lo que le han dicho á usted?

—Eso poco importa: no hay necesidad de que usted se agite.

Él se sonríe.

—Esta gente pobre es terrible, y muy habladora. Como saben que está usted en casa, han debido hacer toda clase de elogios de nosotros.

—Pero no han hecho elogios *de todo el mundo*—le digo con aire misterioso; y riéndome agrego:—y por cierto que no me dijeron, como yo lo he hecho antes, que usted se asemejase á su padre.

—¡Gracias á Dios!—exclama, riéndose igualmente.—Veamos ¿en qué vamos á pasar la tarde? ¿No piensa mamá salir en coche?

—No; el tiempo es hermoso, pero teme que le haga mal el viento del Este.

—Quisiera saber si . . . comienza á decir Héctor pensativo, y luego se detiene.

—¿Qué es lo que quisiera usted saber?

—Quisiera saber si querría usted venir conmigo en el faetón.

—¡Ya lo creo que querría ir!—exclamo entusiasmada y candorosamente.

—Yo no debo pensar en mí sólo; no querría proponer á usted nada que fuese criticable. Dígame usted francamente—vacilando—¿Cree usted que acaso el Sr. Caré lo desaprobaba?

—¡Desaprobarlo!—exclamo sorprendida—¿y por qué motivo? Yo supongo que usted *puede* manejar el faetón, ¿no es cierto?

Él me mira risueño y agrega:

—Mis temores no se refieren á eso. Más vale que vayamos á consultar á mi madre.

Vamos, en efecto y la Sra. Montagú no ve en ello ningún inconveniente; cree al contrario que será esa una buena distracción para mí, en tanto que ella no siente quedarse sola, pues está muy entretenida, acabando de leer un libro interesante.

Cuán satisfecha y gozosa me siento cuando Héctor me ayuda á subir al carruaje y luego él de un brinco toma asiento á mi lado. La tarde es deliciosa: un hermoso sol nos envía sus cálidos resplandores, los campos nos hacen respirar sus primaverales aromas y la suave brisa acaricia nuestras mejillas, mientras dos fogosos caballos nos conducen rápidamente á través del más variado paisaje. Siento cuán bello es vivir y un sentimiento indecible de bienestar se difunde por todo mi ser. Me creo feliz; en mi rostro se lee el contento de mi alma, y se revela en mis accesos de risa. La alegría es contagiosa, y él al mirarme échase á reír: la expresión severa ha desaparecido hoy de sus labios, y sigue mirándome continuamente del modo más cariñoso.

—¿Está usted contenta?—me pregunta.—Creo que sí. En cuanto á mí, puedo decir que me siento como los niños de la escuela que disfrutan de un asueto después de largo encierro. ¡Cuando pienso que casi estuve á punto de no ir á casa de la familia Wárrington! Y si no hubiese ido, hoy no estaría usted á mi lado, y ¡quién sabe si no la habría conocido á usted nunca!

—¡Vaya una pérdida!—replico riéndome.

—Para mí quizá habría sido una pérdida—me dice muy seriamente—aunque (suspirando) acaso más me hubiera valido no haberla conocido á usted.

—Á mí no me hubiera valido más—respondo, pues me siento muy dichosa, y mi atolondramiento no me permite pesar bien la trascendencia de mis palabras.

Él se vuelve de mi lado, como si fuera, á decirme algo, mas luego se domina y cambia de conversación, diciéndome:

—¡Mire usted esas flores tan bonitas!

—Sí—le contesto—pero no es eso lo que iba usted á decirme.

Veo que se ha desarrollado en mí un cierto instinto de coquetería: el sol y los efluvios de Mayo me lo inspiran; siento ansia de oír palabras tiernas y gratas; si supiera á punto fijo en lo que consiste esa sensación, casi me sentiría tentada de coquetear con mi compañero. Éste me mira con soñadora sonrisa, como si escudriñara la causa de la deliciosa sensación que experimento en este instante.

—Tenía usted razón; cierto que me proponía decir otra cosa, pero ahora no la diré. Usted es muy nerviosa, pero con todo es una niña. Yo ya soy un hombre, y debo sobreponerme á las tentaciones de una súbita emoción.

—En este momento—le digo malhumorada—me está usted recordando lo que era en casa de Wárrington, y poco me falta para volver á tenerle á usted miedo . . .

—¡No por Dios!—replica en el acto.—¿Cómo puede ser eso, niña—agrega risueño—cómo *puede* usted tenerme miedo? ¿No sabe usted ya de sobra, que es para mí todo cuanto yo más admiro y venero: joven, pura, tierna, desinteresada, modesta y caritativa?—Me habla en voz baja; pero bien se nota que se domina.—Cuando nos hallábamos en casa de Wárrington, es cierto que me vió usted austero y frío, porque entonces á cada instante me sentía nervioso y colérico, al observar la conducta de esas damas que usted sabe, y no me podía resignar siquiera á que usted se rozase con ellas. Por la primera vez en mi vida me sentí casi á punto de reñir con la Sra. Wárrington, por cuanto había invitado á la vez á esas damas al mismo tiempo que á una inocente niña como usted. Y, en resumidas cuentas—bajando aún más la voz—debo confesar, que también estaba algo celoso, al ver á usted tan alegre y jovial con otros, mientras notaba la frialdad glacial con que á mí me trataba.

—Sea de ello lo que fuere—le digo riendo—lo cierto es que ahora no me causa usted la misma impresión; y puede usted estar seguro que en adelante le he de estimar y tratar con plena confianza.

—¿Cómo puede usted prometerlo?—me contesta con aire sombrío.—Hoy estoy aquí solo, y nadie puede hacerme competencia, ni disputarme el terreno; á no ser que considere peligroso—agrega sonriendo—á mi propio padre; pero, supongamos por un momento que . . . —y su semblante se inmuta.

—¡Qué necesidad tenemos de hacer nuevas suposiciones! —interrumpo yo, sospechando lo que iba á decir.—Vale más que pensemos en gozar de los encantos que nos ofrece esta espléndida tarde.

—¡Pues gocemos de la hermosa tarde! tiene usted mucha razón—repite él algo más sereno.—Pensemos, en efecto, en el día presente, y no tratemos de anticipar las amarguras que pueda prepararnos el día de mañana: creo que este es el verdadero sentido de la frase bíblica.

Continuamos, pues, nuestra excursión, recorriendo la hermosa carretera; pasando de trecho en trecho por diversas aldeas pintorescas, con sus vetustos campanarios y modestos cementerios; pasamos tambien al regreso por diversos cortijos con sus pobres casuchas, y entonces la conversación vuelve á versar acerca de los desheredados de la fortuna.

—¡Ay!—exclamo entonces algo conmovida.—Yo bien sé que cuando Alford le pertenezca, será usted un propietario modelo, que hará cuanto le sea dable por mejorar la suerte de la gente menesterosa.

—No hay que contar nunca con la muerte de nadie—responde con majestuosa sonrisa—y además, el manejo de toda propiedad es cosa muy seria y que lleva consigo graves responsabilidades, si se considera, cual se debe, como un medio de mejorar la suerte de los que nos rodean, y no con miras egoístas. En todo caso, yo no sé aún si llegaré á encargarme de Alford, aunque suele decirse que un heredero con ideas grandiosas se convierte las más veces en un dueño tacaño. Sea de ello lo que fuere, yo sé, que si un día llegase á ser aquí el amo, sería sólo contando con tener á mi lado, para ayudarme é inspirarme el bien, á una esposa tierna y amorosa.

Al decir esto, me dirige una mirada que me penetra como un flechazo. Sus palabras parecen hacer referencia á mí, y los colores me suben á la cara. ¿Qué es lo que querrá darme á entender? Felizmente en ese momento nuestro faetón penetraba por la espléndida verja y un instante después se detenía el carruaje delante de la entrada de la quinta.

CAPÍTULO XIX

—¡CUANTO me contraría ésto!—exclama Héctor al día siguiente á la hora del almuerzo, poniendo muy mala cara, al concluir de leer una carta.

—¿Qué es lo que le contraría á usted?—le pregunto.

—¡Me parece que no hay más remedio que ir!—se dice á media voz, y luego la alza para responderme.—Me veo en la precisión de partir para Londres, y no hallo medio de poder estar de vuelta hasta mañana por la tarde.

—¡Cuánto lo siento!—contesto, reflexionando en que la vida será bien triste aquí durante su ausencia.

—Si siquiera lo hubiera sabido ayer, la cosa habría podido arreglarse escribiendo —estrujando la carta de mal humor—pero ya hoy es tarde, y no hay más remedio que ir: ¡qué fastidio de hombre!

Toca nerviosamente la campanilla para llamar al criado, y dale orden de preparar el birlocho en el acto.

—¿Quiere usted que le acompañe hasta la estación?—le digo en voz baja.

Mientras tanto, Sir Montagú está dirigiendo por la ventana sus habituales reprimendas al jardinero.

—¿Quiere usted acompañarme?—me contesta Héctor, contento.—Con mucho gusto, con tal que no se dé usted demasiada prisa para acabar de almorzar.

—No se inquiete usted por eso; lo que siento es que no haya diez millas en vez de tres, y me será muy agradable dar un paseo en carruaje durante esta hermosa mañana.

—Soy de la misma opinión—dice él riendo.

La mañana es lo más delicioso que puede imaginarse; las flores exhalan sus más suaves perfumes y las aves de-

jan oír sus trinos, saludando los esplendores del sol de Mayo.

Mientras el carruaje rueda rápidamente á través del parque, yo recito á Héctor aquel verso célebre que hace alusión al canto del ruiseñor, que ahora escuchamos, y él me dice:

—Yo poco entiendo de versos; pero acabaré por aficionarme á ellos, si es usted quien los declama ó me los lee.

—Soy de opinión—replico, disimulando, como si no hubiera comprendido el piropo—que la lectura acabaría por volverse monótona y fastidiosa, si no existiese la poesía.

—Así como la vida se haría fastidiosa si no existiera el amor—me dice con dulzura.

—¡Ya hemos llegado á la estación!—exclamo contrariada—no es posible que hayamos recorrido tres millas.

—Exactamente tres y cuarto—responde él.—¡Me felicito de que el tiempo le haya parecido á usted tan corto! ¡Hasta la vista!—exclama, al mismo tiempo que me entrega las riendas y me da un afectuoso apretón de mano.—Piense usted una ó dos veces en mí durante mi ausencia.—Á lo que yo respondo con una sonrisa afirmativa.

Regreso á Alford con el lacayo, á quien Héctor recomienda que marche con mucho cuidado. Yo, durante el trayecto, voy pensando en él, como me lo ha suplicado, y lamentando su ausencia, pues creo que el día va á ser bien fastidioso sin su compañía. Llegamos á las diez y media, y no sé en qué pasar el resto de esta hermosa mañana, pues la Sra. Montagú no ha de salir de sus habitaciones sino dentro de una hora. Entonces me acuerdo del botecito que hay en el estanque, y allá me dirijo. Uno de los jardineros se ofrece para remar; pero yo no acepto, pues quiero estar sola y en plena libertad. Tomo pues asiento en el bote, y reclinada sobre los cojines dejo que la embarcación flote á su antojo, impulsada por la corriente. La brisa me lleva tan pronto al centro del estanque como á las orillas, donde las ramas de los lirios acarician mi frente; las carpas llegan casi á flor de agua, mientras veo revolotear los mirlos, codornices y

otros pajarillos. Experimento un bienestar indecible, y me creo feliz; pero me digo al mismo tiempo: ¡si él estuviera aquí! y una sensación inefable se difunde por todo mi ser.

Al mismo tiempo oigo una suave voz que pronuncia mi nombre y que me llama. Es la Sra. Montagú, que me contempla desde la orilla.

—¿Es usted?—exclamo, dirigiéndome hacia la orilla.—¡Venga usted á acompañarme y yo remaré!—Ella mueve la cabeza.

—Yo le tengo miedo al agua; y además el sol es abrasador—me contesta risueña.—Venga usted y nos pasaremos á la sombra—y obedezco en el acto.—Acabo de recibir una noticia muy grata—agrega, mientras yo desembarco.—Carlitos debe llegar hoy.

Mi corazón da un salto en mi pecho y siento que los colores me suben al rostro, aunque hago lo posible para disimular mi emoción.

—Hace media hora que recibí el telegrama—continúa ella, sin notar mi turbación—estará aquí esta tarde, antes de la hora de comer.

Mi corazón, lleno de gozo, palpita con gran fuerza, por más que me digo sin poderlo sosegar: él no es nada para tí, ni te hace ningún caso.

La Sra. Montagú se apoya en mi brazo y comenzamos nuestros paseos á la sombra de los fragantes pinares.

—¿Ya usted lo conoce, no es verdad?—me pregunta, y yo respondo que sí, aparentando indiferencia.

—Es un excelente muchacho—continúa con el entusiasmo de su amor maternal.—No se figura usted cuánto sufro de no verlo aquí sino de tiempo en tiempo; pero—suspirando—como es natural, su carrera lo ocupa demasiado; y por otra parte, aquí no hay muchos atractivos para un joven como él, amigo de la sociedad alegre y que goza de ella á sus anchas. Me felicito de que se encuentre usted entre nosotros, pues así estará él más contento en casa.

Observo que mientras habla su semblante se anima, y

comprendo perfectamente la idea que la domina y la razón del viaje.

—Deseo verlo casado—agrega, después de una pausa.—Usted sabrá—dice fijando sus ojos en mí—que él no está en la misma situación que Héctor; y puesto que es el menor de mis hijos, necesita una novia con fortuna. Casi es de lamentar que no se hallen en posición inversa. Héctor nada tiene de manirroto y extravagante; pero mi pobrecito Carlos, ya usted puede figurárselo, que con el genio que tiene, no puede dejar de ser amigo del lujo y de la elegancia.—Así es como la amorosa madre los juzga, y continúa.

—Mis hijos fueron siempre muy distintos: Héctor, muy bueno y de elevadas miras, será un excelente esposo. Es cierto que á primera vista suele inspirar miedo; pero usted, querida amiga—estrechando algo su brazo contra el mío—parece haber llegado á comprenderlo á las mil maravillas.

—En efecto, en un principio Héctor me inspiraba miedo; pero después me he persuadido de cuán bueno es, y hoy le admiro y respeto muchísimo.—Por más esfuerzos que he hecho, el tono con que lo digo es frío y afectado.

—Él la admira á usted en sumo grado—continúa afectuosamente—y le ha causado usted una impresión estupenda. Hasta ahora no lo había visto nunca tan animado y alegre, pues su genio es muy reposado. En cambio, Carlitos—con mayor animación ahora—es por naturaleza tan alegre y entretenido, no obstante que afecta cierto aire de indolencia en su trato, que no le es natural, y cuya causa no me explico.

Casi no puedo contenerme y estoy á punto de prorrumpir en vivos elogios de él; pero no me atrevo á ello, porque eso equivaldría á denunciarme. Yo no tengo fortuna que ofrecer, y por tanto, es claro que no he nacido para él—me digo suspirando—aun en el caso de que él me profesara algún cariño. Por lo mismo, me contento con escuchar á su amorosa madre, cuando ésta sigue hablando gozosa del tema que es, entre todos, el más grato á mis oídos. Pero esto no obsta para que durante esta hermosa tarde, sea que prosigamos

nuestro paseo por las perfumadas avenidas del jardín, sea que nos sentemos á coser ó que me ponga á leer en voz alta, me parece sin cesar como si oyera el eco de una voz que me dice: ¡ya se acerca, ya va á llegar!

Y cuando por fin llega, cuando su alegre voz resuena en la antesala, me figuro que acaso no podré dominar la emoción que rebosa en mi alma. Ábrese la puerta; su madre corre hacia él y cae en sus brazos; y al inclinarse él para darle un ósculo, lo veo más hermoso que nunca. Alza entonces los ojos y encuéntrase con los míos extáticos, por más que hago esfuerzos indecibles para no revelar mi excesivo contento.

¡Oh! ¡qué es lo que veo! la Señorita Diana en casa; ¡qué dicha!

No dice una palabra más; pero revela contento, y viene á mi encuentro, dándome un cordial y amistoso apretón de mano, como si nos conociéramos desde hace años.

—¡Ésta es una verdadera sorpresa!—exclama.—¿Cómo es eso, mamá; nada me dijo usted en su carta de que estaba aguardando tan encantadora visita? ¿En dónde está Héctor?

—¡Tiene tan poca suerte!—dice la Sra. Montagú, que parecía no poder apartar sus risueños ojos del rostro de su hijo—que esta misma mañana recibió una carta que lo ha obligado á ir en el acto á Londres.

—¡Tiene tan poca suerte!—repite Carlos, mirándome con ojos animados por maliciosa alegría—y yo no estoy siquiera seguro de poderlo reemplazar durante estas veinticuatro horas. ¡Cáspita! ¡si supiera usted qué gusto tengo de encontrarla aquí! Voy á escribir para que me prolonguen la licencia, pues entre ambos vamos á tratar de echar la casa por la ventana, y casi haremos perder la cabeza al pobre viejo.

—Diana no te ayudará ni te secundará—replica su madre.—De ella puedo responder.

—¡Qué sabe usted de eso, mamá!—replica él riéndose—usted nada sabe acerca de las aptitudes de la Señorita Diana

y de lo que ella es capaz. Yo me figuro que ha debido fastidiarse en regla, entre papá y Héctor, sin saber qué decir.

—Nada de eso; he estado muy contenta—me apresuro á interrumpirle.

—¡No lo dudo un momento!—y sus ojos brillan más que nunca.—Pero ahora que estoy yo aquí, tiene usted que estar mucho más contenta aún.

Ya he olvidado todas las promesas que había hecho á Héctor de pensar en él, y si lo recuerdo, es para felicitarme, como una ingrata, de que se halla bien lejos. Me imaginaba ayer tan sólo ser feliz y estar contenta; pero hoy sí que mi corazón rebosa realmente de alegría: no hay en todo esto más diferencia que la que media entre la dicha negativa y la positiva. Hoy no pienso sino en acicalarme, en mirarme una y mil veces al espejo y tengo ansia de saber cuál es el color que más le gusta. ¡Qué no daría yo por encontrarme en este momento con un hada protectora, que me transformara por ensalmo en una belleza extraordinaria, á fin de poder cautivar á mi *Príncipe encantador!*

Todo esto no obsta para que yo oiga en mis adentros una voz burlona que no cesa de repetirme: ¡no seas loca! ¿qué es lo que puedes esperar de él? Tú no puedes ser para él sino un mero pasatiempo, y no volverá á acordarse de ti, cuando vuelva al seno de esa sociedad selecta de damas aristocráticas á que está tan acostumbrado: se acordará de ti entonces, como tú te acuerdas ahora de Héctor, agrega en mí un íntimo Mentor. Pero esta noche no escucho consejo alguno; para mí no existe sino el presente, y me digo atolondrada: “mañana será lo que sea.”

Una vez que me dirijo la última mirada delante del espejo de cuerpo entero, quedo satisfecha, aunque no por completo. Creo que estoy lo mejor que puedo estar pero, ¡cuánto más hermosa debería estar para merecer agradarle! Me quedan aún unos diez minutos disponibles antes de la comida. ¿No sería bueno bajar desde luego al salón? Él no estará allí aún, pues su costumbre es llegar siempre de los últimos en todas ocasiones; pero . . . al fin y al cabo me

resuelvo á bajar. Ahí está él, y solo, que es lo mejor—y mis mejillas se enrojecen.

—¡Qué deliciosa casa es la nuestra! sí, ¡deliciosa! ¿no le parece á usted?—continúa diciendo, mientras toma asiento.

—Los milagros deben ser perpetuos—le contesto riéndome, aunque con alguna afectación.

—Había resuelto que todo marchase esta noche con perfecta armonía—me responde.—Dígame usted añade mirándome con alguna curiosidad—¿de qué manera ha pasado usted aquí el tiempo? ¿Mi padre ha regañado mucho á la servidumbre, y echado á mamá la culpa de todo el mundo?

—¡Como de costumbre!—replico, á media voz, y mirando hacia la puerta, temiendo que esté cerca Sir Héctor y oiga lo que hablamos.

—¡Qué deliciosa casa es la nuestra! sí, ¡deliciosa! ¿no le parece á usted?—continúa diciendo, mientras toma asiento frente á mí y se pone á mirarme atentamente.—Bien veo que aun usted ha perdido aquí mucho de su animación, y de sus ojos ha desaparecido algo de ese relampagueo malicioso que antes tenían. Voy pues á consagrarme á la grata tarea de que vuelvan á su antiguo esplendor. Me siento con ganas de hacer cualquiera diablura, con tal que usted me ayude. Podríamos por ejemplo, dar un mal rato al viejo cascarrabias, escondiéndole los cepillos, tirándole las mantas de la cama con una cuerda y divertirnos dándole otras bromas por el estilo.

Hallo tan peregrino y cómico el programa que me propone con tanta seriedad, para atormentar al autócrata de Alford, que no puedo contener la risa.

—¡Así me gusta; eso es lo que yo quería!—me dice aprobándome.—Riámonos y estemos contentos, por una vez siquiera. Mañana estará ya de regreso Héctor—haciendo una mueca—así, pues, comamos y bebamos hoy, si es que mañana hemos de morir. Me figuro que mi padre continuará con su costumbre de dar después de comer sus conciertos de ronquidos, sin ningún miramiento á la presencia de usted.

—Sí; hasta las nueve y media; en cuanto oye el repiquete del antiguo reloj que da la media, despierta y me invita á jugar al ajedrez, hasta la hora de irse á acostar.

—¡Ajedrez, Dios mío! ángeles y santos venid en mi ayuda! ¿Conque esas tenemos?—exclama el capitán, con un tono tan teatral y chistoso, que no puedo contener la risa.—¡No importa! y sea la que fuere, esta noche tendrá el buen señor que resignarse á no jugar. Apenas lo veamos adormecido, nos escapamos y nos vamos al jardín, pues la noche va á ser sublime; yo entonces me pondré á fumar, mientras usted me deleita con su conversación.—Esta es la primera vez que me habla aquí con aquella voz lánguida y seductora, que nunca he podido olvidar.

—¡Eso, por ningún motivo!—exclamo. He tenido la suerte de ganarle la voluntad á Sir Héctor, y no es posible que me resuelva á destruir en un momento lo que me ha costado una semana de abnegados esfuerzos.

—Malo está eso; pero ya veremos medio de arreglarlo, pues me he propuesto formalmente, que esta noche he de contemplar la claridad de la luna, y ha de ser en compañía de usted.

Este lenguaje me causa indecible sensación de placer; pero nos interrumpe la llegada de Sir Héctor, que admira por vez primera la puntualidad de su hijo.

Casi al mismo tiempo llegaba al salón la Sra. Montagú, vestida y acicalada con especial esmero, ostentando sus magníficas sortijas de brillantes, y al verla su hijo exclama:

—¡Qué guapa está usted hoy madre mía! Déjeme usted que le dé un beso, á fin de persuadirme de que tengo ante mí un ser viviente y no un bello retrato en movimiento.

—¡Vaya con el mozo!—dice su padre con sarcástico tono.—Carlos, cuando no tiene á mano una niña á quien cortejar, es capaz de requebrar hasta á su propia madre.

—¡Bonito piropo para la Señorita Diana!—responde él, dirigiéndome una risueña mirada.

—¡Bah!—replica su padre.—¡Eso no reza con la Señorita Diana, ésta pertenece ya á Héctor!

Mis encendidas mejillas revelan en el acto la indignada protesta de mi corazón, al oír tal afirmación. Felizmente suena la hora, y con la puntualidad de costumbre, pasamos al comedor.

CAPÍTULO XX

LA tan ceremoniosa comida de cuatro personas ha terminado por fin, y nunca lo he deseado tanto como hoy, aunque ha sido mucho más animada que de costumbre, gracias á la presencia del capitán Montagú. Aguardo con ansia y placer el momento venturoso en que ha de comenzar el paseo prometido por el jardín iluminado por la luna, que ya comienza á salir, pues desde mi asiento la diviso á través de los árboles. Tiemblo al pensar en lo que voy á hacer dentro de un rato, y me parece que estoy soñando. Si Héctor me hubiera hecho antes una invitación semejante, la habría aceptado candorosamente y sin el menor recelo, en tanto que hoy me siento impresionada, como si fuera á cometer una falta grave, y sin embargo, estoy resuelta á cometerla, confiada en que el hado me será propicio.

El capitán, al salir yo del comedor, me ha susurrado al oído un: *¡no hay que olvidarse!* ¡Cómo si fuera posible que yo olvidara ni un segundo lo que espero con tal ansiedad! Mientras esperamos en el salón, que ellos concluyan, yo tomo un libro para disimular mi emoción, y la Sra. Montagú, que desgraciadamente parece hoy más despabilada que de costumbre, también se pone á leer, aunque no tarda en dejar caer el libro sobre su regazo, y quedarse dormida. Pocos minutos después, cuando ya comenzaba á impacientarme, llegan Sir Héctor y su hijo. Aquél se acerca á mí y me dice:

—Hoy no he de dejar á usted que me gane con tanta facilidad; pues, para no faltar á mi táctica, es preciso que yo gane de tiempo en tiempo una partida.

Le contesto, lo mejor que puedo, sonriendo, y él va á sentarse en su poltrona, para dormir como de costumbre.

Á su vez el capitán se acerca y me dice en voz baja:

—Yo me adelanto, y voy á esperar á usted en la puerta del jardín: no tarde usted en seguirme.

Mientras él se va, yo quedo inmóvil, esperando oír el primer ronquido, que ha de ser la señal de mi libertad. ¡Bendito sonido! hoy deseo escucharte, con más placer que si se tratara de la más suave melodía de Mozart ó de Rossini! Si mis ojos no estuvieran fijos en las agujas del reloj, me parecería que hacía media hora que aguardaba el sonido libertador; pero sólo han pasado exactamente cuatro minutos de ansiedad, cuando resuena ya en mis oídos. Aguardo un minuto más, hasta que el ronquido se regulariza, y entonces, temblando, con mucha suavidad y de puntillas, salgo del salón; pero una vez fuera me voy corriendo hasta la puerta que da al jardín, donde me detengo para mirar donde puede estar él. Mi emoción es tal, que puedo sentir los fuertes latidos de mi pobre corazón. Un momento después oigo ruido de acompasados pasos, y veo que se dirige á mi encuentro el gallardo capitán, que me parece aún más fascinador, visto á luz de la esplendente luna, que todo lo ilumina con sus suaves y argentinos destellos.

—¿No le parece á usted—exclama al verme—que el campo es delicioso, especialmente cuando tiene uno á su lado una preciosa compañera, y un buen cigarro?

Como no creo conveniente contestar nada á ésto, él prosigue:

—Lo que más siento es que esto no ha de durar mucho, como todas las cosas que son gratas, pues creo que mañana tendremos aquí á Héctor. Y á propósito, ¿podría usted decirme lo que quiso significar mi padre, cuando dijo que usted pertenecía á Héctor?

—No sé lo que haya querido dar á entender—poniendome muy colorada—á no ser que sea, que Héctor ha sido el causante de mi venida, lo que es verdad—agrego muy á pesar mío.

—Venga usted á sentarse en el banco que hay á la som-

bra de este corpulento árbol—y yo obedezco, subyugada por su invitación imperativa.

—Qué mal le va á saber mañana á mi hermano, el encontrarme aquí cuando llegue, porque es más celoso que Oteló. Lo siento, pues le juro á usted que yo ignoraba su presencia aquí, y hasta creo que no habría venido, si hubiese sabido que usted estaba en casa.

—¡Gracias!—le contesto algo picada.

—De veras, no habría venido—repite con su voz melosa y lánguida, sin advertir mi descontento.—Usted no debe ignorar que yo no puedo nunca pasar diez minutos al lado de una mujer bonita sin enamorarla, y en este momento ya me vienen ímpetus de hacerlo así, aunque comprendo que eso sería hacer mal tercio á Héctor.

Confieso que no puedo contener la risa, al oír tan candorosa confesión y el modo como la hace.

—Hace usted mal en reirse de un pobre hombre, en el momento en que lo vé luchando con su flaqueza y sus escrúpulos. Figúrese usted, que esto de enamorarse es para mí el pan de cada día; pero para Héctor es un acontecimiento de suma gravedad.

—No acierto á comprender lo que quiere usted darme á entender—exclamo disgustada, y casi lamentando el haber venido al jardín.—Lo que yo sé es que Sir Héctor va á despertar de un momento á otro, y es preciso que yo vaya á preparar el tablero de antemano.

—No se vaya usted—me dice, cogiéndome del brazo—estamos aquí tan deliciosamente, y si usted me deja me quedaré muy triste. Póngase usted siempre en la cabeza flores encarnadas, porque le sientan muy bien.

Después de una pausa, continúa:

—Voy á permitirle hacer á usted una pregunta, á la que ningún derecho tengo, pues me parece hasta de mal gusto; pero yo soy muy curioso, y usted me excusará. Dígame usted, pues—tomándome la mano y mirándome de hito en hito—¿hay alguna probabilidad de que llegue usted á ser mi hermana? Muchas ganas he tenido siempre de tener

una hermana. No se enfade usted—al ver que me pongo colorada de rabia.—Yo sé que Héctor está enamorado de usted y que está resuelto á pedir su mano: mi madre me ha dicho algo sobre esto y sé que él le hablará á usted á este intento, si es que ya no lo ha hecho. Yo desearía saber qué es lo que usted piensa contestarle.

Una sensación de indecible amargura circula por todo mi ser.

—Mientras él no me hable sobre el particular—contesto fríamente levantándome para irme—considero extemporáneo, en mí ó en cualquiera otra persona, el ponerse á cavilar sobre cuál será mi respuesta.

Como movido por un resorte se levanta y me cierra el paso, diciéndome suplicante:

—¡Por amor de Dios, no se vaya usted á ir enfadada conmigo!

Es tan guapo y lo veo tan impresionado, que no puedo demostrarle enfado, y le sonrío.

—No estoy enfadada; pero creo que no ha debido usted interrogarme respecto á lo que piense su hermano, aún menos que respecto á mí. Ambos somos buenos amigos; pero . . .

—¿Pero qué?

—Nada más.

—¿Nada más?

—Ni puede haber otra cosa.

—¿Ni puede haber otra cosa?

—Yo deseo . . . —prosigue; pero se detiene, y dominándose agrega, casi con frialdad:—Héctor es muy buen muchacho; la quiere á usted entrañablemente, y la propiedad de Alford es cosa apetecible ¿no le parece á usted?

El vecino reloj da las diez y exclamo asustada:

¡Oh, Dios mío, qué va á decir Sir Héctor! Vámonos en el acto.

—Vaya usted por delante, y así creerán que no ha estado usted sino en su cuarto.

Corro al salón, y tengo la suerte de llegar en el momento

en que Sir Héctor acaba de despertar. Jugamos como siempre, aunque él nota que estoy muy distraída y que me dejo ganar con mucha facilidad, lo que él, según me dice, atribuye á que mi espíritu está en otra parte, pues no puede sospechar lo que realmente me preocupa.

Por fin, me retiro de mal humor á mi alcoba, lamentando mi suerte y revolviendo en mi mente la escena del jardín. Muy mal efecto me ha hecho todo lo que Carlos me ha dicho sobre la facilidad con que se enamora de todas las mujeres, y especialmente me ha chocado el que me hablara de que su hermano pensase en casarse conmigo. ¡Casarme yo con Héctor!—exclamo, fuera de mí—eso sí que no, no y no. Verdad es que es sumamente bondadoso y amable conmigo; pero en cuanto á casarme con él, eso ya es otra cosa: ¡jamás, jamás me casaré con él!

CAPÍTULO XXI

Al siguiente día concluíamos de almorzar, y Sir Héctor se había retirado, dejándome sola con su hijo, cuando éste me dice:

—Mi intención es pasar muy contento el día de hoy, y para ello cuento con usted.

—De muy buena gana; aunque, como dicen, el día se presenta muy bello para ser á la vez dichoso.

—No hay objeción que hacer á ese aforismo tan evidente—contesta riéndose.

—¿Qué es lo que desea usted que hagamos?

—Yo, personalmente, no me propongo hacer absolutamente nada, sino gozar del hermoso día, entregado al *dolce far niente*: usted es la que debe hacerlo todo, para que el día sea dichoso para mí.

—Dígame usted pues lo que tengo que hacer—le pregunto, ufana y gozosa.

—El programa es muy sencillo: va usted á hacerme el favor de esperarme en el saloncito, hasta que yo acabe de fumar un cigarrillo, y entonces me cantará usted esas deliciosas canciones que tanto me encantan—cuyo número sé que ha aumentado durante el invierno pasado—sin interrumpirlas hasta que se sienta usted fatigada.

—¿Ó mas bien usted?—agrego risueña.

—Hasta que usted misma sienta que ya no puede más—repite. Después de eso nos iremos á tomar el sol, veremos saltar las carpas del estanque, y gozaremos de los trinos de los pájaros; si nos sentimos con ganas de charlar charlaremos, y en caso contrario guardaremos silencio. No habrá discusión alguna, ni se dirá una sola palabra que no sea

suave y armoniosa. Si me ocurre decir á usted algunas verdades agradables no me ha de contradecir usted; y por lo que respecta á mi hermano, queda convenido que éste no existirá para usted ni para mí en todo el día, hasta la hora de comer.

Conforme á su deseo me voy al salón y comienzo á escoger entre los papeles de música—muchos de los que son obsequio del pobre Héctor—y entre ellos coloco en primer lugar, suponiendo que le ha de gustar, la balada cuyo nombre es “*Días dichosos.*”

Llega él y me pregunta:

—¿Qué es lo que va usted á cantar?

—“*Días dichosos.*”

—¡Días dichosos! pues precisamente esa es la canción que á mí me gusta más que todas ¡y en qué día para mí! ¿No es verdad que éste va á ser un día realmente dichoso para nosotros?

Nuestros ojos se encuentran y una deliciosa sensación pasa por todo mi ser, mientras él se arrellana en la poltrona, para escucharme con los ojos cerrados, como en casa de la Señora Wárrington, mientras yo canto por largo tiempo. Pero al fin y al cabo me siento sin fuerzas y me levanto, exclamando:

—¡Ya estoy muy fatigada!

—¿Es posible? ¡Qué animal tan egoísta soy yo! ¡No sabe usted cuán agradecido le estoy!—tomándome la mano y besándola con esa gracia que le es característica.—Ya hemos pasado la primera hora del día dichoso; ¡pero cuán pronto se ha deslizado!

—Ahora, póngase usted el sombrero, agrega, y vamos á dar un buen paseo por el jardín y el parque, donde he mandado colocar dos sillas muy cómodas, á la sombra de un corpulento castaño, cerca del lago; allí descansaremos, y olvidaremos las miserias de este mundo, imitando á los lotófagos.

Ejecuto obediente cuanto me dice, y pocos momentos después nos dirigimos al sitio que él ha escogido, donde tomamos asiento en dos deliciosos sillones.

Estoy contentísima, y todo mi malestar ha desaparecido, como se evaporan las últimas gotas de rocío al aparecer el astro del día. La naturaleza con todos sus encantos nos circunda; la brisa matinal nos hace respirar á boca llena los más suaves perfumes primaverales y pocos pasos nos separan del precioso lago, en el que una flotilla de blancos patos hace mil evoluciones. Todo cuanto veo me parece sentimental y poético, y creo soñar durante el largo rato que allí permanecemos, aunque sin pronunciar una palabra. Él, arrellanado en su sillón parece dormir, pues observo que se le ha caído el sombrero al suelo y nada dice. Me lisonjeo, sin embargo, con la idea de que va á abrir los labios para dirigirme algún piropo lleno de poesía y ternura, cuando he aquí que le oigo exclamar:

—De buena gana quisiera tener aquí una cerbatana para arrojar con ella proyectiles á los patitos que juguetean en el lago: ¿qué sorprendidos quedarían, no es cierto?

Tan prosaica é intempestiva salida me deja helada, y echa por tierra todos mis ensueños poéticos. No me queda más recurso que reirme, lo mismo que cuando comienza á admirar los saltos que dan las carpas.

Empéñase después en pescar los pececillos de colores, y como yo no gusto de tal entretenimiento, ni él gusta oirme la historia de mis pobres y de lo agradecidos que están por el dinero que para ellos me había remitido, dícame entonces:

—Ya sabe usted que el programa del día se ha convenido sea lo más sencillo y tranquilo, sin discusiones de ningún género. Ahora nos hará bien á ambos el cambiar de aire; vámonos á pasear bajo las arboledas del parque.

Allá dirigimos nuestros pasos y al detenernos en un sitio precioso, me dice, mirándome con fijeza, como si creyera que iba yo á dudar de su palabra:

—¿Sabe usted, que en mi vida creo haber pasado mañana más dichosa que ésta?

—Yo puedo asegurar lo mismo —le contesto sinceramente, aunque suspirando, al pensar en lo fugaz que tiene

que ser nuestra dicha. Me parece que él también ha suspirado. Saca entonces el reloj y exclama de mal humor:

—¡Las doce y media! y á la una en punto se come en casa: ¡cómo ha volado el tiempo!

Durante algunos minutos permanecemos silenciosos; luego, me tiende la mano y clava sus ojos azules en los míos. Soporto un momento su mirada, pero al fin bajo los párpados, aunque no siento ni fuerza ni voluntad para separar mi mano de la suya.

—¿No es cierto—me dice entonces—que es cosa convenida entre nosotros, que hoy no debemos entrar en explicación alguna, y que no debe reinar sino la más armoniosa tranquilidad? Convendrá usted en que no es razonable que yo mismo infrinja la regla que he trazado. Sin embargo, suplico á usted me diga—agrega, en tono suplicante—¿no es verdad que ya no está usted enfadada conmigo? Si anoche la ofendí en algo, ¿no es cierto que ya estoy perdonado?

—No ha habido nada que perdonar—contesto, tratando de retirar mi mano, y confusa al sentir que los indiscretos colores me suben al rostro.

—Si me ha perdonado usted, déjeme que estreche su mano—me dice tiernamente, sin desprender un instante sus ojos de los míos, y por peligroso que sea yo no puedo menos de hacer lo mismo, en tanto que mi corazón se agita violentamente.

—¡Cómo, lágrimas en tan bellos ojos! exclama, repitiendo un verso de nuestra balada preferida. ¡Oh!—atrayéndome hacia sí—¡qué malo es el mundo en que vivimos! ¿Cómo es que siempre hemos de apetecer aquello que precisamente no podemos poseer?

Su voz tiene una rara melodía; su brazo me estrecha, y en un instante de inconsciente éxtasis dejo caer mi cabeza sobre su hombro, y mi cuello recibe el calor de su aliento. Al mismo tiempo, volviendo en mí, me separo de él y voy á apoyarme trémula y confusa contra el tronco de un corpulento árbol. Él me sigue inmediatamente, con faz encendida y ojos que relampaguean.

—No, no—exclamo al mismo tiempo, tendiendo los brazos en actitud repulsiva, mientras mi corazón avergonzado palpita violentamente.

Él se detiene entonces.

—Perdóneme usted—dice con voz lastimera—no tenga usted miedo, ni se figure que pueda yo decir ó hacer nada que pueda ofenderla. Perdí algo la cabeza por un momento; pero ahora hay que pensar en volver á casa.

Nos pusimos, pues, en marcha, y al llegar á la verja que separa el bosque del parque se detuvo.

—Sabe usted, que no me explico lo que pasó por mí en ese momento—me dijo en tono de excusa.—Me figuro que es cosa peligrosa el permanecer por largo tiempo al lado de una joven muy bonita. ¿Quiere usted que le diga? me arrepiento á medias de haber venido. Si permanezco aquí más tiempo corro el riesgo de hacer disparates, lo que me sería desagradable y al mismo tiempo ofensivo para Héctor.

Yo me quedo como alélada y sin saber qué contestar. Siempre la misma cantinela de Héctor, como si éste fuese algo para mí: Héctor no tiene vínculo alguno conmigo, y antes bien me inspira ciega, aunque injusta repugnancia. Y sin embargo, no puedo confesar esto á su hermano, so pena de que crea que acaricio otras esperanzas, por cierto muy vanas. ¿Acaso no me ha dejado éste comprender lo bastante, que yo no puedo ser para él sino un mero pasatiempo?

Viendo el capitán que nada le contesto, me abre la puerta para que pase, y proseguimos silenciosamente nuestra marcha hacia la casa. Al llegar á ésta resuena ya el batintín que nos llama al comedor, donde nos espera el descomunal mal humor de Sir Héctor, que está regañando con motivo de la caída de uno de sus caballos. Carlos, que conoce el terreno que pisa, mira silenciosamente su plato sin decir palabra, hasta que su padre se resuelve á decirle:

—¿Qué pensáis hacer hoy, caballerito?

—¿Yo?—mirándole impasible—yo nada.

—No necesitaba preguntarlo, y así me lo figuraba. En tal caso, mejor sería que fuéramos en carruaje á Okewood.

—Hace demasiado calor, señor, y me expondría á una insolación.

—¡Sí, la insolación!—replica furioso. ¡Bonitos debéis ser los oficiales de la guardia real y soberbios en campaña, puesto que hasta el sol de Mayo os asusta!

Yo me siento muy nerviosa, y tiemblo previendo lo que puede contestar el capitán; pero éste, con mucha flema, se limita á decirle:

—Qué quiere usted señor; hay que cuidar bastante nuestras personitas en tiempo de paz—mirándome maliciosamente—á fin de estar en aptitud de ir á vanguardia cuando la patria lo exija.

Sir Héctor empuja violentamente su plato, se levanta y váse refunfuñando algo, así:

—¡Cuanta necedad! Y agrega después: ¡siempre en pos de las faldas!

—Vaya usted muy en hora buena, bendito anciano—exclama el capitán cuando su padre ha salido del comedor. Venga usted Señorita Diana conmigo al salón, que es donde hace más fresco.

Subimos pues la grandiosa escalera que conduce al piso principal, aunque temiendo yo siempre estar á solas con él, recelando que se repita un lance parecido al del parque; pero no puedo resistir al delicado placer que siento en su compañía, al oír su encantador acento y al mirarme en sus seductores ojos: ¡lástima sólo que esto tiene que acabarse de un momento á otro!

Tomamos asiento silenciosamente en un pequeño sofá que hay junto á un balcón, de donde él contempla los jardines, mientras yo me entretengo admirando el espléndido salón y los retratos de familia que lo adornan. Uno de éstos representa un caballero muy guapo, y no puedo menos de decirle:

—¡Cuánto se parece á usted!

—Gracias—me contesta, haciéndome una reverencia.

Ese es Sir Ruperto, precisamente el gran calavera de la familia.

—No me explico por qué los calaveras son siempre tan guapos—replico muy pensativa.

El capitán Montagú se echa á reír con muchas ganas, y agrega:

—Es muy probable que no tendrían que luchar con tantas tentaciones si no estuvieran dotados de un exterior seductor.

Cuán cierto es esto, me digo candorosamente, tomando en serio su observación. Nos quedamos callados por largo rato, y al cabo, al observar yo el lustroso pavimento, exclamo:

—¡Qué piso tan delicioso para bailar!

—¡De veras!—dice levantándose y tendiéndome los brazos—¿no quiere usted que bailemos un vals?

—¿Cómo, sin música?

—Qué importa; nos acompañaremos cantando el *Danubio azul* hasta no poder más—responde riéndose.

Dicho y hecho. Nuestras voces resuenan cadenciosas, mientras nos deslizamos suavemente sobre el reluciente piso, hasta que nos detenemos bruscamente, al ver que la puerta se abre de par en par: ¡es Héctor, que nos contempla estupefacto y furioso!

CAPÍTULO XXII

DETÚVOSE instantáneamente la pareja; pero tal fué la sorpresa de ambos al ver á Héctor, que su hermano continuaba aún con la mano en el talle de Diana. Héctor se dirigió hacia ellos, tratando inútilmente de disimular su enfado con una sonrisa, y dando fríamente la mano á Diana.

—No tenía noticia alguna de tu venida—dice Héctor secamente á Carlos.

—Ni yo lo pensaba hasta ayer mañana, en que mandé un telegrama, que debió llegar cuando ya habías partido. No tenía la menor sospecha de que me aguardara aquí la agradable sorpresa de encontrarme con la Señorita Diana.

Héctor revela una incredulidad agresiva al oír esto, y Diana, viendo lo violento de la situación, pretexto para ausentarse que va á ver si la Sra. Montagú está mejor de su jaqueca. Héctor le abre la puerta con afectada cortesía, y ella, sin mirarle, le da las gracias, mientras él la contempla con ojos chispeantes. Cierra la puerta y se vuelve al balcón donde su hermano continúa con aparente serenidad. Héctor se detiene frente á él, lo mira, y su mirada nada tiene de fraternal cariño. Le habla después, revelando en su acento el esfuerzo que hace para dominarse.

—¿Conque es cosa *positiva*, que tú ignorabas antes de venir la presencia de la Señorita Diana aquí?

—Así es efectivamente—responde, al mismo tiempo que sigue tranquilo, marcando el compás de su pasado vals sobre los cristales.

—¡Oh!—exclama Héctor, sin decir más.

Carlos, muy sereno, aunque comprende el tono agresivo

de su hermano, se vuelve hacia él y le dice, pesando bien sus palabras:

—Yo ignoraba que la Señorita Diana estuviese aquí; pero dado que lo supiese, no sospecho la razón por la que, en tal caso, debiese yo estar lejos de casa.

Héctor se queda callado, y por cierto que la observación de Carlos es de aquellas á las que no es fácil contestar.

—¿Acaso has contraído esponsales con la Señorita Diana?—prosigue Carlos con vehemencia—porque en el caso contrario, querido hermano, me sorprende mucho ese tono autoritario que asumes, como si ella fuera propiedad tuya, lo que es absurdo, y, por no decir otra cosa, intempestivo.

Héctor frunce horriblemente el ceño, y aferrándose al respaldo de un sillón, exclama:

—Yo bien te conozco, y sé que conseguir que dejes á una mujer tranquila es . . . como pedir peras al olmo. De nada habría servido el que yo hubiera pedido cien veces su mano; eso no te habría impedido el enamorarla apenas volviera yo las espaldas.

Esta réplica tiene mucho de verdad, y así el que la escucha, algo cortado, se limita á decir:

—Pero vamos al caso; díme si eres en realidad su novio.

—No; no lo soy. Pero nuestra madre te ha informado que deseo con vehemencia casarme con ella, y que lo único que me ha impedido hasta hoy el solicitar su mano ha sido el miedo de que le sorprenda mi excesiva precipitación.

—¡Hola!—replica fríamente Carlitos—¿y una vez que hayas hecho tu petición, y cuando ella te haya aceptado como novio, ¿eso querrá decir que debo yo darme por completamente desterrado de Alford? ¿Debo ser yo entonces la única víctima, ó acaso te verás también precisado á alejar de casa á todos los hombres que no tengan sesenta años, para que así tu espíritu esté tranquilo? En tal caso—agrega con insólita causticidad—hay que confesar que eso revela sobrada desconfianza de sí mismo y de los propios atractivos, y prepara á la futura Señora de Montagú una existencia de lo más delicioso.

Aquí no hay palabra perdida y cada una penetra como una saeta. Héctor le vuelve furiosamente la espalda y se va hasta el otro extremo de la habitación, mientras el capitán se queda impasible, tarareando su *Danubio azul*, recostado en el sofá. Héctor vuelve á los cinco minutos, y silencioso, se coloca frente á su hermano. Vese en su cara la lucha que se libra en su alma; quiere decir algo, pero se adivina que no halla la expresión adecuada. Al fin se resuelve, y en tono áspero le dice:

—Tengo algo que decirte.

Carlitos, que parecía mirar al techo, dirige sus ojos lánguidos hacia su hermano, y éste en sus adentros no puede menos que admirar la gallardía de aquél.

—Quería decirte—prosigue con la voz ahogada por violenta emoción—que hasta ahora nunca había estado *realmente* enamorado. No; nunca había pensado seriamente en ninguna mujer, y las había mirado á todas como meros juguetes para pasar los momentos de ocio. Ahora bien, ésta joven se ha apoderado de mi alma toda. Yo bien sé qué idea te has formado de mí: tú te has figurado que yo no soy más que un hombre duro y glacial, sin ápice de sentimiento y ternura. Es cierto que no soy de aquellos que desmenuzan su corazón para distribuir una partícula de él á las once mil vírgenes á quienes galantean. Por eso, una vez que al fin me he enamorado de alguien, el asunto es muy serio: mi alma y mi vida entera están en juego, y si á ésta la pierdo. ¡Dios mío! no sé lo que será de mí.

Carlos se ha puesto en pie, estupefacto al ver el fuego con que se expresa Héctor.

—Mi querido hermano—comienza diciéndole; pero Héctor le interrumpe.

—Lo que yo quiero darte á entender se reduce á esto: ella no es ni puede ser nada para tí; tu no piensas en casarte con ella, ni lo puedes aunque lo desearas; por tanto, te pido por amor de Dios que no me hagas mal tercio, interponiéndote entre nosotros. Yo sé la influencia fascinadora que ejerces sobre las mujeres, aunque sé también á lo que se

reduce, aparte de tu buena cara y suave voz. Pero te suplico, te exijo, y este es el primer favor que en mi vida te pido, que te vayas hasta tanto que todo quede arreglado. Más tarde—agrega titubeando—si ella llega á quererme, no tengo por qué tenerte miedo á ti, ni á tu regimiento entero.

Carlos es muy débil y de buen corazón. Diana le hace una inmensa impresión, y esta misma mañana en el bosque estaba ya á punto de enamorarse de ella; pero ante el llamamiento tan sentido que le hace su hermano, y al reflexionar que toda pretensión matrimonial de su parte sería vana y aún ridícula, resuelve proceder con la amabilidad que le caracteriza y que lo hace tan simpático á todo el mundo.

—Querido hermano—le dice, tendiéndole la mano—ignoraba que se tratase de un asunto tan serio. En la inteligencia de que ella te quiere, es natural que se case contigo; pero si tú te figuras, aunque creo que exajeras mi influencia, que yo pueda hacerte la menor competencia, te prometo que partiré mañana mismo, en el primer tren que salga. Así pues, puedes estar completamente tranquilo. Yo me voy ahora á dar un paseo á caballo, y espero que la próxima vez que os vea juntos podré exclamar: ¡que el cielo os bendiga!

Héctor estrecha con indecible expresión la mano de Carlos, y ambos se separan, éste para montar á caballo y aquél para correr en busca de Diana, á la que encuentra en el otro salón. Ésta le recibe con una sonrisa fría y de mera ceremonia, cuando él se dirige á ella cariñosamente: Diana, en sus adentros, no puede perdonarle el que haya venido á interrumpir su entrevista con Carlos.

—Supongo que no se resignará usted á pasar la tarde encerrada en casa. ¿No le sería grato que diéramos un paseo en coche?

—Gracias—fríamente—no siento hoy ganas de pasear en coche.

Ella adivina que lo que él se propone es alejarla de su hermano, y eso la resiente.

—Creía que era usted muy amiga de pasear en carruaje.

—Si que lo soy; pero . . .

—¿Pero, qué?

—No soy amiga de estar continuamente en coche—dice ella secamente.

—Pues entonces vamos al jardín, ó si usted lo prefiere daremos un paseo en bote, en el lago del parque.

Acepta lo último, con la esperanza de que Carlos vendrá acaso á acompañarlos. Mas cuando se dirigen al lago lo divisan que pasa á caballo, y su corazón indignado se agita violentamente en su pecho.

—Preferible habría sido dar todos un paseo á caballo—dice Diana, con un tono que bien deja ver que está contrariada.

—No hay inconveniente en ello, y todavía es tiempo: voy en el acto, si usted lo permite, á dar orden que ensillen los caballos.

Diana no sabe qué responder, y aunque su corazón se ha ido tras el solitario jinete, reflexiona qué no sería decoroso que se creyese que corría en busca de él. Así, pues, moviendo la cabeza responde:

—No, por hoy no: hace mucho calor.

Toman, pues, ambos asiento en el bote y Héctor comienza á remar con mucho brío, mirando á Diana de hito en hito, y admirando su belleza con ojos cada vez más apasionados. Siente que la idolatra, y no se desalienta al ver la fría acogida que hoy le ha hecho, confiado en que todo cambiará en su favor, una vez que se ausente su hermano.

A éste no se le vió en toda la tarde, hasta que llegó la hora de comer. En la mesa consagró toda su atención á su madre, sin dirigir ni una sola vez sus ojos á Diana, á quien Héctor monopolizó durante toda la comida. En vano Diana dirigía furtivas miradas, tratando de que sus ojos se encontrasen con los de Carlos: todo fue inútil, pues éste trataba de cumplir la palabra dada á Héctor. Diana vió que un cambio repentino se había operado, y cuando llegó el momento de pasar al salón con la Sra. Montagú, que pronto la dejó sola, por estar indispuesta, la amargura rebosaba en su alma y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El llanto inunda sus rosadas mejillas; se siente como fuera de sí, y al ver que la luna brilla con toda su hermosura, resuelve ir en busca de aire y tranquilidad al jardín. Sin acordarse del obligatorio ajedrez, ni calcular las demás consecuencias de su brusca ausencia, abre la puerta y sale en esa dirección. Al verse fuera, dirige instintivamente sus pasos hacia el portillo que conduce al bosque, y donde ambos se habían detenido esa misma mañana. Poco rato después oye el eco de unos pasos acompasados tras de ella, y un instante más tarde reconoce á Carlos, que al verla exclama con indecible sorpresa:

—¿Cómo, es posible, usted por aquí? No puedo creer lo que ven mis ojos.

Diana sonrióse, y balbuceando, formuló la primera disculpa que le vino á la mente.

—La noche estaba tan hermosa y hacía demasiado calor en el salón; por lo demás, no tengo ahora ganas de jugar al ajedrez.

Carlos lo comprende todo, ha dado de buena fe su palabra á Héctor y quiere cumplirla; pero se siente débil, y mucho más ante una mujer tan guapa como Diana.

—Pues yo precisamente había venido á pasearme por aquí, por evitar encontrarme con usted.

Aunque esto no parezca lisonjero para Diana, en vista del tono con que lo dice, no se ofende.

—Ahora ya puedo regresar—le responde, haciendo ademán de irse; mas cuando ella ha dado dos ó tres pasos, él exclama:

—¡No se vaya usted!

Ella se vuelve, y se detiene perpleja.

—Sentémolos aquí lado á lado, como estábamos esta mañana—y al oído agrega—esta ha de ser la última vez que nos hemos de hallar juntos.

—¿La última vez?—pregunta ella sorprendida.—¿Por qué razón?

—Porque debo marcharme mañana á primera hora.

Ante tan triste nueva, Diana vuelve la cara á un lado,

para que él no observe—aunque en vano—el efecto que le ha cansado, y dos grandes lágrimas ruedan como dos perlas por sus mejillas. ¡Dios sabe cuantas calamidades han originado las lágrimas de una mujer desde que el mundo existe!

CAPÍTULO XXIII

UNA lucha, aunque efímera, se libra en el alma del capitán Montagú. Él no está acostumbrado á dominarse; le ha sido tan grato siempre dejarse llevar por la impresión del momento, y rara vez en su vida esto ha tenido consecuencias desagradables para él. No deja de comprender que hace mal en estar allí, tanto por la promesa hecha á su hermano como por el daño que puede hacerle á Diana; pero al verse cautivado por los encantos de aquella deliciosa noche, respirando sus aromas primaverales y escuchando los trinos del ruiseñor que la suave brisa le trae, y al lado de aquella hermosa joven, no se siente moralmente con fuerzas suficientes, cual debía, para tomar una resolución varonil, y marcharse de prisa en dirección opuesta. Por lo mismo que conocía que hacía mal, la tentación le parecía más violenta, y además se decía: ¡Cómo es posible que yo la abandone en el momento de su mayor desamparo! Eso sería demasiado cruel. . . . La enlaza, pues, con uno de sus brazos, y haciendo que recline la cabeza sobre su hombro, le dice al oído:

—¡Amor mío! ¿Cómo puedo yo dejar que por tan bellos ojos corran lágrimas?—Y como en ese mismo instante dos más se deslizan por sus mejillas, inclínase y las enjuga con sus labios. Diana permanece inmóvil, sin ofrecer la menor resistencia, como que es una niña inocente, educada en el campo y lejos de la malicia y refinamiento de las grandes capitales, y por tanto no le extraña el ósculo que acaba de recibir, pues ha leído en sus leyendas favoritas que sus héroes besaban siempre al despedirse á sus heroínas. En cualquiera otra ocasión habría rechazado indignada á todo el que pretendiese besarla; pero ahora se halla con el hombre que

adora, y á quien ha entregado su alma, por lo que no ve nada de reprehensible en lo que hace.

Carlos, por su parte, como no ha sabido resistir al principio á la tentación, como nos sucede á todos en tales casos, se deja arrastrar completamente por ella.

—¡Idolatrada Diana!—exclama apasionadamente, y con tanta más ternura cuanto que tiene la conciencia de que el destino los separa.—¿Cómo es posible que me resigne á dejaros sin que el alma se me parta? Apenas anoche estaba yo tan lejos de pensar en amaros como de volar, y ahora la idea de separarnos me parece tan imposible como la de arrancarme el corazón.—Estando entonces los labios de ambos tan cerca, ¿á quien extrañará que se juntaran? Pero al mismo tiempo Diana se desprende de él y permanece silenciosa, aunque diciéndose á sí misma: ¡ahora sí que no es posible que me abandone!

Por su parte, Carlos, aunque se ha encontrado en lances parecidos muchas veces, necesita ahora dominarse mucho para no hacer uno de esos disparates, de que hay que arrepentirse por toda la vida. Tratando, pues, de hacerle comprender la situación en que se hallan, se limita á agregar:

—En mi vida me he sentido prendado de una mujer como hoy lo estoy de usted. Hasta hoy sólo había cruzado por mi mente la idea de casarme, únicamente como medio de pagar mis deudas, y volver en seguida á la vida mundana; pero, le juro á usted, que hoy me contrista sobre manera el verme en la imposibilidad de suplicar á usted que sea mi esposa.

—Ya sé que eso es imposible—responde ella con voz entrecortada por la emoción.—Yo no esperaba nada de eso; mas si—bajando avergonzada la cabeza—si puedo contar con que me quiera usted un poco, eso me basta.

—¡Querer á usted un poco!—exclama el joven, entusiasmado—¡qué palabra tan mezquina y fría es esa! Persuádase usted de que la amo, la adoro con toda mi alma, y me dejaría cortar la mano derecha por conseguir que fuera usted mi esposa.

Diana le mira extasiada de placer.

—Lo que acaba usted de decir basta para hacerme feliz mientras viva, y todo lo demás me importará poco en adelante—responde Diana, con su angelical candor.

—¿Qué ha hecho usted, adorada mía, para que yo pierda la cabeza y me sienta como loco? ¿Qué interés puede inspirar á usted un hombre tan miserable y egoísta como yo? ¿No vé usted, que á pesar de mi inmenso amor, estoy ahora comprometiéndola y sacrificándola del modo más espantoso?

—¡Chitón!—le dice, poniéndole sus delicados dedos en la boca—no hay que continuar desacreditándose, pues, por más que lo diga usted, todo se lo creeré menos eso.

Tanta belleza, tantos encantos y tanto amor en Diana, hacen que Carlos olvide todo cuanto antes le habían inspirado la prudencia, el egoísmo y el uso del mundo.

—¡Amor mío!—exclama estrechándola entre sus brazos—estoy pronto á sacrificar cuanto en el mundo existe, con tal que os resignéis á aceptarme tal cual soy.

Diana, después de un momento, despréndese delicadamente de sus brazos, y suspirando le dice:

—¿Os figuráis tan tenue mi amor para que acepte semejante ofrecimiento? ¡No; mil veces no! Por generoso que sea lo que queréis, es imposible, y yo lo sé de sobra.

¡Qué golpe tan mortal para Carlos, que estaba muy lejos de creer que procedía con generosidad y abnegación! y así exclama:

—¿Qué infausto instinto fué el que dirigió nuestros pasos, para que esta noche nos encontráramos aquí? ¡Y yo que había resuelto no exponerme de nuevo á la tentación—agrega á media voz—y que había dado mi palabra á Héctor!

—¿Qué dice usted?—replica Diana, que todo lo ha oído y comprendido muy bien.

—¿De qué sirve usar de rodeos? Usted sabe bien que Héctor la adora, y que desea con vehemencia casarse con usted, lo que al fin y al cabo se realizará. Él es joven, no mal parecido, y la quiere á usted, y todo este tesoro—señalándola con la mano—será para él.

—No diga usted semejantes cosas, porque es ofenderme. Por poco que me quiera usted, no concibo que se resigne á pensar que yo pueda pertenecerle á él. Soy una ignorante en cuestiones de amor; pero sé sentir las, y tengo como un instinto que me las explica.

—Tiene usted razón—contesta él tomándole la mano.—La mera idea de ello me causa más horror que la muerte. Pues bien, resuélvase usted á decir una sola palabra, aceptando al peor y más pobre, y entonces ya no volveré á pensar en que al fin tengo que resignarme á que pertenezca usted á ningún otro.

Diana, aunque no es sino una niña inocente é inexperta, siente que Carlos no obedece sino á un arrebato del momento, y si ella consintiera, se arrepentiría él acaso esa misma noche. Así pues, elude la respuesta, y al oír que el vecino reloj da las diez, exclama:

—Ya habrá despertado vuestro padre y me estará esperando para jugar al ajedrez.

El capitán Montagú no pudo menos que echarse á reír.

—Sí—agrega soltando su brazo y espantada—sí, van á ir á buscarme á mi cuarto, y no encontrándome, vendrán acá, y si me hallan con usted creo que me moriré de vergüenza.

—No tenga usted cuidado, no la encontrarán conmigo. Vámonos, en dirección á la casa, y si al llegar al jardín oímos que alguien viene nos separaremos.

—¡Vamos, vamos!—dice ella apretando el paso, y al llegar á la verja del parque él se detiene y le dice tiernamente:

—¿Así es que vamos ahora á decirnos adiós?

—¿Qué precisión tiene usted de irse mañana?

—Es que así lo he prometido.

—Pero—insiste ella con vehemencia—¿si él . . . si el Sr. Montagú se persuade de que yo no puedo ser para él más que . . . —titubeando—para usted, entonces qué impedimento habría para que viviéramos felices todos juntos?

—Usted sabe la historia de Caín y Abel, y que un hermano mató al otro por envidia; aunque no he oído decir que hubiera una mujer por medio; pues se me figura que si

los tresuviésemos que vivir juntos una semana más, en la misma disposición de ánimo en que nos encontramos, nuestra situación sería muy parecida á la de Caín respecto de Abel.

—En tal caso, ¡adiós!—exclama Diana, lanzando un gran suspiro y dándole la mano.

—¡Todavía no! ¡Ay! ¡vida mía! no me puedo aún resignar á la idea de que tengamos que separarnos.

Ella le repite: “tengo que irme; adiós”; pero la vuelve á estrechar en sus brazos y besa sus preciosos labios. Diana hace un esfuerzo supremo, y se separa de él como si le arrancaran el alma, al dejarlo allí solo, entregado á su loca pasión. Marcha de prisa hacia la casa y frente á la puerta de ésta se destaca la silueta de Héctor, que allí la esperaba.

—¡Señorita Diana!—exclama éste al verla llegar, con voz entrecortada por la emoción, que trata de dominar.— ¡Qué pálida está usted! ¿Acaso ha tenido usted miedo de algo?

—¿Yo? . . . no—responde alelada, y temblando de pies á cabeza, en un estado nervioso indecible.

—Si parece usted completamente indispuesta—le dice lleno de angustia.—Voy á traerle á usted un vaso de vino. Y al mismo tiempo la lleva del brazo y la sienta en un sillón del salón de descanso. Mientras él va en busca del vino ella trata de serenarse, y aún aparenta sonreír cuando regresa.

—Confiese usted que ha sufrido un gran susto—vuelve de nuevo a decirle.

—No . . . sí—balbucea Diana.—La luna proyecta no sé qué sombras fatídicas durante estas hermosas noches.

—¿Salió usted sola?—le pregunta, mirándola con viva curiosidad.

Diana se calla, pues en su vida ha mentido. Pero después reflexiona en que lo que él pregunta es: si *salió sola*, y á esto puede responder categóricamente que *sí*.

—¿Por qué no aguardó usted á que yo volviera del comedor?—le dice cariñosamente, y acercándose algo más á ella.

—Bien sabía usted cuan grato me habría sido el acompañarla.

Ella se retira de él con disimulo, y sonríe afectadamente al decirle:

—Gracias; sentí que hacía mucho calor, y salí pensando que el fresco del jardín me haría bien. ¿Qué dijo su padre de usted?

—Se figuró simplemente que había ido usted á acostarse —responde Héctor secamente, pero continúa siempre sospechoso, aunque cree firmemente en su sinceridad, por más que ve que no es ya la misma Diana, alegre y risueña de quien se despidió ayer.

Ésta se queda de nuevo callada y por fin se levanta diciendo.

—Es preciso que me vaya á acostar. No me denuncie usted á su padre y pase usted buena noche.

No se siente él con fuerzas para suplicarle que se demore, y así le da fríamente las buenas noches, diciéndose tristemente, al verla irse: ¡Mañana! . . .

CAPÍTULO XXIV

DIANA despierta muy temprano, después de una noche de inquietud, y su cerebro, lleno con las ideas de la víspera, continúa divagando acerca de la gran crisis que atraviesa su existencia. Pocos momentos después oye el ruido de un carruaje delante de la casa, salta en el acto de la cama, y colocada tras de la celosía observa que es el coche de viaje. Un minuto después oye la voz del capitán Montagú, y hace esfuerzos para verlo, siquiera por última vez. Se figura que debe estar pálido como ella, y lo ve sereno, con su aire de bondad habitual, que enciende un cigarro, dice adiós al mayordomo que lo acompaña, empuña las riendas y parte. Sí, ya se aleja, y acaso para siempre, se dice Diana inconsolable, mientras el sol radiante anuncia un hermoso día, que para ella será de luto, y lo quisiera pasar encerrada en su habitación. Vístese de mal humor para bajar al comedor á la hora del desayuno, que ayer fué tan alegre en compañía de *él*, y entre tanto se dice á solas:

“Esta vida no puede durar más aquí; debo regresar á casa, y hoy mismo escribiré á papá para que mande por mí.”

En el comedor Sir Héctor se muestra seco y poco amable con Diana, probablemente por haberlo dejado plantado la noche anterior sin su ajedrez; pero su hijo hace cuanto le es posible por distraerla y contentarla.

—¿No quiere usted que salgamos á caballo?—le dice éste. El día está precioso, y la llevaré á usted por las avenidas umbrosas del bosque, que aún no conoce.

Esta última palabra hace estremecer á Diana, pero disimula su emoción con una sonrisa, puesto que acepta el ofrecimiento de Héctor. Sí, acepta montar á caballo, como

aceptaría cualquiera otra cosa para aturdirse y no pensar en lo que la tortura. Héctor es hoy otro hombre distinto del de ayer, pues se ve libre de la pesadilla de su hermano: su aire duro ha desaparecido, y se muestra alegre y decididor. ¿En cambio, quién diría que la pálida y silenciosa Diana de hoy es la misma, tan llena de alegría y vida de hace tres días?

Mientras cabalgan silenciosos lado á lado Héctor va reflexionando en cuál será el talismán que posee su hermano y con el que fascina á cuantas mujeres trata. Yo nunca, se dice, le he oído sino frases triviales, ¿y cómo es posible que las mujeres, aún las mejor dotadas, se dejen seducir por su buena cara y modales afectados?

De buenas á primeras Héctor dirige al fin la palabra á Diana, de tal suerte, que le suben á ésta los colores á la cara:

—¿En qué se ocupó usted ayer?

—¡Qué susto me ha dado usted!—replica Diana.

—¿De veras?—le dice confuso.—Lo siento infinito; estoy por creer que soy un salvaje.

—No tal—responde ella dominándose—pero es el caso, que guarda usted silencio por largo tiempo, y al cabo estalla, de tal modo, que se queda una aturdida.

—¡Es posible! Lo siento en el alma. Pero—volviendo á su anterior pregunta—¿qué es lo que hizo usted ayer?

—¿Qué sé yo?—con desgano—creo que nada: matar el tiempo en el jardín.

—¿Nada más?

—¿Insiste usted en saber hasta los más mínimos detalles? le responde, mirándole de una manera que él no comprende bien.

—Yo no insisto en cosa alguna—replica él con cierta frialdad.

—Pues, bien; después del desayuno canté durante una hora; luego fuimos al jardín y nos sentamos bajo un árbol, y vuestro hermano se puso á pescar en el lago.

—¿Y después?

—Después fuimos á recoger jacintos y primaveras por el bosque, donde hay tal abundancia; cual nunca había visto antes.

—¿En dónde es eso? enséñeme usted el sitio.

Diana no contestó, pues por ningún motivo habría consentido en llevarlo á ese sitio sagrado para ella, y como ya habían llegado á un claro, se puso á galopar.

Al llegar á casa encontraron en el salón á la Sra. Montagú, en la que le pareció á Diana notar cierta frialdad, lo que ella atribuyó á la ausencia de su hijo mimado; pero se decía al mismo tiempo: que le eche la culpa al que lo ha obligado á partir y no á mí, que lo siento infinitamente más. Pusiéronse después á coser juntas, mas la conversación fue insignificante. Lo mismo pasó cuando después del almuerzo salieron en coche. La única cosa que habría en algún modo consolado á Diana sería el oír á la Sra. Montagú hablarle del capitán, pero ésta ni pronunció su nombre. Diana está resuelta á volver á la casa paterna cuanto antes, y así lo ha escrito á su padre. Durante todo el paseo ha estado pensando cómo le dará la noticia á la Sra. Montagú, y por fin le dice:

—Creo, señora, que pronto tendré el sentimiento de verme privada de vuestra compañía. Por más que mi residencia á vuestro lado haya sido deliciosa, creo que papá debe extrañarme, y creo que mañana ó pasado debe mandar en busca mía.

—Amiga mía, debe usted abandonar semejante proyecto: ¿qué será de nosotros sin usted? Yo, por mi parte, no me hallaría sin su compañía; Sir Héctor sin su partida de ajedrez, y en cuanto á mi hijo Héctor . . .

—Yo creo que todos se resignarán antes que papá á verse privados de mi compañía, aunque es demasiado lisonjero para mí el saber que me extrañarán.

—Pero, mi querida Diana—responde con una sonrisa cariñosa la Sra. Montagú—vuestro padre habrá de resignarse algún día á verse separado de usted, y vale más que vaya haciendo el ánimo poco á poco.

—Papá no se separará nunca de mí por largo tiempo— replica Diana, exhalando un profundo suspiro; pero hablando con tono tan resuelto y raro en ella, que la Sra. Montagú no pudo menos de mirarla con extrañeza.

—Así hablan siempre las niñas—se contentó con decirle, y cambió de conversación. Más tarde informó á su hijo de lo que ocurría. Lo mandó llamar á su gabinete y él se apresuró á ir, lleno de ansiedad.

—Madre mía—le dijo éste al presentarse—qué lástima que la jaqueca le acometiera á usted, precisamente durante aquél infausto día.

—No te alarmes, querido hijo, tan pronto. Yo no puedo figurarme á Diana tan loca para prendarse de Carlitos; la tengo por muy sensata y muy señorita, para que piense en un muchacho que no le ha hecho concebir ninguna esperanza.

—¡*Esperanza!* ¡vive Dios!—refunfuña Héctor á media voz, yéndose bruscamente hacia la ventana.

—¿Qué es lo que dices?—le pregunta cariñosamente su madre—y él contesta como las gentes que quisieran decir mucho:—¡*Nada!*

—¿Vamos, tú no me vas á decir que Diana tenga un verdadero capricho por Carlos?

—Capricho, sí—murmura en voz baja Héctor—he aquí un vocablo adecuado para calificar el amor de una mujer. Luego, agrega en voz alta:

—Yo no sé qué pensar, madre mía. Yo no tengo valor para hablarle de esto á ella, pues tanto la quiero que comienzo á tenerle miedo. Hágame usted el favor de hacerlo por mí y decirle lo mejor que Dios le inspire. Yo bien sé que no soy hombre capaz de inspirar á una joven lo que usted ha llamado un capricho; pero sólo sé que todo marchaba bien y comenzaba á tener esperanzas, hasta el momento de despedirnos en la estación del tren.

—Bien entendido, caro hijo, que yo haré cuanto de mí dependa para cooperar á tu dicha; pero creo que en estas materias de amor, el llamado á hablar eres tú y no tu madre.

—Yo no puedo, y usted por lo menos puede prepararme el terreno, no hoy, porque creo que lo tomaría á mal, pero sí mañana: no me lo rehuse usted, madre mía.

Al día siguiente la Sra. Montagú aborda así el asunto, cuando ambas se ponen juntas á coser.

—Qué sola y triste estaré mañana á estas horas, si es que persiste usted en dejarnos.

—Cuán bondadosa es usted—responde Diana con una afectuosa mirada—y yo la extrañaré en el mismo grado, por no decir más aún, pues debe usted saber que usted es la primera persona que me ha hecho desear tener una madre.

—Venga usted á sentarse junto á mí—le dice la Sra. Montagú, tendiéndole la mano, y Diana se levanta y se coloca á su lado en el sofá.

—Vamos, déjeme usted que la trate como verdadera madre—le dice tomándole cariñosamente la mano—déjeme usted que abogue por la causa de mi hijo.

Diana baja la cabeza con ojos llorosos, y alentada con su silencio la noble dama continúa:

—Héctor se ha prendado seriamente de usted, desde el primer día que la vió; yo no lo creía capaz de tan gran amor. Yo necesito saber si puedo darle buenas nuevas de parte de usted, ¿no es así? Creo supérfluo hacer su elogio, pues ya usted lo conoce y sabe qué nobles sentimientos abriga, por lo que estoy segura que tendrá usted en él un fiel esposo.

Diana por fin levanta la cabeza, y antes habría querido interrumpir á su amiga, pero no sabía cómo.

—No vaya usted á tomarme por una ingrata—responde suavemente, dominándose.—Siento el inmenso honor que usted y el Sr. Montagú me hacen; pero, para hablar con franqueza—volviendo la cara á un lado—me es imposible ofrecer á éste nada más que mi amistad.

—Mi querida Diana—exclama la Sra. Montagú, como si temiese haber llenado mal su cometido—no hay que precipitarse tanto. Usted es aún una criatura, pues sólo cuenta dieciocho años; él puede aguardarla á usted, y con el tiempo estoy segura de que cambiará usted de modo de pensar.

Lo único que le suplico, muy encarecidamente, es que no diga que la cosa es imposible, pues eso sería para él un golpe mortal. Autoríceme usted pues á decirle que lo pensará.

—No, eso sería engañarlo— responde Diana con voz suave, pero resuelta.—Yo aprecio y respeto mucho al Sr. Montagú; *pero jamás* le tendré el cariño que se requiere para ser su esposa.

—Apenas se concibe que manifieste usted tan firme resolución, sino suponiendo que prefiera usted de antemano á otro, que nos es desconocido, y que . . .

—¡No y mil veces no!—le interrumpe Diana, volviendo la cara para ocultar su rubor.

—Mi querida Diana—agrega la Sra. Montagú, movida por una súbita inspiración.—Puede que me equivoque, y así lo deseo; pero mucho me temo que sacrifique usted su porvenir á causa de mi hijo menor. Debe usted saber que él, con sus hábitos de prodigalidad no puede casarse mas que con una señorita rica, y perdone usted que agregue, que no hay que tomar en serio, pues nada significan, sus modales seductores y melosos.

Diana se levanta bruscamente dirigiéndose á la ventana, de donde vuelve, y colocada frente á la Sra. Montagú, le dice con gran entereza:

—Sentiría en el alma, señora, que usted se formase un concepto erróneo respecto al interés que pueda inspirarme su hijo Carlos. Puedo asegurarle que no pienso en casarme con el mayor ni con el menor.

Dicho esto, Diana vase precipitadamente á su cuarto, donde se echa á llorar á mares.

CAPÍTULO XXV

HÉCTOR, en un estado indecible de excitación nerviosa, aguardaba impaciente á su madre, que debía traerle la sentencia de vida ó muerte. Apenas la vió entrar en la habitación, le conoció en el semblante que traía malas noticias, y le dijo en el acto:

—Ya lo sé, ya lo preveía; pero desearía, sin embargo, saber qué dijo y qué razones adujo.

—Dijo—contestóle su madre con dulzura, al mismo tiempo que en su mente trataba de hallar una frase lo más atenuante posible—que te apreciaba mucho como amigo, que te admiraba y respetaba, pero . . .

—Pero—agrega Héctor, concluyendo la frase—que *jamás* me querría lo preciso para ser mi esposa. ¿No fué eso lo que dijo?

—Sí—responde ella, haciéndose violencia.

—¿No dijo igualmente que no podía quererme á mí, porque ya su corazón pertenecía á otro?

—En manera alguna—responde con entereza su madre—y aún temo haberla ofendido por haber hecho cierta alusión á Carlos. Montó en cólera apenas lo nombré, y con una energía que no sospechaba en ella, me declaró que no pensaba en ninguno de vosotros, y diciendo esto salió rápidamente de la habitación.

—¡Malhadada sea la hora en que fijé en ella mis ojos!—exclama Héctor, yéndose furioso, y dejando pasmada á su madre, que no pudo agregar una sola palabra.

Después de haber llorado tanto, Diana concurrió á la comida, con semblante pálido, aunque aparentemente serena. Debiendo ser esta la última noche que pasaba en

Alford, hizo todo lo posible para parecer amable con todos, tanto más cuanto que no había recibido sino exquisitas atenciones de la familia. Pero como se sentía turbada en presencia de Héctor y de su madre, pasó la mayor parte del tiempo conversando con Sir Héctor, el cual, ignorando lo ocurrido, continuaba considerando á Diana como su futura nuera y trató de prodigarle toda clase de atenciones. Muy lejos estaba el viejo autócrata de sospechar que una muchacha sin un cuarto se hubiese atrevido á rechazar la mano de su heredero, y ni siquiera sabía que estuviese en vísperas de partir de su casa. En este supuesto le dice risueño:

—Esta noche la voy á dejar á usted libre, pues tengo cuentas que arreglar con mi administrador, y así, tendremos que renunciar de nuevo á nuestra partida de ajedrez.

—Y será por largo tiempo,—responde tranquilamente Diana—pues parto mañana.

—¡Partir mañana!—exclama el viejo autócrata.—¡Vaya, vaya! qué disparate; eso es imposible, y no seremos nosotros los que permitiremos que se vaya usted tan pronto!—Todo esto dicho en un tono entre autoritario, benévolo y protector.

—Mi padre me reclama—responde Diana.

—Dígale usted que tenga un poco de paciencia. Hay otras personas que tienen derechos además de los padres: ¿no es verdad Héctor?—mirando maliciosamente á su hijo.

El lector puede figurarse el efecto que esta frase produjo entre los comensales. Para atenuarlo, Héctor contestó:

—Nosotros todos extrañaremos mucho á la Señorita Diana Caré, pero á su padre le es acaso más insoportable su ausencia.

Después de la comida viene Héctor al salón, donde encuentra á Diana pensativa y contemplando la luna desde la ventana.

—¿No quisiera usted salir á dar una vuelta por el jardín? —le dice muy cortésmente, y como la ve perpleja, agrega—sólo en el caso que esto le sea á usted agradable.

—Sí, vamos.

Una vez en el jardín, Héctor la invita á ir á coger jacin-

tos en el bosque, lo que ella rehusa, so pretexto de que puede haber culebras, y agrega:

—Prefiero ir á dar una vuelta en el lago.

Héctor obedece en silencio, la hace sentar en el bote y comienza por segunda vez el mudo remar y la contemplación del rostro adorable que la luna ilumina, pero cuyo corazón está tan lejos de él. Al cabo de largo rato, Diana, haciéndose violencia, le dice:

—¿No le parece á usted que ya se hace demasiado tarde?

—¿Desea usted regresar á casa?

—Me imagino que ya es hora de irnos.

Héctor, sin decir palabra, la conduce á la orilla. Al desembarcar Diana da un ligero resbalón, de que él se aprovecha para cogerla en sus brazos y tratar de estrecharla contra su agitado corazón; pero ella se aparta y permanece en la orilla, trémula, enfadada y en actitud casi agresiva. Se acerca entonces á ella, y obligándola á que acepte su brazo, la lleva á sentarse en el banco que hay bajo un corpulento árbol. Al salir de casa no se proponía hablarle de su amor, pero ahora no puede contenerse.

—¿Qué quiere usted que haga para lograr merecer su cariño?

—Yo le estimo á usted muchísimo—le repite dulcemente.

—¿No le basta á usted acaso con mi amistad?

—¡Amistad!—exclama él con aire desdeñoso.—¿Qué significa la amistad? Si mañana llegara una multitud á solicitar su amistad, se la otorgaría usted con la misma cortesía y amabilidad con que lo hace usted ahora conmigo. ¿Cómo es posible que yo, que la adoro á usted con toda mi alma, vaya á contentarme con su mera amistad? ¡Bah! La amistad no existe entre el hombre y la mujer, sino cuando ambos tienen ya un pie en el sepulcro.

—¡Sí que puede existir!—responde Diana con entusiasmo.

—La amistad tiene una gran significación: sólo el amor le es superior. Yo estimo á usted mucho y le respeto, y así no puedo tratar de igual modo á los extraños con quienes apenas he hablado.

—Amistad y respeto, eso es lo que ofrecemos á los ancianos y á nuestros padres. ¿Qué vale ofrecer esto sólo al que la ama apasionadamente, dándole en cambio lo que dista del amor, como la luz de las tinieblas? ¡Ay! ¡ruegue usted á Dios que no le den nunca una piedra cuando pida un bocado de pan!

Diana lo mira con lástima, y le responde:

—Me parece que usted no ha de figurarse que yo sea capaz de hacerle sufrir voluntariamente; ¿pero qué culpa tengo de no sentir amor hacia usted? el amor no se improvisa, ni se impone á la fuerza. Usted dice que me ama; ahora bien, si esta noche se le presentara otra mujer solicitando su amor ¿se lo otorgaría usted por eso?

—¿Acaso los dos casos son análogos?—replica él agudamente. ¿Por ventura usted también me rehusa su amor por haberlo otorgado antes á otro? ¿Es así?

—¿Y dado que fuera así? . . .

—Entonces no tengo más que decir.

Síguese un largo silencio. Luego le dice, casi en tono patético:

—Usted es demasiado joven, una verdadera criatura, sin experiencia del mundo y de la vida. Por eso mismo, permítame usted servirme, siquiera una vez, del título de amigo con que me ha honrado, para decirle algo. Suponga usted que alguien, conociendo su candor, le hace protestas amorosas, calculando que usted va á creerlas sinceras, aunque él, como todo el mundo, sabe que son un mero juego para satisfacer su amor propio y pasar el tiempo. ¿Cree usted que el verdadero amigo de usted podría aconsejarla que aceptase esa moneda falsa en vez del oro purísimo que él le brinda?

Diana, en el colmo de su indignación y con el calor de sus dieciocho años, le responde como jamás lo habría hecho con un poco de más calma.

—No necesita usted citar un nombre para que comprenda que quiere usted hablarme de su *hermano*. En todo caso, él nunca ha pronunciado una sílaba en contra de usted. Es muy amable de parte de usted el que quiera humi-

llarme, diciendo que él nunca me ha pretendido de veras y que sólo ha querido satisfacer su egoísmo; pero yo le declaro que se *equivoca usted de medio á medio*. El capitán Montagú *solicitó* mi mano para casarse, y yo *se la negué*, consultando su propio interés.

Héctor la contempla alhelado.—¿Me será permitido ahora preguntarle cuando ocurrió ésto?—le dice con voz más suave.

—En la noche anterior á su partida.

—Que bonito—se dice entre dientes Héctor—mi honradísimo hermano hace esto, precisamente cuando me ha dicho que se iría para dejarme el campo expedito.

Diana echa á caminar de prisa dirigiéndose á la casa, y él no hace ningún esfuerzo para alcanzarla: en este momento el furor se ha llevado de encuentro al amor.

CAPÍTULO XXVI

¡QUÉ dichosa me siento al verme de nuevo en casa! Aquí todo me encanta, inclusive nuestra sencillez y pobreza; qué delicia verme libre de todo ese ceremonial y etiqueta de Alford; con sus cuatro lacayos no le dejaban á una un movimiento libre en la mesa, mientras había que aguantar las genialidades y perpetuos regaños de Sir Héctor. En cambio aquí, á pesar de nuestra modesta mesa, me siento contenta, contemplando siempre el bondadoso semblante de papá, que no sabe que hacer para complacerme. Le refiero, pues, todo lo que allá he visto, y el contraste que me causaba todo, especialmente cuando recordaba nuestro modo de ser en casa, y cuando observaba los modales autoocráticos de Sir Héctor, que lo hacían detestar por todo el mundo y eran un martirio para su amable y angelical esposa.

—¿Pero Héctor no es como su padre, no es verdad?—me dice papá, un día que estábamos en su cuarto hablando de estas cosas á solas.

—¡No, ni pensarlo!—le respondo con vehemencia.—Al contrario, es el hombre más cortés y amable con todos, especialmente con sus inferiores, de suerte que creo que será un excelente amo de casa.

—Yo estoy seguro de que lo será—me responde con entusiasmo.

—Papá—le digo yo, mirándolo con curiosidad—¿de dónde le viene á usted tanta simpatía hacia Héctor Montagú?

—¿Qué tiene de extraño el que lo aprecie? ¿No lo estimas tu también?

—¡Ya lo creo que sí!—contesto con indiferencia.

Después de un largo silencio me dice papá:

—Ven acá Dianita, háblame francamente; ¿por qué razón has rehusado tu mano á Héctor?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Él mismo me lo ha dicho en una carta lo más digna, franca y aún conmovedora, que he recibido esta mañana.

—¿Dónde está la carta?—le digo con voz ahogada, pues preveo que habla en ella de su hermano.

—Aquí la tienes—me dice, sacándola del bolsillo. Con mano trémula la tomo y leo confusa lo siguiente:

“*Muy estimado Sr. Caré:*

“Al autorizar usted á su hija para que hiciera una visita á mi madre, también consintió en que, dado caso que hubiera alguna probabilidad de que mis homenajes fuesen aceptados, podría yo solicitar su mano como esposa. He corrido el albur, tratando de ver si lograría llevar á cabo mis deseos, no porque la Señorita Caré me hubiese estimulado á ello en lo más mínimo, sino porque, hallándome constantemente en su presencia y viéndola tan encantadora y digna de ser amada, no me ha sido posible dominarme por más tiempo. Abríle, pues, mi corazón, acaso con demasiada vehemencia y festinación, y por tanto, reconozco como culpa mía esta torpeza y á ella le atribuyo mi mala acogida. Por consiguiente, en vista de lo que ha ocurrido entre nosotros, no me es dado esperar más de ella sino el que me considere como un simple amigo. La culpa de todo es mía, lo repito. Sin embargo, *no tengo yo la culpa* tampoco de no ser hombre capaz de inspirar amor á una señorita tan joven y enérgica, pues Dios sabe que no omitiría sacrificio alguno para lograr reformar en mí cuanto pudiese desagradar al ser que amo con tal pasión. Por sabido se calla, que en todo caso mi afecto hacia la Señorita Diana no sufrirá la más mínima alteración, y de ello deseo que esté segura, aunque no quiero que crea que lo digo para herirla. Si fuere posible que ella llegase á sentir un poco de más cariño hacia mí, deseo que *sepa*: que mi amor para con ella será siempre el mismo que hoy.

Esta mismo noche me marchó al extranjero. Cuando pase algún tiempo, y vea que me es ya más fácil que ahora el poder resistir al encanto de sus miradas, por más que mi amor no conserve esperanza alguna, confío en que usted me permitirá volver á frecuentar su casa, tan sólo como amigo. Entretanto, dígnese usted creerme su muy sincero y adicto servidor y amigo.

“HÉCTOR MONTAGÚ.

“P. D. He vuelto á leer las frías y ceremoniosas líneas que acabo de trazar, y las mantengo tales, á no ser que quisiera borrar con la pluma lo que está escrito para siempre en mi corazón.”

La atenta lectura de esta carta me causa una sensación indefinible. No me parece sobre todo muy natural, en un hombre que se dice locamente enamorado y que ve sus esperanzas fallidas. No logra inspirarme lástima, pero sí gratitud por no haber hecho mención de su hermano. Me siento á la vez algo disgustada con papá, por haber acogido la solicitud de Héctor sin decirme ni una palabra oportunamente. Ahora me explico todo lo ocurrido, pues toda la cuestión se había arreglado sin mí y por eso en Alford todos me consideraban ya como propiedad de Héctor: una vez que papá había dado su consentimiento, el mío era una consecuencia lógica, fatal, y asunto concluído.

Por largo rato me quedo callada, con ojos llorosos y la carta en la mano, hasta que al fin me resuelvo á decir á papá:

—¿Cómo pudo usted hacer eso, papá?

—¿Hacer qué, Dianita mía?

—Pues, dejarme ir allá, con el premeditado propósito de que . . . ¿Por qué razón no quiso usted interrogarme de antemano? Si así lo hubiese hecho, le habría declarado, que nunca querría al Sr. Montagú sino como mero amigo. Si yo hubiera sabido entonces el plan que se concertaba, por ningún motivo me habría prestado á ir á Alford.

—Eso ya lo sabía—responde papá con gran calma.—De-

cirle á una joven que debe hacer una visita con tal mira determinada, es lo bastante para que desee hacer lo contrario. Y sin embargo, eso era lo que yo deseaba para asegurar tu porvenir; porque sabía lo mucho que él te quería, conocía las distinguidas dotes que lo adornan y que por timidez oculta en público; pero no dudaba tampoco, que una vez casada, habrías acabado por apreciarlas y por quererlo también. Sigo aún creyendo lo mismo, y ese habría sido el resultado, si no se hubiera dado tanta prisa, como él mismo lo reconoce.

—¡Eso nunca, nunca!—exclamo con gran énfasis.

—Yo no acierto á explicarme—agrega papá con gran desaliento—qué clase de malhadado instinto es el que impulsa á las jóvenes á proceder en estas materias contra la voluntad de sus padres.

—Y yo tampoco me explico—respondo acongojada—por qué los padres no tienen en consideración lo que sus hijas sienten respecto á los novios que se les designan. ¡Ay! papá, voy viendo que soy ya una carga pesada para usted, y que acaso desea deshacerse de mí—y me echo á llorar.

—No digas esos disparates, criatura—me responde papá, también lloroso.—Ya que la cosa ha salido mal, no se hable más sobre el particular.

En efecto, no se trató más de eso.

¡Cuánto ha cambiado mi vida desde la famosa visita á casa de los Wárrington! Antes me sentía más libre y alegre que un pájaro, sin que nada me preocupase; hoy todo es desazón é inquietud en mi alma. Hay ratos en que me siento tan abatida, que casi aborrezco la existencia, y todo el tiempo se pasa aspirando á lo imposible; siempre soñando con ver un semblante y con oír una voz querida, y esto cuando sólo hace apenas una semana que he regresado de Alford. Los quehaceres domésticos han perdido para mí su antiguo encanto, y ni en mis libros encuentro ya distracción, pues sus relatos los hallo insípidos, desde que yo he comenzado mi propia novela.

Una tarde que había ido á dar un largo paseo por el

campo, á fin de fatigar mi cuerpo y refrescar mi agitada mente, regresé extenuada, y me dejé caer rendida en un sillón. Al verme en tal estado la buena de Susana, me dice en tono de amonestación:

—¿Qué hace usted Señorita Diana, tirándose á matar con esas caminatas por los campos, que la van enflaqueciendo y desmejorando de día en día? Apenas ha pasado una semana de su regreso de Alford; y estoy segura de que ya ha perdido usted muchas libras: ¡ó yo me equivoqué mucho, ó hay que confesar que allá ha debido dejar usted algo de su corazoncito!

—¡Eres una boba!—le contesto.—Mejor será que vayas á traerme un poco de te, porque me muero de hambre: bien sabes que los enamorados no tienen ganas de comer.

—No me diga usted esas cosas—replica—que yo en mi vida he conocido muchos enamorados, y por cierto que el amor no les quitaba el apetito. Lo cierto del caso es, que está usted fatigándose sin provecho, y que durante su ausencia ha dejado usted de encontrarse con una visita de suma importancia, y que ha sentido muchísimo no encontrarla en casa.

Me siento tan impresionada, que casi pierdo el aliento: si será . . . me digo.

—¡Quién ha sido!—le pregunto, tratando de disimular mi ansiedad.

—La Sra. de Wárrington—me responde, y mi corazón se tranquiliza.

—¡Hola! ¡conque fué ella!—repito pensativa.—Lo siento. ¿Habló con papá?

—¡Ya lo creo! si según mi cuenta la conversación duró cosa de una hora.

—Pues voy á ver á papá, y el te lo tomaré después.—Y diciendo esto, corro á su cuarto de estudio y entro diciéndole:

—¿Conque ha tenido usted una visita?

—Sí—me responde con cierta gravedad.

—¿De qué se trata?—le pregunto, conociéndole en la cara que algo desagradable ocurre.

—He recibido por medio de esa visita algunas noticias un tanto desagradables.

Me pongo horriblemente pálida, y no sé por qué pienso en *él* antes que en nadie.

—¿Qué es lo que hay?—le pregunto con voz trémula.

—Sir Héctor Montagú ha sufrido una caída de caballo, que pone en peligro su vida: hasta ahora no ha recobrado la palabra.

Por más que no le quería, la noticia me causa bastante pena, como sucede siempre que ocurre una desgracia semejante.

—Su hijo—continúa papá sin mirarme—se había ido repentinamente al extranjero, sin que se sepa donde se halla, lo que en gran manera agrava el pesar de la Sra. Montagú.

Bajo confusa la cabeza, aunque á la verdad no sé cuál es mi culpa.

—Se ha teleografiado al menor de los hijos y ya ha llegado.

Nada respondo á esto. Aunque siento que él se halla á tan corta distancia de casa, es tan improbable que yo vuelva á verlo como si estuviese en el polo.

—Pero—agrega papá, cambiando de tono—el objeto de la visita de la Sra. Wárrington era más halagüeño, y me parece como que te he preparado mal para informarte de ello. Adivina, Dianita, á qué vino nuestra amiga.

Agito la cabeza, no estando de humor de adivinar, ni de quedar en expectativa.

—¿Qué sé yo! acaso sería para convidarnos de nuevo á ir á su casa; aunque eso no me parece probable, pues Clara me dijo que se preparaba á partir pronto, para ir á pasar tres semanas en Londres.

—¿Y qué te parecería si te dijera que ella desea que tú la acompañes?

Me quedo estupefacta al oír esto, y sin saber qué contestar. Por fin vuelvo de mi alelamiento, y digo:

—¿Bien entendido que usted contestó que la cosa era imposible?

—¿Pero dado el caso que yo no pensara que la cosa es imposible, qué dirías?—me pregunta risueño.

—¿Qué diría?—repito haciéndole una caricia—que mi querido papá estaba en peligro de perder la cabeza.

—Eso mismo habría yo pensado hace algunas horas; pero nuestra amiga ha refutado todas mis objeciones, y casi he dado mi consentimiento.

—Bueno está; ¿pero la cuestión monetaria dónde la deja usted?

—Escúchame, Diana. La Sra. Wárrington me ha hecho comprender que, aunque ya algo entrada en años, no puede prescindir de asistir á las reuniones y entretenimientos de la sociedad de Londres, pero como eso podría ser criticado si fuera sola, acostumbra ir acompañada de alguna señorita casadera. Este año pensaba llevar á una sobrina, que ya la había acompañado antes, y que á última hora resulta que no puede ir con ella. En tal emergencia, ha pensado en tí y ha venido á pedirme como un favor el que la acompañes, diciéndome al mismo tiempo que esto también puede ser provechoso para tí.

—Yo no tengo ganas de volver á dejar á usted, papá; y en todo caso, vuelvo á repetir: ¿de dónde sacaremos dinero para los gastos?

—No te preocupes de eso—responde papá riéndose—y además yo deseo que vayas, sobre todo después de todo lo ocurrido.

—Pues lo pensaremos—le digo, aunque en el fondo queda convenido que iré. Recibo la cosa con calma, pues lo que hace seis meses habría sido gran novedad para mí, no me hace ahora ninguna impresión.

CAPÍTULO XXVII

ME figuro que aquellos que han pasado toda su vida en las grandes metrópolis se hallan en la imposibilidad de poder comprender la impresión que experimenta una niña, criada en el campo y que no conoce más pueblo que el suyo, al contemplar por vez primera la aglomeración de casas y tiendas de las grandes ciudades. Me sentí tan abobada durante los primeros días que pasé en Londres, como si de golpe me hubiese visto transportada á un mundo nuevo. No me es dado significar la estupefacción que me causaron la bulla y el tumulto de tanta gente, el esplendor y la miseria que se codean, las interminables hileras de coches, carros, ómnibus y de cien otros vehículos, etc., etc. Durante la primera semana todo me causaba tal admiración, que me quedaba como alelada y no sabía sino decir sin cesar: ¡Oh! y ¡ah! La Señora Wárrington estaba contentísima de verme así, y se empeñaba en llevarme á todas partes, de suerte que por la noche estaba tan cansada, que apenas ponía la cabeza en la almohada me quedaba profundamente dormida.

Antes de partir de casa ya habíamos recibido la noticia del fallecimiento de Sir Héctor, así como del regreso de su primogénito. Envié entonces mi más sentido pésame á su viuda, aunque esta es tarea difícil cuando no se sabe qué decir del difunto.

Un día pasábamos en carruaje por la calle de Saint-James, en las inmediaciones del parque del mismo nombre, cuando divisamos al capitán Montagú, que venía en dirección contraria á la nuestra. Se sonrió, nos saludó, y habría proseguido su camino, si la Sra. Wárrington no hubiera hecho parar el coche para hablarle. En medio de mi

turbación, fue para mí una verdadera dicha el oír su voz y admirar una vez más sus bellos ojos.

La Sra. Wárrington le preguntó por su madre, y él, con aire muy serio, le contestó: que estaba realmente enferma, pues se había afectado demasiado con la muerte de su esposo. Ahora la acompañaba una prima, y Héctor, ya estaba de regreso en casa.

Mi amiga lo invitó á visitarnos y á que viniera un día á comer, sin etiqueta alguna. Respondió él que por ahora no visitaba; pero prometió venir alguna noche cuando estuviésemos solas, y habiéndose despedido seguimos nuestro camino, yo radiante de gozo, pues todo lo miraba de otra manera desde ese feliz momento. Pasaron días y días sin verlo venir, y yo miraba con ansiedad todas las tardes las tarjetas que llegaban, sobre todo las de luto, con la esperanza vana de leer en una de ellas su nombre: ¡parece que no tiene interés en volverme á ver! me decía yo con profunda aflicción.

He tratado aquí á muchos caballeros á quienes estimo, y muchos de ellos son muy atentos y amables conmigo, pero á mis ojos ninguno puedo compararse con él. El coronel Fane está en Londres, siempre lo veo con gusto, y al lado de los demás me parece un amigo muy antiguo.

Al cabo de quince días la Sra. Wárrington, á pesar de sus numerosas visitas é invitaciones, se acuerda de que el capitán no ha venido á vernos, como lo ofreció.

—Voy á escribirle dos líneas para suplicarle que venga á comer el domingo, pues es el único día libre que nos queda. Y á propósito, Diana, ¿me parece haber oído decir que usted pasó algunos días en Alford?

—Estuve allí casi dos semanas.

—¿Y Carlos estaba en casa?

—Sólo un día.

—¿Por supuesto que Héctor estaba también allí?

—Sí.

—¿Y qué tal le fué á usted con él?

—Bien . . . —balbuceando.

—¿Simpatiza usted con él algo?— dirigiéndome una mirada.

—Sí—respondo con indiferencia.

—¿Y cuál fue la ocasión de su ida á Alford?

—Fuí invitada á ir por la Sra. Montagú.—Decididamente hoy está muy preguntona la Sra. de Wárrington.

—¿Y Héctor—hoy ya Sir Héctor—fué sin duda quien suplicó á su madre que la invitase á usted? ¡Ay! querida amiga, todavía abrigo la esperanza de que llegue usted á ser la Sra. Montagú.

Estas palabras no dejan de enfadarme algo, y le respondo con vivacidad:

—¡Eso no lo verá usted nunca! No tengo intención alguna de casarme.

—¡Hola! ¿de veras?—replica ella algo burlona.—Bueno está: con el tiempo lo veremos. Aunque se me antoja que sólo las jóvenes que no logran casarse con el que quieren son las que así se expresan, y supongo que usted no habrá tenido aún oportunidad de sentir uno de esos amores sin esperanza.—Y al decir esto échase á reir con ganas.

El capitán Montagú ha contestado aceptando la invitación para venir á comer el domingo, y renace en mí la esperanza. Desde las siete de la noche del jueves en que supe la feliz nueva, cuento las horas y los minutos que faltan para tener la dicha de verle.

Por fin llega el tan suspirado momento, y me siento feliz al verme con él bajo el mismo techo, lisonjeándome con la esperanza de que se aprovechará de la primera ocasión que se presente para estrecharme la mano ó para decirme al oído alguna de esas frases tiernas, de que mi corazón está tan sedienta desde hace tiempo. Pero me equivoco por completo; durante la comida y aún después, su actitud ha sido lo más correcta y seria, y me ha tratado, sin decirme más que las cosas triviales que son de fórmula en tales circunstancias. Después de comer me pide que cante, y me acompaña al piano que está en el otro extremo del salón, y lejos del sitio donde los amos de la casa dormitan.

Mi corazón se agita violentamente, y mis manos tiemblan al volver las hojas del cuaderno de música. Parece que nada se le ocurre decirme, ni siquiera al acordarse de nuestra memorable noche de luna en el parque de Alford. Mi emoción es tal, que aunque trato de cantar, las notas se anudan en mi garganta, como si los sollozos me ahogaran. Él no me insta para que continúe, y se contenta con hacerme preguntas acerca de mi estancia en Londres, lo que aquí he visto, los bailes á que he asistido y las amistades que he contraído.

—Me extraña—dice riéndose—que no haya usted visitado la galería de Madama Tussaud ni la Torre de Londres.

—Preferiría ver la Torre.

—Pues voy á suplicar á la Sra. Wárrington que vaya con usted á almorzar en mis habitaciones de la Torre, y yo le mostraré todo lo que hay que ver. Después volveremos á mi vivienda y me permitirán que les ofrezca una taza de te.

En efecto, nuestra amiga acepta el convite, y después de convenir en el día que debemos ir, el capitán se despide de nosotros. Yo me retiro á mi cuarto con el corazón oprimido, al ver que en nada ha manifestado que recuerda el “*día dichoso*” que pasamos en Alford. Recorro inútilmente á todo género de reflexiones para calmar mi loco amor, y me persuado que no me queda esperanza alguna, pues todo lo que él me había dicho en el bosque no fué sino ráfaga del momento. Por lo mismo, tampoco me prometo nada del almuerzo á que nos ha convidado.

—Le prevengo á usted—me dice bromeando la Sra. Wárrington—que no permitiré que vaya á enamorarse de Carlitos Montagú, y esto lo digo teniendo en cuenta el interés de ambos.

La advertencia llega demasiado tarde y ella no lo sospecha. Yo también por mi parte he hecho esfuerzos para ponerle mala cara y mostrarle mi resentimiento; pero apenas viene á nuestro encuentro, con su semblante bondadoso y jovial, todos mis propósitos caen por tierra como un castillo de naipes.

—Vamos á ser dos parejas—le dice gozoso á la Sra. Wárrington—pues no era posible que la Señorita Diana se resignara á hacer el papel de comparsa, que no le iría bien, mientras nosotros nos entregáramos á nuestros galanteos. Ese papel requiere mucha experiencia, y esta es la razón por lo que me he permitido invitar á mi amigo Lord Seldon, á quien creo usted conoce.

—Le conozco muy poco—replica la Sra. Wárrington, quien, mirándome, dice no sé qué al oído del capitán Montagú y ambos se echan á reír.

—¡Aquí lo tienen ustedes!—exclama éste al oír llegar un carruaje, y un instante después nos presenta á él.

Lord Seldon es un joven rubio é imberbe, muy vivo y alegre, que revela aún menos edad de la que tiene, y hasta podría pasar por guapo, si no se hallara al lado del capitán Montagú. Conversamos ambos muy agradablemente en el balcón, y me hace reír mucho con sus candorosas ocurrencias, que tienen mucho de infantiles por más que él se empeña en parecer un hombre. Al fin el capitán interrumpe así nuestra charla:

—Vamos, Seldon, ya has charlado lo bastante, y es hora de que lleves al comedor á la Señorita Diana.

Durante la mesa todo pasa alegremente, y concluído el *lunch* todos vamos con el capitán á ver lo que hay de notable en la famosa Torre, tan célebre por sus recuerdos históricos. El Sr. Montagú conságrase por completo, y asiduamente, á la Sra. Wárrington, pues es evidente que se propone tratarme como á cualquiera otra persona conocida, y yo, por más que sufro, tengo que sonreír por cortesía. En tanto, mi compañero se muestra muy alegre y bromista, y no puedo dejar de reírme al oír sus chistes.

Cuando hemos recorrido cuanto hay que admirar en la Torre, regresamos á las habitaciones del capitán, donde nos espera un espléndido te, durante el que no sabemos qué admirar más, si el rico y artístico mobiliario ó el fastuoso servicio de la mesa. Después del te invita el capitán á la Sra. Wárrington á visitar su alcoba, y como no le parece propio

que yo la acompañe, me deja en el salón con el joven Lord Seldon.

Éste se aprovecha de que nos quedamos solos para decirme:

—Yo tengo también una casa muy bonita, y me sería muy grato si la Sra. Wárrington se dignase honrarme con su visita y almorzar en casa. ¿Cree usted que aceptaría una invitación?

—Lo ignoro—le respondo.

—Pero usted puede persuadirle á que venga con usted á almorzar, después que den su ordinario paseo por el parque. Invitaré también al capitán, pues parece se quieren ellos mucho . . . aunque ignoraba su afición á las personas de edad.

Yo, entre una sonrisa y un suspiro, me digo á mí misma cuál es la verdadera causa de todas sus atenciones á mi amiga. Y como quiera que Seldon me pregunta si soy del Condado de Blankshire, y le contesto que sí, agrega:

—Yo no conozco mucha gente en esa región; pero procuraré conseguir este invierno que me inviten á alguna reunión en el distrito, tanta más que creo lo hará Montagú, quien me dicen vive no lejos de usted.

—Á unas quince millas de distancia.

—¿Lo ve usted entonces con frecuencia?

—En manera alguna, . . . ó por lo menos—rectificando lo dicho—muy rara vez.

—¡Vive Dios! que si yo me hallara á tan corta distancia, tendría usted que encontrarse frecuentemente conmigo.

Me hace tal gracia semejante piropo á boca de jarro, que no puedo contener la risa, mientras él se pone muy colorado.

—¿Y de qué se ríe usted?—me pregunta algo picado.

—Á decir verdad, no sabría decirle á usted por qué: acaso sea porque noto en su fisonomía algo que me recuerda la de Crespo.

—¿Quién es ese Crespo, que tanta alegría sabe inspirarle?

—Crespo es mi hermano. Y á propósito, me figuro que puede usted haberlo conocido en el Colegio de Eton.

—¿En qué fecha entró?

—Hace tres años.

Lord Seldon mirándome, algo enfadado, me dice:

—Vamos, dígame usted, ¿qué edad me supone?

—Yo no tengo buen ojo para adivinar edades: ¿acaso veinte años?

—¡Veinte años!—replica picado.—Soy mayor de edad desde Septiembre, y por lo tanto tengo veintidós.

En esto llega el capitán con la Sra. Wárrington, y ésta le dice, sin pensar que me da á mí una puñalada en el corazón:

—Todo lo que tiene usted aquí es admirable, y es mucho para un soltero. Le prometo á usted que desde hoy voy á tratar de buscarle una novia rica.

—Sí, hágalo usted—le responde el capitán, con su sonrisa habitual, y sin acordarse de que me ha tenido estrechada contra su pecho y me ha suplicado que fuera su esposa.—Hay una cáfila de mis amigos que las solicitan y yo estoy resuelto á pertenecer á la que más ofrezca.

Todos rien á carcajadas, y yo debería fingir que también me río; pero no lo puedo conseguir, pues el golpe que acabo de recibir es mortal.

—Carlitos—exclama riéndose Lord Seldon—usted lleva su fortuna en la cara. Pero—agrega con un gesto de disgusto—¿qué fastidio es tener que casarse con mujer á quien no se quiere, así como es insoportable el no lograr casarse con aquella á quien uno ama!

—Querido amigo—responde Montagú, pasando de la alegría á la seriedad—si usted consigue casarse con la mujer que ama, declaro que será porque la suerte le ha sonreído de una manera *excepcional*.

La Señora Wárrington se levanta y se despide; y como los dos amigos nos acompañan hasta el coche, invita á Lord Seldon á que venga á hacernos una visita.

—Mil gracias; iré con sumo placer á ver á ustedes—con-

testa risueño, y dándonos cordiales apretones de mano, como si fuésemos muy antiguas amigas suyas.

—Diana, usted es la causa única de todos estos halagos— me dice mi amiga, cuando el coche parte.—Este caballero es hijo único del Duque de Landermere, hombre fabulosamente rico y hoy casi paralítico.

CAPÍTULO XXVIII

MI corazón se halla saturado de amargura al ver por tierra y reducido á polvo mi adorado ídolo: precioso fetiche, dorado por mi fe y guarnecido con las joyas de mi amor. Hoy todo el oro se ha convertido en escoria, y las piedras preciosas en meros abalorios que nada valen. Todos mis esfuerzos para conservarlo en pie han sido vanos, y por más que tenga la conciencia de mi insignificancia, me siento aguijoneada por el sentimiento de la equidad, que una y otra vez me dice que la conducta de él para conmigo no se justifica.

¿Qué podía yo prometerme de él? Muy loca habría sido figurándome que él pudiese sacrificarse por mí, ni yo lo hubiera consentido, aunque lo pretendiese. Pero eso no impedía el que con un sentido apretón de mano ó con una afectuosa mirada me hubiese dejado comprender que, en todo caso, ocupaba yo siempre un lugar en su corazón, y con eso me habría contentado. En cambio, no me queda hoy sino el amargo recuerdo de pertenecer á la turba de mujeres al lado de las cuales, como me decía en Alford, le es imposible estar diez minutos sin requebrarlas.

Por más instancias que la Sra. Wárrington le ha hecho, el capitán no ha vuelto á visitarnos durante nuestra estancia en Londres, á diferencia de su amigo que nos ve con frecuencia y ha llegado á ser el amigo preferido de los amos de la casa, pues su carácter alegre, franco y decidor gusta mucho al Sr. Wárrington y á su esposa. Ha logrado que ésta consienta en ir á almorzar á su casa particular; nos ha llevado á comer al campo y con frecuencia nos encontramos con él en los bailes, donde yo soy su pareja preferida.

En una de estas veladas me llevó del brazo, de buenas á primeras, hacia el estrado donde estaba sentada una respetable señora cubierta de diamantes, expresándose así al mismo tiempo:

—Señorita Caré, deseo presentarla á usted á mi madre. Mamá, usted me ha oído hablar con frecuencia de la Señorita Diana Caré.

Tan repentina presentación me sorprende tanto como á la duquesa, la que, á pesar de su exquisita cortesía, deja ver que la cosa no es muy de su agrado. El joven lo advierte, pues cambia de color, y en el acto se va conmigo á otra sala, donde á nuestro paso encontramos á una bella señorita, que le da un golpecito en el brazo con el abanico, diciéndole:

—¿Qué se hace usted Lord Seldon, que no se le ve nunca?

Le contesta bruscamente á mi juicio, y sigue andando más de prisa, mientras me dice al oído, con aire contrariado.

Esta es la chica con quien se empeña mi madre en que me case.

—¡Vamos, si parece de mucha más edad que usted!—revelando en mi voz mi sorpresa y echándome luego á reir.—¡Qué ridícula idea!—agrego, como quien piensa en voz alta, pues nos tratamos con mucha confianza.

—Yo no veo qué haya de ridículo—replica algo picado—si dijera usted más bien, que no conviene, ahora . . .

—No es eso lo que quería decir yo—me apresuro á declarar.—Lo que hallaba ridículo era el que un muchacho como usted estuviera pensando en casarse. Ahora—agrego, echándome á reir—ya no falta sino que me den la noticia de que mi hermanito Crespo está de novio.

Lord Seldon está lejos de compartir mi hilaridad, antes bien se pone colorado, y mirándome con aire enfadado é inquisitivo replica:

—¿Es que está usted realmente con ganas de reir, ó se trata sólo de una risa de circunstancias?—Y agrega, en tono arrogante, que casi me hace reir de nuevo:—Si á la fecha no soy un hombre, me temo no llegar á serlo nunca. Creo

tener edad para casarme y puedo hacerlo mañana si se me antoja, y sobre todo, puedo casarme con la persona que me plazca—agrega, mirándome entusiasmado.

—Enhorabuena—respondo risueña—y convídeme usted á la boda.

—Pues si usted no está presente, no sé quien lo esté—me dice fijando en mí sus ojos, con una expresión que me es casi imposible comprender.

En esto se presenta la persona que me había comprometido para el próximo vals, y dejamos á mi amigo, mohino, sentado en el sofá.

—Parece que Lord Seldon está en mal predicamento—me dice mi pareja al alejarnos de él.—Vea usted si no con qué ojos tan furiosos le mira la Señora Hastings, y no menos enfadada la Sra. Egidia.

—¿Y por qué?—le pregunto.

—¿Entonces no sabe usted que es inseparable de la Sra. Hastings, y que es voz pública que se casará con la Sra. Egidia?

—¡Hola!—respondo, sin explicarme la coexistencia de estas dos rivales.

—La Sra. Egidia y la Sra. Hastings—agrega por vía de comentario—no se temen, pero lo que tratan es de impedir, si lo pueden, venga una tercera en discordia á adueñarse del campo.

—¡Qué tal!—respondo de nuevo, sin quedar mejor informada que antes; pero sin pedir explicaciones, para no dejar revelar mi ignorancia sobre el particular.

Los días pasan rápidamente y ya nos quedan pocos que pasar en la inmensa ciudad. Poco antes de nuestra partida recibimos una invitación para una gran fiesta de jardín, á que debían concurrir hasta algunos personajes de la real familia. Lord Seldon, que el día de la fiesta había almorzado con nosotros, se empeñó en ir acompañándonos en nuestro carruaje, cosa que la Sra. Wárrington no creyó deber aceptar. Entonces él contestó:

—Eso poco importa; yo llegaré de los primeros y me

encontrarán ustedes esperándolas á la entrada de la verja del jardín.

Así lo hizo en efecto, y no se desprendió de nuestro lado desde que llegamos. En vano le hice notar que debía ir á acompañar á su madre; que estaba con la Sra. Egidia al lado de la dueña de la casa, y que veía que ambas le dirigían miradas severas, muy significativas.

—No se ocupe usted de eso—me responde.—Yo he venido aquí sólo para divertirme. Véngase usted conmigo y la pasearé por el jardín que es precioso, y vale la pena de recorrerlo. Me autoriza usted Sra. Wárrington á que le sirva de guía á la Señorita Diana?

—Sí, á condición de que regresen pronto—responde risueña.

Nos alejamos del ardiente sol y de la bulliciosa sociedad, dirigiendo nuestros pasos por una de esas deliciosas avenidas formadas por copudos árboles y donde de trecho en trecho nos invitan al reposo cómodos sillones de mimbre. Seldon, al tomar posesión de uno de ellos, exclama:

—¡Ahora sí que estoy contento!—Y volviéndose á mí, con expresión de estusiasmo en sus chispeantes ojos, me dice: ¿Adivina usted ahora por qué la he traído á este sitio? Y sin esperar á que yo responda, me coge las manos y exclama: ¡La adoro á usted! y por ridículo que ello parezca, la he traído aquí para suplicarle que sea usted mi esposa.

La declaración es para mí tan inesperada y me causa tal sorpresa, que me quedo sin saber qué decirle. Mas como quiera que él insiste y me repite varias veces: ¿y bien? ¿qué contesta usted? concluyo por decir:

—¿Querido amigo, por ventura ha perdido usted la cabeza?

—¿Qué es lo que quiere usted darme á entender con eso? —exclama sorprendido.—¿De qué se asusta usted? Ya usted lo sabía . . . ó al menos podía figurarse lo que iba á suceder, y lo que ya todo el mundo preveía.

Ambos quedamos mirándonos en silencio, sin saber qué decir, y al cabo de algunos instantes, continúa suplicante,

aunque haciendo un gran esfuerzo para dominar su emoción.

—Diana mía, yo bien sé, ó al menos así lo he oído decir, que es cosa corriente en las señoritas el manifestar sorpresa en tales casos, para que no se crea que aguardan sólo una palabra para echarse en brazos de un pretendiente; pero yo la creía á usted muy por encima de tales pequeñeces. Por lo demás, usted me conoce á fondo y sabe que yo no digo mas que lo que siento, y por lo mismo esas comedias están de más entre nosotros.

Si no estuviera tan triste y preocupada, la inconsciente presunción de este muchacho merecería que me riera de él. Por otra parte, creo que la culpa es mía, pues el malhadado amor que me consume no me ha dejado advertir adonde iban á parar todas las atenciones que este joven me consagraba. Resuelvo, pues, calmarlo mediante la dulzura que se emplea con los niños, cuando se trata de hacerles tomar un medicamento que les repugna. Así, pues, le digo de la manera más cariñosa y jovial:

—Vamos, es preciso hablar con calma y razonablemente.

—¿Cómo así, con calma y razonablemente?—exclama exaltado y con ojos llorosos.—Pide usted calma al hombre que durante largos días y noches no ha hecho más que pensar y soñar, y que ayer no ha pegado los ojos, pensando sólo en la dicha que creía hoy le esperaba? ¿No es verdad, amor mío, que todo ello ha sido mera broma, y que en realidad me quiere usted un poco?

Al oír esto, yo no sé que decirle para que se calme, pues en su semblante leo su ardiente pasión, y comienzo una frase, diciéndole:

—¡Lord Seldon! . . .

—No me llame usted de esta manera—exclama impaciente.—Llámeme usted Huberto, ó mas bien *Bertito*.

—¡Convenido, Bertito!—Apenas pronuncio este nombre se apodera de mis manos y las cubre de besos.—No, modérese usted; eso no está bien—le digo retirándolas.—Si usted no se aparta un poco de mí no podré seguir hablándole.

No me deja acabar y estalla furioso:

—Eso quiere decir que le soy á usted antipático: todas las cosas tienen un fin.

No hay modo de que entre en razón; por fin me resuelvo á hablarle en el mismo tono que él usa, y levantándome, le digo:

—Lo mejor será suplicar á usted que regresemos al lado de la Sra. Wárrington.

—Sí, por cierto—me contesta con afectada cortesía.

Nos ponemos en marcha silenciosamente; pero bien pronto noto que no es ese el camino que deberíamos seguir, y al llegar á un hermoso sitio, donde hay una fuente en el centro, le digo:

—Este no es el camino para regresar.

—No lo es, en efecto; pero le suplico que se siente aquí un momento conmigo.

Cuando me he sentado en el pretil de mármol de la fuente, él prosigue, mirándome:

—Ahora es á usted á quien toca hablar, pues en resumidas cuentas aún no ha dicho nada, aunque su semblante haya revelado lo bastante.

—¿No se ha penetrado usted aún de lo mucho que le aprecio—exclamo mal de mi grado—y que por ningún motivo querría darle á usted qué sufrir—y agrego titubeando—ni más ni menos que si se tratase de Crespo?

—¡Dale con Crespo!—impaciente.—¡Compararme con un muchacho de dieciséis años! Cualquiera se figuraría que es usted una mujer muy entrada en años. ¿Á qué propósito se empeña usted siempre en tratarme como un chiquillo?

—No es esa mi intención—me apresuro á replicar—pero aunque fuera yo mucho más vieja de lo que soy, nunca trataría á usted sino como un verdadero amigo. ¡Vamos, resuélvase usted pues á ser mi amigo!

Al proferir estas palabras, y aunque se trate de edades y tipos distintos, no pude menos de recordar la escena parecida que pasó en Alford con Héctor Montagú, y su furor al oírme ofrecerle mi *amistad*.

—¡Amigo!—exclama fuera de sí Lord Seldon.—Muchísimas gracias, señorita; no son los amigos los que me hacen falta; y por otra parte, yo no he solicitado la amistad sino el amor de usted. Si éste no me lo puede usted otorgar, tengo por lo menos derecho de saber el por qué, habiendo usted comenzado por manifestarme simpatía, aunque concluya ahora por mandarme á paseo.

—Puede usted estar persuadido—le contesto con vehemencia—de que estaba yo tan lejos de sospechar el amor de usted, como de que me pretendiera el Príncipe de Gales.

—¿Y cómo explicar que todos menos usted lo hayan observado? Entre otros, lo han notado la Sra. Wárrington, la Sra. Egidia en particular y también mi madre: durante la última semana todo el mundo me ha hablado de esto solamente.

—Por lo menos puede decirse—replico—que, si la duquesa lo ha advertido, no ha merecido su aprobación. No he podido menos de notar esta misma tarde cuánto le ha disgustado el ver á usted en mi compañía, y lo mismo noté la noche que me presentó usted á ella. Por mucho que quisiera yo á un hombre, nunca me resolvería á casarme con él contra la voluntad de su familia.

—¿Á esto no más se reducen sus objeciones?—me responde con gran entusiasmo.—Pues, amor mío, deseche usted tan fútiles escrúpulos. Mi madre está ahora de mal humor, porque se le había metido entre ceja y ceja que debía casarme con la Sra. Egidia; pero mi madre me ama con delirio, y una vez que yo le diga que sin usted no puedo vivir, como es la pura verdad, ella misma vendrá de rodillas á solicitar que consienta usted en casarse conmigo. Pudiera ser, sin embargo, que objetara usted además que nuestra familia no es tan antigua como la suya.

—Pudiera eso ser verdad—respondo prontamente—pero es el caso que nuestra posición actual no es parecida á la de su familia, y las gentes podrían decir que ha cometido usted una calaverada.

—Deje usted que las gentes piensen lo que se les antoje,

y que se las lleve al diablo; ¿qué nos importa eso?—exclama con mucho ímpetu.

Lanzo un suspiro, al ver que todos mis esfuerzos han sido vanos, y en medio de mi desesperación exclamo:

—¿Qué quiere usted pues que le diga? sino que no me es dable casarme con usted, simplemente porque no le amo.

No bien he pronunciado estas palabras se pone de rodillas, y quiera ó no, me estrecha con sus brazos, y mirándome apasionadamente, me dice:

—Pero, adorada mía, eso vendrá con el tiempo. Pues me dice usted que me aprecia, necesitaría ser yo un monstruo, para que al fin y al cabo no acabase usted por amarme. No me desgarré usted el corazón; por amor de Dios le ruego que haga la prueba y trate de quererme: no hay sacrificio á que no me sometiera gustoso, si pudiera usted darme la menor esperanza de merecer más tarde su amor.

Sin saber qué decir ni qué hacer, al ver que estalla en llanto, tomo una resolución repentina, que no sé si más tarde me ha de pesar.

CAPÍTULO XXIX

PEREGRINA es mi situación en esta tarde de verano, en que, sentada al borde de una poética fuente, contemplo lloroso á mis pies á todo un futuro duque, empeñado en que le diga que lo quiero, cuando en cualquier momento podemos vernos sorprendidos por alguna de las aristocráticas personas que se divierten á poca distancia de nosotros. Por fin, tomo el partido de revelar mi secreto á este juvenil enamorado, á ver si así logro que se calme y entre en razón. Dígole pues, con lágrimas en los ojos y del modo más afectuoso:

—Debe usted estar persuadido de que, si de mí dependiera, haría cuanto fuese posible para no contristarle; pero es el caso, que yo también sé por experiencia cuán amargo es amar sin esperanza.

—¡Cómo!—exclama, mirándome con fijeza—¿quiere usted acaso darme á entender que ama á otro?

—Sí—respondo haciendo un gran esfuerzo.

—¡Cómo es eso!—repite, levántandose colérico.—¿Y ha sabido usted guardar con tanto cuidado ese secreto? Por lo menos—agrega en tono sarcástico—¿me sería dado saber cuál es el nombre de mi rival?

—Ninguna precisión hay de que lo sepa usted, una vez que no hay probabilidad alguna de que me case, ni con él ni con usted.

—¿Quiere decir que él es casado?

—¡Casado!—repito con displicencia—¡por cierto que no lo es! ¿Quién será la mujer que pretenda el amor de un hombre casado?

—Yo he oído decir que se dan casos—observa con sorna.

—¿Pues entonces, si no es casado, qué obstáculo puede haber para que se case con usted?

Vuelvo la cara á un lado, para que no note que me pongo horriblemente colorada.

—Él no lo desea.

Después de una larga pausa, Lord Seldon repite como el eco:

—¡Él no lo desea! ¿Pues entonces, vive Dios! á qué santo va usted á sacrificar cuanto hay en la vida por un hombre que no la quiere? Nadie hace eso, y conviene sacudir pronto esas preocupaciones de fidelidad. Pero volviendo á nosotros, le diré: que si usted no tiene corazón, tiene por lo menos ambición, y creo que no puede desagradarle el ser un día duquesa; por más que tema que el decir á usted esto pueda calificarse de algo cursi, eso no quita que ello algo valga.

—¿Cómo es eso! ¿Se contentaría usted acaso con que aceptase su mano sin amor, y sólo teniendo en mira el que un día sería duquesa?

—Centenares de mujeres lo harían—responde de mal humor.—Por cierto que la cosa no me sería agradable; pero, amor mío, yo preferiría eso á que usted me negase su mano. Vamos, deme usted un plazo de uno ó dos meses, por vía de ensayo; yo haré en ese lapso de tiempo cuanto me sea dable para hacerme querer, y si fracaso en mi empresa, le doy á usted mi palabra de honor, de que me echaré á mí mismo toda la culpa, si no logro entonces ser amado por usted.

—Es inútil—exclamo, sintiendo que el terreno es resbaladizo.—No continúe usted diciendo cosas que me afligen. Sea usted generoso, y crea lo que le digo en este momento: se trata de una cosa que es *absolutamente imposible*.

Se queda mirándome, entre enfadado y sorprendido, y responde, haciendo hincapié en cada palabra:

—¿Debo entender por esto, que usted me rechaza, de un modo definitivo?

—No plantee usted la cuestión en esa forma, y olvide

todo lo ocurrido. Vámonos, que la Sra. Wárrington debe estar esperándome.

Nos ponemos silenciosamente en marcha, aunque después me hace comprender que ni el estado de su traje ni su humor le permiten volver á la reunión que hemos abandonado, cosa que yo hallo muy justificada. Felizmente, al pasar á otra avenida, nos encontramos con el coronel Fane á quien suplico me acompañe, mientras Lord Seldon se despide secamente y sale del jardín. Cuando llego al lado de mi amiga, ésta algo quejosa me dice:

—Querida Diana, ¿en qué ha pasado usted tanto tiempo?

Poco rato después termina la fiesta, y cuando regresamos á casa en nuestro carruaje, nos mostramos ambas poco dispuestas á charlar. Pero cuando yo continuaba entregada á mis divagaciones, la Sra. Wárrington me dice intempestivamente:

—Diana, ¿qué se ha hecho Lord Seldon?

—Lo ignoro—balbuceo. Creo que se marchó.

—¿Se sentiría indispuerto quizá?

—Creo que no; nada de eso ha dicho.

Después de una pausa, agrega, mirándome de hito en hito:

—No es posible suponer que él le haya hecho á usted una petición y que la haya usted rechazado: ¡eso no puede ser!

Tanto insiste en saber lo ocurrido, que al fin se lo cuento todo, menos la razón final que dí á Seldon. Ella enfadada, considera fútiles todas mis razones, sobre todo tratándose del heredero de un ducado y de una colosal fortuna, que además es reconocido por todos como un hombre con todas las dotes necesarias para hacerse querer. Después se burla de los matrimonios que, según las niñas, deben ser sólo por amor, y que con frecuencia son los más desgraciados. Por fin nos separamos de mal humor, y rehuso acompañarla al baile á que habíamos sido invitadas para aquella misma noche.

Yo me retiro á mi habitación, pensando en que mi que-

rida Sra. Wárrington, tan amable y buena, no ha podido expresar sus propios sentimientos en cuanto acaba de decirme, y que todo obedece al plan que había combinado, de casarme con Lord Seldon á todo trance. Cuando me hallaba yo entregada á estas y otras reflexiones acerca de mi difícil situación, me traen una carta en la que acto continuo reconozco sus garrapatos, hoy peores que nunca. La abro y leo lo que sigue:

“Inmensamente querida mía:

“Reconozco que esta tarde me he portado como un verdadero necio. Perdí la cabeza, y confieso que fué una insensatez de mi parte el figurarme que bastaba una mera declaración para que usted me ofreciera su amor. Cierto, fué demasiada presunción mía; pero al mismo tiempo, le suplico de todas veras que no me cierre de golpe las puertas y no decida nada con precipitación. Quién sabe si al cabo de algún tiempo se persuadirá usted de que aquel otro sujeto no vale la pena de que piense usted más en él:—¡ay!—¡que ciego tiene que ser, y cuánto daría por poderlo anonadar!—tanto más cuanto que acaso se casará el día menos pensado, y no es dable suponer que persona tan adorable como usted pueda ser condenada á vivir soltera. El que sea yo tan joven no es un obstáculo; pero si quiere usted que espere, esperaré un año y aún dos, con tal que usted me de *esperanzas*. Esto es lo único que le suplico; pues con la esperanza puedo vivir, mas sin ella no sé qué será de mí, pues casi pierdo la cabeza al sólo pensarlo mientras trazo estas líneas. Le juro á usted que en mi vida nadie me ha inspirado ni la décima parte de la pasión que usted, adorada Diana: ¡no me rechace usted; por Dios se lo pido!

“Hoy he comido con mi amigo Montagú, quien sospeché que algo ocurría; y como me siento tan desgraciado, no pude contenerme y algo le dije: él me consoló y me alentó bastante.—Buenas noches, mi idolatrada Diana; me detengo, pero de buena gana pasaría la noche escribiéndole, aunque al fin y al cabo no haría sino repetirle en todos los tonos:

que mi amor parte de lo más íntimo del alma, y que seré siempre sin reserva su más apasionado adorador.

“SELDON.”

Había leído tranquilamente casi toda la carta, compadeciendo á este pobre joven, cuyo sincero amor se trasparenta en cada frase; pero al llegar al pasaje en que hablaba del capitán Montagú, lágrimas de indignación corrieron por mis mejillas. ¡Santo cielo! ¡con que no le bastaba todo lo que ya había hecho, y ha tenido valor de escuchar las confidencias de Seldon y todavía le alienta y le dice que no pierda la esperanza, es decir, que no desconfíe del éxito!

Mi indignación, estando en su colmo, se convierte en amargo llanto, por más que conozca que soy una loca, y que hace tiempo sabía que nada debía esperar de él. Me vienen ímpetus de vengarme de su mal proceder, y me casaría mañana con Seldon si estuviese segura de que eso pudiese hacerle sufrir. Pero no sería así—y este es mi martirio—y con mucha calma asistiría él á la boda, y como de costumbre, pronunciaría un precioso brándis, habiendo yo en tal caso sacrificado mi vida tontamente. Sí, malograría mi vida, yo la pobre Diana Caré, que antes no esperaba sino pobreza y vejámenes, casándome con un hombre que me brinda todos cuantos placeres y grandezas hay en el gran mundo. ¿Y qué me importa á mí todo eso, si mi corazón está vacío y debo entonces resignarme á vivir perpetuamente al lado de un hombre á quien no amo? No; la perspectiva de llegar á ser la Sra. Seldon puede lisongear lo bastante á una joven educada conforme al código de la alta sociedad, á quien se ha inculcado la adoración del oro; pero no á una sencilla muchacha del campo, para quien todo el fausto y la grandeza nada valen cuando no están acompañados del amor, la fe y la verdad. Casarse con un hombre, tan sólo porque tiene un título y millones, es á mis ojos el colmo de la abyección. ¿Qué diferencia hay entre ésto y la venta que se hace en los mercados de Oriente, en la que la mujer es expuesta como mercancía, y adjudicada al mejor postor?

CAPÍTULO XXX

POR fin me hallo de nuevo en casa, al lado de papá, de Susana y de todo cuanto me es más querido en este mundo. Ya les he contado repetidas veces cuanto he visto y hecho durante mi estancia en la colosal metrópoli. Bien entendido que nada he dicho acerca del delicado episodio relativo á Lord Seldon, y antes de separarme de mi amiga también obtuve de ella la formal promesa de que no lo revelaría á papá. Pero todo lo ha sabido éste por una carta de Crespo, gran amigo de aquél en Eton y en Londres, quien le ha contado, lamentándolo mucho, el que yo no hubiese consentido en ser duquesa. Papá, que está leyendo muy de mal humor la carta, al llegar al pasaje climatérico, me dice dandómela á leer:

—¿Es ésto verdad?

—Sí—le respondo, mirando á otro lado, para disimular mi emoción. La de él no es menor, se queda un momento reflexionando y prosigue de esta manera:

—Mira, Dianita, es preciso que me expliques por qué razón procedes de una manera tan anómala. ¿Cómo es posible que tú, que no debías contemplar más horizonte que el de la pobreza, no hayas sido capaz de aprovecharte de la suerte tan inesperada como estupenda, que te ha favorecido, y no hayas vacilado en rechazar dos propuestas, á cual más lisonjera, que te brindaban un espléndido porvenir?

—Pues si hubiera aceptado la primera oportunidad que, como usted dice me brindó la *suerte*, no se habría presentado esta segunda, que es aún más ventajosa, ¿quién nos dice que la tercera no será quizá más estupenda aún? acaso estoy

destinada á ser princesa, y si es así, habría sido gran lástima el contentarse con ser duquesa.

Digo esto con cierta afectada sonrisa; pero papá, lejos de reirse, frunce el ceño, y me responde secamente:

—Diana, te doy mi palabra, que no comprendo jota de lo que dices.

Al oirme llamar por vez primera Diana á secas, cuando siempre ha usado el diminutivo afectuoso de *Di*, ó sea *Dianita*, dejo las bromas y me echo á llorar á mares.

—Vamos, Dianita, mi querida hija, no llores—exclama él conmovido.—Yo no quiero contristarte, lo único que hay es que no sé á qué atribuir tu conducta, y mucho me temo que obres como una niña caprichuda. Vamos, basta—al ver que aumentan mis sollozos—acaso tú podrás explicármelo todo de manera muy distinta. Ven acá, mi Dianita—acercándose y acariciándome—cuéntamelo todo; díme lo que te hace desgraciada; ¿no es verdad que soy tu padre y que para mí el mundo entero se reduce á ti y á Crespo?

Papá me invita á tener confianza en él y que le cuente mis penas; nadie en el mundo me la inspira más que él, ¿pero cuál es la mujer que se siente con fuerzas para revelar á su padre un amor loco, necio, desesperado hacia un hombre que no le hace á una el menor caso?

Cuando logro contener mis sollozos y recobro algo de serenidad, respondo con voz apagada:

—Bien poco es lo que hay que decir, papá; lo que pienso es, que, no porque un hombre le pida á una mujer su mano, se deduce que deba forzosamente casarse con él.

Me parece que he planteado bien la cuestión, y esto me da bríos. Me figuro como que papá piensa lo mismo, pues no contesta sino después de reflexionar algo:

—No; ciertamente que por el hecho sólo de que un hombre invite á una mujer á casarse con él, no se deduce que ésta necesariamente ha de aceptar, sin más ni más. Pero si el individuo no tiene ningún pero, y ha manifestado ella bastante contento en su trato con él; si además éste es capaz de ofrecerle todo cuanto hay de apetecible en este

mundo, creo que la mujer debe meditarlo muy maduramente, antes de resolverse á dar una respuesta negativa, sobre todo cuando es una persona como tú, sin otro porvenir que le sonría.

—Yo supongo que las ricas ropas, los diamantes, palacios y carruajes se desean con la mira de ser uno feliz, ¿no es cierto?

—Las riquezas no son la felicidad en sí; pero, indudablemente, contribuyen al bienestar y procuran los goces de la vida.

—Esta estancia no tiene nada de elegante, y en ella todo es viejo y gastado, y sin embargo, aquí me he criado, y estoy absolutamente segura que no hay joven en el mundo que haya sido más feliz de lo que he sido en esta pobre casa.

—Lo *has sido*—replica papá, cogiendo al vuelo el argumento—esto no lo dudo. Pero, Dianita, ¿puedes igualmente asegurar, de veras, que desde el momento en que comenzaste á disfrutar del lujo y los placeres del mundo, has continuado siendo tan feliz? Es cierto que tú no te has quejado nunca, porque eres buena y abnegada; pero te figuras que yo no he notado el cambio operado en ti desde que fuiste á la quinta de Wárrington?

—¡*Aquéllo* nada tenía que ver con ésto!—exclamo, sin advertir que así me denunció.

—¿Qué era, pues, *aquéllo*?—me pregunta papá, mirándome fijamente?

Me levanto para que no me vea de frente, y luego replico, aparentando mirar unas flores:

—Nunca he ambicionado riquezas, ni he envidiado á los que las poseen. De las personas que ví en casa de Wárrington ninguna me pareció que fuese feliz, por más que se charlaba y se reía mucho: ni la Sra. Guineta, ni la Sra. Húntingdon eran felices, y la misma Sra. Wárrington necesita buscar perpetuamente las diversiones para no aburrirse. En Alford sucedía lo mismo, y ninguno de los amos podía considerarse feliz. En Londres observé lo mismo, donde todo el mundo se aburría y se quejaba de hastío.

¿No es verdad, papá, que aquí ni usted ni yo nos hastiamos?—le digo sonriéndole.

—Eso es salirse de la cuestión y no responder nada concreto. Ven acá, querida hija mía; yo quiero que razones y obres como una mujer sensata, y te conjuro á que no deseches tan brillante porvenir, sino después de meditarlo mucho y obedeciendo á las más sólidas razones. Soy *ambicioso*, lo confieso; pero es sólo por tu bien. Yo estoy persuadido, y no creo que hago mal en decirlo, pues tú ya lo has debido oír con frecuencia, que tienes todo lo preciso para ocupar dignamente una alta posición social, y me consideraría *muy feliz*, si te viera colocada en una atmósfera distinta de la que te rodea aquí. No olvides tampoco cuánto bien podrías hacer á tu hermano, si te casaras con Lord Seldon.

Mis ojos se llenan de lágrimas, y prorrumpo con vehemencia:

—Papá, ambos sabéis lo mucho que os quiero, y que no hay sacrificio que no hiciera gozosa porque fueseis felices; nada me costaría sacrificar mañana mi vida por vosotros; ¿pero querréis sacrificar toda mi existencia, exclusivamente por gozar de ciertas preeminencias y comodidades, que para mí nada valen?

—No agregues una palabra más, Dianita. Creo que la Providencia lo dispone todo para nuestro bien.—Y diciendo esto se retira lleno de tristeza dejándome sumergida en un mar de amargura.

¿Por qué será que los padres y hermanos consideran como la cosa más natural, y que no implica sacrificio alguno de parte de las jóvenes, el que confíen éstas su existencia entera á un hombre á quien no aman ni respetan; pero que les abre las puertas de la riqueza y la nobleza? Se considera como cosa baja y despreciable el que un hombre se venda; pero parece que es el colmo de la gloria si hace lo mismo una mujer. En todo caso, yo no quiero pertenecer á esta categoría, y estoy resuelta á no casarme contra mi voluntad.

• Esta mañana no estoy de humor para nada, y así cojo

un libro y me voy al jardín, acompañada de mi perrita, sentándome á leer en un banco, no lejos del estanque. Hace poco que allí me encuentro, cuando oigo por detrás una voz agradable y festiva, que exclama:

—¡Al fin dí con usted!—Me levanto y me encuentro cara á cara con Clara Fane.

—¡Bendita hada!—exclamo gozosa—llegáis en buena hora, cuando todas las demás brillan por su ausencia: ¡estaba tan abatida, y, como dicen las gentes aristocráticas, tan hastiada . . . !

—Estáis precisamente pagando la gabela que impone la sociedad aristocrática á sus afiliados. He venido hoy para informarme de todas vuestras grandes hazañas.

Nos sentamos á conversar á la sombra de un frondoso árbol, y me encuentro dispuesta á abrir mi corazón á esta excelente amiga. Dígole, pues, con tono lastimero:

—¡Cuánto mejor hubiera sido que nunca hubiese puesto los pies en los salones aristocráticos del mundo elegante, y que nunca hubiese abandonado este triste, pero tranquilo rincón, donde era antes tan feliz!

—¿Quiere decir que ahora no lo es usted, que no es feliz por completo? En la cara se lo conozco. Vamos, dígame usted qué es lo que ha ocurrido.

Por toda respuesta me echo en sus brazos, llorando á mares. Ella no me hace nuevas preguntas importunas, y acariciándome, deja que me desahogue, hasta que yo misma me calmo algo y continúo:

—Mi querida Clara, usted que es tan buena, hágame el favor de decirme ¿por qué nos figuramos siempre el mundo como tan alegre y dichoso, y una vez que á él nos acercamos y en él vivimos, experimentamos una amarga decepción, un cruel desencanto?

—Á decir verdad, yo no sabría cómo explicarlo—me responde cariñosamente.—Lo único que sé positivamente, es que nosotros ignoramos las más veces lo que realmente nos conviene; de suerte que más de una vez sucede, que nuestro mayor castigo sería el que se nos otorgara lo que con más

vehemencia apetece. Mucho me temo que usted se halle en este caso precisamente.

—¿Entonces usted sabe qué es lo que causa mi infortunio?

—Creo que sí—apretándome la mano.—¿No se enfadará usted conmigo si lo adivino?

—No—le respondo, con la persuasión de que yo sola poseo mi secreto.

—Pues bien, creo que Carlos Montagú es la causa de sus sufrimientos.

No necesito decir una sílaba, pues en la cara se me conoce que ha dado en el clavo.

—¿Pues cómo lo ha sabido usted; quién se lo ha podido decir?—replio con vivacidad, y luego agregó, tratando de excusarnos á los dos:—Desde un principio pensé que él no sería nunca nada para mí. ¡Ay Clara! no vaya usted á creer que yo abrigue ningún propósito respecto á él. De veras . . . de veras que siempre consideré la cosa como imposible. Además, yo no conocía ni pizca el mundo, no estaba preparada . . .

—Querida amiga—me interrumpe suavemente—no creo que se requiera gran preparación en tales casos; pero una vez que está usted persuadida de que pierde el tiempo y su tranquilidad siguiendo pensando en Carlos, ¿dígame usted, por qué no se decide á pensar en alguien, que yo sé que la quiere en el alma y que seguramente la hará *muy* dichosa?

—¿Cómo es posible que él piense en mí, debiendo reconocer en usted todo cuanto más admira?

—¡Bah! Ya yo comienzo á ser vieja, pues tengo tanta ó más edad que él: ambos nos limitamos á tratarnos sólo como hermanos.

—Ahora bien, supongamos que él hubiese sido el que la quisiese sin ser correspondido por usted, eso creo que habría sido lo más natural.

Esto lo digo como pensando en voz alta y sin tratar de punzarla; pero ella, con mucha dulzura, me contesta:

—Parte usted de una idea errónea. Yo estoy persua-

dida de que no hay hombre más digno del amor de una mujer que Héctor Montagú, y le aseguro á usted, mi querida Dianita, que si lo conociera usted como yo, comprendería que, bajo un aparente exterior, tímido y reservado, se oculta el carácter más noble y abnegado, y entonces le amaría usted á su vez, y sería la mujer más dichosa de este mundo.

Por un solo momento me pongo á dudar si realmente ella le quiere, pues no comprendo cómo puede ser tan magnánima una mujer, hasta el punto de abogar por él ante otra mujer amada.

—¿Cómo ha sabido usted que él me quiere?—le pregunto—¿acaso es papá quien se lo ha dicho?

—Me lo ha dicho el mismo Héctor.

Me pongo furiosa al ver tan cruel egoísmo, pues bien sabe él que ella le ama.

—¿Cuando se lo dijo?

—Poco después de la muerte de su padre. Mi querida Diana—exclama con mucha emoción—es preciso que se compadezca usted de él: en mi vida he visto hombre más abatido y desesperado.

—Eso no puede ser por mí—respondo con despego.—No es Héctor de los hombres capaces de enamorarse locamente de una mujer.

—Usted no lo conoce bien. Usted es como los demás, que lo juzgan por su continente austero y reservado, que disimula su gran sensibilidad. Él mismo me ha dicho, que se siente tan desesperado, al ver que usted lo ha rechazado, que teme perder el juicio. Ea, querida Dianita, la conjuro á que no se muestre usted tan hostil contra él; ¡trate de quererlo un poquito siquiera!

—¿Cómo, hasta usted?—exclamo furiosa.—¿Acaso todo el mundo se conjura contra mí? ¡Ay Clara! semejante consejo lo habría esperado de cualquiera otro menos de usted. ¿Por qué razón se me ha de obligar á suicidarme, casándome con un hombre que me inspira tal aversión?

Al decir esto diviso á lo lejos á papá que se acerca, como sucede siempre que viene á vernos Clara.

CAPÍTULO XXXI

TAL es el estado mental en que me hallo, que aun me figuro que el tiempo sigue perezosamente su curso, con fastidiosa lentitud, mientras antes me parecía que las horas y los días volaban. Ahora, no he despertado aún completamente, cuando siento ya mi corazón oprimido, como si una mano fatídica pesase sobre mí. Las mañanas, que antes se deslizaban veloces, ¡cuán interminables las hallo en el día; qué largo me parece el tiempo que media entre el desayuno y el almuerzo, y entre éste y la comida! Se me han acabado las ganas de leer, y creo que sobrado tengo con estudiar mi misma desdichada novela. Tampoco me siento ya dispuesta á cantar, pues no puedo hacerlo sin acordarme de él. Si me pongo á coser la manos se me caen desmayadas, pues mi mente se transporta involuntariamente á ese único dichoso día de Mayo, que ha vuelto sombríos todos los subsiguientes. ¡De qué sirven los bellos días de sol, los suaves aromas del campo, las deliciosas brisas y los más hermosos paisajes á un alma cubierta de duelo! Si la felicidad se ausenta, por más que quede cuanto la naturaleza nos brinda, todo nos parecerá vacío y fútil. En cambio, dadnos el amor y la dicha, y aunque falten los bellos días de sol, los céfiros y todas las melodías, aún así el mundo nos parecerá lleno de alegría y encantos; y si para colmo se nos dan ambas cosas reunidas, puede entonces decir uno que no está ya en el mundo sino en el cielo.

Los interminables días del verano me parecen más largos aún, como á todo el que sufre; pero consuélame la esperanza del pronto regreso de mi hermano Crespo, y confío

en que su presencia me hará olvidar momentáneamente siquiera todas mis penas.

Llega por fin mi querido Crespo, siempre cariñoso y bromista, empeñado en que al fin consentiré en ser la Sra. Seldon y Duquesa de Landermere, por más que yo le reitero que estoy resuelta á quedarme soltera, para cuidar de él y de su futura casa.

Un día estábamos acabando de almorzar, cuando llegó el correo con dos cartas, una para Crespo y otra para mí. Yo me entretenía en querer descifrar las letras del elegante monograma, cuando Crespo loco de contento, y agitando en su mano una carta, exclama:

—¡Hurra! papá, pase usted la vista por esto. Sonriendo al ver su alegría, papá leyó lo siguiente:

“*Mi querido Crespo:*

“Usted me prometió una visita, y yo deseo que venga el 31 á tomar parte en una cacería de perdices. Los invitados son muy pocos, y entre ellos figuran los Wárrington y el coronel Montagú; pero habrá mucho en que entretenerse y es *preciso* que usted no falte. No acepto excusa alguna; y si usted se niega iré yo misma á traerlo. Precisamente acabo de comprar una preciosa yegua castaña, que quiero que usted monte, pues hay que saberla manejar con cuidado, por lo que no he permitido que nadie la montase á no ser yo misma: juntos haremos algunas bonitas excursiones. Por el mismo correo escribo á su hermana.—Su muy afectísima amiga,

“GUINETA DÉSBORO.”

—Ahora lee pronto tu carta, Dianita. ¡Cuánto vamos á divertirnos!

Mi carta decía tan sólo:

“*Estimada Señorita Caré:*

“Espero que su hermano no tendrá inconveniente alguno para venir el 31, y nos será muy grato si usted lo acom-

pañá. Si es usted amiga de pasear á caballo, tengo uno ó dos muy mansos que pueden gustarle.”

—¡Qué amable es la Sra. Guineta!—digo con sorna—pero no seré yo la que tenga que agradecer su hospitalidad.

—Por qué razón, Dianita?—me dice papá.

—Ante todo, porque la detesto—replico irascible—¡es una mujer atroz!

—No crea usted papá lo que le dice—exclama exaltado Crespo.—Es, al contrario, la mujer más amable del mundo, y yo la quiero muchísimo. Á la verdad, me sorprende esto en tí, Dianita, que no tienes nada de rencorosa.

—Yo no soy rencorosa—replico para justificarme, aunque algo colérica.—Usted, papá, no podría quererla nunca. Figúrese usted que es mujer que lleva corto el cabello, y hace cuanto puede para parecerse á los hombres: fuma, habla muy alto, y dice á todo el mundo cosas muy toscas.

—Por cierto que el retrato no tiene nada de agradable—observa papá.—Ahora te toca á tí Crespo, como su abogado, decir lo que quieras en defensa suya.

—Yo lo que sé es, que conmigo ha sido lo más atenta y amable; pero, por otra parte, es sabido también, que las mujeres no hacen sino denigrarse mutuamente.

Papá y yo cambiamos una sonrisa. Crespo sale de la habitación y entonces yo le digo tristemente:

—Será preciso resignarse á que vaya, ¿no es verdad papá?

—Si ha de ir, desearía que tu le acompañaras.

—¡Eso sí que no! Nada me sería más desagradable que eso, tanto más cuanto que, por su carta se ve bien que me ha invitado por mera cortesía.

—Por lo mismo que se trata de una casa demasiado extravagante, no quiero que Crespo vaya solo, y tengo especial interés en que tu lo acompañes, para que lo vigiles é impidas que se extralimite.

—Querido papá, por Dios le pido que no me exija semejante sacrificio.

—¡Pero si la Sra. Wárrington va á encontrarse allí también! Por otra parte, la Sra. Guineta estará con frecuencia ausente. Enfin, tú arreglarás lo que quieras con tu hermano, y lo dejo todo á tu discreción.

Como era de preverse, tengo por fin que resignarme y partimos. Crespo me dice entonces:

—Me figuro que ese coronel Montagú será algún pariente de la familia de Alford.

—Sir Héctor tenía un hermano que era coronel, y no puede ser otro—le respondo en el acto.

Crespo contentísimo, y yo con el corazón lleno de tristeza, emprendemos este largo viaje, y cuando por fin veo que la verja se abre y penetra en el castillo nuestro carruaje, me parece oír aquella famosa frase: “Cuantos por aquí penetran renuncian á toda esperanza.” Nuestro coche recorre aún interminables avenidas antes de detenerse bajo el pórtico de la grandiosa mansión señorial. Al apearnos viene á nuestro encuentro una persona, cuya vista me hace subir los colores á la cara, y mi mano tiembla cuando me ofrece la suya: ¡no es ni más ni menos que el capitán Carlos Montagú!

—¡Cómo es ésto, usted por aquí!—exclama entusiasmado mi hermano.—¡Qué chistosa sorpresa! La Sra. Guineta nos escribió que vendría el coronel Montagú, y nos habíamos figurado que era el tío de usted.

—Soy yo en persona y no otro alguno—responde riéndose.—¿Cómo, no sabían ustedes que me habían ascendido?

—No; supongo que usted no quiere decir que ya es coronel, aunque tiene cara de ser uno muy joven y gallardo—replica Crespo.—¿Y dónde está la Sra. Guineta?

—Ha ido á pasear á caballo y me ha dejado en casa como maestro de ceremonias. Me ha encargado que le dijera, si llegaba temprano, que estaba listo el caballo para que fuera usted á reunirse con ella y el criado que debía acompañarle: conque, en marcha Crespo. Éste no se lo dejó decir dos veces y marchóse de prisa y corriendo. Montagú se dirige entonces á mí y me dice:

—¿No quiere usted que demos un paseo por el jardín? Es preferible ésto á quedarse en casa. Pero me olvidaba; ¿tomará usted antes una taza de te? la Sra. Guineta me ha dado el encargo de cuidarla y hacer todo cuanto es debido.

—Gracias, no tomaré te: prefiero ir al jardín—y nos ponemos en marcha.

Me digo entonces para mis adentros: si remotamente hubiese sospechado lo que iba á suceder, todos los hermanos del mundo no habrían conseguido, que viniera. Eso no impide que mi pícaro corazón dé saltos de gozo al verse de nuevo al lado de él, y que mis ojos admiren á hurtadillas su hermoso rostro.

—Hasta hoy ignoraba la venida de usted.

Á esto nada respondo. Luego, contemplando desde el jardín la arquitectura de la finca, restaurada con tan mal gusto por sus nuevos propietarios, exclama:

—¡Qué feo y de tan mal gusto es todo ésto!

—Me había figurado dotada de mejor gusto á la Sra. Guineta—le contesto.

—La pobre Guineta no tiene la culpa, y el castillo es como una pesadilla para ella; pues la restauración de esta antigua posesión se hizo, según ella dice, por esos ricachos improvisados, que como gente novata quieren que todo parezca nuevo, como acabado de salir de la tienda.

—Qué bonito y qué digno de una esposa es semejante lenguaje!—replico secamente, y luego con energía agrego:—En todas circunstancias es ruin y despreciable la mujer que se casa sólo por el dinero, pero lo es aún más, el ridiculizar y despreciar al hombre á quien es deudora de cuanto posee.

Seguimos bajando en dirección al lago, cuando se vuelve á mí, mirándome con esa languidez amable que le distingue, y exclama:

—¡Pobrecita Guineta! Ahora me acuerdo que usted nunca pareció simpatizar con ella.

—¡Jamás! Eso quiere decir, que por lo mismo, juzga usted extraño el que yo haya venido. Sepa usted que mucho

me he resistido y que lo he hecho por dar gusto á Crespo, y principalmente á papá, que no quiso dejarlo venir solo.

Llegamos á la orilla del lago, rodeado de frondosos árboles, y tomamos asiento en las cómodas sillas que allí se encuentran.

—¿Qué precioso lago, no es cierto? ¿Si habrá en él carpas, como en el otro? ¿Ha olvidado usted la pesca de carpas en el de Alford, durante aquel “*di . . . hermoso día*”?

—Sí, recuerdo que pescó usted algunas, creo que con una red—contesto, tratando de mostrarme indiferente

—¡Ah! sí, con una red—repite él como distraído.—Y á propósito, ¿ha visto usted á Héctor, desde que se halla investido de su nueva dignidad?

—No lo he vuelto á ver, desde mi visita á Alford.

Síguese un intervalo de silencio, durante el cual contemplo las nubes que se reflejan en el agua, y *siento* que él me está mirando con fijeza.

—Así pues—continúa—¿es verdad que rechazó usted á Seldon?

—Jamás dije tal cosa.

—No; pero él sí lo ha dicho. ¡Pobre chico! estaba tan desesperado, que iba contando su infortunio á todo el mundo. La Sra. Egidia estuvo á punto de pescarlo de rebote, aunque no lo conseguíó.

No le contesto y lamento amargamente el haber venido.

—¿Así es que, por lo visto, usted no aprueba sino los matrimonios por puro amor?—prosigue cruelmente.—Me figuro que usted sigue aún creyendo en el amor, á pesar de haber pasado una temporada en Londres. Sin embargo, la mayoría de las gentes que conozco casadas por amor han acabado mal. Yo no sé qué refrán francés, hablando de matrimonios dice esto ó cosa parecida, pues mi memoria es muy mala: las más de las veces se reducen las bodas de los enamorados á unos meses de adoración, seguidos de muchos años de aversión y el resto de indiferencia. En semejantes circunstancias, convendrá usted en que significa muy poco la persona con quien uno se casa, ¿no le parece á usted?

En *tales* circunstancias así debe ser—contesto fríamente.

—Yo supongo—continúa—que si usted califica de ruin y despreciable á la mujer que se casa por interés, con más severidad aún calificará usted al hombre que procede por igual motivo, ¿no es verdad? Suponga usted, por ejemplo, que yo estuviese á punto de casarme con la prima de la Sra. Guineta, ¿le inspiraría yo entonces el mismo desprecio . . . y acaso no volvería usted á hablarme más?

No respondo ni palabra, y él prosigue de este modo:

Probablemente usted ignora que Désboro tiene una prima, hija única de su tío, el que, aunque socio de su hermano, no tenía la desmesurada ambición de éste, y que lejos de aspirar á llamarse Désboro, supo contentarse con su modesto y antiguo apellido de Puggins. La Señorita Puggins no es bonita, tiene el cabello color de azafrán, es pecosa, en vez de manos tiene patas y por tanto es muy poco seductora; pero en cambio tiene una dote de cien mil libras esterlinas, y recibirá igual suma al morir su padre, por lo que la Sra. Guineta, que tiene buen corazón, aunque usted no la quiere, está haciendo cuanto le es dable para que el asunto se arregle.

Alzo los ojos y lo miro, en silencio.

—Tiene usted una manera de mirar harto elocuente—me dice alejándose.

—¿De veras? Me alegro de saberlo. Me felicito de saber que mis ojos dicen lo que siento, porque en el lenguaje no hallo palabras adecuadas para expresarlo.

Mientras así hablo en tono despectivo, su semblante cambia extrañamente, y extendiendo su brazo hacia mí, exclama:

—¡Basta, vida mía, por amor de Dios! Y se aleja rápidamente, caminando por la orilla del lago, mientras yo, loca de rabia y de dolor regreso de prisa al castillo.

CAPÍTULO XXXII

AUN no está llena la medida. Acabo de saber que no pueden venir los Wárrington, y en cambio tengo el sentimiento de oír decir que se encuentra en casa Lord Désboro. Mientras para mí todo es contrariedad, mi hermano, con su genio alegre, lo ve todo de color de rosa y viene á decirme entusiasmado:

—¡Qué reunión tan divertida y bien combinada! Tenemos aparte de la Sra. Guineta á su hermana la Sra. Audrey, y tan amable como ella. La Señorita Puggins, digna prima de Désboro—conteniendo la risa—y de la que no debo hacer burla, porque la Sra. Guineta trata de casarla con Carlos Montagú. Figúrate, Dianita, si puedes, á un mozo tan guapo como él echándose á cuestras una chica como la Señorita Puggins: ¡cáspita con el bendito nombre! y es muy justo que haga lo posible por cambiarlo. Resulta, pues, que las damas son cuatro contigo y cuatro los caballeros, y así las parejas están completas. De buena gana desearía reemplazar con algún otro como Seldon, por ejemplo, al ridículo Désboro. Por fin, te recomiendo que seas muy amable y cortés con la Sra. Guineta, quien de seguro te gustaría, si la conocieras tan bien como yo.

¡Dios me dé paciencia! me digo interiormente; pero á él le contesto sólo con una sonrisa. No es justo que porque yo estoy de mal humor y descontenta aquí, le vaya á comunicar á él mis ideas lúgubres.

No logro ver á la dueña de la casa sino cuando nos reunimos todos en el salón, antes de pasar al comedor. La acogida de la Sra. Guineta fué muy política, por no decir cordial. Su hermana no es sino una segunda edición de ella,

aunque más bulliciosa y libre en el hablar. El Sr. Désboro me ha parecido más pequeño, amanerado y ridículo que nunca, y me ha tratado con cortesía y aire de protección, en tanto que Lord Résboro me saluda con sumo cariño.

En la mesa me toca sentarme al lado del famoso Désboro y frente al capitán—no me acostumbro á decir coronel—y la rica heredera Señorita Puggins, que por cierto no es muy locuaz, y su vecino apenas le dirige la palabra, totalmente consagrado á saborear la succulenta comida. Yo, que no hablo tampoco y casi no como, pues cuando tengo algo que me preocupa pierdo completamente el apetito, paso el tiempo examinando á mi rival y dirigiendo furtivas miradas á Montagú. La pobre joven parece más fea de lo que es, á su lado, y lejos de darme celos me causa lástima. Él á su vez parece por lo mismo más guapo; y por más que no esté ya entronizado en mi corazón, no puedo prescindir de mirarle y admirar la belleza de su rostro. La Señorita Puggins, á quien se ve que le dirige la palabra de rato en rato, haciéndose violencia y por mera cortesía, es uno de esos tipos más que insignificantes, que no inspiran celos á nadie y menos á mí, cátese ó no con él.

Mientras que nosotros puede decirse que formamos el grupo de los taciturnos, los demás que rodean á la Sra. Guineta pueden llamarse los bulliciosos, pues charlan alegremente y entre ellos sobresale la voz de mi hermano. Yo lo vigilo atentamente, y noto que su alegría depende principalmente de que bebe cuanto le sirven, y temo que su cabeza no pueda resistirlo. Por tanto, cuando nos levantamos de la mesa para dejar solos á los caballeros, me acerco á él y lo invito á seguirnos al salón, y que en caso de quedarse con los demás no beba, pues me parece ya algo mareado. Maldito el caso que me hace y se echa á reír. Una vez fuera del comedor, participo lo que ocurre á la Sra. Guineta y le suplico mande llamar á Crespo con cualquier pretexto, para impedirle que siga bebiendo. Pero ella se burla de mis escrúpulos; dice que todo es imaginación mía, y se niega á intervenir descortésmente: siento que, de momento en mo-

mento, fermenta en mí más y más el odio que esta mujer me inspira.

Lo que yo preveía ha sucedido; al cabo de un buen rato, los caballeros se presentan en el salón trayendo del brazo al pobre Crespo, en un estado lastimoso.

Lord Résboro lo ha sentado en un sofá donde él se arrellana sin miramiento alguno, cosa que no habría hecho en otras circunstancias, pues Crespo es el muchacho más circunspecto y bien educado que existe. La escena llegó á agotar mi paciencia, cuando la Sra. Guineta invitó á todos á jugar á los naipes, cosa que todos aceptaron menos yo, y Crespo, dando traspiés, fué el primero que ocupó su asiento. Éste, al cabo de un rato, grita descompasadamente:

—¡Usted está haciendo trampas, Désboro! yo lo juro, pues lo he visto.

El Sr. Désboro se levanta, arroja sus cartas sobre la mesa y exclama:

—Yo no puedo jugar con un muchacho borracho y mal criado.

Crespo, furioso, quiere pedirle explicaciones y le amenaza; pero acto continuo yo lo tomo del brazo y lo obligo, mal de su grado, á salir del salón. Sólo cuando estamos fuera noto que otra persona le había cogido del otro brazo, y es ni más ni menos el coronel Montagú. Éste me dice entonces:

—Vaya usted por delante mostrándome el camino, que yo me encargo de llevarlo á su cuarto.

Así lo hago y él carga con Crespo, como si fuera una criatura: no me lo figuraba con tantas fuerzas al lánguido y melífluo capitán. Una vez que lo acuesta sobre la cama, me dice risueño:

—Ahora aléjese usted un poco, mientras lo desvisto y lo meto en cama. No hay que atribularse tanto. Esto nada tiene de extraño, y mil veces han hecho otros el mismo oficio conmigo, cuando era muchacho.

Comienza su tarea con el esmero y delicadeza de una mujer, y yo me retiro colmándole de bendiciones en el fondo

de mi alma; olvidando mi resentimiento é imaginando á mi ídolo, ya á medio camino para volver á recuperar su altar y trono, me pongo á pasear por el corredor, hasta que vuelve y me dice:

—Ya se ha quedado dormido. Usted, si le parece, puede ir á sentarse un rato á su lado; pero, en todo caso, no conviene que vuelva al salón. Con que, así, pase usted buena noche—y me da un afectuoso apretón de mano.—No vuelva usted á preocuparse de lo que ha ocurrido, pues todos los demás lo olvidarán también.

Después de pasar largo tiempo á su cabecera, cuando me persuado que duerme profundamente me voy á acostar. Al día siguiente despierto sobresaltada al oír fuertes golpes á mi puerta y respondo: ¡Adelante!

La puerta se abre y veo entrar á Crespo pálido, que se pone de rodillas cerca de mi cama y echa á llorar amargamente, diciéndome:

—Dianita querida, perdóname: creo que en mi vida me perdonaré yo lo que he hecho.—Yo no tengo valor de decirle una palabra y él prosigue:

—Esta ha sido la primera vez; pero te juro que también será la última. No digas una palabra, pues sé lo que debes pensar. Vas á ver como lo arreglaré todo.

—La culpa de esto la tiene la Sra. Guineta—exclamo exaltada.

—No es así; nadie sino yo mismo tiene la culpa. Iré á pedir perdón al Sr. Désboro, y si alguna vez vuelvo á embriagarme mereceré pasar la aflicción y vergüenza que ahora experimento.

Y como lo dijo así lo cumplió; pues apenas bajamos al salón, donde ya todos estaban reunidos, fué á pedir perdón á los amos de casa por lo que había pasado la víspera. Lágrimas de gozo corrieron de mis ojos, y si ayer fueron de vergüenza, hoy son porque me siento orgullosa de un hermano que tiene tan nobles sentimientos.

CAPÍTULO XXXIII

AHORA me hallo tranquila por lo que toca á Crespo, pues ha cumplido su palabra y bebe con suma moderación. Paso la mayor parte del primer día sola, pues las demás damas acompañan á los que van á la caza y me dejan entregada á mi fantasía. Me han invitado por política á que las acompañara; pero no acepto, aunque me gustaría ir por dar un paseo, pero no me resigno á ver matar pájaros.

La Sra. Guineta, ya en traje de caza, me dice al partir:

—Ya sabe usted que mi gabinete está á su disposición y creo que le gustará. Es una combinación de terciopelos, espejos y mil bagatelas. Yo no me sirvo de él y lo tengo reservado para cuando vienen á visitarme señoritas circunspectas como usted. La habitación que yo ocupo de ordinario la llamo mi *madriguera*, y por cierto que no sería de su gusto de usted. En éste tiene usted las últimas novelas francesas, aunque creo que no será usted amiga de leerlas; pero en el otro hallará multitud de libros serios. Si desea pasear en coche, no tiene usted más que dar la orden de que enganchen. Espero, en todo caso, que pasará el tiempo agradablemente.

Una vez que se han marchado todos, emprendo mi triste paseo á través de las espléndidas salas de la fastuosa morada. Después de admirar las riquezas y adornos de buen gusto de la parte antigua, examino la parte en que sobresale, en medio de objetos de gran valor, el decorado charro y flamante que caracteriza la parte restaurada por Désboro. Como la Sra. Guineta me ha dado carta blanca, me vienen ganas de curiosear en lo que ella llama su *antro*, adornado con tal sencillez, que más parece el cuarto de un

hombre modesto que el de una noble dama inmensamente rica. Por todas partes no se ven sino recuerdos de caza, y de todo género de *sport*: látigos, cajas de cigarros, periódicos, multitud de novelas francesas sobre la mesa y un álbum, que abro y vuelvo á cerrar en el acto. El otro gabinete que, según dice, destina ella á las jóvenes serias como yo, es lujoso, aunque algo triste, donde todo está con tal orden y simetría, como si nadie pusiese en él los pies.

Este paseo solitario por las habitaciones acaba por fastidiarme, y prefiero irme á recorrer los jardines. Me paseo pensando en que se acerca ya la hora del *lunch* y que tendré que ir sola al comedor, para ser servida por el ceremonioso mayordomo y sus subalternos. Felizmente diviso en ese momento á la pobre *heredera*, que llega agitada, rendida de fatiga, y disgustada. La acojo con más amabilidad de la que yo me creía capaz para con ella.

—¿Cómo, ya está usted de regreso? ¿Está usted fatigada?

—Sí—me contesta, con tono poco amable—y lo estaría usted también, si hubiera pasado como yo tres horas, caminando á pie á través de las sementeras.

—Yo no comprendo á mis primas—agrega colérica—que más parecen hombres que mujeres, y que por nada se fatigan. Por otra parte, me parece indigno de damas respetables eso de seguir la pista á los hombres por todas partes.

La pobre heredera se queja de las otras, sin confesar que su propósito era el mismo, aunque sus fuerzas no eran como las de aquellas.

—Aseguro que no conseguirán que las acompañe otra vez—prosigue todavía irritada—y si esta mañana me decidí á ir, fué debido á las reiteradas instancias del coronel Montagú—lo que no era cierto.

Después del almuerzo recobra un poco de calma y se vuelve muy locuaz. Comienza por decirme:

—¿En qué vamos á emplear la tarde? Creo que deberíamos dar un paseo en coche, ya que mi primo dispone de numerosos caballos y carruajes.—Yo apruebo la idea.

—Vámonos entre tanto al jardín—y nos sentaremos á la sombra de un olmo.

—¿Conocía usted de antemano al coronel Montagú?—me pregunta en cuanto tomamos asiento.

—Sí—le contesto brevemente.

—¿No es cierto que es muy buen mozo?—prosigue entusiasmada.

—Sí.

—Pero de un modo extraordinario; puede llamarse guapo, hermoso á boca llena. ¿Ha visto usted acaso hombre más guapo que él?

—No.

—Mas yo me figuro que usted no dice esto como si realmente lo pensara así, sino meramente por contentarme . . . —y poniéndose colorada—quiero decir con la mira de aparentar ser de la misma opinión que yo.

—Está usted equivocada en esto—respondo con mucha calma.—Yo soy de opinión que el coronel Montagú es el hombre más buen mozo que he visto en mi vida: ¿y qué razón podría tener yo para decirlo, sólo por contentar á usted?—mirándola fríamente, y sintiendo que mi voz tiene un tono despectivo.—¿Por ventura tiene él algún vínculo con usted? ¿Acaso está usted en vísperas de casarse con él?

—Bueno, no . . . no es eso precisamente. ¡Vaya con la pregunta tan apremiante! ¿Cómo, por ventura ha oído usted decir algo sobre el particular, ó es él mismo quien le ha hablado de mí?

—Creo me dijo que estaba usted aquí.

—Ha sido invitado aquí para que tuviese ocasión de tratarme, pues habiéndonos encontrado dos ó tres veces en Londres durante el invierno, manifestó el deseo de volverme á ver, y entonces mi primo le invitó á que viniera. Es tan delicioso y entretenido en su trato, y tiene un modo tan perfecto de decirle á uno cosas tan bonitas y agradables, ¿no le parece á usted?

—Sí, por cierto.

—No sé si me equivoco—me dice, mirándome con curiosidad—pero creo sospechar que ustedes dos no han perdido mucho tiempo en requiebros.

—¿De veras?—mordiéndome los labios.—¿Y en qué se funda tal sospecha?

—Bueno, á decir verdad—con candorosa franqueza.—Anoche, cuando usted se retiró, tuvimos ambos una conversación en el sofá, mientras Lord Résboro y Guineta jugaban al ecarté. Yo traté de sonsacarle algo respecto á usted y todo cuanto obtuve fué el mismo género de respuestas breves que ahora me da usted.

—¡Ah!—le contesto, en la imposibilidad de emplear más que monosílabos.

—¿Creo que también son ustedes vecinos; no es cierto?—prosigue ella.—Alford debe ser muy agradable, y me muero de ganas de conocerlo. He sabido también que la madre de él es una anciana muy distinguida. ¿Qué piensa usted de Sir Héctor? Parece que es muy frío y reservado: en nada se parecen los dos hermanos, según dicen.

Por más que quisiera mostrarle buen genio, su vulgaridad y fastidiosa curiosidad me hacen enmudecer. Ella no se da cuenta de esto, ni del laconismo y sequedad de mis respuestas, y prosigue imperturbable:

—¿Qué le parece á usted Lord Résboro? ¿No es cierto que es muy guapo? Pero me parece muy mal la conducta de Guineta respecto á él: ¿no piensa usted lo mismo? Yo, en lugar de mi primo Haroldo, no la toleraría en manera alguna. Pero es el caso, que dicen que ellos se querían de tiempo atrás, cuando él era simple coronel, y no soñaba en que sería nunca Lord Résboro, pues el tío y primo de éste se ahogaron, precisamente el día de las bodas de Guineta: ¡qué coincidencia tan chistosa! Me maravillo de que Haroldo guste de verlo en su casa; pero él pasa por todo, y no hace caso de nada . . . á causa de su ciega afición á los Lores. Papá le hace siempre burla á este respecto, pues él no participa de las ridículas ideas de mi pobre tío, y hasta pelearon en una ocasión cuando éste quiso que cam-

biáramos de nombre como él, adoptando el de Désboro. Es cierto que el de Puggins es feo y vulgar, pero siendo yo mujer puedo cambiarlo fácilmente.

En este momento vienen á decirnos que el carruaje nos espera, y así la Señorita Puggins tiene á bien suspender ó aplazar la serie de sus confidencias. Á nuestro regreso nos encontramos ya en casa con los cazadores. Crespo exclama al verme:

—Querida Dianita, ¡qué hermoso día hemos tenido y cuánto siento que no hayas venido con nosotros! En nuestros morrales hay cincuenta pares de perdices y cerca de la mitad se deben á la puntería de Carlitos Montagú: yo nunca me dejé engañar por su afectada languidez, y debes saber que marcha y caza mejor que cualquiera de nosotros. El segundo premio le toca á Résboro, y á mí el tercero; y eso que tuve que prestarle mi escopeta con frecuencia á la Sra. Audrey, que con su hermana Guineta llegaron á cazar hasta siete perdices, mientras el pobre Désboro no pasó de una: en mi vida he visto hombre más torpe y bobo que éste. La heredera no aguantó mucho y se escabulló pronto, de lo que nos alegramos todos. Nada tenía que hacer allí sino charlar, pues no piensa sino en enamorar á Carlos, que no ha sido invitado sino con el objeto de que pida su mano; y ahora que vamos sólo cuatro á dar un paseo á caballo, ellos dos van á quedarse en casa para decirse piropos.

Parte en efecto la cabalgata y la Sra. Guineta monta con maestría la terrible yegua castaña, que da mil corcovos y brincos antes de partir. Promete á Crespo que mañana la montará él; pero yo me propongo impedirlo por todos los medios posibles.

Cuando los cuatro jinetes han partido, el Sr. Désboro me invita á ir á admirar los invernáculos, y acepto gustosa. Al mismo tiempo la heredera dirige la misma invitación al coronel Montagú, quien acepta también, con su habitual languidez.

El Sr. Désboro marcha conmigo de prisa, á fin de dejar bien atrás á la otra pareja, y me dice:

—Este caballero puede considerarse muy afortunado, si llega á conseguir su mano.

Como no me siento con fuerzas para darle una respuesta cortés, me callo y disimulo, poniéndome á mirar las flores. Cuando hemos dado una vuelta, divisamos á nuestros enamorados sentados bajo un árbol.

—Ya me esperaba que no nos iban á seguir por mucho tiempo—me dice Désboro, con maliciosa sonrisa.

Continúo fastidiada y hallando el tiempo eterno, como sucede á todo el que sufre, hasta que llega la hora de comer. Todo ocurre con la monotonía de la víspera; tengo que resignarme á oír las majaderías de Désboro, á contemplar los encantos, al menos negativos, de la joven heredera y á mirar á hurtadillas al coronel Montagú, aunque no hay temor de que nuestros ojos se encuentren, pues ni una vez siquiera ha mirado él en dirección á mí, por más que hoy parece mucho más alegre, pero conversa con todos menos conmigo. Mi corazón rebosa de indignación, cuando pienso en la escena de hace cuatro meses no más, en el parque de Alford, donde me declaraba estar decidido á sacrificarlo todo por amor hacia mí.

La comida ha terminado, y cuando pasamos las mujeres solas al salón, suplico á la Sra. Guineta que no insista en que Crespo monte al día siguiente la fogosa yegua castaña.

—Yo sé que monta bastante bien—le digo—pero tiene poca práctica, y por si acaso le sucediera algo . . .—y no puedo acabar la frase, al figurarme la posibilidad de una desgracia.

Ella se echa á reír, y desdeñosamente exclama:

—¡Pobre muchacho! Es milagro que con tal educación conserve aún un resto de energía y fuerza. No será extraño, en efecto, que uno de estos días le suceda algo, como ordinariamente ocurre á las gentes más mimadas.

Contengo cuanto me es dable mi indignación; pero mi aversión hacia la Sra. Guineta aumenta de minuto en minuto, y puedo asegurar que no habrá poder humano que me haga poner de nuevo los pies en su casa.

Cuando los caballeros vuelven del comedor, Lord Résboro se sienta á mi lado y me dice, aludiendo á Crespo:

—Vamos, hoy todo marcha á las mil maravillas. ¡Qué suerte la de este muchacho, de tener una hermanita que lo obliga á andar muy derecho!

Este hombre me es profundamente antipático, y de buena gana le haría un nuevo desaire. Así es que le respondo sarcásticamente:

—¡Por cierto que revela mucho tacto y delicadeza el hacer alusión á un incidente tan agradable!

—¡Vive Dios, que no ha sido mi intención el ofenderla! No debe usted tomar las cosas con tanto rigorismo: nadie estima un ápice menos á su hermano, porque haya bebido un poco más de lo regular una vez en su vida.

—Cierto que hay personas que aun lo estiman algo más por eso mismo—replico desdeñosa—á fin de rebajarlo así hasta su propio nivel.

Mi adversario no hace más que reirse, y exclama:

—¡Cáspita! que golpe tan certero; confiese usted que eso lo dice por mí.

Guardo profundo silencio, y él prosigue, después de una pausa:

—Parece que Carlitos hace ahora la rueda á la heredera, ¿no es cierto? Yo estaba persuadido el invierno pasado de que estaban ustedes enamorados; y me felicito de que todo haya quedado en nada, pues no es dable pensar seriamente en esas cosas, cuando ambos carecen de fortuna ¿no es así?

Si en este momento no nos hubiese llamado á todos la Sra. Guineta para jugar, por cierto que habría dejado con la palabra en la boca á este personaje tan tosco y antipático. La dueña de casa tiene muy distinta opinión de él, aunque acaso no hubiera yo sospechado nada, si la heredera no me hubiese hablado antes; más ahora que estoy en el secreto, me doy cuenta fácilmente de que á nadie trata ella como á su Lord Résboro.

—No tengo ganas de jugar esta noche—le responde él—voy á charlar un rato con la Señorita Diana, pues bien

sabe usted que somos viejos amigos—añade con una carcajada.

—Sí, venga usted—le dice con tal dulzura, que involuntariamente miro si está cerca el Sr. Désboro—venga usted, que esta noche vamos á jugar. Venga usted también Señorita Caré, que hoy me propongo ser muy afectuosa.

Comenzamos todos á jugar en buena armonía, hasta que surge un incidente entre los dueños de la casa. Aunque no jugamos á interés, la Sra. Guineta se empeña en hacer apuestas en el juego, que me parecen muy elevadas y pierde con ellas bastante. Al fin exclama picada, dirigiéndose al coronel Montagú:

—¡Mire usted que suerte la mía! Con lo de ayer ya voy debiéndole á usted cincuenta libras. Debía haberle pagado á usted desde por la mañana; pero qué quiere usted, no ha habido modo de sacarle el dinero á mi dueño y señor . . .

Á esto responde con encono y pomposamente Désboro:

—Ya os tengo dicho, señora, una y mil veces, que no estoy dispuesto á pagar vuestras deudas de juego, y que ninguna fortuna podría resistirlo.

—¿De veras?—replica ella desdeñosa, y agrega volviéndose a Résboro.—Me veré pues precisada á recurrir á usted, ¿no es verdad que las habría usted pagado sin chistar, si su tío y primo se hubiesen ido á pique con unas veinticuatro horas de anticipación?

Me quedo estupefacta al oír semejante lenguaje. Alzo los ojos, temiendo una tempestad; pero me equivoco; Lord Résboro sigue estudiando atentamente su juego, los esposos se lanzan dos furiosas miradas, y Montagú, con sumo tacto, cambia la conversación, y el juego continúa como si nada hubiese ocurrido.

Entonces me digo yo: he aquí uno de los frutos del matrimonio sin amor.

CAPÍTULO XXXIV

EL día siguiente ofrece poco que contar, pues no hay cacería y nos limitamos á ir á visitar las ruinas de una antigua abadía, situada á tres leguas de distancia. Estudiosamente dejan al coronel Montagú solo con su heredera, y los otros los miran de lejos y se ríen, como para decir que las negociaciones hacen progresos. El pobre Crespo, sin saber el mal que me hace, se deleita en irme señalando esos progresos y diserta acerca del próximo desenlace. Por más que ella no me inspire ni pueda inspirarme celos, no hay mujer que pueda mirar sin sufrir que el hombre á quien ama corteje á otra, aunque sea mal de su grado y por mero interés.

Me es muy grato oír las felicitaciones de la Sra. Guineta al coronel, tanto por sus proezas en la caza como por haber montado tan bien esa mañana su fogosa yegua castaña: está visto que no es tan lánguido é indolente como él trata de aparentar. La heredera oye estos elogios con la satisfacción de la que cree se dirigen á un ser que le pertenece y yo la miro con desdén é invencible repugnancia.

Al día siguiente los demás vuelven á ir á cazar y el Sr. Désboro me lleva á pasear en coche. Cuando nos vemos por la noche reunidos en el salón, la Sra. Guineta me invita por primera vez á que cante. Me siento al piano, y cuando ya había cantado dos estrofas veo entrar al coronel, que en vez de sentarse al lado de la heredera, que le hace sitio, va á colocarse tras del cortinaje de una ventana, frente á mí, aunque no puedo percibir si me mira. No sé qué se apodera de mí entonces; pero lo cierto es que interrumpo la otra canción y comienzo la famosa de los "*Venturosos*

días” pues sé que cada frase tiene que irle al alma, ¡si es que la tiene!

Mi alma entera creo que se exhala en las últimas notas, y siento lágrimas en mi voz, en mis ojos y en mi corazón. Mi emoción es tal al concluir, que, so pena de que todos la lean en mi rostro, antes que nadie me diga una palabra de felicitación, me levanto y me escapo al jardín, encaminándome presurosa en dirección al lago. La noche de luna es espléndida, como aquella otra, cuyo recuerdo me ha hecho cantar casi sollozando. Deténgome acongojada al llegar á la orilla, y al contemplar las serenas y centellentes aguas, casi me vienen ganas de sepultar en el fondo de ellas todas mis penas. En ese momento oigo pasos detrás de mí y en el acto siento como una conmoción: quién sabe, me digo, si es él, que todavía piensa en mí; quién sabe si. . . Permanezco inmóvil, sin siquiera volver la cara, hasta que siento una mano que me coge del brazo; alzo los ojos, y éstos se encuentran con los del repelente Lord Résboro.

—¡Hola!—me dice con retintín—¡conque no había concluído todo entre usted y Carlos!

En vez de contestarle me preparo á huir; pero él se apodera de mi brazo, y me detiene diciendo:

—¡Alto! No hay para qué darse tanta prisa.

—¿Qué pretende usted? ¡Deje usted que me vaya!—haciendo esfuerzos para desasirme de sus garras.

—No se haga usted daño; ya sabe usted que soy muy fuerte y que no permitiré que se vaya hasta que hayamos conversado un poquito, á no ser que quiera usted armar un escándalo y se eche á gritar, cosa de que no la creo á usted capaz.

—Bonito es el uso que hace usted de su fuerza, deteniendo á una débil mujer contra su voluntad, sólo en virtud de la fuerza bruta.

—Pues entonces, venga usted á sentarse por su gusto, ahí—dice señalándome una silla inmediata.—No permito que vaya usted más lejos. No tema usted que piense usar de mi fuerza para violentarla en lo más mínimo; lo único que me propongo es hacer á usted una pregunta.

Toda lucha con él sería imposible é indecorosa de mi parte, y por lo demás, me juzga bien al creer que soy incapaz de dar voces y armar escándalo. Limítome pues á decirle, conteniendo mi cólera :

—Entonces, suélteme usted el brazo.

Él obedece, yo voy á sentarme bajo del árbol, y le digo con energía :

—Dígame usted ahora qué se le ofrece.

—Necesito saber—me dice con tono menos chocante que de costumbre—¿por qué me aborrece usted tanto? creo que usted huye de mí como sólo se huye del diablo.

—No deja usted de parecerse al genio del mal que tengo en una estampa de mis libros devotos—le contesto sin vacilar.

Este hombre me causa el mismo horror, y á todo me sometería por verme libre de su odiosas majaderías; hasta lo creo capaz de estrangularme y echarme al lago; pero me siento tan desesperada y harta de todo, que nada me causa miedo.

—No venga usted á decirme que me detesta sólo porque me parezca al diablo—replica pensativo: éste no es un gran obstáculo á los ojos de una mujer . . . y principalmente cuando es buena. Por otra parte, usted no tiene por qué saber que yo sea bueno ó malo: ¿cómo lo sabría usted? En esta materia no puedo ser más calavera y endiablado que Carlos, y sin embargo, á él no le aborrece usted. Es cierto que yo no tengo su voz melodiosa y sus modales encantadores, que tanto poder ejercen sobre las mujeres. ¡Qué quiere usted! He llevado siempre una vida muy dura, y he corrido continuamente en pos del peligro y la fatiga, en vez de pasar mi tiempo diciendo flores y ternezas á las damas. Pero á todo esto, aún no me ha dado usted la verdadera razón de su odio hacia mí.

—El por qué yo misma no lo sé casi, ni importa averiguarlo. Todo lo que sé es: que detesto á usted, y puesto que también lo sabe, paréceme que sería más caballeroso de su parte el dejarme en paz y no fastidiarme por más tiempo con su compañía.

—¡Vaya, que no se va usted por las ramas, vive Dios!—me dice, mirándome con estupor.—¿Por ventura no le da á usted miedo el decir tales cosas? Parece que no reflexiona usted en que podría echarla al lago y ahogarla en un minuto.

—Por cierto que si lo pienso, y creo que es usted muy capaz de hacerlo; pero me importa un bledo, y sería usted muy bien venido: la vida no me interesa y estoy harta de ella.

—¡Pobrecita niña!—me dice con tono lastimero, que me hace horrible impresión. Y después de una pausa agrega: ¿Conque es cierto que me odia usted? Pues bien, yo no me doy por vencido fácilmente, y se me ha clavado entre ceja y ceja, que ha de acabar usted por simpatizar conmigo antes de que nos separemos.

—¿De veras?—replico desdeñosa.—Considero á usted capaz de imitar á Hércules en sus proezas, pero, en este caso, creo que le faltarán las fuerzas.

—Nadie negará á usted en todo caso la sinceridad y la franqueza. También es usted muy bonita y muy animosa, y por más que me trate con tanta saña y severidad, no puedo menos que tenerle cariño. Pero debería usted ser siquiera cortés conmigo—agrega riéndose y entonces la querría yo mucho más. Por regla general no tengo fe en las mujeres, pero en usted sí. Acaso será porque usted es la primera mujer que me ha tratado mal, desde que soy Lord. Podrá usted creer que esto no es sino una fanfarronada; pero le doy mi palabra de que raras son las mujeres que no se precipitarían en mis brazos si yo se los abriera, y que se darían por muy felices si pudieran llamarse Señora Résboro. —Y, añade con sarcástica sonrisa.—No cuento á usted en este número, y supongo que no lo haría.—Dice esto sentándose, aunque á respetable distancia, pero mirándome curiosa y furtivamente.

—Por cierto que no lo haría—respondo muy de veras. No lo haría, ni aunque fuera usted diez veces Lord Résboro, y que tuviese un millón de libras de renta.

—Qué joven tan original es usted! Ya lo creo que no

lo haría usted. Indudablemente, desde que ha podido usted rechazar á Seldon, que pronto será duque y es un chico guapo y excelente, no debo figurarme tener mejor acogida.

—¿Ha concluído usted lo que tenía que decirme?—digo haciendo ademán de levantarme.

—No se vaya usted. Permanezca usted, voluntariamente, unos minutos más en mi compañía ¿quiere usted hacerlo así, de buena gana?

Esta vez emplea un tono tan suave, que no puedo dejar de complacerle.

—No me maravilla en manera alguna, antes lo comprendo muy bien, el que me juzgue usted como un ser grosero y brutal—me dice en voz baja.—Yo tengo plena conciencia de ello, pero las mujeres nunca lo advierten: tendrían de ellas mejor idea si así fuera. Yo no he sido muy afortunado, y Dios me es testigo de que con frecuencia he deseado ser mejor. Usted comprende que cuando un hombre se ha educado por su cuenta, y como ha podido, sin contar siquiera con la influencia de alguna mujer medianamente buena, fatalmente crece con ideas más bien groseras acerca del bello sexo; y si para colmo sucede, como en mi caso particular, que tiene uno por madre á una diez veces peor que ninguna otra, no hay que admirarse de que uno siga el mal camino.

Esta es la primera vez en que mi interlocutor me inspira alguna simpatía.

—En mi vida he querido á más mujer que á una—y con la mano señala el castillo.—Me figuro que usted ha oído contar la historia: la separaron de mí, sólo porque yo era pobre. Si entonces, es decir hace diez años, hubiese conocido á una señorita como usted, esa habría sido mi salvación: hoy ya no espero hacer gran cosa de bueno. Á mi juicio, no puede ser feliz en este mundo el hombre que no se prenda de veras de una mujer buena. ¿Qué idea quiere usted se forme de las mujeres el que las ve á diario venderse á cualquier miserable que dispone de la fortuna suficiente para comprarlas? Y si no, contemple usted á

ese despreciable zopenco, dueño de esta finca; y esté usted persuadida que ella era una niña de mucho carácter y de corazón, ó me figuraba yo que lo tenía.

—¿Por ventura sólo las mujeres se venden?—le pregunto picada, al recordar el otro caso que actualmente se presenta.

—Le doy á usted mi palabra, que no comprendo lo que quiere decir—responde, volviéndose hacia mí, y evidentemente adivinando mi pensamiento.—Carlitos, es en efecto un muchacho tierno y sentimental: será completamente desgraciado con esa criatura. No es *posible* que se case con ella, por más que ahora mismo trabaje en ese sentido. No hay mozo mejor que Carlos sobre la tierra, y aunque usted me aborrece—riéndose—mi más ardiente deseo sería el ver á ustedes unidos para siempre, se entiende, con dinero, y no sin él.

—Sabe usted que ya no lo detesto como antes—le digo tendiéndole mi mano, que el besa por vez primera, y sin que me cause ya repugnancia su contacto.

—Vamos á hacer un pacto—exclama entusiasmado.—Prométame usted que tratará de ser más cariñosa conmigo en adelante, que yo por mi parte me comprometo á ser menos brutal y tosco cuando esté en su compañía.

Tal es el extraño é imprevisto resultado de esta forzada entrevista. Regresamos á casa amigablemente, sin que me cause ya ninguna repugnancia el encontrarme sola con él, de noche, y á orillas del lago.

Antes de regresar al salón voy un momento á mi cuarto para arreglarme el pelo. Después, al pasar por una solitaria y obscura sala, me ocurre la idea de acercarme á una de sus ventanas para admirar aún la hermosa luna, quedando yo, sin pensarlo, oculta en el vano, tras del espeso cortinaje. Apenas habían pasado cinco minutos, y me preparaba á retirarme, cuando oigo los pasos ligeros de una mujer y después los acompasados de un hombre. Veo al mismo tiempo entrar á la Sra. Guineta seguida del Lord, de suerte que ya me es imposible salir de mi involuntario

escondite. Oigo entonces los sollozos de ella y la voz de éste, que le dice:

—Por amor de Dios, no llore usted: ¿que desea usted que haga?

—No puedo aguantar por más tiempo á ese hombre; mi vida es una perpetua tortura. Lo aborrezco cada vez más, y me repugnan su vulgaridad y ruindad en sumo grado; y después de lo que le dije anoche, no cesa de éxasperarme, hablándome de usted y hasta me ha dicho que por qué no me marchaba en su compañía.

—¡Maldito sea! Querida niña ¡cuán de sentirse es que en aquel entonces no me aceptase usted con mi pobreza! Dios sabe, que yo estimo hoy mi vida en poco, y que si no fuera por consideración á usted y á su reputación, ya haría tiempo que la habría separado de él; pero después eso le pesaría, y yo la quiero á usted mucho, y . . .

No puedo resignarme á oír más, ni á prolongar mi agonía. Súbitamente me resuelvo á salir y me voy al salón. El coronel, que está cerca de la puerta, me dice:

—¿Qué novedad ocurre? ¡Qué pálida está usted! ¿ha visto acaso algún fantasma?

—Sí . . . no—baluceo, dejándome caer en un sillón.

—Dígame usted—inclinándose y hablándome al oído—yo ví que Résboro salió detrás de usted; ¿acaso él habrá tratado? . . .

—No, no; Lord Résboro y yo somos hoy los mejores amigos, y hemos . . . hemos estado admirando un rato esta noche de luna tan hermosa.

—¡Hola!—mirándome con aire de incredulidad.—No tengo á Résboro por el mejor de los compañeros de una señorita para pasear durante una noche de luna—agrega con un tono, que revelaría celos, si no estuviese yo tan persuadida de que le soy indiferente.

No volvemos á ver á la Sra. Guineta y su hermana viene á decirnos que se sentía muy fatigada y que se ha ido á acostar. Lord Résboro llega después muy sereno, como si

nada hubiese ocurrido, y dirigiéndose á mí, me dice, con una mirada significativa:

—Usted se ha olvidado de mostrarme en el invernáculo la flor de que hablamos.

Veo que no lo puedo evitar y lo sigo. Una vez que nadie puede oírnos, me dice en voz baja:

—Yo sé que era usted la persona que estaba en la salita. No se empeñe usted en disculparse, pues yo estoy seguro de que ha sido mera casualidad. Pocas mujeres habrían sido capaces de retirarse en el momento en que usted lo hizo. Nada tengo que temer, pues sé que puedo contar con usted, y que sabrá guardar nuestro secreto.

En este momento, mientras él, inclinado, me habla con tanto calor, diviso á Montagú que penetra en el invernáculo.

CAPÍTULO XXXV

EL sábado no ocurre nada de notable, á no ser que ya trato á Lord Résboro con más cariño, y que la Sra. Guineta se muestra cada vez más fría, pues parece que no puede dominarse, á fin de usar conmigo siquiera la misma cortesía que con los demás.

El domingo todos se levantan tarde, y á las diez y media todavía no hemos concluído de desayunarnos. Como veo que nadie habla de ir á los oficios, le pregunto con timidez á la dueña de la casa si no está lejos el templo.

—¿Tiene usted intención de ir?—me pregunta con arrogancia.—¿Acaso desea usted ir en carruaje, pues la distancia es de media milla?

—No, gracias—le contesto, y volviéndome á Crespo le digo:—¿No quieres venir conmigo?

—No sé qué hacer: en el colegio vamos tanto á la iglesia, que bien podría dejar de ir, por una vez, sin gran daño.

—¡Sí, ven conmigo!—le digo en voz baja.

—Vaya usted con su hermanita, como un buen niño obediente—le dice con sorna la Sra. Guineta.—Ella teme dejarlo á usted solo conmigo, porque yo podría sugerirle alguna idea pecaminosa.

Esto lo decide á quedarse, y yo emprendo sola mi camino. Tengamos paciencia, me digo, que todo esto acabará pasado mañana.

La tarde es también bastante triste para mí. El coronel Montagú pasea á su linda heredera por el lago, la Sra. Guineta sale en faetón en compañía de Crespo, sin duda para mortificarme más, los esposos Audrey se van no sé

donde, y yo me quedo, como siempre, sola. Désboro, compadecido de mí, me invita á dar un largo paseo á pie, lo que acepto agradecida, pues aunque su compañía no me agrade gusto mucho de hacer ejercicio. Me resigno pues á escuchar sus relatos acerca de los grandes de este mundo, que ahora ya conozco un poco. Por la noche los demás juegan, como de costumbre, á los naipes. Crespo se niega al principio, pero la Sra. Guineta hace burla de sus escrúpulos.

—Yo no sé lo qué será de su moral, Crespo—le dice en son de zumba—cuando no tenga usted á su lado á su hermana que lo vigile.

—Vamos—le dice Résboro, saliendo inopinadamente en defensa mía—si yo hubiera podido contar con una hermana parecida, que mirara por mi moral, habría conseguido ser un mozo mucho mejor de lo que soy. Amiguito, no se formalice usted si le hacen zumba, ni se avergüence de seguir los buenos consejos.

La Sra. Guineta le lanza una mirada furiosa, y le dice con amarga sonrisa:

—¿Si es usted tan aficionado á los buenos consejos, por qué no se busca por ahí alguna joven santurrona que le convierta? Sería aún mejor una esposa que una hermana.

Le dirige él entonces una mirada tan significativa, que cualquiera puede traducir así: “bien sabes por qué no lo hago.” Ella baja los ojos y la conversación continúa.

Por poco devota que haya sido nuestra educación, nunca me imaginé que mi querido Crespo rehusara ir á la iglesia y se pusiera á jugar un domingo.

Crespo aun no ha montado la yegua castaña; pero el lunes, á la hora del desayuno, le dice quejoso á la Sra. Guineta:

—Después de tantas promesas, Sra. Guineta . . .

—Hoy la ha de montar usted: como garantía aquí está mi mano—ofreciéndosela, y Crespo sonrojado la aplica á sus labios.

—¡Bravo, muchacho!—exclama Lord Résboro, riendo á carcajadas.

¿No es verdad que el joven es una alhaja?—dice ella, dándole una cariñosa palmada en el hombro.—Estoy segura de que si me lo dejaran, sólo por un mes, libre de influencias contrarias, llegaría á ser un dechado perfecto.

En tanto yo me digo, rechinando los dientes: ten paciencia hasta mañana.

Voy después á su gabinete, á fin de hacer una última tentativa para que desista de su descabellado proyecto, y le digo:

—Os conjuro encarecidamente y por última vez, no permitáis que mi hermano monte esa yegua tan resabiosa y que pondrá su vida en peligro.

Como de costumbre, su respuesta es una negativa desdeñosa.

—Si á usted no le importa lo que le pueda suceder á Crespo, en cambio á papá y á mí nos afectaría sobremanera, y nunca nos consolaríamos.

—Mi palabra está empeñada, y no tengo la menor intención de faltar á ella—me contesta secamente.

—¡Pues entonces, lo que suceda caerá sobre usted; si muere diré que usted lo ha *asesinado!*

—Señorita Caré, usted se propasa—me dice con arrogancia.

—Nunca la olvidaré á usted, ni todos los esfuerzos que ha hecho para echar á perder á Crespo—le digo indignada, y me retiro.

Cuando oigo dar las cuatro, que es la hora designada, mi emoción llega á su colmo. De buena gana me encerraría en mi alcoba para no ver lo que pase; pero los caballos esperan delante de la puerta, y siento que algo me impulsa á bajar. Crespo, rebosando de alegría, se prepara á montar; la Sra. Guineta le dice:

—Conviene que monte usted antes que todos y se vaya caminando despacio, porque la bestia se impacienta cuando la hacen aguardar.

El animal se resiste obstinadamente á dejarse montar. Yo, con el alma en un hilo, contemplo los esfuerzos de

Crespo; siento que me flaquean las piernas é instintivamente me apoyo, para no caer, en el brazo de Montagú, quien cariñosamente me alienta:

—No se asuste usted, que una vez montado todo irá sin novedad.

Pero lejos de eso; la bestia corcovea, respinga y se encabrita de lo lindo. Mi agonía es indecible. En esto la Sra. Guineta le grita:

—No hay que sofrenarla, y deje usted que marche voluntaria.

Mientras dice esto, la famosa yegua castaña se encabrita de nuevo, parándose horriblemente en dos pies, y yo grito como una loca:

—Por piedad, os conjuro por lo que os sea más caro, que lo ayudéis á que se apee—soltando el brazo del coronel, que le grita:

—Crespo, vale más que se apee usted.

Montagú se acerca á él, pero en el mismo momento la bestia se vuelve á encabritar, resbala y cae sobre mi pobre hermano. El animal se incorpora enseguida; pero Crespo yace á mis pies y al lado de Guineta, inmóvil como un muerto.

—¡Fuera de aquí!—le grito furiosa.—¡Cuidado con acercarse á él; usted es quien lo ha asesinado!—y se retira confusa, sin contestarme; pero al irse va diciendo entre dientes:

—Pues iré yo misma en busca del médico, porque nadie podrá hacerlo con más prontitud.

Todos los demás contemplan aturdidos á mi pobrecito hermano, que yace inanimado, con todas las apariencias de un cadáver. El coronel Montagú y Lord Résboro se ofrecen á transportarlo á su cuarto, y yo los sigo, repitiéndome en medio de mi amargura: ¿qué dirá papá, cómo se le podrá comunicar tan fatal noticia?

Por fin me resuelvo á recurrir al mismo hombre á quien tanto he amado y me atrevo á decirle, balbuceando y con temblorosa voz:

—¿No tendría usted inconveniente en ir á ver á papá, y darle la noticia, con mucha precaución y maña, porque de lo contrario el golpe lo mataría?

—Con el mayor gusto lo haré, y parto en el acto. ¡Pobrecito Crespo!—y se le llenan de lágrimas los ojos. ¡Si supiera yo al menos expresarle cuánto me afectan sus sufrimientos! Tenga usted paciencia, y mucho ánimo.

Se marcha y me quedo sola en la alcoba de Crespo, con Lord Résboro, quien me dice cariñoso:

—No es posible saber á qué atenerse hasta que llegue el médico: yo he visto muchos casos de personas que parecían muertas, sólo en virtud de violenta conmoción cerebral.

Muevo la cabeza, diciéndole:—¡Ay, Dios mío, está muerto; muerto sin duda!

—¡Pobre muchacho; pobre niña!—exclama él, con voz entrecortada por la emoción.

—Bien había prevenido á la Sra. Guineta que tanto haría, que acabaría por ser la causa de su muerte. Ella hubiera querido acabar con su cuerpo y su alma, mas sólo ha logrado matar su cuerpo.

—No diga usted esas cosas, pues no ha tenido ninguna mala intención y lamenta y sufre en el alma la desgracia que ha ocurrido.

—¡Conque sufre!—repito con aire sarcástico.—¿Qué le importa á ella todo esto, y qué caso hará de ello dentro de ocho días? Mientras tanto—entre sollozos—¿qué será de papá y de mí sin él, durante el resto de nuestra vida? Y caigo de rodillas, deshecha en llanto al lado de la cama, implorando á Dios como una loca y pidiéndole que me devuelva á mi inolvidable Crespo.

En esto se oyen pasos en el corredor y veo entrar á una persona desconocida que se acerca, contempla su rostro, le toma el pulso y veo que hace una mueca. Yo murmuro: ¡Es que está muerto! y al mismo tiempo veo entrar con semblante cadavérico á la Sra. Guineta, que se acerca también á la cama. Al verla me incorporo y exclamo con voz ronca:

—¡Salga usted de aquí! ¡No venga usted á deleitarse en su obra; no olvide que es usted quien lo ha muerto y que sin usted estaría ahora vivo!—y al mismo tiempo le doy un empujón hacia la puerta.

Fué tal la conmoción nerviosa que se apoderó de mí, que caí de espaldas y sin sentido en brazos de Lord Résboro. Al volver en mí me hallé medio vestida, acostada en mi cama, entre una buena mujer y un caballero que indudablemente era el médico. Aquélla dijo entonces á éste:

—¡Gracias á Dios que al fin ha recobrado sus sentidos la pobre señorita!

Paseo mis miradas de uno á otro lado, sorprendida, é involuntariamente cierro de nuevo los ojos. Entonces lo oigo hablar de mí y siento que una mano me toma el pulso: comienzo á darme cuenta de que he estado enferma; poco á poco mi cerebro se despeja y acabo por recordar todo lo que ha pasado. Me incorporo y mi primera palabra es para preguntar:

—¿Ha muerto? ¿Ha llegado papá?

—No no; no ha muerto—responde el doctor, con acento afectuoso—pero trate usted de no impresionarse.

Dirigiéndole una mirada penetrante, que trata de leer en el fondo de su alma, le replico:

—¡No ha muerto, no ha muerto! ¿Pero vivirá?

El médico, volviendo la cara á un lado, responde en voz baja:

—Haremos cuanto sea dable.

Vuelvo á caer sobre la almohada exhalando un gemido, y exclamo:

—¡Pobre papá, pobre papá! ¿Quién acompaña á Crespo? Espero que no sea *ella*, pues no permitiré que se le acerque. Es preciso que yo me levante y vaya á verlo—y hago un nuevo aunque vano esfuerzo para incorporarme.

—Aguarde usted un poco—me dice suavemente el médico. —Irá usted muy pronto; pero en este momento no puede usted ser allí de ninguna utilidad.

—Pues si dice usted que está aún vivo, era natural que

estuviese usted más bien á su lado—le digo, mirándole fijamente.

—Es el caso que en este momento mi presencia es más urgente al lado de usted, y los demás me habrían venido á llamar, si . . . si hiciera falta por allá.

—Por cierto que debe usted hacer falta, si está aún vivo: luego no vive ya, y usted sólo trata de engañarme.

—Hace veinte minutos—que estaba vivo; pero como por ahora ya no le hago á usted falta, voy á ir á verlo. No hay que olvidar, que si quiere usted asistirlo, es preciso dominarse y revestirse de gran serenidad, ánimo y paciencia.

Cuando él se ha retirado suplico á la criada que me ayude á vestirme y con ella, que me da el brazo, me dirijo á la habitación donde mi queridísimo hermano lucha entre la vida y la muerte. La Sra. Guineta, aun en traje de montar, viene á mi encuentro, con los ojos enrojecidos y las mejillas bañadas en llanto, y en tono suplicante me dice:

—No me obligue usted á retirarme. Si supiera cuánto y cuánto sufro, no se mostraría usted tan implacable conmigo: censúreme y detésteme si así le parece; pero, por Dios, permita usted que me quede aquí.

Retrocedo ante ella; pues el exceso de mi dolor ha ahogado mi indignación, y así la dejo que se quede en el cuarto. Arrodíllase á los pies de la cama, del lado opuesto á mí, y apoyando la frente en las manos, contempla una y otra vez esa belleza inerte y marmórea, que no da señal alguna de vida. El médico pide una vela y lo observa, pero no ocurre cambio ninguno. En esto se oye el ruido de un carruaje, que es sin duda el de papá; salen entonces Guineta y el doctor y vuelven con él al cabo de poco tiempo, pero que á mí me ha parecido eterno. Lo veo entrar pálido y acercarse á la cama donde expiran todas sus esperanzas: hay en la vida momentos supremos, de agonía como de dicha, en que el lenguaje de nada nos sirve. Entrelazamos pues nuestros brazos silenciosamente, dominados por una indecible emoción. Después él se arrodilla, se apodera de la helada mano de su hijo querido y la inunda con su llanto.

Papá se domina al fin y pregunta al doctor:

—¿Queda alguna esperanza?—Mientras la vida existe hay siempre esperanza—responde éste.

Pero lo mismo se pasa la noche, y vuelve la luz del día, sin que haya hecho aún el menor movimiento. Papa y yo nos miramos con temor, al contemplar su rostro color de cera; pero el médico que nos observa, nos vuelve á decir: no; todavía hay esperanza.

CAPÍTULO XXXVI

MUY de mañana llega de Londres el médico famoso á quien la Sra. Guineta había teleografiado, y que todos esperábamos con tan grande ansiedad. Éste al llegar no halla nada que modificar á lo ya prescrito por el médico del pueblo. Toda su ciencia no le sugiere nada para reanimar ese rostro cadavérico, ni para imprimir movimiento á sus rígidos miembros. Lo único que le es dable es prodigarnos frases consoladoras, y entre otras cosas nos dice que ha visto algunas veces casos semejantes, en que el paciente ha permanecido insensible casi veinticuatro horas, y que al cabo ha recobrado sus sentidos y se ha restablecido. No hay pues que perder la esperanza, nos dice, y después de hablar aparte con su colega, se despide, dejándonos tan desconsolados como antes.

Pero á pesar de todo, al fin y al cabo nuestro querido Crespo volvió en sí, y poco á poco fué acentuándose la mejoría, después de haberse encontrado en los umbrales de la eternidad. Más tarde, cuando nuestro pobre enfermo estuvo en estado de partir, me alejé llena de gozo de esa malhadada casa, en la que había pasado las más horribles horas de mi vida. La Sra. Guineta ha ganado mucho á mis ojos, por su abnegada conducta durante la gravedad de mi hermano, pasando con nosotros las noches en vela, y revelando tener más corazón del que yo le suponía. Por lo que hace á Lord Résboro, sólo diré que toda mi antigua antipatía se ha convertido en la más cordial amistad; y en cuanto al coronel Montagú—¡ay, no puedo hablar de él!—por más que él no pueda ser nada para mí, me queda la satisfacción y el placer de pensar, que el ídolo á quien había consagrado mi culto bien lo merecía.

Parece como si la suerte se complaciera en burlarse de nosotros, ofreciéndonos en los momentos más solemnes los más peregrinos contrastes. Cuando precisamente se hallaba nuestro Crespo entre la vida y la muerte, he aquí que papá recibió una carta, anunciándole la muerte en el extranjero del único hermano de nuestra madre, quien deja á cada uno de sus sobrinos una renta de trescientas libras, pagadera en el día, sin esperar á que seamos mayores de edad. Semejante noticia habría sido recibida en otro momento con sumo gozo, pero llégando cuando Crespo tenía un pie en el sepulcro, parecía una burla. Mas hoy que ya se puede considerar salvo, la conversación acerca de esta inesperada fortuna nos suministra un tema delicioso, y Crespo y yo no nos cansamos de departir acerca de nuestra riqueza y del empleo que hemos de darle.

Así ha trascurrido el mes de Septiembre; entramos en Octubre, y trátase ya del próximo regreso de Crespo á su Colegio de Eton. Éste ha ido hoy con papá á dar un paseo en carruaje, y yo me voy á pasar la tarde con un libro en el fondo de nuestro pobre huerto. Apenas he leído algunas líneas me detengo, pues diviso á través de las malezas una silueta de mujer, que parece buscar algo y veo que viene en dirección al sitio donde me hallo. No tardo en reconocer á la criada Sally, á la que pregunto al acercarse:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Con su permiso, señorita: ahí está esperando á usted Sir Héctor Montagú—me grita con todas sus fuerzas.

—¡Voy en seguida!—contesto, después de un momento, en que mi mente evoca la visión del difunto tirano, y cuya visita no me desconcertaría más que la de su sucesor.

Me levanto de mala gana, y con paso lento y el corazón agitado me dirijo á casa.

Héctor miraba en dirección opuesta al entrar yo en el salón; pero cuando se vuelve para saludarme, observo que su semblante ha cambiado mucho, que ha enflaquecido y que su aspecto es más sombrío que en otras ocasiones. Su acogida es también extraña, pues en vez de las frases ordina-

rias de la etiqueta para saludar, me toma la mano y me dice:

—En otro tiempo usted me brindó su amistad, que temo haber rehusado con cierta descortesía. Pues bien, ahora vengo á solicitarla de usted.

Después pasa bruscamente á hablarme de Crespo, diciéndome:

—No he logrado saber lo ocurrido sino al cabo de algún tiempo.

Le pregunto entonces por su madre, y me responde:

—Precisamente ella es la que motiva mi visita, pues sin ese pretexto no habría acaso tenido valor de venir. Mi pobre madre se halla sumamente abatida, y decae visiblemente desde la muerte de mi padre. Parece mentira—exclama—pero es curioso observar cómo las mujeres se forman la ilusión de que siempre el difunto debía estar adornado de todas las virtudes imaginables. Lejos de mí el querer insinuar ningún recuerdo desagradable respecto á los difuntos, á quienes la muerte imprime un carácter sagrado; pero eso no quita que el caso sea curioso y llame la atención.

—La Sra. Montagú mostró siempre gran afecto á Sir Héctor, y siempre me figuré que su muerte le haría honda impresión.

—No cesa de echarse en cara que no ha hecho bastante por complacerle y servirle. Ya es casi una manía, y los médicos le han aconsejado que cambie de residencia; pero no hay poder que la decida á dejar la casa. Se figura que lo único que podría distraerla y mejorarla completamente sería el disfrutar durante algún tiempo de la compañía de usted. Vamos; ¿no se resuelve usted á venir? No se amedrente usted por mí; le prometo formalmente que no la *importunaré*, y aún, si así lo cree usted necesario para su tranquilidad, me ausentaré por completo.

—No hay necesidad de tanto—respondo de mala gana—y me sería muy grato ir á ver á la Sra. Montagú, si cree que puedo servirle de algo; pero . . .

—¿Pero qué?

—Crespo está aún con nosotros, y no es posible que me ausente de casa, tanto más cuanto que papá se afectará mucho cuando mi hermano se vaya á Eton, y yo no me resigno á dejarlo solo.

Pero pocos momentos después llega papá, quien se pone á apoyar la solicitud de Héctor y destruye todas mis objeciones. Mal que me pese tengo que resignarme y queda convenido que el nuevo Sir Héctor mandará el carruaje que me ha de llevar la semana entrante. Papá le invita á comer con nosotros, lo que él acepta, al parecer de muy buen grado. Su fisonomía se vuelve menos sombría, sus labios sonríen con más frecuencia y concluye por parecer muy contento. Antes de marcharse hubo un momento en que volvimos á hallarnos solos.

—No tenga usted al venir el menor recelo—me dice precipitadamente al oído.—Seremos buenos amigos y nada más —añade lanzando un suspiro.—En esto llega papá y entonces se despide de mí.

He aquí pues cómo me encuentro una vez más en Alford, en la misma casa en que un día ví malogrado todo mi porvenir. La Sra. Montagú está muy cambiada: sus buenos colores han desaparecido, sus mejillas parecen de cera y sus ojos se hallan amortiguados de tanto llorar. Me acoge con su natural cariño, pero con sólo verme, se afecta tanto, que las lágrimas vuelven á correr de sus ojos.

—No haga usted caso de mí—me dice, temblándole la voz—pero es, que cuanto me acontece contribuye á recordarme la pérdida que he sufrido.

Al oír tantos lamentos me digo en mi interior, que muchos excelentes maridos no son llorados tanto como el cruel y egoísta autócrata de Alford. Pero con su desaparición todo presenta hoy otro aspecto en su casa; mas aunque todo, en el fondo, ha permanecido lo mismo, ha desaparecido al menos tanta pompa y etiqueta ceremoniosa, y todo el mundo se halla más contento y á sus anchas. Héctor trata con tales miramientos á su madre, que casi me vienen ímpetus de quererlo. Aunque ella no ha modi-

ficado sus hábitos de impuntualidad á la hora de comer, su hijo no le hace la menor observación, por más que con frecuencia tiene que comer la sopa fría aguardándola. Esos miramientos de Héctor son tales, que ha llegado hasta prohibir á los criados que le den delante de ella el tratamiento de *Sir*, á fin de que no le venga á la memoria el recuerdo del difunto.

Á la mañana siguiente de mi llegada Héctor me llevó á ver las caballerizas, y mostrándome dos preciosas jacas, me dijo:

—Estas están destinadas para cuando quiera usted pasear en un carruaje ligero, pues es más agradable que un gran coche. Espero que así estimulará usted á mi madre á acompañarla.

Y acto continuo manda que enganchen y me lleva á dar un delicioso paseo por el parque, y mientras tanto yo no puedo prescindir de pensar en que las jacas las ha comprado expresamente por mí. ¿Cómo es que no quiero á un hombre tan bondadoso y atento? Ha cumplido su palabra de no hacer jamás ninguna alusión al pasado; pero sorprende una de sus miradas, que me revela no haber desistido de su propósito y que espera aún triunfar.

Así van pasando agradablemente los días, hablando con él las más veces de las mejoras que proyecta en Alford y que harán de esta grande heredad un verdadero encanto. Pero en las conversaciones del hijo ni en las de la madre no se ha mencionado jamás el nombre de Carlos, ni aun cuando llega el correo con cartas de él, cuya letra reconozco en los sobres. Me muero de curiosidad por saber si al fin se casará con la famosa heredera, pero me falta valor para preguntarlo. Bien claro se ve por el silencio que ambos guardan que no quieren que yo hable del coronel.

Al cabo de dos semanas comienzo á decirles que es hora de pensar en mi regreso á casa; pero ambos emplean todo género de argumentos para disuadirme de ello. No puedo decir que sea porque no esté muy contenta, y que desee alejarme de ninguno de ellos, bien al contrario. Quiero

muchísimo á la Sra. Montagú y profeso la más profunda estimación hacia Héctor, la que crece de día en día, porque diariamente tengo nuevas prueba de su bondad y abnegación. Examino severamente mi conciencia, y me pregunto si me sería al fin posible otorgarle mi amor; pero cuantas veces me hago esta pregunta mi indómito corazón se subleva y veo que no me es dable ser más que mera amiga suya. No; es cosa resuelta: en mi vida he amado, ni amaré jamás sino á un hombre.

Así pues, es sólo á causa de papá y de lo mucho que sé que sufre con mi ausencia, que deseo cuanto antes regresar á casa. Mas son tantas las instancias de Héctor á que acompañe á su madre algunos días más, que por fin me resigno á permanecer una semana, pero ni un día más; aunque les prometo venir con frecuencia á pasar con ellos uno ó dos días: con esta esperanza me dejan partir.

CAPÍTULO XXXVII

EL frío del mes de Noviembre comienza á hacerse sentir, y Diana, tres días después de su regreso de Alford, hallábase sentada cerca de la chimenea, engolfada en la lectura de uno de los muchos libros que le habían regalado. No había acabado aún de leer el segundo capítulo, que le inspiraba ya bastante interés, cuando oye resonar la campanilla de la puerta de calle, que anuncia las visitas, y exclama de mal humor:

—¿Quién podrá ser? ¡qué fastidio el que vengan á interrumpirme cuando comienza á interesarme tanto esta obra!

No tarda en salir de dudas, pues Susana se presenta, conforme á la etiqueta que se requiere con tal personaje, y anuncia solemnemente:

—¡Sir Héctor Montagú!

Después de cambiar los saludos de estilo, Diana le dice, demostrando el amigable interés que le inspira su salud:

—¡Qué pálido está usted! ¿Acaso no está usted bien de salud?

Héctor se sienta frente á ella y pasa un momento sin responderle, y durante esta pausa Diana puede observar el espantoso cambio que en solo tres días se ha operado en su semblante, que parece el de un hombre enagenado.

Por fin le dice en voz baja, pero nerviosa:

—No es posible que guarde silencio por más tiempo. He cumplido á la letra la palabra empeñada de no decir á usted nada mientras estuvo en Alford; pero el sacrificio es demasiado fuerte, y ya no puedo más. ¿Quiere usted pues darme alguna esperanza? Por Dios se lo pido que lo haga, si le

es posible—acaba, mirándola con ojos escudriñadores y espantosos.

Al verlo así, y al oír tales expresiones, Diana conoció que todos los sentimientos afectuosos que se habían desarrollado en ella, durante las tres semanas pasadas en su casa, se habían extinguido y cedido el puesto á una irresistible aversión. Palideció, y sintió escalofríos de pavor, que no pasaron inadvertidos para él.

—¿Cómo es éso?—exclama indignado—¿en tal grado le causa á usted repulsión lo que digo; le soy á usted tan repugnante; le inspiro tal asco como si la tocara á usted un leproso? ¿Acaso soy tan repelente, que hasta usted, tan caritativa y bondadosa, que no querría dar que sentir á nadie, no pueda menos de temblar de miedo al oír que le hablo de amor?

El tierno corazón de Diana se ve entonces asaltado por los remordimientos, al mismo tiempo que, sobrecogida, dirige una vaga mirada en torno suyo, como buscando un ser invisible que venga en su ayuda, y le dice acongojada:

—¡Oh! no, no; ¡no diga usted tales cosas!

Al mismo tiempo juntando las manos y combatida por los remordimientos, dice mentalmente: ¡Dios mío, cuánto daría por hallar medio de que renunciara á pensar en mí!

Héctor trata de dominarse; pero en la expresión de sus ojos se trasparenta la cruda lucha y la tortura de su alma, y al cabo prosigue así, tímidamente:

—¿No le sería dable á usted tratar de hacer la prueba, á ver si puede tolerarme? ¿No podría usted por grados y poco á poco acostumbrarse á pensar en mí? Estoy seguro de que, de esta suerte y con el tiempo, el amor que le profeso no podría menos de originar en su corazón un sentimiento parecido.

Mas Diana continuaba, como alelada, con los ojos fijos en el hogar de la chimenea, porque no sabía qué contestarle, siéndole imposible darle la menor esperanza. Esta actitud inspiró á Héctor una engañosa confianza, y así agregó:

—Desde aquella memorable noche de Alford, he hecho

esfuerzos indecibles para lograr olvidarme de usted; me juré á mí mismo que avasallaría mi pasión, pero ví que la empresa era superior á mis fuerzas. Desde que falleció mi padre, me impuse las más abrumadoras tareas, á fin de que el exceso de fatiga material y mental concluyera por extinguir mis recuerdos; pero lejos de eso, estaba siempre ansioso de volver á verla, y cuando la ví á usted de nuevo en casa, ésta se transformó en un paraíso, al soñar sólo en la mera posibilidad de que acaso al fin me aceptaría usted. Sólo Dios sabe el sacrificio que me costó no decirle nada en tanto tiempo, y sólo por no faltar á mi palabra empeñada: la he cumplido, pero ahora ya es *indispensable* hablar.

Diana está realmente consternada y no sabe cómo formular su negativa, para que le sea mas llevadera. Al fin le dice, casi desesperada:

—Le agradecería á usted que cesara de pensar tan lisonjeramente en mí. Yo no veo el por qué del excesivo interés que le inspiro; pues á decir verdad, no soy tan hermosa, y pronto tendría usted que desencantarse, al ver que no soy lo que usted sueña.

—¿Así lo cree usted realmente?—responde él con mucho entusiasmo.—Pues yo acepto gustoso el correr todos los riesgos.

—Pero me parece imposible imaginar que usted, ni ningún hombre, pueda considerarse feliz con una esposa que se sienta incapacitada de mostrarle el más mínimo amor. En todo caso yo confieso que no lo podría—agrega Diana pesarosa, pues no desea contristarle.

—Parecerá esto algo extravagante—dice él mirando á otro lado—pero yo me tenía antes más bien por un hombre orgulloso, y ahora me creo un ser muy abyecto. Yo preferiría la indiferencia de usted al amor de cualquiera otra mujer—mirándola con ojos entre feroces y lastimeros—y aun me resignaría á ser odiado, antes que á verme separado de usted.

Diana había agotado todos sus argumentos y no sabía qué decir: ¿de que sirve además cuanto se diga á un hombre

enagenado? No le queda más recurso á Diana que el silencio, y lo que más desearía sería que su padre llegase á sacarla de este atolladero. Pero nadie llega, y después de buscar una inspiración mirando los carbones que arden en el hogar, acaba por decirle despechada:

—¿Qué es pues lo que *debo* decir á usted?

—¿Cómo decir sólo?—aprovechándose del primer rayo de esperanza á juicio suyo.—Diga usted que hará la prueba; piense usted en ello; trate de familiarizarse con esa idea; déjeme usted venir á visitarla con frecuencia, y explíqueme qué es lo que debo hacer para conseguir su amor: no hay cosa en el mundo, que no hiciera, ni sacrificio á que no esté pronto á someterme si eso puede contribuir á que usted me mire con más cariño. Tenga usted entendido, que si me rechaza, eso es lo mismo que condenarme á que el diablo me lleve: abandonaré mi casa y cuanto tengo, é iré á sepultarme en África, en la China, ó qué sé yo dónde, pues todo me será indiferente, con tal de que sea inmensa la distancia que nos separe, y que haga imposible el que trate de volver á ver á usted.

—¿Cómo, y así abandonaría usted tantos proyectos benéficos, madurados desde hace años, cuando hoy, con sólo quererlo, puede usted llevarlos á cabo?

—Sí por cierto, á todo estoy resuelto, por mas filantrópicos que sean mis sentimientos, porque estoy seguro de volverme loco si me quedara aquí sin usted: parece que no faltan casos de locura en nuestra familia—y al decir esto parece divagar, como fuera de sí.

Mas viendo á Diana como aterrorizada, prosigue con calma:

—No, no; no hay que asustarse; todavía estoy en mi razón, sólo que hablo muy en serio, al decir que me iré al fin del mundo. ¡Mi querida Diana!—le dice aproximándose y tomándole la mano—piense usted en todo el bien que juntos podríamos hacer en favor de los pobres que nos rodean, mejorando su condición material y moral: ¿no es ésto bastante para usted, que es tan buena y caritativa? La vida

de usted sería lo más dichosa, compuesta toda de bondad y caridad; y al mismo tiempo, declaro ante Dios que me escucha, que sería usted amada como no lo ha sido aún mujer alguna. Decida usted cuál ha de ser mi suerte futura: una vida toda de amor, honor y filantropía, ó verme condenado por usted á arrastrar la existencia de un miserable paria.

No hay exageración la más mínima en cuanto Héctor dice, á diferencia de lo que los hombres acostumbran decir en casos semejantes: aquí cada palabra parte del fondo del alma.

Diana se siente abrumada; la emoción ha llegado á su colmo; palidece y apenas siente fuerzas para abrir los labios y pronunciar su sentencia de muerte. En un instante pasa por su mente el cuadro de su estéril porvenir, la imposibilidad de ver logrado su ensueño de amor, y espantada con la perspectiva de la vida á que él quiere condenarse si es rechazado, y viendo que todo pende de una palabra suya, brota en su afligido corazón la resolución de sacrificarse, y así, con voz casi agonizante, le dice:

—¡Pues bien, que sea lo que usted quiera! . . .

Héctor le toma las manos y mirándola, como si quisiera leer en el fondo de su alma, le dice:

—¿Habla usted en serio? ¡Oh! ¡no me engañe usted, por Dios! ¡no me prometa usted para arrepentirse después de lo dicho, á no ser que quiera que me dé la muerte!

Diana se levanta, y mirándole con ojos lastimeros, le responde:

—Si consiente usted en dejar que me sacrifique . . . —lanzando un hondo suspiro—en tal caso, sea lo que usted anhela.

—¡Pero si no ha de ser un sacrificio!—exclama él muy exaltado—porque he de hacer á usted indudablemente dichosa. Á no ser que fuese usted la mujer más irracional que Dios ha criado—y yo sé que usted no lo es—tendrá usted que estar contenta con su futura existencia, tanto más cuanto que ya entonces sin duda me amaré usted.

Loco de contento, al creerse dueño de Diana, de grado ó por fuerza, pierde por un momento su austeridad y habitual circunspección, y sin poder contenerse, se abalanza y besa con sus candentes labios los de ella, helados de espanto y aversión: más horror no le habría causado á Diana el beso de un espectro. Pero Héctor, si es que lo advierte, no hace caso de nada, pues está ciego y sus ojos no miran sino la perspectiva del porvenir, en el que cree que, de un modo ú otro, ella ha de concluir por amarle, por lo mismo que él la adora.

Pero Diana retrocede, exclamando con inconsciente crueldad:

—No me obligue usted á aborrecerle; ya le tengo dicho que no me es dable ofrecerle mi amor, y todo lo que hago no es sino sacrificar mi porvenir por el suyo: proceda usted pues de modo, que ese sacrificio no acabe por hacerse imposible.

—Perdóneme usted—replica él humildemente, tomándole con mucho calma la mano, y, antes de que Diana pueda advertirlo, le pone en uno de los dedos un rico anillo de brillantes, diciéndole con aire de triunfo:

—Sabrá usted que lo llevo conmigo desde el día que fuí á Londres, cuando estaba usted en Alford, con la remota esperanza de que acaso llegaría al fin este precioso momento.

Diana sentía impulsos de quitarse la sortija y de tirarla. ¿Qué caso podría hacer ella de eso, aun cuando él pudiera cubrirla de pies á cabeza con los más valiosos diamantes que se conocen, una vez que de nada podían servir para aliviar las penas de su pobre corazón, y para hacer más llevadero su sacrificio?

—Yo bien comprendo—agrega él, frunciendo el ceño—que usted no puede de pronto aceptar gustosa esta solución, y acaso me detesta porque cree que he ejercido indebidamente presión sobre usted; pero estoy seguro de que con el tiempo pensará de muy distinta manera. Lo único que le suplico encarecidamente es: que no me cierre su corazón á piedra y lodo, y que piense en mí con más benevolencia

cuando esté ausente. Y ahora conviene que no prolongue más mi visita.

Al decir esto la mira, como con ganas de que ella le inste á quedarse; pero Diana no lo hace, pues antes bien está ansiosa verse cuanto antes libre de su antipática presencia, para meditar á solas en su incomensurable infortunio. Así pues, le tiende de mala gana la mano, y él se marcha, por extrañío que parezca, rebosando alegría y creyéndose ya dichoso.

Diana, al quedarse al fin sola, se figura estar soñando. Una inquietud indecible se apodera de ella, y vaga como loca de un lado á otro del salón. Al ver los mil destellos que lanza el anillo se lo arranca del dedo y lo tira al suelo; saca el pañuelo y se restrega con él los labios, hasta que manan sangre, al recordar que había jurado que ningún hombre los volvería á besar, porque eran sagrados desde cierto único é inolvidable día dichoso; los sollozos la ahogan y déjase caer en un sofá desesperada. Allí se le representa todo el cuadro de lo que le espera, y se dice horrorizada: ¿cómo, podré yo ir á vivir en la misma casa, que es también la suya; á la que *él* tiene necesariamente que ir, y yo que verle, y viéndole amarle, siendo al mismo tiempo la esposa de su hermano? Y redobla su llanto, de tal suerte, que si en este momento la viera el hombre que sueña con hacerse al fin amar por ella, se convencería de que era imposible conseguir nada.

En tanto que esto pasa, Sir Héctor, loco de contento, ha dado una libra esterlina al viejo jardinero que ha cuidado de su caballo, y que se queda embobado mirándola, mientras él monta y echa á galopar triunfalmente en dirección á Alford. Durante la primera milla saborea su victoria contentísimo; mas ya en la segunda se le representa la imagen glacial de Diana, que le mira desolada y como implorando piedad, y á la tercera milla ya la reacción es completa; repentinamente da una sofrenada al caballo y hace que se detenga á un lado de la carretera silenciosa, baja la cabeza y frunce horriblemente el ceño en actitud meditabunda. Es

que en este momento se libra en su interior la más terrible batalla á que ha estado expuesto durante los seis lustros que cuenta, pues lucha con las más caras esperanzas que acariciaba, con su bello ideal, que vale para él más que la vida misma. Le ha asaltado un horrible recuerdo, que es sin duda el mismo que ha llenado de amargura el corazón de Diana: el recuerdo de Carlos. Bien sabe Héctor que ella le ha amado, que ese amor era y es aún el abismo que se abre entre los dos. Héctor recuerda la escena de Alford, y como el mismo día que su hermano le había dado su palabra de retirarse, volvía él á hablar de amor á Diana; acaso la ha vuelto á ver, y sobre todo, más tarde ¿cómo podrá él impedir siempre que Diana lo vea y se renueve el antiguo amor? Por más confianza que tenga en la honradez de Diana, no podría entonces dejar de tener celos con las sospechas, cobrar odio á su hermano y acaso á ambos; no, eso no es posible, y el cielo que creía abierto ha vuelto á cerrarse para él. En medio de una agonía indecible forma su resolución, vuelve la brida, y á escape regresa á casa de la familia Caré. El viejo criado que lo vé llegar se figura que es para reclamarle la moneda de oro que acaso le dió por mera distracción; pero Héctor sólo le da las riendas y camina de prisa hacia el interior; pasa por el vestíbulo cuya puerta está entreabierta, sin preguntar por nadie, y penetra, sin tocar, en la sala en donde dejó á Diana, que no lo ve entrar, pues continúa llorando. Héctor, después de contemplarla en silencio, le habla así, con voz ronca y entrecortado:

—He hecho bien en regresar. Enjугue usted sus lágrimas; no hay que sollozar con tanta angustia, pues precisamente vengo á devolver á usted su libertad.

Diana alza los ojos entonces, y con suma vehemencia le responde:

—Sí, sí; hace usted muy bien; ya ve usted que la cosa no era posible; me felicito de que usted mismo lo reconozca —y se levanta tendiéndole amistosamente la mano.—Vamos, hagamos un nuevo pacto: yo seré siempre su amiga, su mejor amiga.

—¡Jamás! De hoy en adelante, si de mi depende, no volveré á ver á usted nunca—le dice con dureza.

—Ya lo pensará usted con calma y cambiará de resolución.

Al mismo tiempo Diana mira con disimulo á todos lados, por ver donde ha ido á parar el fatal anillo, hasta que lo ve brillar debajo de una silla. Aprovecha un momento en que él parece mirar la chimenea, para recogerlo, ponérselo y tratar de devolverlo: ¡como si él mismo no lo hubiera visto brillar desde que entró!

Diana permanece en pie, mirándole, toda cortada y sin saber cómo devolverle el anillo, temerosa de que se resienta. Mientras busca en su mente la frase más adecuada al intento, él se vuelve hacia ella y le dice, temblando de emoción:

—¡Déjeme usted mirarla por última vez; déjeme usted que me persuada por completo, de que la mujer que me ha hecho desgraciado era tan encantadora como yo la soñaba!

Diana, colocada frente á él, le mira con sus negros y húmedos ojos, que revelan la verdadera lástima que sus sufrimientos le inspiran; pero ni su extremada palidez, ni sus crisis de lágrimas han amenguado la hermosura de su rostro. Héctor, como fuera de sí, la contempla en silencio, y al cabo, lanzando un profundo suspiro, que parte de lo más íntimo de su alma, le dice tan sólo: ¡Adiós!—y, sin agregar una palabra ni darle la mano, se retira. Al mismo tiempo Diana exclama:

—Aguarde usted un instante; olvida usted este anillo—quitándoselo del dedo—hágame el favor de tomarlo.

Tómalo él, con expresión de cólera y tristeza á la vez, y arrójalo con gran ímpetu al fuego.

Una vez que se ha ido, Diana, arrodillada delante de la chimenea, se pone á buscar la preciosa joya, que estaba en medio del hogar. Cuando el anillo se ha enfriado lo limpia y lo pone á un lado, reservándose el devolverlo en mejor oportunidad. Lamenta profundamente lo que ha ocurrido;

pero, a decir verdad, no puede sospechar la profundidad de la herida que ha abierto en el corazón del pobre Héctor: todos nosotros sabemos valorizar nuestros propios sufrimientos, pero nunca nos formamos una idea adecuada de los que afectan á los demás.

CAPÍTULO XXXVIII

MIENTRAS Héctor galopaba en dirección á su casa, iba pensando en que todas sus ilusiones se habían evaporado; que todo había terminado para él en esta vida, pues nada podía ya halagarlo ni causarle placer. Hasta hoy no se había desalentado, porque aún conservaba la vaga esperanza de que algún día Diana le pertenecería; pero ahora veía cuán vanos habían sido sus ensueños. Bien podría encontrar más tarde muchas jóvenes con lindos ojos, boquitas preciosas con labios de coral, y mil otras perfecciones; pero nunca encontraría otra Diana Caré, por más que ésta lo había rechazado á la ligera y casi sin miramientos.

Por unas cuantas horas pudo dominarse y disimular sus sufrimientos; comió en compañía de su madre, mostrándose jovial y decididor, como si nada ocurriese de nuevo; leyó ó hizo que leía los periódicos, y después de dar afectuosamente las buenas noches á la Sra. Montagú, se retiró á su cuarto. Cuando se vió solo, sentóse apoyando sus brazos y frente sobre su bufete, y prorrumpió en amargo llanto, con aquella intensidad con que lloran los hombres sólo una vez en su vida: de esta suerte daba Héctor su último adiós al amor, á la esperanza y á la vida misma. ¿Qué hacer entonces? se decía. Por fin tomó la desesperada resolución de aturdirse y ahogar sus penas en el vino y la orgía; pero al cabo de dos semanas de esa vida, vió que el remedio no era eficaz, y su hastío creció hasta hacerle desear con ansia la muerte. No creía digno de un hombre sensato el dársela por su propia mano; pero creyó que sí podía buscar las ocasiones de acabar su vida, ya montando á diario caballos briosos, ya exponiéndose á todos los peligros de la caza;

mas, en vez de morir en el fondo de un precipicio, sus fuerzas aumentaban, y veía que hasta la muerte huía de él.

Aunque Héctor era algo escéptico, concurría á la iglesia los días de fiesta para dar buen ejemplo, y habiendo oído en ella un sermón muy patético sobre la eficacia de la oración, especialmente para consolar á los atribulados, puso en práctica el consejo, pero sin resultado alguno, pues lo que él pedía era: ó ser querido por la mujer amada, ó que Dios se la hiciera olvidar, y ni una ni otra cosa conseguía.

En esto regresó de Hastings su madre, adonde los médicos la habían enviado por unos días á causa de su salud delicada, y al encontrar á su hijo tan cambiado y desmejorado, se sintió sobrecogida de espanto, y exclamó llena de ansiedad, al apearse del coche:

—¿Qué te pasa, hijo mío, por qué no me has avisado, á fin de que regresase antes?

Á lo que Hector contestó, con esa fingida sonrisa de los que disimulan un pesar intenso:

—¡Lo que me pasa! pues nada; ¡qué va á pasarme, pues estoy tan bien como de costumbre! ¿Por qué se ha asustado usted, madre mía, como si se hubiese encontrado con un espectro?

La señora Montagú, apoyada en su brazo, se dirigió á su gabinete, y una vez que se quedaron solos, dirigiéndole una penetrante mirada, le dijo:

—Héctor, tu debes tener algo que te tortura, pues no es dable explicarse de otra manera el cambio tan notable que se ha operado en ti en el espacio de un mes.

—Me figuro—replicó con amarga sonrisa—que acaba usted, madre, de separarse de su gallardo hijo, y por eso ha olvidado usted cuán feo soy yo.

La Sra. Montagú lo contempló afligida y atónita, pues nunca le había hablado de esa manera.

—Pues bien—agregó él cambiando de tono—voy á decir á usted de una vez toda la verdad, porque al fin y al cabo me la había usted de sonsacar por grados. Es el caso, que

me atreví á solicitar de nuevo la mano de la Señorita Diana, y ella me la ha negado.

—¡Pobre hijo mío!—le dijo la Sra. Montagú, estrechándole con efusión las manos; pero él, apartándola le dijo.

—Dios la bendiga á usted madre mía; veo que mis sufrimientos la afectan; pero si de veras me quiere, nunca vuelva usted á hablarme de esto; ¡los hombres saben sobreponerse á tales pruebas!—agregó, con una sonrisa sarcástica.

No agregó ella una palabra, pero durante toda la tarde observó atentamente á su hijo y se persuadió al ver sus ojos hundidos y el movimiento nervioso de sus manos, que el caso era grave y que exigía la asistencia del médico. Escribió pues al doctor Benyon, que era al mismo tiempo un antiguo amigo de confianza, invitándole á venir á comer, y á observar el estado de Héctor, que le causaba grande inquietud.

Al verlo llegar Héctor, comprendió lo que había pasado, pero no dijo palabra. Comieron juntos, y cuando después de los postres se retiró su madre, como de costumbre, quedóse solo en el comedor con el médico. Éste, como hombre práctico y experimentado, estudió con disimulo su semblante y todos sus movimientos, mientras iban saboreando los exquisitos vinos, acabando pronto por decirse: “¿quién es ella? en medio de todo esto hay una mujer.” Así, pues, sin ningún preámbulo, mirándole fijamente, mientras ponía su copa sobre la mesa, el doctor Benyon le dijo:

—Amigo mío, usted no está muy bien, y necesita algo de mis consejos.

—¡Qué hombre tan penetrante es usted, doctor!—contestóle sonriendo Héctor.—De seguro que mi madre le ha dicho á usted algo.

—Yo no necesito de mucho para adivinar las cosas. ¿Ha tenido usted últimamente la idea de mirarse al espejo? Creo que debería comenzar por repetir á usted la conocida frase: ¿Quién es ella? aunque yo no tenga para qué meterme en eso; pero más bien desearía saber, qué daño ha podido ella hacerle á usted para que se halle en este estado.

—¿Quién puede curar las enfermedades del alma?

—Yo lo puedo, hasta cierto punto. Trate usted de regularizar sus digestiones, coma más, beba menos, haga mucho ejercicio y respire buen aire.

—He cazado casi todos los días y he montado á caballo ocho horas diarias durante estas tres semanas.

—Está usted tirándose á matar de esta suerte. Lo que le convendría más, sería conseguir un yate é ir en él á dar una vuelta por el Mediterráneo.

—Mal remedio es la cubierta de un yate, cuando lo que uno necesita es no pensar en sí mismo.

El doctor se levantó y se acercó adonde estaba Héctor, quien previendo lo que quería observar aquél, le dice:

—¿Quiere usted tomarme el pulso, no es verdad? Aquí lo tiene usted, y la lengua también está á su disposición.

El doctor, colocado frente á él, lo estudiaba seriamente, y con mucha calma le dijo:

—Esto va mal, y si continúa usted el mismo género de vida no podrá resistirlo largo tiempo.

—Ya sé—replicó Héctor con frialdad—que iré á parar al lago ó á la casa de locos.

—No me sorprendería—le contesta con mucha serenidad el médico—en vista del estado de sus nervios y de su cerebro.

—Mi querido amigo, yo eso lo sé tan bien como usted. Para mí no hay más remedio que el que me recete usted las aguas del Leteo, las únicas que aún no he probado. Los clorales y morfina no harán más que envenenarme, más pronto que el aguardiente, y tanto mejor entonces.

—Hay algo que le hace á usted más falta que las drogas y remedios.

—¿Qué es?

—Un poco de buen sentido . . . ¡Caramba! ¿qué diablos ha hecho que un hombre tan frío y circunspecto como usted; de tan buenos sentimientos, haya venido á parar á este estado? nunca lo habría creído de usted.

—¡Conque no se lo imagina usted! Bien está; figúrese usted que está enamorado locamente de una mujer, y que

siente que sin ella no puede vivir, ¿á qué medio recurriría usted para curarse de esa pasión?

—¿Cómo lo haría? Pues es cosa muy sencilla: me casaría con ella.

—¡Ay! ¡pero imagínese usted que ni el amor, ni el interés, ni la piedad, ni nada de este mundo puede obtener su consentimiento de esposa!

—Pues entonces la olvidaría.

—¡Mas si no le es dable á uno olvidarla!—exclama con gran ímpetu Héctor.—¿Se figura usted que, siendo hombre reposado y sensato, como usted me cree, no he hecho ya la prueba? Sí; todo lo he ensayado, lo bueno y lo malo, pero sin fruto.

—Y precisamente así es como ha llegado usted á la lastimosa situación en que hoy se halla. No es mi intención atemorizarle; pero debo decirle que sus nervios y cerebro están en el peor estado, y que hay que temer una parálisis ó un reblandecimiento cerebral. Es indispensable que haga usted un esfuerzo supremo para dominarse: distráigase y ocupe su mente en cualquier cosa; haga usted ejercicio, sin fatigarse en extremo, y sobretudo evite usted todos los estimulantes.—Y, agrega riéndose el doctor, y dándole una palmada cariñosa en el hombro.—Quisiera poder curar á usted, ofreciéndole la misma señorita amada; pero mucho me temería que el remedio fuese peor que la enfermedad.

—La señorita á quien amo es un ángel, y daría cuanto encierra la heredad de Alford por poseerla.

CAPÍTULO XXXIX

EN resumidas cuentas, todo cuanto el doctor Benyon aconsejó ó recetó, durante sus frecuentes visitas, fué completamente inútil. Á instancias del mismo Héctor le remitió una opiata, que en vez de calmarle le sobreexcitó horriblemente, poniéndole diez veces en peor estado, por lo que mandó á pasear todas las medicinas y continuó su antiguo género de vida, empeorando más y más de día en día, física y mentalmente. Tomó la costumbre de pasar las noches leyendo hasta las dos de la madrugada, durmiendo después sólo tres horas con un sueño febril, que degeneraba en horrible pesadilla.

Una de esas noches, buscando algo nuevo que leer, tropezó con un libro de cuentos ó Crónicas, en antiguo francés, y hojeándolo halló un capítulo intitulado así:

“Historia de un infortunado hidalgo que puso fin á su vida por amor á una mujer.”

“Esto podrá convenirme,” se dijo horrorizado al comenzar su lectura. Allí se decía, en medio de muchos circunloquios, cómo el infortunado hildago había sido destinado desde su niñez á novio de una prima, de incomparable belleza. Juntos crecieron, y con los años iba desarrollándose más y más su tierno amor hacia ella; pero ésta, aunque le quería bastante como hermano, no sentía amor para corresponder al suyo, diciéndoselo así con frecuencia, para que no insistiese después en llevar á cabo un matrimonio, que á ella le repugnaba profundamente. Un día se presentó á ella, agitado, y le dijo: he venido para declararos, que si no os decidís á ser mía definitivamente, no me queda más que morir. La joven le respondió desdeñosa aunque afligida: si esto es así,

es indispensable que uno de los dos muera; pues si vos morís *sin* mí, yo debo morir *con* vos; y así debéis sacar la espada y atravesarme ahora mismo el corazón.—Si no me amáis, le contestó él tristemente, es porque amáis á otro.—¿Y si así fuera, exclamó ella, también será preciso que muera él? ¡Oh impertérrito caballero! ¿cómo podéis tan fácilmente matar á los demás, y no sois capaz de exterminar vuestra propia pasión, haciendo así dichosos dos corazones que se aman mutuamente?—¡Vive Dios! prorrumpió él colérico; guardaos de venir á contarme vuestros amores! Y diciendo esto le volvió la espalda, dejándola llena de amargura.

Creviendo el caballero que ya su vida no tenía objeto, resolvió sacrificarla en el campo de batalla y lejos de su país; pero antes volvió á despedirse de la mujer querida, y después de mil reproches, concluyó por decirle: “¡Adiós, mujer cruel! Cuando mi madre venga á preguntaros ¿dónde está mi hijo? le contestaréis: “ha fallecido en tierra extranjera, víctima de su amor á una mujer.” Y mientras la pobre niña se retorció desesperada las manos, el infeliz caballero se alejaba al galope.”

“Á los pocos meses regresaba su escudero, trayendo un mechón de su pelo empapado en sangre, y dijo á la misma: Señorita, mi señor moribundo hizo que le cortara estos cabellos de su cabeza, para que os los trajese, y dijera en su nombre:—muero en una tierra extranjera, debido todo únicamente al amor que tuve á una mujer; cuando os regocijéis con el caballero á quien amáis, mirad esta prenda por un momento y acordaos de mí.”

La doncella sufrió mucho y derramó abundantes lágrimas; pero poco después llegó aquél á quien su corazón amaba de veras, y se desposaron.”

Así terminaba el cuento del infortunado hidalgo. Héctor, cerrando el libro y arrojándolo sobre la mesa, repetía lleno de amargura la frase: “*poco después llegó el verdadero objeto de su amor, y ambos se desposaron.*” Sentóse pensativo á contemplar el fuego que ya se extinguía en el hogar, cuando le ocurrió esta idea: ¿si la vida era tan cruel para

él, por qué no había de ser grata para los demás? Involuntariamente se puso á representarse con la imaginación el cuadro de Diana dueña de aquella casa, de Diana dichosa, de Diana esposa de su hermano, mientras que él yacería olvidado, quién sabe dónde. “¡Jamás, jamás!” exclamó entonces, rechinando los dientes, en un paroxismo de celos. Y durante esa noche, así como en los días y noches subsiguientes, creía oír sin tregua aquellas frases: “*Él yace en tierra extranjera á causa de amor á una mujer. Pero poco después llegó aquél á quien ella quería de veras y se casaron.*”

Entonces comenzó á librarse en su corazón una nueva y ruda lucha. ¿Debía privarse de la vida que tanto aborrecía, y al hacerlo, debía tratar de asegurar la felicidad de Diana? La idea de que llegue á pertenecer á Carlos le atormenta, pues se figura, que, aunque muriese á mil leguas de distancia, aun así sufriría la tortura de los celos. Pero, si lo hiciera sólo ¡“*por amor á ella, por amor á ella*”! continúa diciéndose; ¡“*porque ella siquiera logre ser dichosa*”! no podría, estando yo aún vivo—prosigue Héctor—figurármela suya; aunque sería muy fácil que le cediera á él la mitad de mi renta y dejarlo que se casara con ella. Toda su naturaleza se sublevaba ante esta combinación; y concluía por decir que no lo haría durante su vida, sino después, y en todo caso, creía indispensable dejar resuelto este problema.

De día en día Héctor iba enflaqueciendo, y su mirada vaga y azorada causaba la mayor inquietud á su madre, que volvió á llamar al médico. Éste la tranquilizó respecto á los temores que tenía de que pudiera repetirse el caso de un Montagú, que en otro tiempo se quitó la vida. Díjole pues el doctor Benyon:

—No, no; no hay que fomentar ideas lúgubres á este respecto, y aunque él no me hace caso, voy ahora mismo á decirle que lo que necesita es distracción é irse á Londres á consultar al célebre especialista G . . .

—Vengo, le dijo al verlo, sólo á instancias de la Sra. Montagú, que está muy afectada, al ver el estado en que

usted se halla; por lo que, si éste no se modifica, le prevengo que pronto caerá ella enferma, y tendrá usted entonces que olvidar sus sufrimientos para asistirle.

—¡Pobre madre! Se figura que estoy demente, y apostaría á que se tortura acordándose de cierta historia de familia, ¿no es verdad Benyon?

—Las mujeres son siempre nerviosas—le responde éste, de un modo evasivo—pero le juro á usted, que su estado es tal, con esa cara larga y cadavérica, que no es extraño que ponga á todo el mundo nervioso: ¡vamos, yo me lo figuraba á usted más hombre!

—¡Conque mi madre piensa en eso!—exclama Héctor meditabundo.—¡Peregrina ocurrencia!—y añade con risa sardónica.—¿Quién podrá creer que uno renuncie á una renta de doce mil libras, y *todo por amor á una mujer*? ¿No es cierto, Benyon, que no me cree usted tan insensato como eso?

—Por cierto que no lo creo; que si tal creyese, ya habría mandado buscar una camisa de fuerza. Pero al mismo tiempo declaro: que si el más sensato de los hombres del mundo entero, hiciera con sus nervios y con todo su organismo las mil diabluras que usted hace, no respondería en manera alguna de las consecuencias. Ea, amigo mío; no andemos con rodeos: usted está en mal, muy mal camino; tome en el acto el tren de Londres, donde irá usted á ver al famoso especialista G . . . ; vea usted á sus amigos, distraíga se y trate de regresar lo más tarde posible: mi consejo es sincero . . . y bien se ve que no consulto mi interés en ello.

Con gran sorpresa del médico, Héctor le responde con suma docilidad:

—Convenido; veo que tiene usted razón: mañana mismo me pondré en camino, y así puede usted asegurarlo á mi madre, pues la pobrecita debe estar ansiosa, aguardándole para saber el resultado de su visita. ¡Mil gracias querido doctor, y adiós!

El doctor Benyon le estrecha cordialmente la mano y le desea feliz viaje.

Héctor quédase solo, y pasa una hora meditando profundamente. Al cabo de ella se levanta y sale de su cuarto, lanzando un profundo suspiro, como el hombre que acaba de tomar una resolución muy grave. Dirígese al jardín, visita los invernáculos, las caballerizas y perreras; dice una palabra amable á la servidumbre y á los colonos, y hace una caricia á cada uno de los animales, como quien va á emprender larguísimo viaje, del que acaso no volverá.

Llegada la hora de comer, conversa de muy buen humor con su madre, la que le dice cariñosa:

—Cuánto me alegro, querido hijo, de que hayas resuelto ir á consultar al doctor G . . . , que te será muy útil. No te inquietes por mí, ni precipites por ello tu regreso, pues el sábado vendrá Enriqueta con su hijo y van á pasar conmigo unos quince días.

Héctor contempla pensativo su amable rostro, en el que ve reverberar ese tierno amor maternal, el que, quién sabe si dentro de dos días cesará de ejercer para siempre su dulce influencia sobre él.

Le da las buenas noches y se retira á su cuarto, donde pasa algunas horas poniendo en orden sus papeles, y redactando la minuta de su testamento: en él deja á los pobres de Alford todas sus economías personales.

Coge después el viejo libro de *Crónicas*, y busca de nuevo el capítulo en que está la historia del infortunado caballero. Marca con una línea al márgen todo el capítulo y subraya dos veces aquellas palabras: “*falleció en tierra extranjera, víctima de su amor á una mujer.—Poco después llegó aquél á quien quería ella de veras, y se casaron.*” Envolvió entonces el libro en un papel, sobre el que puso este rótulo: —“*Para mi cuñada, si se llama Diana.*” Puso una segunda cubierta de papel y sobre ella escribió:—“*Para mi cuñada, cuando mi hermano se case: deseo formalmente que esto no se abra hasta ese momento.*”

Al día siguiente Héctor se despidió de su madre, haciendo grandes esfuerzos para dominar su emoción, y un rato después tomaba el tren para Londres. Durante el viaje fué

observando todos los puntos notables del trayecto, que le eran tan familiares, como para decirles su último adiós, así como lo había hecho la víspera en Alford. Hasta este momento su plan era muy vago: se proponía ir al extranjero, pero no sabía aún adónde ni cómo haría el viaje, dejando que las circunstancias lo decidieran.

Al día siguiente de su llegada á Londres fué en busca del eminente médico. Éste, después de someterlo al interrogatorio de regla, le dijo:

—Su sistema nervioso se halla en el más lastimoso estado; la tranquilidad de espíritu le es á usted indispensable, y hay que recobrarla á toda costa. Distráigase usted con moderación, frecuente la sociedad de la gente de buen humor, haga ejercicio, vaya de cuando en cuando al teatro, si no hace mucho calor; en una palabra, le recomiendo á usted que en los meses venideros haga cuanto pueda para que la vida le sea lo más agradable. Voy á recetarle á usted al mismo tiempo algo que le haga bien al estómago y á los nervios, y dentro de una semana estará usted mejor. —Y entregándole la receta lo despidió con un meloso: ¡Páselo usted bien!

Héctor metió la receta en el bolsillo y no volvió á ocuparse de ella, pues si había consultado al famoso médico, no fué más que por dar gusto á su madre.

Su segunda visita fué á su notario, á fin de que extendiera en debida forma su testamento. Después se dirigió á su club, y dió la casualidad de que la primera persona con quien tropezó fué un antiguo é íntimo amigo, á quien había dejado de ver por largos años. Al hablar con él, Héctor rió y manifestó gran contento, cosa que le ocurría por vez primera, al cabo de muchas semanas.

—Pasado mañana zarpo para Nápoles en mi yate—le dijo su amigo el capitán Báring.—No puedo soportar este infernal clima en invierno; ¿quién puede resignarse á respirar nuestra espesa niebla, cuando puede irse á pasear bajo los naranjos y entre rosales, admirando desde la aurora al ocaso el cielo más puro? Me consideraría dichoso si pudiera

decidir á usted á acompañarme, aunque mucho me temo que sus nuevas ocupaciones se lo impidan. ¿Qué dice usted?

—No sé qué decir—replica Héctor, al ver que comienza á despuntar la oportunidad con que él contaba.

—Querido amigo, usted tiene muy mala cara; nunca había observado en nadie un cambio tan notable. Vamos, decídase usted á hacer conmigo esta excursión, que le hará un bien enorme.

—Pues bien, acepto acompañar á usted, y mil gracias por su ofrecimiento: yo estaba ya pensando en hacer un viaje, aunque no sabía aún adónde ir.

—¡Qué gusto tengo de que nos hayamos encontrado!—exclama entusiasmado el capitán.—Mañana comeré en Southampton y pasado mañana muy temprano zarparemos.

Después de hablar unos instantes, se separaron para ir cada uno á ultimar sus preparativos de viaje. Retiróse Héctor, pensando en que era indispensable que tuviera antes una entrevista con su hermano, de la que acaso dependía el porvenir de ambos. Se dirigía ya á casa de Carlos, cuando lo divisó que venía en sentido opuesto, por la calle de Saint-James.

—¡Hola! ¡tú por aquí!—exclama el coronel Montagú.—¡Cáspita, y que cara tienes hermano! ¿Qué es lo que has hecho para ponerte en tal estado?

Héctor, sin contestarle directamente á lo que le pregunta, le dice:

—El sábado parto con Baring para el extranjero; pero antes tenemos que hablar: ¿podremos vernos esta noche?

—Yo iba ahora á comer con Bagot; pero bien puedo dejarlo para otro día. ¿Dónde quieres que comamos, en el club ó en la fonda?

—¿No comes á veces en casa?

—Sí, por cierto; y si prefieres que comamos en casa, no tengo más que dar orden y todo estará listo.

—Yo lo prefiero.

—Perfectamente. ¿Te conviene que comamos á las ocho?

—Como quieras.

¡Qué diablos tendrá que decirme!—se pregunta al continuar su camino el coronel Montagú.

CAPÍTULO XL

LA comida de los dos hermanos no fué muy divertida que digamos. Carlos hizo los honores con la mayor amabilidad y Héctor puso cuanto estaba en su mano para disimular su malestar, tratando de mostrarse afectuoso con Carlos, pues acaso ésta sería la última vez que comerían juntos. Ambos se alegraron cuando hubo terminado la comida, y pasaron al elegante salón, donde tomaron asiento cerca de la chimenea.

Los dos permanecieron largo rato fumando en silencio y entregados á sus meditaciones; Carlos, arrellanado en su sillón saboreaba su bienestar, contemplando el fuego que chisporroteaba, mientras Héctor evocaba los lúgubres cuadros de su imaginación extraviada. Después púsose á contemplar el hermoso é indolente rostro de su hermano y los preciosos objetos con que había engalanado su morada. Pasó enseguida á imaginárselo ya como dueño de Alford, alegre, dichoso, disfrutando de amor y amistad, y completamente olvidado del hermano que le ha cedido su primogenitura, mientras él se ha ido á morir en un país extraño; ¿qué hay en ésto de imposible?

“Pero, Dios mío—exclamó Héctor en sus adentros—¿qué es lo que he hecho para que reine tal diferencia entre ambos; para que él posea todo el amor y cuanto hay de apetecible en la vida, y para mí sólo haya espinas y abrojos?”

Al mismo tiempo exhaló tan hondo suspiro, que Carlos le miró y le dijo riéndose:

—Querido hermano, no vuelvas á suspirar con tanta fuerza, pues eres capaz de apagar las luces. ¡Vive Dios! ¿qué es lo que te pasa? No tienes deudas ni ninguna otra

inquietud que te torture; no tienes que luchar con la continua pesadilla de verte obligado á casarte con una vulgar heredera: ¿pues entonces, por qué suspiras?

—Á propósito, ¿ya has pedido su mano?

—¡Qué flema tienes! Con la mayor sangre fría del mundo; como si se tratara de una cosa baladí, me preguntas si al fin he formulado la petición que ha de hacerme desgraciado para siempre. Pues bien; aun nó lo he hecho, y te juro por lo más sagrado, que creo que nunca la formularé.

Héctor no contestó á esto, pero después dijo, haciendo un gran esfuerzo:

—Voy á preguntarte algo que sin duda te causará gran sorpresa. Respóndeme con la mayor ingenuidad y franqueza, si te es posible: no tengas miedo, ni creas que te tiendo un lazo. Dime pues, si alguna vez has pensado seriamente en Diana Caré; dime si en el caso de haber tenido fortuna ó de ser tú el primogénito, habrías deseado casarte con ella.

Héctor, á fin de disimular su emoción, había dicho esto con tono áspero y seco, de suerte que, apesar de haberle asegurado lo contrario, Carlos se figuró que le tendía un lazo. Por eso le contestó algo picado:

—Yo he cumplido escrupulosamente la palabra empeñada contigo: he evitado estudiosamente el encontrarme con ella en Londres, así como en la quinta de Désboro, donde sólo á última hora tuve noticia de que también ella había sido invitada; y nunca he infringido, de palabra ni con una sola mirada, la promesa que me arrancaste ante el lecho de muerte de nuestro padre. Aunque á ti te haya parecido la cosa muy llevadera, no volvería á someterme á tal prueba, por más que me prometieras pagar dos veces más todas mis deudas.—Y con insólita amargura agrega:—Lo único que puedo asegurarte es que cuando Diana llegue á llamarse la Sra. Montagú, muy rara vez iré á fastidiarte con mi presencia en Alford.

—¿Luego tú la quieres?—repuso Héctor con lúgubre acento.

—¡Si la quiero, vive Dios!—exclama Carlos saltando de

su asiento y poniéndose á pasear.—¡Vaya si la quiero! y tánto, que si no hubiese sido por la loca y diabólica promesa que me arrancaste, á estas horas habría reformado mi vida, y pobre y todo estaría ya casado con ella.

Héctor contuvo un suspiro y volvió á resonar en su memoria la frase de la antigua crónica: “Y poco después llegó aquel á quien ella quería de veras y se casaron.”

Era cosa por demás insólita el oír á su indolente hermano hablando con tanto fuego, lo que probaba indudablemente que hablaba muy de veras. Pero, por más que formaba parte principal del plan que Héctor se había trazado, el que Carlos amase á Diana y se casase con ella, sintió oprimírsele el corazón. Sentóse de nuevo el coronel, tratando de recobrar su calma, algo confuso de haberse dejado llevar por un arrebato, y prosiguió así:

—No me explico el por qué has tocado hoy esta cuerda sensible y que había de hacerme perder los estribos, tanto más cuanto que eso no parece muy magnánimo, cuando tú eres quien tienes todos los triunfos en la mano.

—Tu me dijiste hoy cuando nos encontramos, que yo tenía mala cara, y ya estoy harto de oírlo decir á otros. Ya sé que es así; no me siento mejor de lo que mi semblante revela, y tengo el presentimiento de que no regresaré del viaje que voy á emprender mañana.

—¡Quién hace caso de presentimientos! Si algún hombre creía yo que estuviese muy por cima de tales boberías, ese eras tú.

—Sí, tengo un presentimiento de *no volver más de este viaje*—repitió Héctor con voz cavernosa, y mirando fijamente á su hermano.

—Deja esas boberías, querido hermano, ó acabarás por hacerme creer que no estás muy en tu juicio. ¿Qué peligro de muerte puede haber en un viajecito de recreo, de ida y vuelta, de aquí á Nápoles? Báring conoce bien su yate, y me inspira plena confianza.

—No se trata de eso.

—¿Pues de qué se trata? ¿Ó te figuras que el refrán

italiano: "Ver á Nápoles y después morir," implica la obligación de morir en el acto? ¿Entonces, qué es lo que temes; la fiebre de Roma, los bandoleros ó el verte sumergido bajo la lava del Vesubio?

Eso poco me importa; y sea de ello lo que fuere, déjame llegar á lo que me proponía decirte: *Figúrate por un momento que no vuelva más*; ¿en tal caso, me das tu palabra de honor de que te casarás con Diana?

Quedóse Carlos atónito, mirándolo asustado. Ahora comenzaba á creer que la cabeza de su hermano no andaba bien; y dándole una cariñosa palmada en el hombro, le dijo:

—Vamos, hermano, déjate de bromas y no te amilanes. Tu salud no es muy buena, pero no veo ninguna razón para que te alarmes; al segundo día de viaje estarás ya mejor. Conque ánimo, y deja esas ideas, que no están en armonía con tu carácter.

Héctor permaneció un momento callado, y luego prosiguió con su calma habitual:

—Uno no se muere con sólo hablar de estas cosas. Tan posible es que regrese como que no vuelva más; pero en este último caso, necesito partir persuadido de que Diana Caré se llamará al cabo Sra. *Montagú*.

—Contigo no sabe uno á qué atenerse: ¿qué es lo que quieres darme á entender? Antes, con amenazas y promesas me comprometiste á no mirarla ni decirle nada que pudiera inspirarle amor hacia mí, y ahora, haciendo hipótesis absurdas, me exiges que me case con ella. Si hablaras de veras, ¿no valdría más decirme rotundamente: ve y cástate con ella, si consiente? y te juro que no esperaré á que me lo dijese por segunda vez.

—No, no; no es eso precisamente lo que quiero decir— replica él con dureza.—Hasta hoy está aún en vigor tu promesa: sólo mi muerte te hará recobrar tu libertad. Bueno, puede que esté loco, y puedes creerlo si te parece; pero al menos, por no contrariarme, dime que si no vuelvo más te casarás con ella.

—¡Convenido, te lo prometo!—le contesta el coronel por no contrariarlo.

—En prueba de ello dame la mano.

Carlos le da la mano, y Héctor se la aprieta febrilmente.

—Debo hacerte otra advertencia: si no volviese, cuida de los pobres en casa, y haz cuanto puedas por ellos. El administrador te comunicará todos mis planes á este respecto, y *ella* que los conoce igualmente, los llevará á cabo, si tú le das el dinero necesario; no lo olvides; cuento contigo para esto.

Carlos no podía creer en la realización de tal presentimiento y estaba muy lejos de desearlo, pues era en sumo grado bondadoso y nada tenía de envidioso. El estado de su hermano le alarmaba á tal punto, que se proponía ir á ver al famoso médico y escribir al capitán Báring.

—Espero que no te resienta el que te exija estas dos promesas—agregó Héctor con gran vehemencia—y de este modo ya podré partir más satisfecho.

—¡Sea pues lo que tú quieras, y ambas cosas te las prometo!

Héctor entonces se levantó para irse, y su hermano, inquieto por él, se ofreció á acompañarlo.

—¿Iré contigo hasta el hotel?

—Como gustes; pero te advierto que no debes dudar de mi salud, y que puedo muy bien irme solo.

Carlos sentía repugnancia á decir adiós á su hermano, y así le dijo:

—Creo que mañana aun nos veremos y te acompañaré hasta el puerto, si lo permites.

—Tengo multitud de cosas que hacer, y creo imposible darte una cita. En cuanto á la ida á Southampton, es inútil que pienses en ello.

—En tal caso, adiós, si es que no nos volvemos á ver; te deseo un viaje muy feliz y que al volver te halles ya completamente libre de todo lo que te atormenta.

—¡Adiós!—y los hermanos se separaron, dándose un afectuoso apretón de mano.

Carlos, una vez solo, ya no pensó en ir á su club ni á ninguna parte. Encendió un cigarro y se puso á meditar en lo que acababa de pasar.

¡Pobre Héctor!—se decía—su situación es lamentable; nunca he visto cambio más brusco. Todo sin duda proviene de que ha vuelto á pedir á Diana su mano, y ésta lo ha rechazado por segunda vez. Nunca me figuré que Héctor fuese capaz de llegar á tal grado de desesperación por una mujer; nunca lo he visto beber como esta noche, y sin duda así cree el pobre poder olvidar algo sus penas. Ahora está dominado con la idea de los presentimientos fatales, que no son sino una loca preocupación, pues raros son los que se realizan. Sin duda, nada le sucederá; el viaje calmará su cerebro y dentro de dos meses lo veremos de vuelta, completamente restablecido.

Carlos pasó después á pensar en Diana. Me pregunto, se dijo, si ella pensará aún en mí, ó si debo creer que sólo mi estúpida vanidad es la que lo imagina; pero recuerdo el “día dichoso” de Alford, cuando me porté tan mal. Entonces no la quería tanto como hoy, y como cuando nos vimos en casa de Désboro. Qué gusto tuve cuando la ví rechazar á Seldon y qué celos me inspiró mi buen amigo Résboro; cuánto sufrí al verla indignada, cuando yo aparentaba no mirarla y tenía que concentrar toda mi atención en esa otra muchacha vulgar é insignificante; aunque me mataran no consentiría de nuevo en representar semejante farsa, y por nada me casaría con esa chica, aunque tuviera que quedarme en la miseria.

¿Pero cómo podré ahora triunfar de la resistencia de Diana? ¡Cuánto debe despreciarme, y con mucha razón! Para qué pensar en esto, pues tengo el presentimiento de que Héctor volverá pronto y al fin será suya. En todo caso, debo esperar su regreso; y si entonces Diana se niega aún á ser su esposa . . .

La visita de un amigo interrumpió en este punto el monólogo de Carlos.

En la mañana del día designado para la partida del yate,

Héctor contemplaba sobre cubierta la costa y decía mentalmente adiós á la patria que no esperaba volver á ver. El viaje le hizo bien en cierto sentido á su salud; pero su estado mental iba de mal en peor, pues la monotonía de la vida á bordo, y el verse confinado en tan estrecho espacio, le eran intolerables. Su fin principal era verse separado por inmensa distancia de Diana, y ahora que se iba alejando de ella, le acometía el loco deseo de volverla á ver: ¿Por qué no me contentaría yo con la amistad que me ofreció?—se decía el pobre Héctor.—Al menos así habría podido oír de cuando en cuando su encantador acento y contemplar sus tiernos y preciosos ojos: siquiera habría tenido este consuelo, ya que no podía ser su esposa. Esta idea lo perseguía de manera, que al llegar á Nápoles le vinieron ímpetus de tomar el más rápido tren expreso, á fin de ir á verla una vez más; pero al desembarcar abandonó tan peregrina idea.

El desembarco en Nápoles fué para Héctor un verdadero desencanto, pues la ciudad estaba lejos de ser lo que él se había imaginado. El Vesubio, que él suponía vomitando siempre fuego, despedía apenas una insignificante columna de humo. Llegó hasta á arrepentirse de haber emprendido el viaje, y á veces le ocurría la idea del regreso, pues se decía, que aun sin Diana, todavía podría consagrar su vida á hacer el bien. Había venido aquí para morir; y sin embargo, no sabía qué medio emplear para que nadie pudiese sospechar que se había quitado la vida voluntariamente. Deseaba que una sola persona supiese que había dejado este mundo intencionalmente, y esa era aquella por cuyo amor había resuelto emprender aquel largo viaje . . . de donde nadie regresa.

Si alguien le hubiera referido de otro, hace un año, lo que ahora estaba él mismo llevando á cabo, le habría dicho sin vacilar: ¡ese hombre está loco! Y sin embargo, en este momento no se imaginaba Héctor que hubiese nada de locura en lo que se proponía hacer. No procedía, á su juicio, por cobardía, sino por amor á ella, por consultar su felicidad

futura; aunque no confesaba que le faltaba valor para verla feliz en brazos de otro hombre.

Habiendo mejorado el tiempo, que había sido bastante frío hasta entonces, su amigo Báring le propuso dar un paseo en el yate por las vecinas costas. Aceptada la idea, embarcáronse nuevamente, y poco rato después el barco surcaba las ondas del golfo á todo vapor. El capitán había bajado á su cámara, mientras Héctor seguía sobre cubierta, mirando con su antejo la ciudad, que se iba perdiendo en el horizonte, cuando repentinamente oyóse un grito y el ruido que produce un cuerpo al caer en el agua. Aproximóse Héctor á la borda, y distinguió á un grumete que luchaba con las olas y pedía socorro. En un abrir y cerrar de ojos se desvistió, y gritando: ¡hombre al agua! arrojóse al mar.

Héctor había sido siempre gran nadador, desde los tiempos en que estaba en el Colegio de Eton, y sabía que el muchacho no podría mantenerse á flote mucho tiempo. Dada la velocidad del buque y el tiempo que se tardó en arriar los botes, ya se encontraban los dos á media milla de distancia de aquél.

En tanto que Héctor nadaba en dirección al grumete, le iba gritando: te salvaré si no te agarras de mí; aguántate cuanto puedas, y cuando te fatigues yo te ayudaré. No hay que perder la cabeza, porque no hay peligro.

En ese momento en que la muerte se hallaba tan cerca, Héctor, no pensaba en ella absolutamente; luchaba por la vida, impulsado por el instinto del hombre que se cree fuerte, y al mismo tiempo que deseaba salvar al muchacho, pensaba en salvarse también. La empresa era ardua: nadar con una sola mano, mientras con la otra mantenía á flote al muchacho casi exánime. Le parecían horas los minutos que tardaba en llegar el bote que ya se aproximaba á todo remo: ¡gracias á Dios! hélo aquí ya, se decía el infeliz Héctor, sintiendo que le faltaban las fuerzas, y que sólo podría aguardar pocos instantes más sin soltar su presa. Unos cuantos metros lo separaban tan sólo del bote, cuando

repentinamente sintió un desfallecimiento que le hizo dar un grito desgarrador y soltar al grumete. Al llegar á aquel sitio el bote, ya sólo encontró al muchacho luchando aún con las olas: Héctor había desaparecido; los ojos de los marineros lo buscan en todas direcciones, pero en vano, y fríos de espanto se miran en silencio, hasta que uno de ellos exclama: ¡un calambre! así pereció el menor de mis hermanos.

Por una rara ironía del destino, Héctor resulta haber perdido la vida, haciendo indecibles esfuerzos para conservarla, cuando durante las últimas semanas no había hecho sino suspirar por la muerte, aunque no sabía cómo ni dónde hallarla. Había que convenir, pues, en que el destino le fué propicio; porque, si era preciso que muriese, más le valía perder la vida, luchando abnegadamente por salvar la de otro ser que deseaba conservarla, y sin manchar su nombre ni su alma. Aunque murió “en tierra extraña” y puede remotamente decirse que fué “á causa de una mujer,” por cuanto sin ella no se habría expatriado, lo cierto es que efectivamente murió por salvar á un pobre muchacho desconocido, que sin su ayuda habría perecido irremisiblemente entre las azuladas ondas del Mediterráneo. “*Dió su vida por otro,*” y este es el más bello epitafio que puede leerse sobre una tumba, sea humilde ó grandiosa, y no hay duda que el infortunado Héctor Montagú lo mereció.

CAPÍTULO XLI

EL inclemente Febrero nos favorece hoy con un hermoso día, que se creería de Mayo, si los desnudos árboles, como una tropa de esqueletos, no nos recordaran que estamos en el corazón del invierno.

Crespo está ya completamente restablecido; ya hemos entrado en posesión de la renta que nos ha dejado nuestro tío y se han hecho algunas mejoras en casa; papá está muy contento y casi todos los días monta á caballo con Crespo ó conmigo, y todos juntos hemos pasado unos días en casa de Wárrington en unión de Fane y Clara.

Yo no pienso, ahora que cuento ya con algún dinero, sino en mis pobres, pues nada causa mayor satisfacción que el poder dar. Desde el mes de Septiembre no he querido volver á pensar en mis amores, desde que ví con dolor, que ya no me quedaba ninguna esperanza. Hoy no puedo menos de recordar el tierno amor que consagré al coronel Montagú, y bien siento que jamás amaré á mortal alguno con igual intensidad. Hay también ratos en que me asalta el recuerdo de Héctor, y suelo decirme que habría sido mejor que me hubiese mostrado más cariñosa con él, al mismo tiempo que no me explico cómo ha podido llegar á sufrir tanto por amor á una mujer.

Hallábame pues, como he dicho, entregada á mis recuerdos y admirando desde la ventana esta hermosa mañana de Febrero, cuando veo llegar á papá, y en la cara le conozco que algo desagradable le preocupa. Me precipito á su encuentro, y antes que él abra los labios, le digo:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Acabo de recibir una mala noticia.

—¿De Crespo?

—No, á Dios gracias; nada relativo á él. El pobre Sir Héctor Montagú se ha ahogado en la bahía de Nápoles; ¡y yo que ni sabía que hubiese emprendido un viaje al extranjero!

Me estremezco al oír tal nueva y la fuerza del dolor me impide decir una palabra.

—¡Pobre amigo! ha muerto por haber querido salvar la vida á uno de los tripulantes del yate, según me han dicho —agrega papá.

En un momento todo pasa por mi espíritu, y me siento asaltada por los remordimientos, como si en cierta manera fuera yo la causa de su muerte. Me represento su amor á su madre, el que á mí me profesaba, y su caridad para con los pobres: ¿qué va á ser ahora de éstos? Sin quererlo, mi mente pasa después á pensar en su sucesor.

—¡Pobre Héctor!—repite á media voz papá, y el eco repite en mi corazón: ¡Pobre Héctor! mientras el llanto corre por mis mejillas.

¿Qué harán ahora sus queridos pobres?—digo, repitiendo en alta voz lo que pienso.

—Me dicen que están sumamente abatidos. Era muy bueno y contaban con lo mucho que él hacía en favor de ellos. Mucho me temo que su hermano sea de muy diferente carácter.

Estas palabras, que inconscientemente pronuncia papá, me desgarran el alma, acaso por lo mismo que en el fondo hay en ellas algo de verdad.

Lo primero que me ocurrió fué escribir á la Sra. Montagú; pero la pluma se me cayó de la mano, al pensar que ella debía saber lo que me había ocurrido con su hijo, tanto más cuanto que desde la última visita de éste no me ha vuelto ella á escribir. ¿Si yo he sido causa, aunque involuntaria de su viaje, pretenderá ella acaso hacerme también responsable de su muerte? ¿Ó acaso la mujer no debe permitirse rechazar al hombre á quien no ama, so pena de que se la haga responsable de cualquier accidente que pueda á éste

sobrevenirle? Sea de ello lo que fuere, cumplo con el penoso deber de dar el más sentido pésame, expresando á la madre toda mi simpatía, y el respeto y admiración que me inspiraba la bondad de su hijo. Es tal mi aflicción, que mis lágrimas mojan el papel, y creo que si fuese posible que él volviese á este mundo, estaría dispuesta á ofrecerle mi mano, y aún mi corazón, sin resistencia alguna.

No recibí contestación á mi carta, ni esperaba recibirla. Á pesar de nuestra ansiedad pasó algún tiempo sin que tuviésemos noticias de Alford, hasta que vino á vernos el coronel Fane, al cabo de un mes. Por él supimos que Clara había visitado á la Sra. Montagú, que su dolor era indecible, y que Sir Carlos—yo no lo reconozco con este nombre—estaba también sumamente afectado, cosa que había sorprendido á Clara. En efecto, había él partido en el acto para Nápoles, para tratar de trasladar los restos; pero infructuosamente, pues “el azulado mar nunca devuelve sus muertos.” Al regresar se mostró muy abatido, y sólo pensaba en llevar á cabo los planes de su hermano en favor de los pobres. El aspecto de la casa era lo más triste que puede imaginarse, había dicho Clara á su hermano. ¡Pobre Clara! en ella y en su dolor también pienso; cuando me imagino lo mucho que quiso á Héctor, en secreto, durante toda su vida. La única cosa que quisiera ahora saber, pero que no me atrevo á preguntar, es: si *él* está ya comprometido á casarse con la consabida heredera.

Y así voy pasando los días, haciendo constantes esfuerzos para olvidarlo, cuando precisamente reside á pocas millas de distancia, y podría muy bien ocurrirle venir á hacernos una visita como simple amigo, aunque yo sé que ya no debe pensar en mí.

Ya ha vuelto la primavera con todos sus encantos, y papá se ha ido á caballo con Crespo para pasar el día en casa de Fane. Yo me quedo en casa, porque mi caballo cojea, y aprovecho esa oportunidad para ir al pueblo y pasar una hora al lado de una pobre muchacha moribunda. Iba yo caminando por un sendero que separa nuestro parque de

la población, cuando diviso un jinete que viene en dirección á nuestra casa. En el primer momento me ocurre que sea papá; mas pronto reconozco al gallardo jinete y mi corazón da un salto de sorpresa.

Es el capitán, quiero decir el coronel, más aún: ¡es Sir Carlos Montagú! quien viene á mi encuentro y se detiene. Me parece más guapo que nunca, aunque muy pálido. Apéase, me tiende la mano, y la mía tiembla al estrecharla; apenas me atrevo á mirarlo, aunque mis traidores ojos deben revelarle el inefable placer que siento al volverlo á ver; y aun él mismo, tan dueño de sí por su larga experiencia mundana, me parece un tanto turbado, cuando hemos cambiado las primeras frases de etiqueta.

—¿Cómo está la Sra. Montagú?—me apresuro á preguntarle.

—Mi pobre mamá está sumamente abatida, y me propongo sacarla de Alford lo más pronto que sea posible: de otro modo no levantará cabeza, y yo por mi parte detesto á Alford. Yo iba ahora precisamente á casa de usted, y si no le contraría y lo permite, podríamos seguir caminando juntos.

Lleva él su caballo de la brida y seguimos caminando, lado á lado, y á la sombra de los árboles en dirección á casa, durante esta preciosa mañana de Mayo, que tanto me recuerda aquél otro “día dichoso”: ¡cómo quisiera saber si él tampoco lo ha olvidado!

Al llegar entrega el caballo al criado, y penetramos en nuestro pobre y anticuado salón, cuya modestia tanto contrasta con el lujo de la suntuosa morada de los Montagús. Siéntase á mi lado en el sofá, y comienza por decirme:

—Muchísimas veces me he puesto en camino con la mira de venir á ver á usted; pero al cabo me ha faltado el valor, pues me parecía cosa tan horrible el ocuparme de mi felicidad, cuando el pobre Héctor . . .

Deja inconclusa la frase y se detiene. ¿Qué es lo que habrá querido darme á entender? ¡Cuánta curiosidad tengo de saber lo que se oculta en esas palabras respecto á

mí! Al mismo tiempo se apodera de una de mis manos, ciñe mi talle con la otra y siento sus labios sobre los míos, cierro los ojos y me olvido de que el mundo existe: ¡supremo é inefable momento, en el que desaparecen todos mis sufrimientos y que los compensa con usura!

—¡Amor mío!—me susurra al oído—¡qué habrá usted pensado de mí durante tanto tiempo; habrá usted creído con razón que soy un miserable ingrato, y sin embargo, siempre la he amado y suspirado sólo por usted!

No le responden mis labios sino mis lágrimas . . . ; pero lágrimas que, por locas que sean, son el símbolo de la amargura que se mezcla á un inmenso gozo, y éste es muy grande en mí. ¿Dónde ha ido á parar todo mi orgullo, mi indignación, mi rencor por lo mal que se había portado conmigo? He aquí que me abre sus brazos y sin vacilar me precipito en ellos, sin ningún disimulo mujeril, y antes bien con toda la espontaneidad del gozo que me inunda, al verle volver por fin en busca mía. Pero en nada de ello pienso en este momento, sino mucho más tarde, demasiado tarde y cuando ya ha partido.

—¿Sabe usted—prosigue sin soltarme la mano—cuál ha sido el último voto, la orden que me ha dado el pobre Héctor? Partió con el presentimiento de que no volvería más; yo me burlé de él, sin poderme figurar lo que pronto iba á ser una triste realidad para mi infeliz hermano; y así me hizo prometerle que le pediría á usted su mano de esposa, que me ocuparía de la gente pobre de Alford y llevaría á cabo sus planes á este respecto. Con la ayuda de Dios realizaré sus deseos, ¿y no es cierto, vida mía, que usted me ayudará? Él me decía que nadie conocía mejor que usted sus planes.

Me estremezco, porque siento cruzar por mi mente, no sé por qué razón, la sospecha de que en este momento no hace sino cumplir un penoso deber, en honor á la memoria de su hermano y á la palabra empeñada con él; de otro modo, ¿cómo explicar que no haya venido más pronto?

—¿Y la Sra. Montagú, qué dice?—le pregunto perpleja.

—Mi madre no lo sabe: no me he atrevido aún á decirselo. Aunque siempre la ha querido á usted tanto, se figura . . .

—¿Se figura, qué?

—Que usted ha sido la causa del viaje de Héctor. ¡Pobre Diana!—besándome la mano—¿qué culpa puede usted tener de haber inspirado una loca pasión, que nosotros todos no creíamos tal hasta los últimos tiempos?

Mientras así habla mi imaginación se representa el tipo duro y tétrico de Héctor, y observo el contraste que forma comparado con el gallardo y suave de su hermano, y que cuando aquél no hacía sino abogar por una causa perdida, á éste le basta abrir los labios para obtener cuanto desee y para verse amado sin medida.

Y continúa así *Sir Carlos*, aunque para mí no puede ser sino simplemente *Carlitos*.

—He tomado una resolución definitiva. Hasta hoy no he sido sino un sibarita sin carácter. No puede usted figurarse cuán vivamente siento la necesidad de reformarme, tanto á causa de Héctor como de usted; y al mismo tiempo me siento tan débil, que fácilmente me volvería á dejar arrastrar por mis antiguas costumbres. No soy amigo de que pese sobre mí ninguna responsabilidad, y usted sabe que nunca he soñado en las que podrían sobrevenirme. Pero examinando los papeles de mi hermano me he encontrado con una carta dirigida á mí, con encargo de no abrirla sino después de su muerte. En ella me dice que aunque me afectaría mucho con su fallecimiento, la impresión se borraría pronto, y que entonces pensaría en gastar la fortuna en mi persona, y en embellecer nuestra finca, sin acordarme de nuestros pobres; que acaso confiaría la administración á un extraño que acabaría con todo. Por la misma razón, me suplicaba y me conjuraba á que tratase de mirar por todo en persona, haciendo á los demás todo el bien que él mismo habría deseado. Todo esto es justo y así lo confieso; pero, aunque deseo proceder rectamente, no tengo confianza en mí mismo; y por eso necesito el apoyo y consejos de una persona como

usted, para que me guíe por el buen camino. ¿No es verdad, que no se negará usted á ello?—Ahora debo pensar enirme, pues es preciso que comience á dominarme, ya que por mi gusto no me movería de aquí y seguiría hablándole de amor. Pero por otra parte, me parece impropio é inhumano pasar el tiempo ocupado en aprovecharme de las ventajas que me han resultado con la muerte de mi querido hermano. Ahora que parto con la promesa de que será usted mía, voy á tener que viajar algunos meses con mi madre, suspirando porque llegue el día en que nos volvamos á ver.

Al mismo tiempo me estrecha ambas manos y dirigiéndome una de esas miradas tan características, de que he estado privada por tanto tiempo, me dice tiernamente:

—Dígame usted, adorada Diana, ¿me da usted esperanzas?

Lamento ser tan débil, y no poder dominar el gozo tan grande que me causa la idea de pertenecerle. Bien veo que la pregunta: ¿me da usted esperanzas? no es sino una comedia, y en sus ojos leo que así lo piensa. Pero para salvar en algún modo mi dignidad, le pregunto, desviando mis ojos de él:

—¿Habla usted inspirado por su amor hacia mí, ó solo por cumplir el encargo de su hermano?

Me aprieta entonces con más fuerza las manos y me dice en voz baja:

—Vuelva usted á mirarme y entonces pregúntemelo otra vez.

Obedezco, y mirando con gran curiosidad sus ojos azules, me parece que en ellos leo la respuesta que mi corazón sueña.

—¿Está usted ahora satisfecha, niña incrédula?—y dándome un prolongado beso se dispone á marcharse.

—¿Cómo, se va usted ya; tan pronto?—le digo con un indefinible sentimiento de contrariedad.

—Sí—suspirando.—¿Ya no se acuerda usted de lo que le he dicho? No me siento con alientos para pensar en ser feliz cuando recuerdo la triste muerte del pobre Héctor. Adiós, mi adorada Diana. Yo bien sé que me será usted

fiel hasta mi regreso; pero deme otro beso, y dígamelo usted así con sus labios.

Mis ojos se llenan de lágrimas, al pensar que debemos separarnos cuando apenas lo he vuelto á encontrar, y le digo:

—¿No es cierto que me escribirá usted, siquiera de cuando en cuando, á fin de que no llegue á figurarme que cuanto hoy ha pasado ha sido un mero sueño?

—Por cierto que le escribiré. Vamos, estoy por pensar que todavía no cree usted sino á medias lo mucho que la quiero.

—¿Me autoriza usted á que se lo diga á papá, ó prefiere que no lo haga?—le digo vacilante y temiendo que se ofenda de mi desconfianza.

Después de una pausa, responde:—Haga usted lo que juzgue más conveniente; aunque creo que yo no debo hablarle tan poco tiempo después de la muerte del pobre Héctor; tampoco deseo, por motivo alguno, que mi madre lo sepa de nadie, hasta que yo mismo le hable; tenga usted confianza en mí hasta la vuelta.—Y me dirige entonces una de esas miradas que me hacen olvidarlo todo, y que no haya para mí más ley que su voluntad.—¿No se hace usted cargo de lo duro que tiene que ser para mí el abandonar mi felicidad, precisamente cuando la he hallado?

CAPÍTULO XLII

SENTADA á la ventana y recibiendo de lleno los rayos solares, trato de pensar y de darme cuenta de lo que me pasa; ¡ya se fué! me digo, y creyendo estar soñando, me pellizco, como he leído en algunos libros, de personas que lo han hecho, porque dudaban si estaban despiertas. No hay pues duda de que estoy en pleno uso de mi razón. Veo realizados al fin todos mis ensueños de felicidad: el hombre á quien tanto he amado, sin dejarme doblegar por todas las pruebas á que me he visto sometida, ha vuelto en busca mía, ya no pobre y con la idea de sacrificarse, sino colmado de honores y fortuna, y me ha suplicado que sea su esposa, la mayor dicha que yo puedo apetecer en este mundo.

Pero veo que lo he dejado partir, sin interrogarlo acerca de muchas cosas que eran necesarias, y que el gozo que sentía al verme á su lado me hizo olvidar. Ahora que se ha ido todas las dudas se me presentan á la vez y me torturan. ¿Cómo es posible, me digo, que por fin se haya resuelto á interesarse por mí, el hombre que durante el pasado otoño me trataba con tan sistemática indiferencia, hasta el punto de cortejar á otra mujer en mi presencia; y el que durante el otro verano me huía, al mismo tiempo que se interesaba en los amores de un amigo suyo para conmigo? ¿Por qué se separa ahora de mí, recomendándome que guarde secreta su petición? Mientras más pienso en ello más fuertes son las dudas que me asaltan acerca de la sinceridad de su amor. Hoy no ha venido sino arrastrado por el deseo de cumplir el último encargo de su hermano. Ahora es cuando valorizo el amor de Héctor para mí, y siento amargo pesar por su muerte: ¡qué diferencia entre su amor y el de Carlos!

Sea lo que fuere, resuelvo callarme, y apenas digo á papá que Sir Carlos Montagú ha estado de visita; y después de hacerme él algunas preguntas no se habla más sobre el particular. Toda mi esperanza depende ahora de la carta que me ha ofrecido.

Ésta llega al cabo de algunos días, y es muy corta; me habla en ella principalmente de su madre y de su proyectado viaje. Concluye así:

“Queridísima Diana, si le parece á usted muy fría esta carta, piense en que he querido que así lo sea; porque creo digno de ambos el no entregarnos aún á nuestros ensueños de felicidad, por respeto á la memoria del pobre Héctor.”

Al leer esto aumenta notablemente mi desconfianza respecto á él: *indudablemente, no me quiere*. Yo conozco su carácter, que no es capaz de dejarse llevar por tales escrúpulos. Él no sabe dominarse y se deja dominar por cuanto le agrada; y por eso él mismo confiesa que no puede estar solo diez minutos con una mujer sin requebrarla, y por tanto no es creíble que estudiosamente se muestre frío para con la mujer á quien ama realmente, y que debe ser su esposa. Mi corazón rechaza indignado tal idea.

¡No, no, no me quiere!—me digo despechada—como no me quería en el otoño y el verano.—No contesto á su carta, pues no sé qué decirle; y continúo en mi mortal incertidumbre, hasta que recibo la siguiente, contenida en un sobre escrito por otra mano, la que además lleva un papel, de la misma letra, con estas palabras:

“La persona que remite esta carta cree conveniente que la Señorita Caré se imponga de la verdadera disposición de espíritu de Sir Carlos Montagú.”

Temblando, y con el corazón destrozado, abro la carta de éste, y voy á encerrarme en mi cuarto, donde la leo una y otra vez. Hela aquí:

“*Querida mía*:—Después de cuanto ha ocurrido últimamente ¿qué esperanza puede quedarme de que me vuelva

usted á juzgar con benevolencia? ¡Declararle á usted mi amor, y verme después precisado á confesarle que voy á casarme con otra mujer!—Le había dado á él mi palabra de honor ¿y cómo podría faltar ahora á una promesa que la muerte ha hecho aún más sagrada? Yo sé, vida mía, lo que usted me quiere, por más que no merezca tan dulce amor. La idea de que ya no puedo ser nada para usted me desgarrar el alma; pero no necesito agregar que es á usted á quien quiero y no á *ella*. ¡Si no hubiese hecho esa maldita promesa á Héctor, qué felices seríamos á estas horas! Pero si me caso con ella—y no sé como podría evitarlo—no crea usted por eso que no la haya querido á usted con todas las fuerzas de mi alma, y que no habría habido mayor dicha para mí que tenerla á usted por mi esposa, si el destino no se hubiese conjurado contra nosotros. Así, pues, ídolo mío—me permito llamarla así por última vez—adiós; y que el cielo le depare mejor suerte que la reservada á mí, con la triste perspectiva que preveo.

C. M.”

La lectura de esta carta me deja como abobada y lo primero que me ocurre es decir: ¡Héctor está ya vengado! ¡Y yo que le traté con tanta ligereza y crueldad! El, que tanto me quiso, y éste que viene á pedir mi mano sólo por cumplir la promesa hecha á aquél. No sé qué hacer, estoy como creo que estarán los que van á volverse locos. ¿Qué es lo que he hecho, Señor, para merecer esta suerte; qué es lo que he hecho? No hay más remedio que decírselo todo á papá y decirle también que me saque de aquí y me lleve lejos, muy lejos. Corro á su estudio llevando en el bolsillo la carta. Al verme, suelta la pluma y me dice:

—Dianita, mi hija querida, ¿qué es lo que te pasa?

Échome en sus brazos y me pongo á llorar á mares, como creo no haber llorado nunca, mientras papá enternecido me dice, acariciándome:

—¡Pobre criatura, pobre hijita querida! Vamos, no llores así; dí, vida mía lo que te pasa; ¿qué puedo hacer para consolarte?

Había venido con la intención de decirle: papá me siento desgraciada; sáqueme usted de aquí y lléveme á cualquiera parte, pero no me pregunte usted más. Las fuerzas me faltan, y por más que él insiste, permanezco triste y silenciosa; quisiera hablar, pero no encuentro las palabras que debo emplear: ¿cómo contarle una á su padre su loco amor no correspondido?

—¿Te figuras—continúa papá—que yo no he advertido el cambio que se ha operado en ti desde que fuiste á la quinta de Wárrington? ¿Crees que un padre, por poco perspicaz que sea, no adivina los sufrimientos de sus hijos? ¿Te imaginas que yo no he comprendido, Dianita, la causa de tu infelicidad, por más que no estaba en mi mano remediarla?

Por fin se abren mis labios, y precipitadamente exclamo, mirando á otro lado:

—Voy á contarle á usted, sencillamente y sin disfraz, mi historia. Usted recuerda lo que pasó cuando fuí por primera vez á casa de Wárrington, donde conocí al pobre Sir Héctor y á su hermano, que era entonces capitán Montagú. No pudo éste privarse de hacer lo que acostumbraba con tantas mujeres hermosas y elegantes. ¿Qué idea se formaría de una pobre y tonta joven, criada en el campo? Pero yo . . . no volveré á interesarme por ningún otro en adelante.

—Ya estoy; ¿ésta era la razón por la que rechazaste á Sir Héctor y á Lord Seldon?

—Más tarde, cuando fuí á Alford, él llegó un día que menos se le esperaba, y pasamos un buen rato juntos. Yo no sé cómo, acaso sería . . . porque no pudo menos de advertir que yo . . . que yo le quería; pero lo cierto es, que tuvo la generosidad de solicitar entonces mi mano.

—¿Y qué más?—pregunta ya impaciente papá.

—¿Qué más? Que yo no podía consentir, no teniendo un real, en que cargase conmigo un hombre acostumbrado á darse gusto en todo y á gastar lujo. No; él quería

aceptarme así, pero yo no lo consentí. Cuando después nos encontramos en Londres trató siempre de huirme. No creo que nunca me haya querido mucho, y además ya sabe usted que en casa de Désboro todos creían que él se iba á casar con la joven heredera, prima de éste. Desde entonces no lo había visto, hasta el otro día que vino á casa.

—¿Y es posible que durante tanto tiempo hayas seguido queriéndole, cuando él ni siquiera aparentaba ocuparse de ti?

Estas palabras me van al alma, y ruborizada me cubro el rostro con las manos.—Titubeando, agregó:

—El otro día también vino á decirme que quería casarse conmigo.

—¡Es posible!

—Vino porque la última voluntad de Héctor fué que se casara él conmigo.

—¡Oh, Dianita, Dianita! ustedes las mujeres son incomprendibles, y yo no sé donde tienen los ojos y el corazón, cuando no saben valorizar el mérito de hombres tan nobles como aquél y malbaratan su amor con otro, que por cierto no merece ser mencionado. Pero vamos al caso: ¿qué fué lo que tú le contestaste? ¿Volviste á negarte de nuevo, por consultar su propio interés?

—No, no—balbuceo.

—¿Pero, por Dios, por qué no vino él más bien á hablar conmigo, cual cumple á un caballero, y por qué estás ahora tan desesperada?

Yo, por defender al hombre á quien amo, me apresuro á contestarle:

—No fué á hablar con usted, porque . . . porque como hacía poco tiempo de la muerte de Héctor, no quería que nadie lo supiese, pues eso habría parecido chocante.

—¡Bah!—con aire de duda.—Pero á todo esto, yo no sé aún la causa de tu actual amargura.

—¡Hela aquí!—y le entrego la carta, con su especie de posdata.

Examino por primera vez la expresión de su fisonomía mientras la lee, y aunque no hace gesto alguno, ni dice nada, su rostro es por sí bastante elocuente para mí, y oculto el mío entre mis manos.

—¡Pobre hija mía!—le oigo exclamar con voz entrecortada.

CAPÍTULO XLIII

PAPÁ no vaciló un instante en la idea del viaje, y antes bien creo que él me la habría propuesto, si yo no lo hubiera hecho antes. Precisamente, los amigos Fane nos habían invitado en días pasados á que los acompañáramos á Suiza. Papá escribió al coronel aceptando, y todo quedó arreglado para partir dentro de una semana. Pero antes de abandonar la patria, resolví devolver á Sir Carlos su carta, con la consabida posdata, sin comentario alguno, para que ellas hablasen por sí; pero reflexionando después, creí deber agregar las siguientes líneas:

“*Estimado Sir Carlos:*—Las cartas que le adjunto son bastante elocuentes por sí mismas. No dudo un momento que la escrita de puño y letra de usted no estaba destinada á caer en mis manos, y que usted debe lamentarlo mucho. Tuvo usted la gran generosidad de solicitar mi mano de esposa, y ahora que ya ha cumplido con el deber para con su hermano, su conciencia debe estar ya tranquila. Pero ahora me toca á mí participarle, que soy yo la que me niego, rotundamente, á casarme con usted; y que todo cuanto intentase usted para hacerme cambiar de propósito sería completamente infructuoso. Cuando lea usted estas líneas ya estaré en el extranjero, y es inútil que averigüe usted adónde me dirijo, pues las dos únicas personas que lo saben tienen orden expresa de no comunicar á usted mi paradero. Hago votos por que sea usted muy feliz.

“Su afectísima servidora

DIANA CARÉ.”

Tal es la manera como me despido, secamente, del hombre que ha poseído todo el amor de que mi juvenil corazón es capaz y que después me ha olvidado.

Durante nuestro viaje me consuelo abriendo mi corazón á la angelical Clara, quien justifica mi conducta, y me conforta principalmente con su ejemplo, soportando con heroísmo sus propias penas.

De París, cuya gran belleza admiro, nos dirigimos á Ginebra, la que me parece triste después de haber visto la reina de las metrópolis. Las noches á orillas del lago nos son muy agradables, y gozo mucho contemplando desde el puente las aguas del Ródano, azules como *sus* ojos.

Desde que aquí estamos he advertido que papá está prendado de Clara; y aunque yo la quiero tanto, y veo la vida triste y solitaria de papá, no puedo menos de sentir cierta aflicción, como si su amor á nosotros fuese á disminuir.

Nos han recomendado como una de las más preciosas excursiones cerca de Ginebra, la ascensión de la montaña llamada de los Voirones, donde se nos dice que hay un buen hotel, y se disfruta de uno de los más bellos panoramas de Suiza. Emprendemos pues la marcha, y nos consideraríamos felices si al llegar encontraríamos lo que se nos promete, después de un camino, no solo pesado, sino peligroso. Pero de Ginebra á Bergne llovió á torrentes, y al llegar sólo encontramos una miserable posada, donde tuvimos que acomodarnos de cualquier modo. De aquí seguimos nuestra marcha en malos caballos, y al poco rato se cayó Clara, que aunque felizmente no se hizo gran daño, continuó el resto del camino á pie, apoyada en el brazo de papá; yo los contemplaba cariñosa, aunque algo celosa, y me parece como que el coronel Fane siente lo mismo, previendo la suerte de su hermana.

Llegamos al anoecer al anunciado hotel de la cima, y al día siguiente pudimos contemplar con un hermoso sol el panorama que se ofrecía de allí á nuestras miradas.

Á eso de las tres de la tarde del segundo día de nuestra

llegada á estas alturas, mi atribulado corazón me pedía soledad, para entregarse libremente á sus ensueños y pesares. Escápome sola y voime á buscar entre los pinares un paraje solitario, que todo lo domina, y donde reclinada sobre una alfombra de musgo admiro la naturaleza y evoco mis tristes recuerdos. Si dijera que el día es espléndido y el escenario que contemplo sublime, no daría sino una vaga y muy pálida idea de la belleza del espectáculo y del estado de mi alma; pero no hallo otras palabras más adecuadas. Allá en lo más profundo del valle se destaca Ginebra como en un horno de insoportable calor, mientras que aquí, que estamos más cerca del astro del día, su candente ósculo es acompañado por el refrigerante soplo de la brisa. En el valle vese el gran lago azul y el poderoso Ródano que serpenteando viene á confundirse con él, mientras frente á mí admiro la sombría cadena del Jura, y en todas direcciones mil otras montañas de diversos matices, y á lo lejos se destaca el colosal Monte Blanco. Verde y bello es el valle que se extiende á mis pies; suaves los olores que exhalan los vecinos pinares; armonioso el gorjeo de las aves, que aquí cantan como en los bosques de la patria: todo es bello en la naturaleza, pero esa misma belleza acrecienta más y más la tristeza del alma atribulada. Una cosa sola creo que me haría hoy dichosa, y sería, el olvido, la nada, el cerrar ante este cuadro los ojos, una vez para siempre. Ya que he perdido toda esperanza de que mi porvenir sea feliz, la vida para mí no tiene razón de ser. Y por un raro contraste, ocurreme al mismo tiempo que cuando la vida termina para mí, comienza para papá; y Dios sabe si yo soy capaz de envidiarle toda suerte de felicidad; pero . . .

Luego me asaltan los recuerdos de mi único amor, por loco y desgraciado que sea; pero, á mi ver, el amor más sincero y constante que mujer alguna ha podido profesar á un hombre. ¿Cómo me será dable vivir; sin él, en qué ocuparé los años que me restan? El tiempo me parece interminable, y cada año futuro una eternidad. ¿Qué será de mí de aquí á un año; y . . . de él? ¡Ay! él se habrá casado

ya con la mujer á quien adora, me susurra mi pobre corazón. ¡Santo cielo! ¿y qué es lo que ella ha podido hacer para merecer tan risueña y dichosa suerte, y qué he hecho yo para que la mía sea todo lo contrario?

Estas reflexiones me abruman, y me echo á llorar á mares, implorando al cielo piedad ó la muerte, pues las fuerzas me faltan para prolongar la dolorosa agonía de vivir sin él.

Mi acceso de dolor se va calmando, cuando oigo voces á lo lejos, y me levanto para irme en otra dirección, pues mi amor propio no querría que otras personas vieran en mi rostro las huellas de mi llanto. Sigo pues de prisa mi camino por la cuesta, cuando repentinamente oigo una voz que pronuncia mi nombre, y cuyo metal me es tan conocido, que siento que la sangre se me sube á la cabeza, que el corazón me ahoga. Vuelvo la cara, y ¿qué veo? ¿estoy despierta ó soñando? y si esto es así, no permita Dios que vuelva á despertar.—¡Diana mía! oigo.—Él es quien está á mi lado; es el ser idolatrado quien me tiende los brazos, me estrecha apasionadamente contra su pecho é imprime sus labios en los míos, haciéndome en un instante olvidar todas mis penas, pues siento ya como la fruición anticipada del Paraíso. Lo que digo podrá parecer exagerado sólo al que no sepa lo que es amar con toda el alma, creer haber perdido al ser amado y volverlo á encontrar de improviso.

No me ocurre hacerle ninguna pregunta para averiguar cómo ni por qué ha venido hasta aquí. Sus apasionadas caricias me han hecho olvidar sus ligerezas y amoríos. Puede que antes no me quisiera, pero ahora sí que me quiere, y eso me basta para creerme feliz.

CAPÍTULO XLIV

PROFUNDA fué la impresión que causó al coronel Montagú la muerte de su hermano, sobre todo al ver realizado tan pronto el fatal presentimiento. En cuanto recibió la noticia partió para Nápoles por la vía más rápida, para ver si podía traer sus restos, aunque todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues el mar rara vez devuelve sus víctimas. Carlos regresó sumamente abatido, con el remordimiento de no haber impedido el viaje de su hermano, y sin alegrarse ni por un momento á causa de las ventajas que su desaparición le procuraba, pues tenía el corazón más bondadoso y recto que puede imaginarse. Nunca fue víctima de la ambición, contentándose con la vida holgada y agradable que llevaba, no menos querido por los hombres que por las mujeres: "no había hombre más recto y franco que *Carlitos* Montagú," afirmaban todos sus compañeros de armas, antes y después de abandonar la carrera militar.

No podía olvidar á Héctor ni su patética despedida; le parecía un crimen reirse, ni creía poder permitirse ninguna satisfacción, cuando recordaba lo mucho que él había sufrido y lo que lo había impulsado á buscar la muerte en tierra extraña. Recordaba con remordimiento aquella noche de Alford, en que su natural débil cedió á la tentación de cortejar á Diana. No la amaba él tan de veras entonces y como llegó á amarla después; todo no fué entonces sino un arrebato momentáneo, provocado por el amor de ella misma, por su belleza, y por los hechizos que tiene una preciosa noche de luna.

Quién sabe, se decía, si el destino no la hubiese puesto en su camino durante aquella noche, ó si él hubiese recor-

dado la palabra empeñada para poder resistir á la tentación, Diana habría acaso comenzado á querer á Héctor y el pobre estaría aún vivo. Hoy sí sentía que ya no podía renunciar á Diana; pero creía que, si así hubiera sido posible que recobrará su hermano la vida, trataría de arrancarse su amor del corazón. La única compensación que hoy podía ofrecerle era ejecutar escrupulosamente su última voluntad en cuanto á la heredad se refería; pero no en aquello que le procurase á él provecho ó contento. Al pensar así, olvidaba que este acto de abnegación haría sufrir á la mujer amada; pero estaba dominado por esta idea: que era impropio que él pensara por entonces en ser feliz. La vista de ella lo haría dichoso; deseaba ardientemente ir á verla, estrecharla en sus brazos, para quedar *completamente* persuadido de aquello de que estaba casi cierto: que ella todavía le amaba, y que le había perdonado su aparente desvío y abandono. Se figuraba que hasta cierto punto Diana misma habría por sí adivinado, que él no había cesado de amarla en todo este tiempo, y que la causa de su reserva fué sólo la promesa hecha á Héctor al morir su padre. Es cierto que éste posteriormente le había hecho prometer que se casaría con ella después de su muerte—y esa sería su mayor dicha futura—pero aun no, todavía no, se decía Carlos. Cuántas veces al despertar se había dicho: hoy montaré á caballo é iré á ver á mi adorada; pero haciéndose gran violencia había logrado vencer la tentación. Y cuando por fin llegó á ir ¡cuánto se esforzó por aparentar calma, avasallando el amor que se sublevaba en su corazón, lo cual le hizo creer á ella en su indiferencia! Nunca se figuró que Diana dejase de sospechar la violencia que se hacía y la causa á que esto obedecía.

Así pues, la devolución por Diana de su carta y del otro papel anónimo, fué para él una verdadera revelación. Abrió entonces los ojos y se persuadió de la crueldad con que la había tratado, crueldad que había llevado á su colmo la misteriosa persona—amiga ó enemiga, él lo ignoraba—que había remitido la carta con esa advertencia, á modo de

posdata. Cómo, esa carta era la misma que él le había escrito en casa de Désboro el día de la caída de Crespo, y que después resolvió no mandar, porque habría sido faltar á la primera promesa hecha á Héctor. Es cierto que más tarde la buscó inútilmente en su carpeta; pero se figuró que se habría traspapelado entre otros borradores. ¡Y esta había sido la causa de que Diana, esa adorada sensitiva, interpretase la carta en contra suya, y que se escapase al extranjero para huir de él! Pues bien, no le quedaba ya sino una cosa que hacer, y á todo evento; no era dable que sacrificara por más tiempo el ideal de su vida por obedecer á escrúpulos acerca del momento oportuno para ser feliz, y había que tomar las cosas como venían. Acto continuo llamó á su ayuda de cámara, dióle orden de preparar sus maletas para aquella misma tarde, y en seguida se dirigió al cuarto de su madre, con quien viajaba entonces en Irlanda. Esa misma noche se proponía llegar á Dublín para tomar el vapor que iba á Liverpool, y de aquí ir en derechura al encuentro de Crespo, quien no se negaría á decirle donde estaba su hermana, una vez que supiese el móvil que le impulsaba.

Al llegar á la habitación de su madre, Carlos le dijo:

—Madre, tengo que hablaros de un asunto muy importante.

—¿Qué es lo que ocurre, querido hijo? ¿Por lo menos no se trata ahora de malas noticias?—le dijo ella inquieta y nerviosa.

—No, nada de eso; no hay que alarmarse, madre mía—tomándole cariñosamente la mano.—Ya le he hablado á usted de la última voluntad de Héctor, pero hay algo más de que no he hablado á usted aún.

—¿De veras?—responde la Sra. Montagú con las lágrimas en los ojos, al oír el nombre de Héctor.—Dime lo que hay, hijo mío.

—Usted sabe cuanto quiso él á Diana Caré.

La Sra. Montagú sintió un estremecimiento, como si este recuerdo la afectase mucho.

—El último de los deseos que me expresó Héctor fué— muy en voz baja—que me casara con ella.

—¡Imposible, imposible! Le he tenido mucho cariño; no deseo condenarla, pero nunca olvidaré que á ella se debe la muerte de Héctor.

—No sea usted injusta, querida mamá. Usted no puede pretender que ella haya hecho nada para provocar su amor, ni ha fomentado nunca sus esperanzas. Cuantas veces visitó á Alford fué siempre después de grandes instancias. Esto ha sido un gran infortunio para el pobre Héctor; pero nadie podrá decir que Diana tenga la culpa.

—Pero es inconcebible que él haya manifestado el deseo de que tú te cases con ella; pues yo sé que estaba furiosamente celoso de ti, hasta el punto de hacer que le prometiese que nunca pronunciaría tu nombre en presencia de Diana.

—Ya lo sé—dice Carlitos suspirando—y antes de pagar mis deudas después de la muerte de mi pobre padre, me hizo jurar que nunca le dirigiría á ella ni una sola palabra de amor. En aquel entonces el sacrificio no me pareció tan duro; pero más tarde, cuando la ví en Londres y en casa de Désboro, me persuadí de que la amaba más que á todas las mujeres que he conocido, y fuéme entonces sumamente doloroso el tener que mostrarme indiferente. Lo cierto del caso es, aunque yo no lo merezca é ignore la razón, que á mi juicio, ella no ha pensado nunca en amar á ningún hombre más que á mí.

La Sra. Montagú miró con orgullo de madre á su arrogante hijo, y en sus brillantes ojos reverberaba su tierno amor, al decirle:

—Yo no sé cómo podría mujer alguna dejar de quererte.

Carlitos, eludiendo la lisonja, se apresura á agregar:

—Yo no le he hablado á usted de esto anteriormente, porque me parecía chocante el pensar tan pronto en ser feliz, casándome con la misma joven á quien tanto amó mi pobre hermano; pero él mismo lo deseaba con vehemencia, y me dijo que ella conocía todos sus planes para mejorar nuestra propiedad y la condición de los operarios é indi-

gentes. Yo, temiendo olvidar muy pronto mi resolución, creo que he procedido cruelmente con la pobre niña; por lo que ella, creyendo que ya no la quiero, se ha ido huyendo, no sé adonde.

—Carlitos, espero que no pienses en irte al extranjero, á no ser que quieras desgarrarme el alma.

Carlos le explicó entonces todo lo que había ocurrido; y á fuerza de caricias y de súplicas acabó por arrancarle su consentimiento para ir en busca de Diana, pues su resolución era tal, que habría sido inútil toda resistencia.

Al día siguiente estaba ya Carlos en Eton, en conversación con Crespo, y éste, resistiéndose á sus instancias le decía:

—Pero Dianita me lo ha prohibido; yo estoy pronto á servir á usted en cuanto guste; pero es el caso que Dianita me ha dicho, que si de veras la quería, no debía consentir en decirle á usted dónde se halla en este momento.

Sir Carlos le dijo lo que creyó estrictamente indispensable para que se persuadiese de que ella no tomaría á mal el que faltase á su promesa en este caso. Crespo insistía:

—Pero si yo dí mi palabra de honor á Seldon de que haría cuanto pudiese porque Diana se casase con él; y si ahora le ayudo á usted, faltaré á mi palabra para con él.

—Amigo mío—le responde Carlos riéndose—Seldon tenía tantas probabilidades de casarse con su hermana, como podría usted tener de casarse con nuestra princesa Beatriz.

Mas por fin Crespo se dejó persuadir, y le dió á Carlos la dirección de Diana en Ginebra, diciéndole que con ella y papá viajaban los hermanos Fane. Esto último no le gustó á Carlos, pues el coronel le inspiraba cierto recelo; pero al fin se decidió á partir, y al día siguiente se hallaba en Ginebra, donde el amable dueño de la casa indicada le informó que la familia debía regresar al día siguiente de su excursión á Voiron. Pero él no se resignó á esperarlos, y en el acto alquiló un carruaje para irles al encuentro. Así sucedió, que mientras Diana en la cima de la montaña se lamentaba

de su desamparo, Carlos subía la empinada cuesta en busca de ella, guiado por un muchacho del pueblo.

La primera persona con quien Sir Carlos se encontró al acercarse á la cumbre fué el Sr. Caré, quien, como era de esperarse, le recibió con poca cordialidad; mas después de algunos minutos de conversación, en que todo se explicó satisfactoriamente, él mismo cambió de tono, y fué muy grato al padre de Diana indicarle el camino que debía seguir para ir en busca de ésta, deseándole al mismo tiempo el éxito más completo.

En su vida había Carlos Montagú sentido con tal fuerza las palpitaciones de su corazón, como en el momento en que sus ojos divisaron en la cima la graciosa y angelical silueta de su adorada Diana. Ya ha desaparecido su habitual languidez, y escala con paso firme la escarpada senda, como si se paseara por las principales calles de Londres. Un momento después la llama por su nombre, la estrecha arrebataado en sus brazos y la colma de besos, que su inocente corazón acepta, candorosamente, del único ser amado, al sentir la indecible felicidad de ver que viene á buscarla, cuando precisamente lo lloraba como muerto para ella.

—¡Mi único amor!—exclama él contemplando su adorable rostro—¿cómo ha sido usted capaz de creer que yo hubiese cesado de amarla? ¿No le decía á usted el corazón que yo debía haber seguido queriéndola, aun cuando me veía precisado á aparentar indiferencia?

—No—le contesta Diana ingenuamente—no creí efectivamente que me amase usted aún. ¡Oh!—suspirando—¿podía usted figurarse que yo pudiese ni siquiera hacer la tentativa de dejar de amarle?

—Adorada Diana, me maravillo de haber tenido la incomparable dicha de verme amado por un ángel.

Diana, sonriendo de contento, le responde sinceramente:

—Pues si usted se maravilla, más aun me maravillo yo al pensar que haya usted llegado á enamorarse de mí.

Mientras ella le mira con ojos radiantes de amor, él siente un extraño remordimiento.

—Yo no he sido hasta ahora sino un hombre insignificante y egoísta; hoy juro al cielo hacerme más digno antes de morir.

Cuando después de largo rato, que á ellos les pareció un instante, pensaron en regresar al hotel, Diana se detuvo, y contemplando el pacífico valle y su lago azul, que es como un espejo con marco de montañas, dijo, como si hablara sola:

¡Quién diría que hoy mismo me lamentaba y envidiaba la suerte de cualquier ser humano de este valle, comparada con la mía, mientras ahora creo que debo inspirar envidia á todo el mundo!

El hombre más vanidoso no podía escuchar frases más lisonjeras.

CAPÍTULO XLV

EL lenguaje humano no tiene frases bastante adecuadas para expresar las grandes emociones de la vida, que por eso llamamos *indecibles*. Yo me hallo hoy en este caso; no sé cómo decir cuán feliz me siento, y tanto, que me asalta el temor de que tan intensa dicha acaso no dure. No estoy soñando y estoy completamente despierta; Carlitos está sentado frente á mí. Él quería sentarse á mi lado; pero yo le exigí que se colocara enfrente, aunque me daba vergüenza decirle el por qué. Y era porque sentía la necesidad de deleitarme mirándolo, pues siempre he tenido gran afición á contemplar cuanto es bello. Ahora no necesito mirarlo á hurtadillas, ni tengo que bajar los ojos cuando se encuentran los míos con los suyos.

Clara se apresuró á venir á mi cuarto antes de comer, y rebosando contento su hermoso rostro, me dijo:

—¡Querida Diana, cuánto gusto tengo de veros dichosa!

—¡Ay, Clara!—exclamo tendiéndole los brazos.—No sé cómo explicar á usted cuán dichosa soy. ¿Es posible que haya en el mundo criatura más afortunada que yo?

—No hay que olvidar, querida, á quién lo debemos todo —y besándome de nuevo se retira.

Por cierto que no lo olvido, y de rodillas doy gracias con toda mi alma al Autor de todo bien.

Una sola persona parece no participar de la alegría general, y es el coronel Fane. Durante la comida parecía preocupado, y después se ha ido solo y cabizbajo, fumando su cigarro.

La luna brilla con incomparable esplendor, y voy con Carlos á pasear por el dichoso sitio donde nos encontramos

hace pocas horas. ¡Noche sublime, incomparable, imposible de olvidar, aunque viviera cien años! Mientras la luna ilumina las montañas que nos rodean y se refleja sobre las tranquilas aguas; mientras los pinares exhalan sus saludables aromas, y los ruiseñores se envían de un árbol á otro sus dulces saludos, yo marchó apoyada en el brazo del único hombre que ha existido y existirá en el mundo para mí. ¡Y decir que anoche apenas, qué digo, hace sólo cinco horas, me lo figuraba tan lejos de mí, y tan inaccesible como la bella estrella vespertina que veo brillar allá en los espacios insondables!

Oigo resonar entonces la voz de mi adorado, que me dice:

—Vida mía, ¿estáis completamente segura de que la conciencia no os dice que tenéis algo que confesarme?

—¡En mi conciencia!—repito, dirigiéndole una de esas ojeadas desdeñosas, de quien no tiene nada de qué arrepentirse.

—Vamos—agrega, con cierto aire celoso que me encanta—¿por qué no confesar que habéis coqueteado un poco con Fane?

—¿Yo?—le respondo, en un tono de asombro á la vez que de queja.

—Ya lo sé, amor mío, que no lo habéis hecho; pero lo cierto es, que él se ha desconcertado completamente apenas me ha visto llegar. ¿No habéis acaso notado su aire silencioso y abatido durante la comida, cuando de ordinario es el hombre más jovial que conozco?

—¡Todo eso es absurdo!—replico desdeñosa.—El coronel Fane se conduce conmigo como un verdadero hermano.

—¿De veras?—riéndose y mirándome fijamente.—¡Qué inocente niña sois! Á mi ver, es poner en grandes apuros á un hombre, el pedirle que conserve ese pretendido aire fraternal, estando largo tiempo á vuestro lado.

Se equivoca en su suposición; pero me agrada esto, porque me prueba en cuánto me estima, y me agrada aún más que si la cosa fuera cierta. Dios me libre en adelante de la

tortura de verme querida por alguien á quien no pueda yo corresponderle su cariño.

Se ha acordado que continuaremos nuestro paseo por Suiza, de suerte que estemos de regreso en Inglaterra cuando termine el año escolar de Crespo. Creo que, fuera de mi país, Suiza obtendrá siempre mis preferencias, no tanto á causa de su propia belleza, sino en memoria de los días dichosos que he pasado en sus sublimes montañas, en sus tranquilos valles, en sus azules lagos y sus preciosas y antiguas ciudades.

Por donde quiera ibamos, mi generoso novio no cesaba de colmarme de presentes, hasta que por fin protesté:

—No se ofenda usted, le digo; pero le aseguro que me aflijo cuando me veo obsequiada con tantas cosas preciosas, á que no he estado acostumbrada y ninguna falta me hacen. Comprendería eso si yo no lo quisiera, y tratase usted de ganarme con presentes; pero cuando sabe usted . . . —y mis ojos acaban la frase, que mis modestos labios se niegan á continuar.

—Mi querida Diana, ¿no cree usted que es algo egoísta de su parte, el privarme de aquello que me causa tanto placer?

El viaje, comenzado por tan triste motivo y cuyo resultado ha sido tan feliz, toca hoy á su término. Ya nos encontramos de nuevo en Londres, donde Carlos y yo nos separamos con suma repugnancia, aunque sólo por una ó dos semanas; el tiempo preciso para ir él en busca de su madre y llevarla á Alford. Cuando Crespo vuelva al colegio por última vez, yo iré á pasar unos días en Alford y la boda debe celebrarse en Octubre.

—¡De aquí á Octubre me parece que media un siglo!—me dice de mal humor—pero usted tiene razón, y conviene que no se diga que nos hemos olvidado pronto del pobre Héctor—agrega enternecido.

El matrimonio de Clara y papá estaba ya resuelto antes de nuestro viaje, y pienso distribuir entre él y Crespo mis trescientas libras de renta, pues Carlos no quiere aceptarme

con dote alguna, y yo . . . prefiero también debérselo todo á él.

Mi entrevista con la Sra. Montagú fué bastante penosa para ambas, que derramamos torrentes de lágrimas; pero cuando ya habíamos pasado juntas varios días, uno de ellos me cogió la cabeza con sus delicadas manos, y la besó, diciéndome con voz trémula de emoción:

—No vaya usted á figurarse, hija mía, que la quiero menos que antes, porque haya habido últimamente cierta reserva en mi trato. Es cierto que no puedo olvidar á mi pobre Héctor—agregó sollozando—pero esté usted persuadida de que no hay mujer alguna en este mundo á quien desee tener por hija tanto como á usted.

El día de mi matrimonio ha llegado al fin; amanece despejado, un sol espléndido brilla en un cielo azul, y la temperatura es como la de un día de verano. Susana rebosa de alegría en vista de tan buen augurio, no cesando de repetir el refrán: “dichosa la novia á que el sol ilumina,” mientras con gran solícitud me ayuda á vestir el traje nupcial. La nueva doncella no debe tocarme mientras soy aún la hija de familia que se llama Diana Caré; por ahora aún pertenezco á Susana, que me ha criado desde mi más tierna infancia. Ella está loca de contento, por cuanto el sol brilla; pero yo no necesito de esos presagios, pues nada puede superar mi interna alegría y creo que nada podría arrebatármela.

La ceremonia debe ser muy modesta, pues no asistirán sino papá, Crespo, la Sra. Montagú, Clara—su hermano está ausente—y Lord Résboro, que hará oficio de padrino. Éste es hoy mi mejor amigo y confieso que antes no había sabido comprenderlo, pues tiene el mejor corazón bajo una corteza algo áspera.

Los demás testigos de la ceremonia nupcial son únicamente mis pobres, que ocupan la parte baja de la iglesia, colmándome de bendiciones, que me arrancan lágrimas, cuando paso delante de ellos dando el brazo á mi esposo; prefiero estos sinceros votos de la gente sencilla á las ceremoniosas felicitaciones de una docena de duques y duquesas.

Al salir de la iglesia vamos á cambiar nuestro traje de ceremonia por el de viaje, pues por el tren de las dos debemos marcharnos á Londres, mientras los demás celebran nuestra enlace en alegre festín.

Por mucho que quiera á mi esposo, y aunque á su lado el misterioso porvenir no me infunde miedo, es grande la impresión que me causa el tener que separarme de papá y de Crespo. Hasta este momento he logrado dominarme, despidiéndome de cada uno, y tratando de sonreír; pero al llegar á estos dos, se turban mis ojos y la voz me tiembla de emoción. ¿Cómo separarme serena de un padre tan amoroso y con quien he vivido siempre en la más cordial armonía? ¿Cómo dejar á mi Crespo, á quien tanto hemos mimado ambos y á quien hace poco arrancaban nuestros desvelos y lágrimas de las garras de la muerte? No, eso no me es posible. El llanto inunda mis ojos y siento que me ahogan los sollozos, al estrecharlos sucesivamente contra mi corazón. Ellos también, aunque con entereza varonil tratan de mostrarse risueños, tienen húmedos los ojos y la voz temblona, cuando con toda el alma me dicen: ¡que todo sea felicidad! Y yo, en tanto, que me siento hoy la más feliz y orgullosa mujer de Inglaterra, subo al carruaje con la ayuda del hombre más tiernamente amado, bañada en lágrimas, como si fuera yo una de esas novias que acaban de desposarse contra toda su voluntad.

Cuando ya el coche está en marcha, mi gallardo marido me susurra tiernamente:

—¡Amorcito mío! Os juro, que en cuanto de mí dependa, no tendréis ya más motivo de llorar; miradme si no, y decidme si abrigáis el menor recelo al confiarme vuestro porvenir.

Á través de mis lágrimas contemplo risueña sus penetrantes ojos azules; y si en los míos se revela tan sólo la mitad del amor y confianza que él me inspira, podrá contentarse con lo que en ellos lea—y creo que está satisfecho.

CAPÍTULO XLVI

HEMOS llegado á la semana de Navidad, la gran solemnidad que el pueblo inglés festeja de un modo extraordinario. Un manto de nieve cubre los campos, mientras las familias adornan á porfía el interior de sus casas y preparan los manjares que son de rigor en estos días. Sir Carlos y la Sra. Diana Montagú, preparan también en su mansión grandiosa de Alford una fiesta de familia, y acumulan cantidades de víveres y obsequios para repartir entre los pobres. Diana adorna las habitaciones para sus huéspedes de Navidad, que serán: su padre y madrastra Clara, Crespo, el coronel Fane, Lord Résboro y una prima de su esposo.

Diana vive amada de todos, desde su suegra, á quien no ha permitido que se fuese de su lado, hasta el último desvalido de sus colonos y vecinos; pues no debemos olvidar que Diana ha realizado todos los planes benéficos de Héctor, aunque su caridad no se contenta con dar á ciegas, sino que averigua la situación de cada pobre, para aliviar las penas de cada uno según sus circunstancias.

La vigilia de Navidad todo está listo para recibir á los huéspedes de Alford, que deben llegar de dos á tres de la tarde, y la Sra. Diana, antes que suene la hora del *lunch* se apresura á vestir su traje de gala para recibirlos. Ninguno de los invitados la había vuelto á ver desde el día de su casamiento, cuando se despidió de ellos bañada en lágrimas. Sir Carlos le hacía burla á veces, recordándole este episodio:

—Nunca he pasado momento más amargo—solía decirle

Carlos—que aquél en que os arranqué bañada en llanto de los brazos de vuestra familia.

Diana, que no era amiga de que le recordara este rasgo de debilidad, le ponía su preciosa mano en la boca. El se la besaba, diciéndole:

—Yo me figuro, amor mío, que estabais sumamente afligida cuando llegó aquél momento en que fué preciso separarse de todos, menos del perrito, para seguirme.

Acababa de acicalarse la Sra. Diana Montagú, cuando se presentó su esposo; su doncella se eclipsó entonces discretamente.

—¡Oh! mi adorada esposa—exclama—estáis preciosa de veras; casi no me atrevo á tocaros.

Ella, poniéndose colorada, según su antigua costumbre, le mira con ojos centellantes, y tendiéndole los brazos le da un beso, diciéndole:

—No hay que hacerme burla.

—Hablo de veras, querida mía; estoy segura de que vais á meter ruido en esta temporada: estáis realmente mucho más guapa que cuando nos casamos. Deseo que lleguen cuanto antes nuestros huéspedes para que os digan lo mismo, como no lo dudo. Pero cuidadito, vida mía, que no haya lloriqueos.

—¡Lágrimas!—replica ella con gracioso desdén—¿quién habla de lágrimas cuando todos vamos á hallarnos juntos?

—Vamos ahora á que os admire mamá—y se dirigen á las habitaciones de ésta. Cuando penetran en el gabinete cogidos del brazo, dice Sir Carlos ufano á su madre:

—¿No os parece precioso, mamá, el traje de Diana?

—Sí que es precioso. No debo deciros, querida hija, todo lo que pienso, porque no quisiera que os envanecierais.

Diana, que no es insensible al encanto de una sincera lisonja, le responde risueña:

—¡Bonitas plumas! Yo me figuro estar hoy como los pájaros que tienen hermosas plumas.—Y besando á su suegra, agrega:—Mamá, hoy va á venir vuestra rival. Qué suerte la mía, de verme tan rica de golpe: ayer no tenía madre y hoy tengo dos.

Clara es también mi madre—replica Sir Carlos sonriendo.
—Me propongo no darle otro nombre.

—El mayordomo necesita dar un recado á Sir Carlos—dice entonces un criado desde la puerta.

—Está bien; voy en seguida.

Una vez que Sir Carlos ha salido de la habitación, su madre dice á Diana:

—Hija mía, acabo de descubrir un paquete en una gaveta del cuarto que ocupaba Héctor. Hace apenas media hora que lo he encontrado y lleva un rótulo de puño y letra de él, que dice: "*Para mi cuñada.*"

—Por cierto que no es para mí—responde Diana, algo trémula.

—Abridlo y ved lo que contiene. Diana abre vacilante el paquete y quita la primera cubierta de papel, bajo la cual había otra con esta inscripción: "*Para mi cuñada, si se llama Diana.*" Siente que los colores le suben á la cara, y le flaquean las piernas, sin saber por qué; no le es *posible* ver el contenido en presencia de su suegra, y así le dice en voz baja y precipitadamente:

—Mamá, no puedo examinarlo aquí, y me lo llevo á mi cuarto; después le diré á usted lo que contiene.

—Como os parezca, hija mía—le contesta ella algo contrariada.

Diana corre á su alcoba, sobrecogida de terror. No sabe por qué; pero tiene un presentimiento de que va á encontrarse con una revelación desagradable. Está tan nerviosa, que no tiene paciencia para desatar la cuerda y la corta con un cuchillo. Suspira algo tranquilizada, al ver que no hay dentro sino un librejo antiguo, escrito en francés. Comienza á hojearlo y se detiene al ver los pasajes marcados y subrayados, que así comienzan: "*Historia del infortunado caballero que murió por amor á una mujer.*" Tiembla de pies á cabeza y siente palpar su corazón con extrema violencia; pero se domina, y prosigue leyendo toda la relación. Comprende entonces con rápida intuición que Héctor había hallado ambos casos idénticos, y se explica el por qué de

tan triste legado, dirigido á ella. Acaba de leer las últimas frases subrayadas:—“*Yace en tierra extraña y todo á causa de su amor á una mujer.*” . . . “*Pero poco después llegaba aquél á quien ella amaba de veras, y se casaron.*”

Lanza un grito, tira el libro y quédase como alelada. ¿Será posible, se dice, que haya él abandonado su casa y su patria, con la íntima resolución de morir lejos? Todo parece confirmar tan triste sospecha; tanto la promesa que exigió á su hermano como la relación que subraya, dirigida á su *cuñada Diana*. Así pues, ella, aunque sin sospecharlo, ha sido la causa de su muerte; él, como lo había previsto, una vez muerto por su amor, se veía olvidado, y ella . . . ¡se había casado con su hermano, y era feliz! Era tal el horror que le causaban estas ideas que en tropel asaltaban su mente, que le parecía que iba á perder la razón. ¡Pobre Héctor!—exclama—¡por fin la mujer á quien tanto quisiste posee todo lo que era tuyo, todo lo que tú sacrificaste por amor á ella! ¡Quién te juzgó tan frío, duro é insensible, sabe al cabo de cuánto amor eras capaz!—Y preocupada con estas ideas, Diana lo olvida todo: su lujoso traje, las visitas que aguarda y que debe de un momento á otro, recibir con la sonrisa en los labios; y arrojándose de bruces sobre su cama echa á llorar amargamente, abrumada de dolor y remordimientos, como no sospechaba que lloraría nunca en esta nueva era de su vida.

En esto resuena el eco del batintín que anuncia el almuerzo; pero Diana no oye nada, ni de nada hace caso, pues su única preocupación es el intenso pesar que le causa la muerte del hombre que la ha amado tan apasionadamente. Resuenan en la escalera pasos de alguien que sube de prisa, pero ella tampoco los percibe. La puerta se abre y su esposo la llama repetidas veces por su nombre, sin que ella oiga ni responda. Al cabo la percibe boca abajo sobre la cama, sollozando convulsivamente.

—¡Santo cielo!—exclama fuera de sí—vida mía, ¿qué es lo que pasa? ¡Dímelo, dímelo, por amor de Dios!

No hay modo de sacarle una palabra. Entonces él la

toma en sus brazos, la acuesta en el sofá y se arrodilla á su lado.

—¿Quieres que me muera de dolor?—le dice él al oído, en tono tan lastimero, que al fin vuelve ella en sí y advierte su presencia; y señalándole el libro que había tirado, murmura:

—¡Lee, lee!

Y él, cada vez más turbado, coge el libro que ha quedado abierto, lee del principio al fin la lamentable historia . . . ¡y entonces, él también lo comprende todo!

Ambos se miran tristes y abatidos, sin hallar que decirse uno á otro. Por fin él, con voz entrecortada y los ojos llenos de lágrimas, exclama:

—¡Pobre vida mía; pobre Héctor!—Y después de largo silencio, agrega Sir Carlos: al menos puede decirse, á Dios gracias, que sea cual fuere el plan que se hubiese formado mi pobre hermano, al fin halló la muerte por buen camino. ¡Pobre Diana mía! bien comprendo lo que esto debe afectarte, como me afecta á mí también. Pero no tienes por qué echarte la culpa de nada. ¿Qué podías hacer? Ahora no nos queda otra cosa que acordarnos de él, y tratar de hacer lo posible para realizar sus deseos. Pero por Dios, amor mío, no hay que decirlo á mamá, porque eso sería matarla de pena.

Á indicación de su marido, Diana se levanta y enjuga sus lágrimas; pero se va abatida y cabizbaja, como quien llora la reciente muerte de un hermano. Imagínase que este cuadro surgirá siempre en su mente, para acibarar todos sus goces. Y lanzando un suspiro se dice:

—Mi dicha era excesiva, y bien presentía que no podía, por tanto, durar mucho: ¡ya no volveré á ser completamente feliz!

Pero tú y yo, lector, creemos que no será así. Cuando nos vemos rodeados por los seres queridos; cuando la naturaleza derrama á torrentes sus mejores dones con pródiga mano sobre nosotros; y cuando el fiel corazón de aquél á quien amamos sobre todo está á nuestro lado, para que desa-

hoguemos en él nuestras penas, ¿por qué no las olvidaríamos ni nos resignaríamos á lo que ya no tiene remedio, y no ha estado en nuestra mano evitar?

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es, que nuestra angélica Diana, aunque hoy llora tan amargamente al hombre que la amó con extraño delirio, pero muy de veras, por lo mismo que su pesar se funda en la compasión y no en el amor, pues para ella en el mundo todo se encierra en el esposo que ocupa todo su corazón; por tanto, tendrá que consolarse y volverá á ser el mismo ángel gozoso y radiante, que ella misma nos ha hecho admirar; por más que en el colmo de su dicha nunca olvidará á aquél que—*supo morir en tierra extranjera, sacrificándose, no por una mujer cualquiera, sino por su adorada y adorable Diana.*

FIN



SERIE DE BUENAS NOVELAS

PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y COMPAÑÍA,

NUEVA YORK.

MISTERIO * * * *. Escrita por H. CONWAY, autor de "Confusión" y "El Secreto."

El mérito sobresaliente de **MISTERIO**, lo mismo que de "Confusión" y de "El Secreto," está en la energía singular con que, sin lastimar el buen juicio del lector, mantiene hasta la página última una curiosidad legítima. Cuando se cree que ha acabado ya una tragedia, comienza un idilio inesperado. Cuando parece que se toca el fin del libro, comienza la novela verdadera, que ningún corazón joven ni hombre moderno leerán sin entusiasmo.

LA CASA EN EL DESIERTO. Por el Capitán MAYNE REID.
Dos ediciones: una en tela y otra á la rústica.

Aventuras de una familia perdida en las soledades de la América del Norte. Es una de las novelas más selectas de su autor, y por la que ha adquirido popular renombre. Su género literario, tan ameno por las numerosas descripciones que cuenta, es doblemente atractivo y útil, dado el interés vivísimo que despierta el argumento y la multitud de conocimientos que contiene la relación de la obra.

LA ISLA DEL TESORO. Por R. LUIS STEVENSON, autor de "Plagiado."

Se hace innecesario recomendar esta notabilísima novela después de los numerosos elogios que le han dedicado la prensa

y el público en general, y del gran éxito que, á su publicación, adquirió en Inglaterra. La amenidad de su lectura junto con las variadas y constantes peripecias que abundan en el libro, donde descuella el carácter noble y sencillamente elevado de un joven adolescente, son las prendas más relevantes de la obra.

LA CASA DEL PANTANO. Por F. WARDEN.

Interesante novela inglesa del género de literatura moderno; descrita con habilidad extraordinaria y con una fuerza de comunicación tan sorprendente, que á pesar de los variados acontecimientos y diversidad de caracteres que encierra la obra, basta su simple lectura para grabar fielmente en la memoria del lector la totalidad de su notable argumento.

LAS MINAS DEL REY SALOMÓN. Por H. R. HAGGARD, autor de "La Gran Milosis."

Este es uno de los autores predilectos del pueblo Angloamericano; todos aquí le conocen, y cuantos le conocen, aplauden la viveza de su imaginación, la naturalidad y vigor de su narrativa y lo intencionado de sus frases. Entre sus producciones, LAS MINAS DEL REY SALOMÓN y "La Gran Milosis," han despertado vivamente el interés del público, que se dió prisa á agotar las ediciones Inglesas; y estas obras tan renombradas ya, son las que hemos elegido para que en los países donde se habla castellano, se conozca y juzgue á su autor.

SU CARA MITAD. Por F. BARRETT, autor de "El Gran Lucero."

Pertenece esta novela á un género que pudiéramos titular "doméstico." Es una narración sencilla é interesante; las escenas se desarrollan con naturalidad y se suceden sin violencia: las situaciones se presentan lógicamente y sin esfuerzo visible, sin complicación de episodios inútiles, sin nada de fantástico ó de inverosímil que revele en el autor el deseo de hacer alarde de imaginación exhuberante ó inventiva peregrina. El estilo es claro, sencillo, terso, sin dejar por eso de ser elegante.

EL ÍDOLO CAÍDO. Por F. ANSTEY.

Ha llamado mucho la atención esta novela por la fecunda invención de su autor y por el género de literatura á que pertenece. Posee, además, un fondo encantador, tanto por la simpatía que despiertan los personajes de la obra, cuanto porque la ejecución artística del original ha sido objeto de aplaudidas y justas alabanzas.

CUENTOS EN EL MAR. Por Varios Autores Famosos.

Son una hermosa colección de trozos literarios de los mejores autores modernos de Inglaterra y la América del Norte; descritos con sencillez y naturalidad y abarcando un resumen de sucesos marítimos sumamente recreativos. Cada cuento, de los seis que contiene el libro, es una relación de las peripecias ocurridas á cada uno de los referidos autores, que aparecen reunidos á bordo de un buque naufragado en alta mar.

LA NOVIA DEL MARINERO. Por W. C. RUSSELL.

Esta obra llena los requisitos esenciales en toda buena novela; su lectura es amenísima, su argumento simple y encantador, encierra en sí misma cierto espíritu de buena moral, y á la vez es instructiva y romántica. CLARK RUSSELL, el distinguido autor de "El Pirata Helado," "El Naufragio del Grosvenor" y otras, habiendo sido él mismo un marinero, halló tantos atractivos en la inmensidad del océano, que al relatar lo que muchas veces había admirado, lo hizo empleando el lenguaje rudo y simple del marinero inglés y logró encantar con sus admirables descripciones á todo aquel que tuvo la suerte de leer sus obras.

JUANA EYRE. Por CARLOTA BRONTÉ.

El éxito obtenido por esta novela, está justificado por la gran aceptación que ha tenido en varios países extranjeros, después de haber sido editada multitud de veces en Inglaterra y puesta en escena en los teatros de Londres. Con tacto exquisito y con una ilación y lógica admirables, ha sabido delinear nos la autora el carácter de Juana, la protagonista, en medio de sucesos de un realismo inofensivo y encantador, que realza notablemente el argumento de la obra y constituye uno de sus méritos más sobresalientes.

DORA. Por CARLOTA M. BRAEMÉ, autora de "Azucena."

La novela DORA es una de las que mayor popularidad han alcanzado en la literatura inglesa. Débese el brillante éxito que ha obtenido muy principalmente, como puede verlo todo aquel que la lea, á que tanto el galano estilo en que está escrita como las severas lecciones que se deducen de su interesante argumento, corresponden á la más estricta moral. Hay además, en toda ella bellísimas descripciones en que campean la inspiración y la poesía.

PAN, QUESO Y BESOS. Por B. L. FARJEON.

Preciosa novela, que nos hace amar más y mejor los dulces encantos del hogar y las amorosas horas que pasamos en él rodeados de nuestra familia. Si como dicen, la novela es la *épica del siglo*, ésta y otras muchas de nuestras novelas domésticas, han de ser la *épica del hogar*.

CONFUSIÓN. Por H. CONWAY, autor de "Misterio" y "El Secreto."

Libro por todos conceptos notable y donde el malogrado HUGH CONWAY, muestra su rara aptitud en el arte de distribuir, en el interés de continuarlo naturalmente cuando parece naturalmente extinguido; de encender una novela nueva á la mitad del libro en las ascuas de la que parece terminada, de ocultar al lector deslumbrado con el brillo de la marcha las inverosimilitudes casuales de la intriga; de llevar la atención de sorpresa en sorpresa de una á otra escena memorable, de uno á otro cuadro palpitante y nuevo.

EL CABALLERO DON JUAN JALIFAX. Por la SRTA. MULOCK.

Encarecemos á todos los jóvenes la lectura de esta novela, estrictamente moral y escrita con miras educativas para la juventud moderna. La vida de Jalifax es una elocuente justificación del poder inmenso que tiene la voluntad del individuo, cuando, arrostrando sin vacilar los desastres de la vida, y no apartándose jamás de sus deberes por medio de la honra y del trabajo, alcanza los favores de la fortuna, establece un hogar dichoso y lega á la posteridad un nombre respetable.

MARGARITA DE LA Ó. Por CARLOS READE.

Por el estilo de "Juana Eyre," pertenece al género realista y posee los mismos encantos que esta novela en cuanto á la distribución de personajes, delineamiento de caracteres y enseñanza de buenas costumbres; pues se basa en una moral altamente educadora y es muy á propósito para las familias españolas é hispanoamericanas.

EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL. Por R. LUIS STEVENSON, autor de "Plagiado" y de "La Isla del Tesoro."

Caso por demás extraño; es un asunto que ha dado en qué pensar á más de un psicologista y que no obstante lo extraordinario del relato, que á veces se convierte en cosa fenomenal, ha sido leído con verdadero interés por todo el mundo y se lee y se continuará leyendo ávidamente, porque es una narración de aquellas que el lector no quiere dejar de la mano hasta llegar al fin. STEVENSON es también autor de "La Isla del Tesoro," "Plagiado" y de EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL; obras vertidas al francés y á otras lenguas y publicadas por nosotros en castellano, con el beneplácito de miles de personas, que las han leído y leen con verdadero deleite.

LA VIDA DE UN PERILLÁN. Por WILKIE COLLINS.

Relación íntima de los lances y entretenidos sucesos ocurridos á un solterón, antes de que descorriera el velo de sus extravagancias y acudiese á la felicidad del hogar para disfrutar tranquilamente los últimos años de su vida. Las humorísticas tendencias del estilo y la encadenada sucesión de los capítulos, llenos de chistes y escenas graciosísimas, prestan al lector un verdadero rato de solaz y esparcimiento, simultáneamente útil por el propósito moralizador de la obra.

EL GRAN LUCERO. Por FRANK BARRETT, autor de "Su Cara Mitad."

Esta novela del reputado novelista inglés BARRETT es lo mejor de cuanto ha producido hasta hoy día y posee aquel encanto que caracteriza á las novelas de este autor. No hay en ella lo que se llama toques dramáticos de gran efecto; sino

narración sencilla y delicada, argumento que sin ser camino trillado, tiene todo el aire de verosimilitud y personajes cuyos tipos de seguro no ha encontrado antes el lector en ninguna otra novela.

AZABACHE. Autobiografía de un Caballo. Por ANA SEWELL.

Sin que esta obra sea de excepcional mérito literario, pues ni la autora, al publicarla, era escritora conocida, ni el asunto se presta á ciertos giros y bellezas de estilo, su popularidad y la circulación inmensa que ha alcanzado, tanto en la Gran Bretaña como en este país, débense indudablemente á lo poco trillado del camino que la autora ha seguido, y á lo simpático del asunto; á la narración sencilla y natural, al estudio de los caracteres, circunstancias y detalles que retrata.

LA GRAN MILOSIS. Por H. R. HAGGARD.

LA GRAN MILOSIS, que fué la última que publicamos de dicho autor, viene á ser la narración de las aventuras que siguieron á las narradas en "Las Minas del Rey Salomón." Uno no sabe, después de leerlas, cuál de ellas es la mejor; porque una y otra son á cual más interesantes y llenas de peripecias. *Ex Africa semper aliquid novi*, y así es; HAGGARD siempre encuentra en África algo nuevo, para encanto de sus numerosos lectores.

LA LETRA ESCARLATA. Por N. HAWTHORNE.

Está considerada como la mejor novela de cuantas se han publicado en los Estados Unidos, como obra de escritor del país. Ha sido reimpresa numerosas veces, existen de ella variadísimas ediciones, fué dramatizada y como novela es leída por todo el mundo con verdadero encanto. LA LETRA ESCARLATA es, en fin, una novela considerada hoy día como *Clásica*.

EL VICARIO DE WAKEFIELD. Por O. GOLDSMITH. Dos ediciones: una en tela y otra á la rústica.

Como la mejor recomendación que podamos hacer de su lectura, reproducimos aquí un párrafo del estudio crítico que

aparece al frente de la obra: "El lector ha de encontrar mucha instrucción y deleite; y de su lectura quedarán aquellas impresiones gratas y duraderas que dejan siempre en nuestro ánimo las obras clásicas que, como el VICARIO DE WAKEFIELD, describen con tanta galanura como exactitud las escenas del hogar doméstico, los vaivenes de la fortuna y los caracteres humanos, no siguiendo un extraviado naturalismo, sino pintando á la verdadera Naturaleza."

EL SECRETO. Por H. CONWAY, autor de "Misterio" y "Confusión."

Esta novela no cede á ninguna otra producción del novelista inglés. Desde el primer capítulo despierta la curiosidad, que muy pronto se convierte en atracción vivísima. Junto al criminal arrepentido, el explotador implacable de su delito, figura más detestable aún que la del culpable mismo. Junto al verdugo, la simpática víctima, y entre otros personajes del cuadro tipos acabadamente dibujados: la artista famosa, tan bella como noble y pura; el hijo amante que vacila entre su cariño filial y la sospecha que le mata. Ni faltan situaciones dramáticas de primer orden, ni el autor desdeña en ocasiones la gracia cómica y el discreto donaire.

PLAGIADO. Por R. LUIS STEVENSON, autor de "La Isla del Tesoro" y "El Caso Extraño del Dr. Jekyll."

Novela notable por más de un concepto y que no en balde goza de mucha reputación en inglés: tal ha sido la demanda del público, que el autor ha tenido que escribir otro libro, siguiendo hasta cierto punto el mismo tema. Trátase de un joven que nos cuenta las peripecias del plagio de que fué víctima, con aquella sencillez juvenil que pocos como STEVENSON saben poner en boca de sus jóvenes protagonistas, siempre interesantes y simpáticos.

LA GUARDIA BLANCA. Por CONAN DOYLE.

Considerada como la mejor de todas las producciones de su autor; y como la más á propósito para traducir al español,

porque muchas de sus escenas, se desarrollan justamente en presencia de pueblos y testigos de nuestra propia raza y lengua. Por su género histórico, por su aire de marcialidad, por el encadenamiento de las peripecias, que se suceden unas á otras sin cesar, por el brillo de las armas y el colorido que se siente al leerla, por la descripción de paisajes y lo vivo de las escenas; ha alcanzado en castellano la misma reputación que tiene bien ganada en inglés.

EL PRISIONERO DE ZENDA. POR ANTONIO HOPE.

Es una de las novelas que más circulación han alcanzado en los últimos años. Cerca de medio millón de ejemplares se han vendido de la edición inglesa; y como drama, fué representada centenares de veces en los principales teatros de Inglaterra y de los Estados Unidos.

AZUCENA. POR CARLOTA M. BRAEMÉ, autora de "Dora."

El ejemplo que presenta esta novela, no dudamos que agrada á las jóvenes de nuestros días, pues se refiere directamente á la perfección de sus hábitos y costumbres. Como la famosa "Dora," AZUCENA es un tipo simpático, algo idealizado, envuelto en contrastes de la vida real y elegantemente descrito.

EXPIACIÓN. POR LA SEÑORA WOOD.

Esta obra bastaría para dar á la Señora Wood bien establecida reputación como escritora de notable mérito. Publicada hace bastantes años en Inglaterra con el nombre de *East Lynne*, alcanzó desde su aparición inmensa popularidad, acrecentada con el tiempo, hasta el punto de ser hoy uno de los libros más conocidos en la patria de la autora y en los Estados Unidos.

ROBERTSON.

Nuevo Curso del Idioma Inglés. Práctico, Analítico, Teórico y Sintético. Adaptado al castellano por PEDRO JOSÉ ROJAS. *Novísima edición.* Revisada y puesta al día por MARCOS G. PURÓN.

La novísima edición que acabamos de publicar ha sido refundida y puesta al día. Contiene la ortografía moderna de la Academia de la lengua y se ha corregido cuidadosamente, tanto en la parte inglesa como en la española. Impresa con tipos nuevos hechos expresamente para esta obra. Aunque parezca una paradoja, es cosa cierta el que á medida que aparecen nuevos métodos para aprender una lengua, adquieren más mérito los viejos, cuando estos han demostrado su mérito real desde el principio y sufrido la prueba de los años. Esto precisamente ha pasado con la obra de ROBERTSON y de ahí el empeño de los editores en corregirlo poniéndolo al día, con el fin de que continúe siendo texto predilecto en todos los países hispanoamericanos; mucho más ahora que el aprendizaje de la lengua inglesa se está haciendo cada día más general. El ROBERTSON no promete enseñar el inglés á la carrera ó como por encanto, como otras muchas; pero los que deseen estudiar seriamente y aprender el idioma como es debido, así como los que enseñen esta lengua, por vocación y no como mera especulación, han de seguir encontrando en esta obra, sino el único medio de lograr este propósito, al menos el más acertado. En la novísima edición, sin alterar en nada el texto, se han cambiado frases que han caído en desuso, se uniformó la parte ortográfica y se han empleado ciertas locuciones modernas. Las partes de carácter puramente local se han reemplazado con otras más generales y se han cotejado los ejercicios para que resulten en ellos exacta correspondencia.

El Inglés al Alcance de los Niños. Arreglado al Español para uso de los Niños y de los Jóvenes en las Escuelas y en la Enseñanza particular.

Al ofrecer al público esta nueva obra lo hacemos en la seguridad de que sea la mejor adaptación que se ha hecho al español de L'ANGLAIS Á LA PORTÉE DES ENFANTS, ingenioso libro en el cual su autor T. Robertson, logró poner al alcance de las inteligencias infantiles lo más esencial de su extenso y acreditado método para aprender la lengua inglesa. Este método, en la forma que ahora lo presenta-

mos, ha sido arreglado á propósito para servir en el seno de las familias igualmente que en las escuelas elementales cuyo plan de estudios comprenda la asignatura de inglés ; porque hemos tenido en cuenta que los escritos pedagógicos más modernos recomiendan la enseñanza de las lenguas vivas. Así no es extraño que este librito haya sido tan bien acogido por los padres de familia y por los profesores de instrucción elemental aficionados á las buenas innovaciones en sus escuelas.

Un tomo de unas 300 páginas en 12° encuadernado en tela fuerte ; y una clave impresa por separado.

Libro de Frases Inglesas y Españolas. Por E. M. DE BELÉM. Un bonito libro de faltriquera con multitud de construcciones y los verbos auxiliares. Útil para aprender numerosas frases sueltas y muy útiles para el viajero y el principiante.

Contiene cerca de ochocientas sentencias y diálogos todos de uso común.

Un tomo de 88 páginas.

OLLENDORFF.

Método para aprender á leer, escribir, y hablar el Inglés, según el sistema de Ollendorff. Con la pronunciación figurada, según un sistema Fonográfico especial. *Novísima edición.* Revisada y puesta al día por MARCOS G. PURÓN.

Los que deseen aprender el Inglés hallarán en este tomo todo cuanto se necesita para su pronta y perfecta adquisición. El sistema adoptado es claro, simple, filosófico y práctico. Es esencialmente el sistema popular de Ollendorff ; acompañado de un curso completo de Gramática, un tratado de pronunciación del Inglés y modelos de cartas sobre varias materias, etc., etc.

El admirable sistema para enseñar las lenguas modernas, introducido por Ollendorff y aplicado en esta obra al Inglés, es ahora muy usado, y entre las varias adaptaciones que de él se han hecho el de Palenzuela y Carreño es incuestionable-

mente el mejor. En la novísima edición que acabamos de publicar, se ha corregido todo el libro cuidadosamente y se ha introducido la ortografía moderna de la Academia. Además, se rehizo toda la obra, se uniformó el texto y se comparó la parte española con la inglesa y vice versa.

Forma un tomo de unas 474 páginas en 12º, en pasta muy durable.

CLAVE DE LOS EJERCICIOS, contenidos en el Método para aprender á leer, escribir y hablar el Inglés, según el sistema de Ollendorff. Por RAMÓN PALENZUELA y JUAN DE LA C. CARREÑO.

Un tomo de 111 páginas en 12º, encuadernado igual al "Método."

PÍDASE SIEMPRE EL OLLENDORFF POR PALENZUELA Y CARREÑO.

El Maestro de la Conversación Inglesa. Por FRANCISCO BUTLER. *Novísima edición.* Arreglada por H. RITTER.

Designado este pequeño Manual para servir de libro primario, se ha dispuesto cuidadosamente con el objeto de servir á los Españoles que aprendan el Inglés. Está por lo mismo compuesto de las sentencias más simples, frecuentes y elegantes en ambas lenguas, traducidas literalmente en columna paralela para hacer más fácil su uso, pero conservando siempre su idiotismo y elegancia, cuidando constantemente de mantener un orden progresivo y correcto á fin de adelantar en la conversación y darle á ésta mayor fluidez. Contiene todo lo que es necesario para hacer un progreso rápido y seguro en la conversación sobre asuntos familiares. Para facilitar al estudiante la pronunciación aproximada de las palabras, hase figurado en este Manual la de cada una de ellas, tal como sonaría á oídos españoles.

La pronunciación se ha expresado de manera tal, que á primera vista y sin dificultad, puede aprenderse el verdadero sonido de las voces inglesas.

Un tomo de 344 páginas en 18º.

Método Práctico para aprender el Inglés. Por RAMÓN DÍAZ DE VILLEGAS.

Este pequeño libro es muy apropósito para los que deseen ejercicios ligeros y entretenidos. Por medio de un relato sencillo é interesante, va enseñando multitud de frases de uso común y en la traducción correspondiente, se demuestra con claridad la diferencia de construcción de una y otra lengua. Sin constituir lo que propiamente puede llamarse un método, es libro verdaderamente útil y ameno.

Un tomo, percalina.

Mantilla, Nuevo Método para aprender Inglés y Español, ó sea Método Bilingüe.

Un tomo elegantemente impreso, 250 páginas.

La especialidad de este MÉTODO, dice su autor en el Prefacio, consiste en enseñar la lengua extranjera por medio de una jamás interrumpida comparación con la nativa, usando los giros peculiares de cada una para expresar la misma idea, á fin de que se remedie el mal, harto frecuente y lamentable, de olvidar la pureza de un idioma cuando aprendemos otro nuevo. De aquí el que se eviten las versiones literales y demasiado serviles, que casi siempre traducen mal la mente de los escritores, ó desvirtuan la fuerza y vigor de sus pensamientos.

El Lector Políglo to y Guía para Traducción. Cinco tomos (que se venden separadamente). Publicado bajo la dirección de J. ROEMER, M. A., Profesor de la Lengua y Literatura Francesa en la Academia Gratuita de Nueva York.

Esta obra es una adición muy importante á la lista de libros de texto designados para asistir en la adquisición de las lenguas vivas.

El Tomo I se compone de una serie de Extractos Ingleses ; el II sus traducciones en Francés, por el Profesor Roemer ; el III en Alemán, por el Dr. Reinhard Solger ; el IV en Español, por Simón Camacho ; el V en Italiano, por el Dr. Vicenzo Botta ; haciendo de esta manera una mutua clave de cada lengua. Todos comienzan, según es costumbre, con máximas, proverbios y reflexiones morales, y gradualmente pasan á párrafos fáciles, historietas, cuentos y extractos poéticos, juiciosamente elegidos de los más notables autores Ingleses y Americanos.

Cada tomo, como lo indica su título, es por sí solo un Lector, y una Clave para los otros. Con su auxilio, puede el estudiante comparar cuidadosamente las diferentes formas de construcción en cualquiera de las citadas lenguas, palabra por palabra, sentencia por sentencia, é investigar en sus pormenores las varias pequeñas y sutiles diferencias y semejanzas entre las que ya conoce y las que va á aprender.

Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés. Por MARIANO VELÁZQUEZ DE LA CADENA, Profesor de la Lengua y Literatura Española en el Colegio de Colombia, Nueva York, é Individuo del Instituto Nacional de Washington.

Compuesto sobre los Diccionarios Españoles de la Academia Española, Terreros, Salvá, y el de Baretti y Neuman por el Dr. Seoane, y los Ingleses de

Webster, Worcester, y Walker, aumentado con más de ocho mil palabras, idiotismos, y frases familiares, las irregularidades de los verbos y la sinopsis de ambas lenguas.

La pronunciación del Inglés está representada con tal claridad en este Diccionario, que es casi imposible que una persona que sepa leer Español deje de aprender á primera vista el verdadero sonido de las voces Inglesas.

En la revisión de la obra se han aumentado más de ocho mil palabras, idiotismos y frases.

Contiene la exacta correspondencia y respectiva significación de las palabras en el uso común de ambas lenguas, tanto en la acepción literal como en la metafórica.

Asimismo los términos técnicos más frecuentes en las artes, química, botánica, medicina é historia natural, como también de la náutica y comercio, cuya mayor parte no se halla en otros Dictionarios.

El Diccionario Inglés y Español de Velázquez es el mejor de cuantos se conocen.

En dos partes : I, Español é Inglés ; II, Inglés y Español.

Un tomo en 8º mayor, de más de 1,300 páginas hermosamente impreso, y bien encuadernado.

Manual para aprender Inglés. Bilingüe. Por THOMAS

PRENDERGAST. Es un método relativamente nuevo y esencialmente práctico, contiene el texto inglés y la traducción enfrente, pudiendo servir igualmente para aprender el Inglés ó el Español.

Un tomo de 106 páginas.

Diccionario de las Lenguas Española é Inglesa.

Abreviado del grande del autor, para el uso de los jóvenes estudiantes y los viajeros. Por MARIANO VELÁZQUEZ DE LA CADENA.

En dos partes : Español é Inglés ; Inglés y Español.

Al cual se añade una lista alfabética de los nombres de Razas, Naciones, Provincias, Mares, Pueblos, Ríos, Montañas, etc., que no se escriben del mismo modo en inglés que en español.

Un tomo de 847 páginas en 12º.

Nuevo Diccionario de las Lenguas Española é Inglesa. Publicado últimamente. Basado en el Diccionario abreviado de Don MARIANO VELÁZQUEZ DE LA CADENA. Edición especial para el bolsillo. En dos partes: I, Español-Inglés; II, Inglés-Español. Contiene numerosas palabras modernas y aun de uso reciente.

Convencidos de la necesidad que había de un Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés que cómodamente pudiera llevarse en la faltriquera, y atendiendo á las muchas súplicas que sobre este particular nos hacían de varios países de la América Española, decidímonos á llevar á cabo una edición especial de bolsillo, basada en el Diccionario Inglés y Español por Velázquez de la Cadena, considerado hoy como el mejor y más completo de cuantos existen.

Este pequeño Diccionario contiene la exacta correspondencia y respectiva significación de las palabras en el uso común de ambas lenguas, los términos y frases usados en *el comercio, industria, navegación, mecánica, ingeniería*, etc., así como una lista alfabética de los nombres de *razas, naciones, provincias, pueblos, mares, ríos, montañas*, etc., que no se escriben del mismo modo en inglés que en español.

Forma un bonito tomo encuadernado en tela flexible á propósito para hacerlo más manuable.

Diccionario Mercantil, en Inglés, Francés y Español. Por D. I. DE VEITELLE.

Está dividido en tres partes: La primera contiene—el DICCIONARIO, propiamente dicho, en inglés—francés—español, francés—español—inglés, y español—inglés—francés, en el cual se hallan las voces mercantiles empleadas en dichas lenguas, la denominación de las mercancías que circulan hoy en el comercio, y también, los términos de marina de más frecuente uso en la correspondencia comercial; la segunda—un gran número de cartas arregladas al estilo moderno, con modelos de facturas, cuentas corrientes, pagarés, letras de cambio, conocimientos, etc.; la tercera—un VOCABULARIO GEOGRÁFICO, y una lista de las principales abreviaciones usadas en los tres idiomas.

Un tomo de 305 páginas en 12°.







LIBRARY OF CONGRESS



0 003 085 870 0